Aullando entre relámpagos

Daniel Barroso

Aullando entre relámpagos

Daniel Barroso

Aullando entre relámpagos[1]



[1] Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo



EDITORIAL SERVICOP®

Producción gráfica: Servicop

Diseño de interiores: Servicop

Diseño de cubierta: Foto editada por el autor sobre monumento “Del cielo los vieron llegar”, realizado por Nora Patrich, en homenaje a las víctimas del bombardeo a Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955.

http://danielbarroso.ar

danielbuenosayres54@gmail.com

danielbuenosayres

E-mail: info@imprentaservicop.com.ar

Web: www.contatuhistoria.com.ar

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Impreso en Argentina

ISBN

Aullando entre relámpagos

Daniel Barroso



SERVICOP

«Novela es la historia de un destino completo»

Macedonio Fernández

«Quien controla el presente controla el pasado y quien controla el pasado controlará el futuro.»

George Orwell

Prólogo aullando

Daniel Barroso en un ir y venir meticuloso del lenguaje que va de lo lunfardo a lo clásico, mescolanza que le calza al dedillo, nos invita a adentrarnos en la construcción de esta urdimbre histórica que enriquece con recursos literarios que le dan solidez a la escritura y a su larga aprehensión de saberes.

Daniel Barroso, Daniel Oscar (oficial), «El poeta pretencioso», sin medias tintas nos invita a adentrarnos en su novela entre aullidos y relámpagos; será el anfitrión en chancletas que, *afecto a los balurdos emocionales, concomitancias ideológicas y también a las complicaciones sintácticas con chamusquinas de gramática beligerante*, nos hace ser parte de esta convocatoria «álmica» a la que asisten «Los Reclamantes» de justicia histórica.

Y no lo hace en cualquier lugar. Nos lleva al Parque Saavedra del cual tiene profundo conocimiento geográfico y botánico. Y es el primero en llegar para esperar a sus amigos, Leopoldo, Macedonio, Schultze y Tesler, con los que mantendrá diálogos, intercambios palabreros y recibirán a los manifestantes que buscan, desde aquel jueves 16 de junio de 1955, justicia para descansar en paz. Aquellos más de trescientos masacrados en la Plaza de Mayo, regresan como fantasmas porque los sorprendieron en micros escolares, trámites bancarios, camino al trabajo y terminaron hechos despojos entre restos de bombas, fragmentos de todo tipo y muñecas sin dueñas.

Pero los de ese día y ese año no serán los únicos en estar presentes. En su osadía militante, el autor-anfitrión, frac-

turará el tiempo cinco siglos atrás y siete décadas adelante e irán llegando representantes de cada aluvión zoológico americano. Porque el tal Barroso es hombre convocante del Sur, de ese Sur que es la posibilidad de sus sueños y el destino de la pisada plebeya donde el héroe no tiene nombre porque es uno con todos y sabe que vienen a reclamar por las tierras invadidas que, con desvergüenza, repartió Garay, y por la sangre derramada en los cuatro puntos cardinales. Y se unirán a ellos los mártires de tantas dictaduras, «Reclamantes» de sueños americanos truncados. Peronistas desde la tarde en que las primeras Singer, bicicletas y colchones llegaron a los barrios desde donde antes, habían salido para rescatar al Coronel preso en Martín García y que dos meses después de los bombardeos, se convertiría en el Tirano Depuesto. Vendrán al rescate de esos sueños por los que, años después, «Paco» Urondo asegurará que daría la vida para que nada siguiera como estaba, y cumplió.

En fin, la convocatoria - yo ya la hice propia- es para todos los que, perdidos en la tormenta, chamuscados en el infierno de la noche interminable, buscan el nombre de dios para preguntarle *cuál es el bien si el honrao vive entre lágrimas y es la infamia la que busca el sendero*. Porque somos el paradigma de una tragedia siempre visible que intentan justificar «Los Horribles» masacradores que, de pronto irrumpen en la convocatoria con su séquito de políticos e ideólogos provocando la ira de nuestro invitante al que hubo que recordarle que la cosa es con sangre o con tiempo, según el viejo conductor. Y que, no por casualidad sino deliberadamente, allí están también los representantes de las listas negras, perseguidos y olvidados después del último y brutal golpe, convocados por el empedernido militante de los derroteros populares, para que la memoria también sea un acto de resistencia.

Y así, al fin de un día de reclamos, anécdotas y reencuentros, los reclamantes dejaron sus trágicas alegorías callejeras y cruzando el tiempo y las fronteras, montaron una milonga

todo. Fue entonces, cuando la plaza se llenó con los ecos de *Yuyo verde* y *Cascabelito* entre otros tangos; y se armó el baile, nomás, tan contagioso que hasta nuestro «Poeta Pretencioso» invocó a Amalia para entre aplausos y sonrojos festejar con la U.B. «Los muchachos peronistas» y el viejo Martin Gramont, que la historia es así, un tajo abierto que duele pero que, a la vez, es alegría y esperanza que proviene del *No Olvido.* Porque, parafraseando al Poeta Depuesto: *sólo cuando crucemos el Jordán de las causas populares, codo a codo con los humildes y desposeídos, podremos mirarnos con orgullo en el espejo de los Justos.*

Elsa R. Lombardo Verza[1]

25 de mayo de 2022

---

[1] Elsa R. Lombardo Verza nació en Río Cuarto Pcia. De Córdoba, actualmente y desde hace ya muchos años reside en CABA, es docente y autora de varios libros de cuentos y leyendas. Ganadora de varios premios e incansable luchadora por los Derechos Humanos. Participó y coordino varios Talleres Literarios y actualmente coordina el Taller «Letras sin fronteras» en el sitio Espacio para la Memoria ex CCD “Olimpo”. Centro en el que estuvo como detenida-desparecida durante la última dictadura.

Preambulario
(Café de García)

Tiempo atrás he tenido que oficiar de intermediario entre el Poeta Depuesto y la realidad de vecindades metafísicas y congruentes, llamada en esa ocasión: Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria y que en esta nueva incursión metafísica se llamará de la misma manera, atentos a que, si bien cambió la impronta de la convocatoria, sigue siendo una continuidad del derrotero anecdótico de nuestros héroes y de los sucesos patrios adyacentes,

Traigo al recuerdo de los desmemoriados que la anterior contienda simbólica transcurría inicialmente en una noche de luna que, «con su impávida redondez esférica y de sus lobizones de opereta» (Pág. 15 «Cara al viento como un león), embriagaba de languidez las estrellas, en la que, casi en carne viva, se me presentaron Barrantes y Barroso (perso- najes emblemáticos y estrafalarios del ideario marechaliano) reclamándome un lugar en mi desasosegado remiendo literario sobre el último día terrenal de Leopoldo. Recuerdo, y no recuerdo mal, la voluptuosa luminiscencia de sus cuerpos y la estereofónica urgencia de sus voces, así también el aura caótica que envolvió a otros personajes, también devotos de Leopoldo, que asimismo reclamaban su lugar en aquel homenaje titulado: «Cara al viento como un león». Recuerdo, y por recordar nomas, la molestia gástrica de mis pensamientos y la acritud biliar de mi inventiva; sensaciones que me incitaban a la náusea y al vértigo, también en sentido inverso, obrando sin embargo como acicates al numen creativo en forma de letra escrita, en su modalidad de novela o de narrativa poéti-

ca de aproximación novelística, si uno no le busca la quinta coma al párrafo.

Y en esto de recordar, recordemos la consistencia telúrica del espectro de Leopoldo, recorriendo los espacios sin vulgares sábanas flameantes ni trampantojos de adocenadas apariciones de fogones camperos. Hallándose siempre dispuesto y diligente donde apenas se lo intuía y donde él, burlonamente, merodeaba golpeando su pipa para vaciarla de tabaco seco o solamente para orientarme de su precisa ubicación terrestre con las coordenadas sonoras de su cachimba.

Bien parece entonces, que no siendo suficientes aquellos sobresaltos y migraciones álmicas marechalianas, volvemos hoy a tensar mis sensibles cuerdas ideológicas y los acordes emotivos de un nuevo intento hacia la conciencia cívica irreductible, el palimpsesto memorioso y la cristalería política de uso corriente. Nuevamente, entonces, me encuentro yendo de la cuarta al pértigo; acechándome nuevamente entre estas y aquellas elucubraciones en duermevela, siempre más penitente que insomne o lo suficientemente despierto para seguir las huellas locales de la infamia y las holladuras primordiales de la dignidad patria, cual nazareno o empedernido militante de los derroteros populares.

Simplemente y sin aviso, me sorprendieron estos atragantes alucinatorios, estos cataclismos de una verdad atada a destinos e encrucijadas; acaeciendo en sobremesa familiar o entre amigos (truco mediante sin flor y a cara ‘e perro) o simplemente en breves caminatas barriales (todo el mundo sabe que considero más aptos para largas caminatas a los seres de cuatro patas y olfato obsesivo) cuando el sol pone cegueras entre los párpados y los olores se insolentan por extravagancia térmica.

Digo sin miedo a perderme, quiero decir que, aunque medio perdido conservo aún cierto coraje de náufrago y la necesaria imprudencia de los frutos imposibles que, como frutos prohibidos, me llevan a encontrar lo que otros buscan sin po-

sible hallazgo o a perder definitivamente hasta el rastro de lo anhelado. Ambas ecuaciones del alma (la del coraje y el naufragio) son necesarias a la hora de arrojar al mar botellas con apenas restos de mensajes de otras botellas nunca enviadas que como estas, buscaban un auxilio anticipado frente a empresas inútiles, guiadas por la palabra escrita hacia un infortunio, tan previsible como inevitable. En todo caso, soy afecto a los balurdos emocionales con concomitancias ideológicas y también a las complicaciones sintácticas con intrínsecas chamusquinas de gramática beligerante.

Dicho lo que antecede, digo, que en esta oportunidad el nudo en la garganta fue de una simetría arbitraria respecto del nudo en el estómago («al estómago» diría mi madre) ya que, esta nueva incursión en la paradoja espacio-temporal, tendrá ribetes de complejidad histórica y posibles protocolos para el anclaje racional, tanto de carácter ideológico como semántico.

Capítulo aparte merecería la desazón que me invadió desde los plantares hasta los capilares superiores, arrastrando en el camino singulares espasmos sanguíneos y fibrilaciones óseas. Y si pareciera que exagero, me gustaría saber cuál sería la reacción de cualquiera de ustedes si se les presentaran un día, en su forma álmica pero inescrupulosamente tangible el mismísimo Poeta Depuesto y el Astrólogo Schultze, silbando «El pañuelito» (tango de Juan de Dios Filiberto y Gabino Coria Peñaloza), este último con una intermitencia entre límbica y terrena, manifestándose pincel en mano y haciendo cubos viajeros de colores ambiguos (y cuando digo viajeros, digo que flotaban desde el cableado urbano hasta las nubes); aeroplanos triangulares en apología de máscaras de formas atribuladas y desbordando sin embargo una alegría de santos latinoamericanistas o bribones de purgatorio, mientras profería escuetos discursos en su lenguaje vanguardista y telúrico sin sinonimia posible, todo esto con la simpleza de un cirujano y la precisión de un infarto.

Supongo que irán comprendiendo que la tarea que hube de asumir, fue por estricto mandato de mi devoción marechaliana y porque además lo que anticipaba la resurgida aparición, era la promesa de un viaje emotivo a la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, con augurios de fulguración sanadora sobre las Veladuras de la Historia Patria.

Lo que no fue tan comprensible, al menos si asumimos como comprensible la posibilidad de dialogar con lo que llamaríamos vulgarmente fantasmas, que como ya he puesto de relieve en párrafos anteriores, serán llamados de ahora en más: «presencias álmicas», definición que como corporizaciones inconsultas, uno lleva incrustadas por amor en las entrañas y por pasión en las neuronas. Decía, que no tan comprensible fue el traslado físico de esa supra-material experiencia, ocurrida con epicentro el «Café de García» de Metodio y Carolina, pero puesta en acto en uno de los bancos situados en el Barrio Parque Cornelio Saavedra o barrio Juan Domingo Perón; designación de época y que perdura según la sombra ideológica que recorra sus veredas o fárrago político de moda, justo frente a la Parroquia San Juan Bautista El Precursor. Lugar este, donde se desarrolló el primero de los encuentros, que ya relataré más adelante. Y donde también, para los memoriosos, se llevó a cabo la histórica Choriceada de Órdago en nuestra anterior aventura místico-literaria, cuando Leopoldo se nos moría tendido como cualquier hombre tendido que va a morir. Además, es este un lugar histórico del repertorio peronista, sobre el cual proporcionaré algún detalle durante el trascurso de esta deliberación inopinada y propiciatoria, en el sentido del habla cotidiana, no en el bíblico.

Ese tránsito entre crepuscular y onírico sería explicado por la aparición de un auto convocado tercer pretexto alegóri- co; arropado en túnica de tela basta y calzado con sandalias al estilo de los Frailes de la Orden de Agustinos Recoletos. Me refiero al de largas barbas y mirada de premonitor filosó- fico: Don Macedonio Fernández, que, con cierto desdén de

parroquiano de boliche orillero y ademanes de orador ateniense, expuso razones y elucubraciones sin otro preámbulo que sus propias chiripas mundanas, dijo:

—Así como en el mamotreto anterior del Poeta Pretencioso, hubo un Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, el cual sintetizó la voluntad de los argentinos para esa peculiar ocasión, hoy que se ha trascendido el Umbral Místico y que, por entre las Veladuras de la Historia Patria, aparece un nuevo chirimbolo para la exégesis o el silencio, que como ya se dijo en algún antes: «lo nuevo viene de antes y la sombra muestra la vela, pero su luz nunca» pero con una particularidad de convocatoria espacio-tempo- ral, que, de tan asombrosa, termina siendo de una vulgaridad de un burgués en chancletas. Y aclaro que, si bien me toca en suerte a mí, poner en conocimiento del lector el nuevo dispositivo convocante, no me responsabilizo por un adecuado funcionamiento y mucho menos garantizo los posibles estragos colaterales, ya que estaremos permanentemente oscilando entre la mímesis y la diégesis. O para decirlo de otra manera: *podemos chocar de frente con nuestra propia carreta y rodar sin rumbo sobre otra huella*. Y continúo diciendo que, el nuevo despropósito del mecanismo lírico-cuántico, ha dado en llamarse: «La Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles», algo así como la cuerda esencial del espacio y su territorialidad, accediendo en sus cuatro cardinalidades terrestres y sus infinitas casualidades áureas y/o cósmicas, que al sonar, nos traslada en ancas de su vibrato de silencioso cataclismo, sólo audible a los que pasaron el Umbral de Azrael o a los que como Barroso, se meten a husmear la desorientación del purgatorio en la brújula de la contingencia divina con solo pulsar un invento o reventar una neurona para salirse con la suya.

Por si alguna duda quedara del achuradero celestial en el que se había metido, el grande Macedonio, la emprendió con un malambo de rompe y raja, levantando una nube de imáge-

nes burlonas, por donde el astrólogo Schultze pasó hacien- do reverencias a la manera zarista y revoleando un pañuelo, de dudosa albura, como quien baila una zamba o despide parientes sobre un muelle. O sea, que el mismísimo Maese Macedonio fue el primero en poner de manifiesto a “La Bordona Geográfica de los destinos Imposibles». Entre tanto, yo intentaba establecer un paralelismo entre lo enunciado por Macedonio y la Teoría de Cuerdas; la cuarta dimensión vibratoria y las infinitas complejidades de andar serpenteando el espacio en encuentros físicos y extra físicos de dudosa cordura, inclusive para una especulación que atravesara el cosmos, como en el caso de la aparición de «el astrólogo», combinando los acordes de «La Cumparsita» (tango de Matos, Contursi, Maroni y Firpo) con «Yesterday» (balada de Lennon y McCartney) ejecutado por el *beatle profesional,* al que *Megafón* cascoteaba desde su terraza en el barrio de Flores, llevado por una intemperancia a lo que el suponía: *un bochinche de electrodos y vibraciones del demonio, eso, si el demonio hubiera abandonado sus gustos clásicos*. En pocas palabras, la nueva propuesta digería en sus entrañas, alimentos de poca masticación científica y con excesiva condimentación literaria.

A estas alturas me deje llevar por el, ya desatado, zafarrancho álmico y sus derivaciones telúricas, dispuesto a acomodar algunos de los cacharros de la razón en la alacena de la cordura, antes de que me cayera encima la estantería psíquica con todas sus baratijas emocionales.

No es tarea sencilla estar convocando una reunión a-histórica y/o proto-histórica del presente subjuntivo, de una conjugación inexistente y con una temporalidad desbocada, y mucho menos quedarse a cargo de ella y con tan ilustres acompañantes.

Recluido en la soledad de una abstraída lectura de *Cuadernos de navegación*, con la pipa exhausta sobre el lado derecho de mi labio, también exhausto y con las piernas es-

tiradas sobre el banquito de madera hecho por Don Juan (un carpintero de Lomas que hoy habita las virutas del cielo), recluido dije, y también melancolizado por la lánguida mirada de Korto, un perro inopinado que se hizo un lugar comién- dose mis libros, entre ellos *Lisístrata y Los siete locos*. En la soledad de una lectura dije, y al decir pienso que hay que ha- cerse cargo cuando uno invoca favores literarios o pertrechos del arte o polisemias ideológicas, pues que los hay los hay y no te vienen siempre de a uno ni de a una. [El agregado del articulo femenino indeterminado corresponde a una apertura de paraguas al feminismo que busca la paridad tanto en el contexto como en el enunciado].

Digo entonces (abusando de un verbo que prohíja preámbulos) que, recluido en la soledad, concluyo que: años de mascullar las entrañas de los sueños patrios, te llevan de la mano al huerto onírico de los maduros frutos y al terreno de los serenos barbechos, para combatir la mala hierba de Los Horribles y Los Cipayos, si se me permite tanta comparación agro-metafórica. Sucede que uno provoca los tizones del espíritu y responden quemándote hasta los vacuos pensamientos. Ya hube de meterme yo en el laberinto de Don Leopoldo hasta salirme por arriba, con un libro que sueña *a un hombre tendido como cualquier hombre tendido que va a morir.* Provocaciones digo y se me cuecen los silencios como un fuego austral cuidado por la última Selknam, que hoy es un rescoldo de dolor en la Patagonia.

Digo lo que digo a sabiendas de estar metiéndome con Zaratustra, y no arrugo para sacudir el *eterno retorno* de lo que parece perdido, que en realidad es una incansable bús- queda en el derrotero de la patria y sus entrañas ideológicas.

Cardinales en el Barrio Parque Cornelio Saavedra

Leopoldo fue el primero en llegar por unos cincuenta metros de distancia. Yo venía con paso lento, arrastrando la incertidumbre del nuevo desafío y regulando los acicates de la euforia ante semejante convocatoria de las buenas almas, a la vez que desbordante por el amor a tan egregios convocados y una pulsión patriótica de alcance incierto. Reconozco que también enlentecía mi paso el andar a los manotazos con el sentido final de un esfuerzo plagado de presunciones, a la vez lleno de atajos y entre senderos de escarpas y pendientes históricas.

Era un día soleado y de un aire crepitante como si el otoño insistiese en musicalizar las hojas y abrigar evocaciones. O quizás como un verano bendecido por la brisa y los remansos de una sombra mansa, tal vez, y complementariamente, como un invierno de relumbres cítricos, alardeando con aires cálidos, por no decir: una primavera limpia y de aromas belicosos, sugiriendo refriegas de enamorados o mansas resolanas de abstinencia y celibato.

Decía, que Leopoldo llegó apenas unos metros antes, y que yo frené aún más mi lento desplazamiento, deseaba observarlo en su despreocupado aire de vate redivivo y a su imperceptible bamboleo displicente que le imprimía a su cuerpo cierta frivolidad de torpeza angélica. Sentía una peculiar fascinación al observar la cotidianeidad de alguien incorporado en un recodo de mi vida, por la propia y personal voluntad de elegir un maestro que nunca tuve y un idealizado cofrade

en el derrotero de lo literariamente posible y lo utópicamente reclamado.

El primer acercamiento en mi anterior libro, tenía la desolación de su partida y la timidez de fraguar un encuentro en condiciones tan aciagas como de imprescindible complicidad en el tiempo. Hoy, ahora, más carnal, aunque desde lo etéreo; no apremiado por el golpe final de la maza sobre la fragua que nos modela a fuego lento, podía disfrutar con cierta parsimonia las bondades de ejercer este oficio de alquimistas y embusteros.

Esa nimia distancia la convertí en una madeja de relativismo y coartadas de estilo cartesiano, sentía la necesidad de dilatar el encuentro, a sabiendas de que luego sobrevendría el señorío de las urgencias y el andamiaje ritual del vértigo. Pero en esa dilación del tiempo, en ese artilugio de demorar las palabras, con esa insolencia de jugar hasta la indecencia con la dilación de un concepto, puede conmoverme al ver sus manos trabajando sobre el hornillo de su pipa Eleonore, despejando hebras viejas y resecas de tabaco y a la vez manipulando el limpia-pipas, para arrastrar los restos calcinados, quizá húmedos todavía en la cánula, hasta dejarla libre de las acritudes que profanaran el sabor del tabaco recién depositado. Siempre sus manos fueron un puro acto terrestre de consecuencias espirituales, como las de su padre arreglando o creando objetos. Las de él creaban universos, sensaciones, viajes, conmociones literarias, minuciosidades metafísicas en el reino de las palabras, rascando la realidad hasta sus pocilgas y sus virtudes humanas, las de su padre, casi lo mismo, pero sobre la dureza de los materiales y la docilidad de los objetos.

Esperaba un halo, una fantasmagoría de reflejos, triquiñuelas de aparecidos y, sin embargo, si bien fulgía una claridad inusual que lo rodeaba de pies a cabeza, se acercó al banco convenido con paso resuelto y firme como cualquier paseante de la Buenos Aires concreta en el concreto Barrio

Parque Cornelio Saavedra y no como una invocación astral de elocuencia humana, caminando en el paradojal Barrio Par- que Cornelio Saavedra de la muy insustancial, aunque emblemática Buenos Aires.

Vestía traje negro con un chaleco de lana merino al tono: en uno de sus bolsillos guardaba la pipa y el tabaco y accesorios en el otro. Miró como sin ver, aunque creo que sólo me ignoró para dejarme acomodar el cuerpo a las inquietudes del alma. Se sentó, cruzó su pierna derecha por sobre la izquierda y se dedicó a la tarea ya relatada de limpiar y recargar su cachimba.

Cuando finalmente estuve a uno pocos pasos, Leopoldo me miró entre afable y lánguidamente complacido e hizo un ademán con su mano derecha para que me siente a su lado. Aunque ya curtido en la prodigalidad literaria de la obra marechaliana me sentí confuso y cohibido ante el prodigio de la carnadura incorpórea (si se me permite el oxímoron) y su vestimenta astral (ídem al paréntesis anterior). Le hice saber mi conmoción, mi emotividad obnubilatoria, mi desasosiego a nivel de la glotis y mi espasmo en el ojo izquierdo. Sonrió con la pipa atrapada en el gesto y sin ampulosidad me convidó rapé, advirtiéndome que era una medicina física y espiritual, usada ancestralmente en la amazonia como es el caso de la tribu Katukina, los cuales lo usan hasta la actualidad por sus Esencias Astrales y porque: te cura hasta el ritualismo herético y la ataraxia crónica. Me sorprendí sonriendo y estirando la mano hacia una nada con forma de lata redonda de dibujos gastados. Perdone Don Leopoldo, le dije, pero su liviandad etérea me imposibilita el convite. Esta vez casi se carcajeó a la vez que me decía:

— ¿Así que vos creés que yo vine del remiendo universal a nuestra concretísima ciudad de la gallina? No señor, sos vos el que cruzaste la eterna vacuidad del espacio y el tiempo ignorado en tu módica mojigatería de relojería: la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, la cual funciona al re-

vés de todos tus artilugios literarios creados en tu mamotreto anterior. Estos pastos son la pastura de animales que ya cincharon del carro de la vida y esta luz, que como verás hace sombra, es la otra manganeta física de fenómenos que desconocemos y no creo que vayamos nunca a enterarnos de cómo funciona este malambo de las almas levantando polvareda. Esto es algo así como una metafísica de lo objetivable, aceptando que algo que pueda ser objetivable en esta intangible Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. Claro está que, para quienes golpean los ladrillos para alinearlos con plomada e hilo de ferretero de barrio y no con el hilo y la plomada del Ferretero Celestial, que a la sazón ha dejado derecha hasta la curva del horizonte y muy alineado el desparramo de estrellas y los cocotazos planetarios que andan al garete en la vereda del cosmos, para que los astrónomos encuentren con el ojo, lo que llevó años de diseño y paciencia divina ocultar, dejando huellas falsas y pistas escritas con gofio, para esos digo: el pastón siempre queda chirle aunque respeten las proporciones ─finalizó Leopoldo, dando palmadas sobre el muslo de su pierna izquierda, pues se le había encenizado el pantalón de gabardina negro.

Aún no llegaba el Astrólogo y sin mediar palabras previas, continuó Leopoldo:

─ Sé que has dedicado partes de tu lectura a la historia de los argentinos y que te han conmovido los hechos, quizá aún más los desaguisados y entuertos, también que hubiste padecido desvelos propios y de compañeros que te corroen hasta la bilis del sueño, cuando el hígado reclama en duermevela sus filtros tóxicos. Has mirado de frente la carnadura de los justos y el dolor de los humildes a tu sola cuenta y riesgo, en el sentido de los acordes interiores, que solo cada quien sabe en qué nota nos desafinan las emociones y nos armonizan la templanza. Y, a sabiendas de eso, has fraguado, con mi ayuda y la de mis más queridos en el amor alegórico y la complicidad mística, esta reunión de los paralelos emotivos y

las realidades concomitantes. Este transparente y a la vez espeso universo de la Real realidad de la Terca Mula de la Memoria. Este envoltorio de lo que está siendo porque ha sido y será a pesar de todo, es la resultante de un acto de amor, pero también de frustraciones y rabietas porque, por momentos, encontrarle el agujero al mate resulta una tarea tan ardua como necesaria. O sea, mi estimado Poeta Pretencioso, que usted se ha puesto a bailar con el más feo. Y perdone la modificación de la frase, pero me he enterado que uno puede ser pasible de la condena feminista y la diatriba pública ─terminó diciendo entre burlón y pensativo.

Es decir, dije:

─ ¿Que esta realidad de opacas fulguraciones y sonoridad de construcciones temporales e imprevisibles movimientos álmicos, digo, que a pesar de ser yo el hacedor arbitrario, me abduce a mí (por decirlo con terrenalidad y consistencia semántica) en condiciones de sensibilidad histórica? Sea, ya, por venerarte y lisonjearte mi entrañable Poeta Depuesto, sea por admirador de la multiplicidad estético-filosófica de Schultze, también conocido como: Oscar Agustín Alejandro Schulze Solari, alias Xul Solar. Finalmente, por husmear en la poética de lo indecible; en la paradoja de lo negativo y en el calibre metafísico de Macedonio, me dispongo a habitar lo inhabitado, a poblar lo yermo, a reescribir lo que han borrado y a contar lo que han ocultado, como si fuera una empresa posible y sustentable juntar todas las arbitrariedades y transformarlas en congruencias de justicia, exigencias de reparación y desagravios, todo eso y lo que omito mencionar, guardando un equilibrio de un monje budista y la ecuanimidad de un santo en la chamusquina.

Ya extenuado por la parrafada, intenté concluir diciendo:

─Siento el inmerecido privilegio de ser un elegido, por quienes admiro hasta la estulticia y la ramplonería, con quienes estaría dispuesto a atravesar el desierto del Gobi con un dedal de aguardiente y un morral de cascotes ─concluí con

cierta agonía conceptual y una involuntaria inflexión dicharachera.

Aun latían en el insustancial ambiente del hiperreal Barrio Parque Cornelio Saavedra mis últimas palabras, proferidas en una especie de ahogo seco, que dejaba mis cuerdas voca- les vibrando como un alambre atado a un sólo extremo entre dos palos y agitado por ráfagas de viento neuquino. Digo o iba a decir algo que quedó trunco, pues imperceptiblemente apareció el Astrólogo profiriendo su Invocación de los Relámpagos:

─ ...quedó ciego por su onanismo literario. Y no hablo de su ceguera física sino de su cerrazón emocional, de ese desgarro de los sentimientos; ineptitud del alma por congelamiento de la empatía hasta la insensibilidad de una solitaria lágrima. Lo quise bien, pero me arrasó el alma hasta una sacralidad caótica y siniestra cuando cantó loas a los bombardeos a una plaza (y no cualquier plaza) de una ciudad abierta (y no cualquier ciudad, sino la de la Gallina, según Samuel Tesler en su puchero filosófico, cocinado en el Adán Buenosayres), indefensa, de pernoctancias y amaneceres chuscos. No sin vergüenza recuerdo: «Patria yo te he sentido… en la caída / de las épicas lluvias de setiembre / que nadie olvidará…».

Hizo aquí un silencio, como un paréntesis sanador, y mirando de reojo a Leopoldo, murmuró a mi oído:

─ «Jabalí ciego» fue una de las comparaciones que Leopoldo hizo de Pereda en el Adán Buenosayres, aunque con el tiempo trasmutó en gorila y le batían “Georgie”. Y no sin pesar digo lo que digo, ─prosiguió ─pues hube de haberle bordado con el pincel de mis caligrafías pictóricas algún que otro cuaderno de sus brillantes ficciones, y sin arrepentirme de haberlo hecho, digo, que en mi decodificación rústica para una Ontología de la Patria (aún inédita e ignota), asevero, que una marca austral nos revela la indigestión caníbal de nuestros héroes y otra boreal que nos condena a cantar ala-

banzas al hígado biliar de los traidores. Podría inclusive indignarme en neocriollo pero sé que muchos se quedarían en ayunas (ya tuve una controversia con Franky Amundsen en el Adán Buenosayres cuando mencioné el *putrifango*) y no quiero deslizarme por el *santobogán* (se me escapó un neocriollismo) de mis inventos y darme de jeta con la ignorancia de mis paisanos e intento sin solapadas afectaciones, negociar con los espejos los preámbulos de lo incierto y las certezas de un epílogo, del que por ahora carezco —no dijo más, se ensimismó y comenzó una letanía ininteligible a la manera tibetana pero en clave sonora de yaraví del norte.

Durante la ostentación simbólica con ribetes oníricos de Schultze, me había parado sin alejarme mucho del banco que compartía con Leopoldo, pues no quería perder nada de lo que el Astrólogo profiriera en estado nirvánico. En este breve, pero intenso primer contacto pude comprobar, que efectivamente, el artilugio de la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles estaba funcionando, habida cuenta de que la Buenos Aires concreta no nos advertía a pesar del escándalo de tono evangélico de Schultze ni por los destellos (aunque escasos muy brillantes) que rodeaban a Leopoldo. Era notable la imposibilidad de traspasar unos límites invisibles pero firmes, que nos dejaban en una especie de cúpula sin cimbra ni lucernarios. Era como un cerco invisible, liberado hacia arriba y contenido en sus lateralidades, Pude comprobarlo, tiempo después (aunque aquí el tiempo era una fluctuación sin jerarquía, constancia ni consecuencias) cuando hube recorrido los límites entre lo paradójico y congruente, haciendo una inspección ocular y sensorial del entorno y su precario núcleo de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

Abro aquí un paréntesis para quienes quieran conocer en detalle los límites geográficos de ésta incipiente odisea vernácula, no mencionaré aquí calles ni puntos cardinales, solo haré referencia a los Parques que componen el barrio: Parque Carlos Mugica, Parque Perón, Parque General Paz

y la Plaza Dr. Vicente Solano Lima. El barrio fue construido por decisión de Eva Duarte durante el primer gobierno pero- nista bajo el nombre: Barrio Juan Perón. Eran todos chalets, inspirados en la corriente del «pintoresquismo de referencia californiana». Eran casas pensadas para que el pueblo tu- viera y viviera la dignidad de su hogar. El peronismo y Evita en particular, pregonaban la «democratización del goce». Fue concebido como un barrio obrero, con 428 viviendas, escue- la, cine, teatro, centro comercial, oficina de correos y hasta un garaje con estación de servicios. Y por supuesto la pa- rroquia San Juan Bautista El Precursor, que fue el «primer templo justicialista», donde el cura Benítez ofició memorables misas y nutridas controversias, además de ser el confesor de la Santa.

Me resultó inevitable detenerme en esta referencia de mo- tivación geográfica y ubicación política, a los efectos de no confundir el rumbo en ninguna de sus coordenadas posibles y sus rumbos infinitos.

Perdido en la tormenta[2]
(contingencias uno)

Henos aquí, en las primeras referencias de este cangrejal histórico, decididos a afrontar la afanosa tarea de separar la paja del trigo, utilizando el fino arel de los hechos y la decidida opción por los masacrados en la indefensión y en la artera sorpresa de la rutina y el trabajo cotidiano.

Elegimos la convocatoria álmica a través de la ya referi- da Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, como un artificio congruente con el derrotero poético nativo, no solo porque el Marín Fierro ha hecho gala pulsándola desde el ombligo del tiempo, sino porque, además, no ha faltado de norte a sur y de este a oeste para interpretar nuestro variopinto cancionero e inúmeras payadas. Sabido es que sabemos, que las músicas originarias no abrevan en ese instrumento, pero también sabemos que los ha cobijado o les ha brinda- do acompañamiento. La Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, entonces, es el conjuro acústico para llamar a nuestras almas compañeras, a este portento de arrancar la verdad, aunque esté pegada al hueso o secuestrada de los libros de historia escritos por los empleados de la oligarquía y/o de la Embajada (la mayúscula es pertinente pues hago referencia a una específicamente). Por lo demás, acudimos a los ingenios ya creados en mi anterior epopeya conmemorativa, cuando se nos *moría Leopoldo tendido como cualquier hombre tendido que va a morir*. Es por eso que todo transcurrirá bajo el amparo de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria y que, solo tangencialmente aparecerán otras

---

[2] Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

creaciones de la anterior manipulación literaria, simplemente como recursos auxiliares en momentos pantanosos del re- lato o como salvavidas alegóricos cuando la imaginación se muerda la cola.

En cuanto a los Ilustres Convocados, serán el respaldo anímico y el sostén crítico de cada hecho relatado, tanto por la esencia de respiración vital como la fluctuante de aliento espiritual y religioso, ellos podrán ver lo que yo apenas intuyo, serán la vanguardia inmaterial de las reflexiones y los defensores últimos de cualquier tergiversación y maledicencia. Comisarios políticos de la Invocación Reparatoria, diría por lo bajo Schultze, que hubiera dicho Trostky si estuviera entre nosotros con su ejército de conejos.

Habrá también pasajeros de carne y hueso que accederán en virtud de acuerdos previos y consentimientos de transmigración temporaria. Igualmente habrá quienes aparecerán con sus nombres reales o ficticios (el lector sabrá diferenciarlos), desafiando la orfandad de los mortales y el ostracismo de los eternos.

No está de más aclarar, que, en el trascurso de esta navegación a remo de palabras sobre la mar de los hechos, habrá momentos donde los acontecimientos me asaltarán y buscarán el rumbo de lo incierto, sin anuencia y sin consejos. Así también aparecerán algunos personajes no previstos y situaciones por demás no aconsejables para quien ande con flojeras a la altura del pecho y zonas aledañas o influenciables.

Por último y para poner en caja lo que recién expuse, debo aclarar que hubo quienes no respetaron el pacto inicial para la utilización de la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles e hicieron volubles y rampantes los requisitos de ingreso, produciendo a la larga desperfectos múltiples en su funcionamiento y sus silenciosos portentos sonoros, además de originar períodos de filtraciones involuntarias (a veces masivas) e infiltraciones programadas por Los Horribles de siempre.

Puedo comprender que haya resultado fatigosa y machacona tanta referencia de contexto y pretexto, pero prefiero dañar por abundante y no escasear por petulante lírico o menesteroso literario.

Reclamantes del Aullido en la Tormenta *(uno)*

Se presentaron dos en el anonimato de sus historias y con morosidad en los gestos, ubicuos en la temporalidad y transitorios en la premura de los acontecimientos, que los cubría de una fragilidad inmaterial y a la vez los dejaba deliberadamente expuestos. No parecían enojados, los atravesaba una brisa de calosfríos y una luz espesa, como ambarina y a la vez con destellos violetas y negros reverberos sin armonía cromática y con destellos intermitentes.

Sus desastrados cuerpos estaban envueltos en toscos trajes de santidad, oliendo a profanaciones del tiempo y jazmines de otoño o de dulzonas clavelinas rastreras. Uno con el pecho lacerado el otro con la cabeza surcada por una grie- ta. La atmósfera del Parque era de un púrpura anublado en pigmentos de un gris de tormenta o de esparcidas cenizas de osamenta. Era sofocante e irrespirable el aire de santuario; vaharadas rancias que a la vez estremecían hasta el desmayo, en rachas de súbita frescura, que habilitaban a las aletas nasales a reanudar su complicada mecánica para no aspirar los hedores, dejando que el aire llegara a los pulmones sin mayores alteraciones y espasmos.

Poco a poco el aire se fue beatificando y repentinamente, a pesar de las presencias tortuosas y dolientes, un diminuto y efímero vendaval de jancitos y madreselvas cambió hasta la luz primordial y sus cónicos resplandores. De todos modos y simultáneamente, se cernía una oscuridad de bordes sólidos y entre el pasto y los canteros comenzaron a emerger luces de reflectores que surcaban el espacio, buscando amenazas

o simplemente se estrellaban contra el sutil velo que abovedaba el ámbito de la Real Realidad que ya todos conocemos. Pareciera de Perogrullo y redundancia decir que las sirenas silbaban, pero sus ululantes bocinas no recordaban a las hipnóticas sonoridades que desnortaban a los argonautas, sino que sonaban como metálicos hostigamientos al centro de nuestras terminaciones nerviosas y cápsulas auditivas.

Ese era el escenario, la paradoja simbólica que envolvía a estas dos almas que, despojadas de toda vanagloria y sin buscar homenaje, empezaron su relato siguiendo una secuencia que sin ampulosidad desafiaba la mismísima razón de la tragedia:

—Mi nombre. ¿Preguntan por mi nombre? Ya ni lo recuerdo. Uno más en el borrador caligráfico en la chacota histórica y una exigua referencia en las alteraciones del calendario, un código de registro en el censo estadístico, una huella polvorienta sobre el camino de los mártires, una úlcera en la tierra después que aullaron los relámpagos. Como pueden ver, mi pecho está teñido por un sol que nadie sabe si alumbró ese día o era una complicidad ciega de las nubes sobre un relumbrón de la artillería, pues todo era de una opacidad de carbonería o de un resplandor de artificios chinos. ¿Fueron quizá mis ojos los que estallaron de luz o realmente hubo una luz inmerecida que dejó sobre mi esternón una lápida de fuego? Aun intento ponerle nombre a ese día, pero estoy vedado en la creatividad de los mortales y apenas puedo insinuar mi nombre ya muerto, aunque aparezca en listas y documentos, a veces como un borrón y en otras como constancia numeraria de los cuerpos.

—Recuerdo —dijo el otro—, que miraba el cielo buscando la majestuosidad de un desfile en desagravio a la memoria del General San Martín, que había sido supuestamente ultrajada, según los diarios de la época, en la marcha de Corpus Christi. Recuerdo un comunicado del diario La Nación: *A las doce, una formación de aviones Gloster Meteor de las unidades ca-*

za-interceptoras de la fuerza aérea volarán sobre la Catedral. Recuerdo sombras como oscuros trozos de nubes en movimiento y después el estruendo y después el fuego y después esta constancia que soy, como una nada parlante sin cuerpo presente. Diría de nuevo: recuerdo, pero no sé si fue el fuego y luego los estruendos o si las sombras como nubes o las nubes como sombras, todo ocurrió al mismo tiempo y ya nada ocurrió para mi propio tiempo, sino un tiempo que me dejaba en el padecimiento, abandonado en la postración del cuerpo; una alucinación hecha realidad cautiva que acontecía como un aullido, una tormenta o un martirio. Además, si digo recuerdo, digo aquí estoy, cuando en realidad soy una ausencia sobre sus despojos negros. Todo es confuso porque mi cabeza no podía sostener la desazón del cuerpo, en el mortal equilibrio de una caída suspendida o demasiado abrupta hacia el asfalto. Creo que fue vértigo primero y un estado de ingravidez casi simultáneo, haciendo de mi cuerpo un holgorio de marioneta de retablo con los piolines al viento. Repito: recuerdo y me queda una inverosímil luz en la rajadura que me separa los hemisferios: ya no sé cuál corresponde a la sensibilidad y cuál al razonamiento, en qué charco de san- gre se ahogaron mis recuerdos o cómo sobrevivió el dolor a tanta brutalidad de acero. Lo único que sé, es que estoy roto, desde la íntima costura de mis ruegos hasta el flojo pespunte de mis oraciones. Para mí las bombas siguen cayendo. Re- cuerdo y ese recuerdo me dice que aún estoy muriendo. Digo recuerdo y soy la negación de un deseo.

—Los muertos de la fusiladora ya no se esconden, acu- den hasta nosotros, se acercan a esta orilla de la vindicación como barcos cargando lejanías de tormentas polares y col- gajos de viento del Atlántico, entre el trinquete y la vela de mesana, buscando una geografía de justicia o al menos un epitafio en la bitácora —comenté mirando hacia el este bues- cando el «río de color león» (según le metáfora de Lugones), un Leopoldo atiborrado de analogías marinas y circunspecto hasta el grado de capitán de un barco escorado y sin puerto.

—Siguiendo en marinerías, cuantife (se me escapó la panlengua), digo, si fuera cuantificable la atrocidad en el masacradero criollo, daría fe que se obtendrá un paquebote enlutado de sangre hasta las amuras; sangre que no sería posible escurrir ni fondeando en los sargazos del Atlántico. Estoy con la imaginación envilecida de tanta realidad bruta. Creo que me voy a subir al péndulo de la historia y lo voy a detener cuando la aurora era una pintura de abstracción divina y aún Caín no había desnucado a su polaridad fraterna —gritó sin perder el hilo, un Schultze enronquecido de ira y tiñéndose desde los talones del verde grisáceo que otorga la náusea.

Comprendí con la contundencia de los actos la virtud fundacional de esta convocatoria hecha conjuro y vindicación patriótica. La concebí cosida con el hilo resistente de los justos, sobre la gloriosa tela ondulante que los mástiles sostienen a la buena suerte de soplos y torbellinos, de remansos y borrascas. La urgencia y la contundencia de las voces ahogaron cualquier reclamo de piedad o aspavientos de políticos empalagosos. Sólo debíamos atravesar la beligerancia de los que azotados hasta en el recuerdo buscaban una milagrosa rendija de luz para sus almas.

Proverbiales uno
(Schultze / Marechal)

Las tablas astrológicas de Schultze pendían de un apocalipsis de interpretaciones zodiacales que rompían un equilibrio apenas logrado a putiadas y hechizos de salamanca de la vieja Tecla, conocida rival telúrica del susodicho, a las puertas mismas de la oscura ciudad de Cacodelphia y del posterior viaje, que, si a lectores iniciados me enfrento, sabrán apreciar la referencia de esta marechaliana interferencia. Pero continuando con Schultze: era una posibilidad híbrida y ligeramente imposible contenerlo en el universo físico y mucho menos en el de esta Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, donde a cada paso patinábamos sobre el tembladeral viscoso, que las Aguas del Olvido generaban metódicamente y que subían desde la planta de los pies (raíz primitiva despojada de los cayos del ropaje evolutivo) hasta la maleza emotiva, atrapada en la sesera (último eslabón donde enjuagar la ropa vieja y las penas nuevas), pasando, claro está, por la vigilancia de un páncreas atrincherado en las coladeras de sus constataciones químicas. Digo y reafirmo, que el Astrólogo luchaba por no ser *un gil que alzó un tomate y lo creyó una flor* (Tango «Fangal» de Discépolo y Homero Expósito); lucha desigual que le marchitó hasta la sombra de los párpados, intentando dilucidar dónde se acumulaba la verdad material y dónde el padecimiento brumoso del espíritu. Concluyó en que sólo se podía huir hacia adelante y lo que había adelante era un desfile de espectros padecientes, que reclamaban la verdad en estado de justicia y por la ubicuidad histórica de los hechos.

—«Ya no busco la Quimera y Belerofonte sabe de qué hablo» —dijo Schultze, como para embriagar los caminos del-pensamiento.

Y prosiguió:

—¡¡Que me cocinen el hígado y me convierta en Prometeo o que Sísifo me abandone en la piedra de Tandil cuando aún se mecía y no ahora que es un cacho de plástico reciclado!! —vociferó, ya en el límite de sus fronteras comprensivas, agitando el puño derecho y sosteniéndose con la izquierda la bragueta, en un ademán de refinamiento extra literario.

Y continuó:

— ¿Estoy demente o me asiste la cordura de los hijos de puta? Hay quienes dijeron que no hubo muertos, que no hubo bombardeo y que había un tirano y una mujerzuela repartiendo colchones y casas para mantenerlos contentos y moverlos en masa como autómatas, tras la demagógica zanahoria de la Justicia Social. Leí también, que un tal Halperín Donghi y un no sé cuánto Romero, desde sus títulos de academia e intoxicación ideológica, han sostenido que el trolebús de los niños muertos fue pura propaganda del Tirano Depuesto. He consultado con la almohada de las derrotas y he concluido con las primeras lagañas del sueño, que: la mentira se cons- truye arrinconando a la ética en las guaridas donde no llega la luz, ni como lumbre ni como consuelo. ¡¡Quiero que el loco de Turín abrace por el cuello al caballo que desde el Guernica nos mira por el cuerno!! —algo abatido y casi gritando, aun agitando su brazo derecho, Schultze me miró, como buscando un bálsamo a su estado de emociones en cuero.

Mientras se sucedían las imprecaciones, ruegos y extenuaciones de Schultze, una atmósfera de conmocio- nes asmáticas colmaba nuestro refugio de invocados e invocantes. Sofocos y acaloramientos de recinto brumoso y apizarrado como un germinario de semillería maldita, que se nos metía por los agujeros respiratorios, como exudaciones

de animal acorralado o vaharadas sulfúricas agitadas por el también ubicuo representante de los Bajos Fondos, que como siempre sobrevuela las desgracias con voluntad inquebrantable y aparentando decrepitud mientras menea su cola haciéndose el chancho rengo.

Y si no era del todo irrespirable el ámbito al que la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles nos había destinado, era porque el Parque jadeaba con su pulmón litúrgico las mejores ceremonias y los más reconfortantes himnos, desde invisibles fuelles que aromaban a madreselvas y azahares de naranjo urbano. Era una batalla por los efluvios y las efusiones anímicas, reconocibles entre las manifestaciones pútridas de una química de laboratorio ideológico, tramando una historia mentirosa y malsana, mientras las fragancias botánicas del Parque defendían el oxígeno hasta el martirio aromático, para que la otra historia pudiera ser contada entre la resistencia de jacarandás púrpura y rojos ceibos populares.

La Parroquia San Juan Bautista El Precursor había quedado afuera de esta transparente y traslúcida vejiga espa- ciotemporal, aunque cada tanto nos llegaran las bendiciones del cura Benítez, en forma de hojas de plátano con nerva- duras arteriales jugosas y gruesas, y con textura de rocío o también en ramilletes de pirulines de caramelo irisado, como si nos bendijeran niños jugando (Mateo 19:14).

Uno podía ahuyentar los cascabeles de la risa que, desde el otro Parque, el de la Buenos Aires explícita resonaban como en sordina pero que perturbaban la gravedad de los hechos que, en este lado del Parque, el de la Buenos Aires implícita, se narraban y fluían con la vitalidad de los reclamos en carne viva.

Lo realmente imposible de frenar era el goterón de la lágrima, que, los de repente Aparecidos, derramaban con la espesa consistencia de la sangre y la liviana agitación de un tango, oscilando entre lo interminable de un día triste y el oratorio nocturno de los deudos.

Así transcurría la llegada de Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta: entre la oquedad peregrina de los ausentes, desfilando tristeza de hospitales y la oquedad larvaria de los tanatorios, peregrinaban como nazarenos que llevan sobre sus hombros, cual procesión de santos, desasosegadas esperanzas y la fatalidad de llegar clamando a dios cuando no responde y con la cruz de los oprobios, asumiendo la indiferente sombra del olivo, la insidia de las zarzas espinudas y el azote bruto y despiadado, sobando el lomo con las garras de un lobo famélico e insomne.

En medio de este enrarecido clima de señuelos alegóricos y realidades de purgatorio, Leopoldo se levantó como si su cuerpo tuviera el peso de los mortales; de la totalidad de todos los mortales que tomaban sol, paseaban de la mano o en bicicletas en el otro lado de nuestro simbólico Parque, disfrutando de un picante sol sobre la Buenos Aires explicita y desbordante. Se incorporó digo, y no quiso mirar el cielo por no adocenar el gesto de lo inexplicable, ni abusar de los lugares comunes de la teatralidad cotidiana de la vida.

Con la mirada fija en un punto nodal de la congoja y del llanto, dijo:

— ¡Siempre junio! Ya en tu anterior mamotreto, mi querido Poeta Pretencioso, hemos hablado de esto. Hemos prodigado en palabras y conceptos las marcas de junio en mis personales sonajas del tiempo. El calendario me consigna en la mitad anual, a tener marcas de lo que indica como caprichos del recuerdo o agoreras premoniciones de números y días languideciendo en su órbita cíclica, que se lanzan como flechas hasta dar en el centro de la diana, donde la existencia acumula sus incógnitas y yo mis desconsuelos. Y ¡atentos! que dije LA vida y no MI vida, porque vengo de estar *tendido como cualquier hombre tendido que va a morir*, perdiendo el sustrato posesivo de este amasijo de huesos, carme y emociones.

—Haceme el favor Leopoldo y compartí el derrotero de tu voluntad desafiante, como tu personaje Adán Buenosayres, ubicado en el fangal del primer helicoide de nuestro viaje al tártaro. Te convido a que agarres el paraguas rojo de la travesía, haceme el favor, también ponete las botas de goma como en aquel premonitorio día, que se viene la lluvia de lo incierto y el pisadero de las huellas híbridas del maligno, que mitad pezuña hendida mitad metatarso de Adonis, nos quieren empantanar para que no lleguemos a la encrucijada, donde los dejamos en bolas y gritando como teros —lo conminó Schultze, apelando a la evocación literaria y al mandato polisémico del inframundo.

Perdido en la tormenta[3]
(contingencias dos)

Cuando reconocieron a Leopoldo, varios de Los Reclamantes se acercaron con la intención de saludarlo y agradecerle tantos esfuerzos puestos en recoger amorosamente lo que estaba lleno de oprobios, ignominias, vergüenzas, desagrados, vilipendios, deshonra, injurias, profanaciones, infamias, ofensas, máculas, denigraciones y vilezas. Inclusive, en ese holgorio luctuoso de reconocer al «Poeta Depuesto, pero nuestro» alguno le pidió un autógrafo, lo cual solo era posible entre las transparencias del aire, estampando una rúbrica sin contornos, entre la sonoridad de un ámbito litúrgico en sus ecos rotos.

—Y pensar que cuando existía en la tosca Buenos Aires, con mis atuendos y mis carnes, nadie se enteró de mi «Adán», a no ser para ningunearlo, salvo Francisco Ayala, un escritor granadino y exiliado con toda su familia, en un periplo que incluyó Francia, Cuba y Chile, republicano de firmes convicciones, que paso por Puerto Rico y EEUU, regresando a Madrid y a su terruño en Granada, plantando en cada destino raíces de talento literario, amor al estudio y templanza en el ánimo, *como un árbol carnal, generoso y cautivo* (Miguel Hernández, Para la libertad), que le pidió, al todavía embrionario Julio Cortázar una crítica del mencionado libro para su revista «Realidad». Ni siquiera los peronistas me consideraban, también para ellos fui un díscolo, no solo para los pitucos martinfierristas, recién por los sesentas, llegadas las nuevas generaciones a la escena cultural y política, empezaron a valorar

---

[3] Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

mis desvelos por la buena escritura y la defensa de la causa nacional y popular —me confesaba Leopoldo sin resquemores ni reclamos, aunque con cierta tristeza en el entrecejo y un dejo de decepción en la comisura de los labios.

Un poco apesadumbrado, noté que Leopoldo esquivaba entrar a ese derrotero de su ostracismo en el departamento de la avenida Rivadavia al 2300; esa etapa del ninguneo de sus pares del grupo de Florida, pero también de poca solida- ridad de parte de sus camaradas —compañeros, me corrige Leopoldo-, como incitándome a un paso de comedia en la terminología doctrinaria y la ramplonería ideológica.

—Mi venerado Leopoldo, le dije, tenga en cuenta que muchos de Los Reclamantes participaron de mi anterior destripe histórico, donde usted se *nos moría tendido como cualquier hombre que va a morir*, y que por lo tanto están hasta la verija consustanciados con tu derrotero de Poeta Depuesto.

No terminé de decir lo que dije, que apareció uno que acumulaba despojos de vestiduras rasgadas y tornasoles de luz ambarina, dibujándole ausentes extremidades e intermitencias óseas, astilladas y expuestas, estallando entre el morado y el negro para el resto del cuerpo, que casi en un alarido seco, dijo:

—Usted cumplió Leopoldo y volvió cuando se le cantaron las pelotas, perdone la emoción y la vulgaridad militante, también absuélvame en lo poco que lo he leído, pero usted cumplió, usted es uno de los nuestros y con los nuestros se hizo uno de tantos en la masa numeral y eso multiplica lo imposible y suma hasta los muertos en el derrotero esencial y combatiente —ni bien concluyó el impetuoso Reclamante, se disolvió en un líquido vendaval de crisantemos, dejando un augurio de aromas nuevos y dolores viejos.

—El columpio de la vida nos mece con la voluntad de una mano ignota, amorosa y compasiva a veces, cruel y despiadada otras. Y en su vaivén nuestro cuerpo flota sin las penurias

del vértigo, atrapado en ese vuelo simple de energía oculta. No intento con esa frase dar testimonio de ningún talento, ni fraguar teorías de espamento o de ingenios lúdicos, a no ser el de reconocer que Perogrullo es algo más que un paremiológico aplicado al derrotero de lo cotidiano, sino que también puede habitar conspicuos cenáculos y calificadas academias de notables. Sucede que de tantos albures uno se va construyendo con la ilusión de haber decidido algo, quiero decir: uno decide cosas que vienen atadas a sus consecuencias, pero casi permanentemente atravesadas de primicias inciertas y ripios colaterales. Siempre empujando el carro para que no se encaje en la huella ni se aparte de ella. Y hasta por momentos, contamos con unos buenos parejeros que cinchan sin descanso y que responden a las riendas. El problema consiste, creo yo, en no ufanarse en las buenas, colgándonos las medallas al mérito y al esfuerzo personal, pero repartiendo responsabilidades a diestra y siniestra, cuando vamos en las malas y nos enterramos hasta la pera. Todo consiste en aprovechar cuando hay buenas cartas e irse a tiempo al mazo cuando, ni para solapar una mentira dan las cuentas —improvisó nuestro Poeta Depuesto intentando una metáfora gestual como de quien orejea unos pringosos naipes de truco y esperando que de malas se den buenas.

Se alejó silbando una vaga melodía que podría situarse entre un vals y una ranchera, yo por mi parte, me quedé mirando ese espectral gentío que aun vibraba de alegría por el efímero encuentro con SU POETA e insensiblemente me descubrí absorto en mis propias cavilaciones: ¿serán las tramoyas del destino, la razón cincelando los bordes defectuosos de cada día o los cataclismos que produce el libre albedrío? No lo sé, pero los itinerarios y sus sentidos múltiples son inescrutables en el desnudo cuerpo literario: uno puede arrojar una piedra al vacío de la nada misma y percibir el eco de lo inesperado. Habiendo terminado mi reflexión, tropecé dos veces con la misma euforia de animal humano.

Proverbiales dos
(Marechal / Schultze / Macedonio)

─Cuando rumiamos con mi cofrade el Astrólogo aceptar esta convocatoria álmica, pusimos especial interés en constituir un universo íntimo de sinfonía infinita y resplandeciente en el ámbito paralelo y en este caso, residual de la Buenos Aires implícita, poniendo en valor el barrio simbólico y profético, donde, con el ya mencionado cofrade iniciamos (Adán Buenosayres mediante) nuestro viaje a Cacodelphia ─acotó sin preámbulos Leopoldo o preambulando sus posteriores dichos, frases o sentencias.

─Al punto digo, que se estaba haciendo imprescindible una parrafada explicativa para revelar qué intríngulis es la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, aunque ya algún intento explicativo haya expuesto en anteriores capítulos, este Barroso de realidad ambivalente, que, dicho sea de paso, nada tiene de la inventiva pirotécnica y mordaz de aquel Barroso Megafónico ─acotó Schultze mirándome displicente y provocativo, limpiándose las uñas de la mano derecha y cada tanto frotándolas en su delantal de mezclilla, eclipsado de óleo y carbonilla.

─Debiera decirse y lo dejo dicho, que: estas realidades paralelas abrevan en el vértice natural de una prosa adecuada y prolijamente desmedida, asistida como es lógico y natural por la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. Para ir clarificando las cosas: el universo nos atraganta de una realidad que sólo soportamos cuando el desconcierto supera la náusea, entonces allí atacamos nosotros con la puntualidad

de una novia y la urgencia de su consorte —agregó el Poeta Depuesto con ademán de mutis por el foro.

—No sé si volveré a merodear por este manoseado espinel de letras, en todo caso lo dejo a la improvisación y antojo del Poeta Pretencioso, dijo Macedonio, mientras atusaba su indomable melena de maese peripatético. Algo ya he mencionado y si el potencial lector no ha sido impróvido o demasiado exigente en la naturaleza de los dichos y las cosas, habrá advertido que la Teoría de Cuerdas acude con su arpegio filosófico sobre el intríngulis físico de Kaluza y sus quarks de querusa (perdón por el argot, pero me pareció sonora y reveladoramente adecuado). *Vibra que vibrando llegaremos al Kilimanjaro*, dice un refrán de los bantúes chagga, aferrados a cierto modernismo agrícola y oraciones de chamán añoso. *De tu vibrar depende la cordura de mis actos*, frase que pro- firió Tesler días antes de que llegaran los hombres del Bor- da con sus angarillas de fierro oxidado, por no mencionar a Nietzsche: ¡*El hombre dejará de lanzar la flecha de su anhelo más allá del hombre, y en que la cuerda de su arco no sabrá ya vibrar! Yo os digo: es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina. Yo os digo: vosotros tenéis todavía caos dentro de vosotros. ¡Ay!,* que dijo esto, cuando aún Zaratustra le hablaba al oído y la postración cristiana aún no lo extenuaba. No en vano «el lector de desenlace», sino se provee de las vibraciones del texto, será un bobalicón de lectura apócrifa en el mejor de los casos, cuando no un insípido «lector de vidriera», y yo, mis amigos, siempre opto por el lector que me repudia y hace de su cuerda un nudo o de su jofaina un casco de guerra, consígnese que he dejado constancia de todo esto en mi indispensable quisicosa filosófica, «Museo de la novela de la eterna». De la misma manera, este diseño complejo del absurdo quijotesco, pero de utilidad metafísica, nos permite mezclar lo límbico y astral, con la realidad objetiva y palpable. Sólo es necesario tener la emotividad casi al punto de las laceraciones espirituales y el cuerpo con la resistencia tenaz de un protozoo unicelular (léa-

se ameba) y sus fagocitosis constantes. Y si mi elocuencia lo permite, pondré en consideración lo siguiente: este portento del encuentro simbólico pone en estado de transcendencia la mítica ciudad donde ocurrieron los hechos históricos. Nuestra presencia sustancial abreva en la contundencia del horror y en el permanente batallar por la visibilidad de las causas populares, tanto las perdidas como las que posiblemente se pierdan. Allí estamos parados, con la firmeza de una pica en Flandes, de lo contrario sólo seríamos un clamor al viento o un pedo en la glorieta, como le gusta decir a Leopoldo cuando estampa sentencias sobre la futilidad o esplendor de las cosas —y dicho esto se alejó de la burbuja conceptual para trasladarse, montado en el burro bíblico, hacia su descansatorio de la Recoleta en la Ciudad de la «Yegua Tobiana», y gritando: *no me esperen, pues cuando regrese estaré ausente*.

— Muy didáctico el maese. Buena cartografía ha aportado para quienes se meten a husmear en la desorientación del purgatorio o se aferran a la brújula de la contingencia divina, sin tener el más mínimo sentido de lo ignoto. Suerte la suya Barroso, que se le aparecen los mejores en el sentido categórico de sus cualidades de doctas almas imperecederas, y que en tierra firme dejaron como una huella o sustrato que aun recorren los barrios universales con la argentinidad a cuestas. Y estoy sabiendo que me auto-referencio, será por estar en esencia y consistencia de las virtudes cívicas, en el surco mismo de la siembra patriótica con el arado justicialista y sus aperos liberadores (se me metieron los amaneceres de Maipú y el crepúsculo de Las Armas en el centro de la metáfora). Sucede que me forjé con las palabras y las letras de muchos mastodontes literarios, bajo el influjo y la mirada del Divino Mastodonte, quien me enseñó la piedad y el decoro, también a cambiar el caballo en el lugar que sea, si uno ve que los ollares se le dilatan como ojetes del demonio. Pero sólo cuando hube de cruzar el Jordán de las Causas Populares, codo a codo con los humildes y desposeídos, pude mirarme con orgullo en el espejo de los Justos —un poco ruborizado y casi

pegado a mi oreja susurró Leopoldo, exhalando un agradable aliento a tabacos orientales y de alguna colonia para asentar los poros después de afeitar la barba recién crecida.

Sin temor a equivocarme y vacilando lo indispensable, creo que queda resuelta la índole del encuentro, la naturaleza y el método de convocatoria y los factores físico-aleatorios y mítico-incidentales concurrentes. Concluyendo que: *más lindo queda feo*, como decía don Pepe, mientras mi amigo Marcelo reflexionaba sobre si la paternidad siempre venía con un gallego en la bodega.

La tormenta y los niños
(del libro lunario de Los Reclamantes)

Dice la crónica: «12.40 horas, jueves 16 de junio de 1955, una escuadra de 30 aviones de la Armada Argentina iniciaron sus bombardeos y ametrallamientos al área de la Plaza de Mayo. La primera bomba cayó sobre un trolebús repleto de niños, muriendo todos sus ocupantes».

Desde el sur, teniendo como referencia nuestro banco del Barrio Parque Cornelio Saavedra, a la vez ubicado frente a la Parroquia San Juan Bautista El Precursor, que ya sabemos quedó fuera de nuestra burbuja temporal, pero asimilada al baluarte fundacional de cualquier historia anclada en la Real Realidad de la Terca mula de la Memoria, desde aquella «Choriceada de Órdago», cuando Leopoldo se nos *moría tendido como cualquier hombre tendido que va a morir*.

Nuestro banco digo (apropiándome de esa transitoriedad de los objetos y de la perpetuidad de los sustantivos), en el que estábamos sentados los tres: yo con mi carnalidad fluctuante y pesarosa, no exento de raras fulguraciones como chisporroteos de cortocircuito eléctrico. Leopoldo y Schultze, con la firmeza ideal de sus cuerpos nimbados, atiborrándolo todo de una supra existencia de proporciones mitológicas, al tiempo que derramaban un dolor en forma de musgo, que se adhería como abrojos de luz, a una caprichosa brisa dibujada y difuminada con intermitencia de bujía navideña.

Desde el sur, entonces, y como abriendo un tajo de luz oscura, como pariendo una densidad de otra matriz herida, apareció con la lentitud de un ademán en la somnolencia matutina o como una hoja que el otoño morosamente agrupara

en el ruego de no sucumbir en la caída. Desde el sur, repito, el trole avanzó hasta el centro Geográfico de lo Imposible haciendo vibrar la Bordona de los Destinos Imposibles en su convocatoria luctuosa e inapelable.

Sigue la crónica de ese día: «La tercera, que erró el blanco por 200 metros, cayó sobre la calle Pueyrredón: mató a un automovilista y a un niño de 15 años»

Desde ese sur de «Los cien barrios porteños» (Vals, de Rodolfo Sciammarella y Carlos Petit), venían todos los niños que caben en un trolebús lleno de niños. Eran de San Juan y estaban de paseo, por mera excursión promovida por la chirusa, yegua, advenediza (no me atrevo a escribir: puta) y el Tirano Depuesto, según el indignado relato de unas señoras de una clásica escuela, privada, recoleta y religiosa.

Según narraron algunos cronistas, los cuales afirman que le hubiera expresado el mismísimo sobreviviente del 305, que venía de Barracas con destino a Recoleta: «esos pibes veníanan de un antes hacia un después de asombrados viajeros. De un antes de exclusiones a un después de hombres iguales y mejores, y terminaron abrazados en la ceniza de la traición y la brutalidad de las explosiones».

Ya en el territorio de nuestra convocatoria, entre imprecisas coordenadas y sobre una calle techada de una luz incandescente, bajaron todos los niños desde el sur de ese trolebús lleno de espanto. Llevaban máscaras de teatralidad clásica o representando a sus héroes radiales o simplemente un recorte de cartón con elásticos cosidos a mano y pintados de un misericordioso color albo, sus cuerpos eran silencios arropados por la neblina azul que dejaron las bombas y el amor filial adherido como un inoportuno harapo de cobijo.

— ¡Quiero entrar por la hendidura de la Creación y pedir explicaciones al Barro Primordial y al Amasador Divino! ¿Qué amasijo chapucero ha arrojado como resultado esta levadura sin fragua y su consiguiente desperdicio ontológico, su arra-

sada misericordia y su divina providencia? ¡Achuren al Adán bíblico que es una mojigatería para párvulos y traigan a la verdadera bestia que se apropió de lo humano! — decía un vociferante Schultze, entre lágrimas y con las arterias yugulares inflamadas de ira.

Me acerqué al Astrólogo tratando de acompañar el colapso emocional en el que lo dejó el arribo del trolebús de los niños mutilados. Sus brazos como aspas blandían pinceles de oscuros colores, los que a la vez trazaban luminosas escenas que, como fusiladas camisas de Goya nos postraban entre la admiración y el sollozo suplicante al vernos tan impotentes, ofreciendo apenas un desahogo literario, una exposición pictórica de lo dramático, una banalidad del arte que al menos asumiera el horror de los alegatos.

Daba saltos livianos, incorpóreos y a la vez grotescos y pesados, lo cual hablaba de por sí, de su estado álmico en crisis áurica y de su lúdica vicisitud corpórea, que oscilaba entre la enajenación de un beato vulnerable y la compostura de un violinista de conservatorio en medio de una milonga del bajo. Simultánea y atropelladamente relataba escenas en un atronador y gutural *neocriollo*. Relatos orales cargados de una gravedad de *putidrama* y lucidez de *neogogo* (y aquí el *neoidioma* lo explica todo).

Sólo recobró la compostura para honrar el siniestro desfile de los pibes que regresaban al trole destinado al volver una y otra vez para relatar mudamente un crimen repleto de niños en un trole que pasaba por la Plaza de Mayo, cuando la primera bomba, de un total de entre 9 y 14 toneladas de explosivos, cayó sobre la mansedumbre de sus cuerpos y la agitación pueril de sus sueños. Una y otra vez volverían porque la indulgencia edénica los paseaba del limbo a la pérti- ga del cielo, sobre un carro traqueteante, más parecido a la Chillona del Averno que a las celestiales ruedas del Carruaje Supremo.

Hubo repentinamente una crepitación de hojas y un murmullo creciente desde el oeste. Las menciones de ubicación geográfica son para que el lector busque su centro en la geografía extra muros del texto, aunque tiemble un poco la sintaxis y que el punto cardinal orientador, ya descripto en un capítulo anterior, a veces resbale, priorizando orientaciones sin brújula en el tiempo y sin espacio concebido.

Y aquí me detengo, pero solo para añadir precisiones de ubicación y temporalidades abstractas, en esta relojería lubricada con lo eterno-inacabado y sus cronologías de la manganeta astrológica; dicotomía resuelta entre la ubicación terrestre versus una realidad que entra sin permiso y en puntas de pie, como una consumada bailarina renga. Como ya referí anteriormente, nuestro banco del Parque estaba enfrentado a la Parroquia San Juan Bautista El Precursor, la que se mantenía del lado de la Buenos Aires concreta y vulnerable. Del lado de acá, donde la Buenos Aires intangible y protectora nos albergaba, el sur quedaba enfrentado diametralmente al banco, quedando el este y el oeste según esa cardinalidad inicua, caprichosa e irrefutable. O sea que, el norte era el límite mismo del banco y un par de metros más de vereda donde cada tanto pasaba una bicicleta con un vejestorio que pedaleaba lento pero firme, y que vociferaba, con una voz chiquita pero clara, sus virtudes para afilar cuchillas y tijeras. De lo que se desprende que nos habíamos quedado sin norte o mejor dicho con un norte estrecho y de cara al sur, sin atenuantes orbitales ni bitácora que dejara sus agujas quietas. El vejestorio en cuestión transitaba los confines de la vereda en frecuencias variables pero constantes. Como se desprende de párrafos anteriores, era un afilador que en nada se parecía al Capristo del Megafón, pero que funcionaba como alegoría de una batalla, al menos por hora no perdida, mientras su siringa siguiera en pie de guerra. Por si no quedó claro: el sur era nuestro norte.

Decía entonces, que las hojas crepitaban, y lo hacían bajo los pies de una multitud que, desde el oeste hacia crecer su murmullo, también acompañado, por una tenue polvareda de malón en pata; murmullo que mantenía unos decibeles que parecían no respetar la siesta ni los maitines. Como ya he mencionado, tropezando con mi elocuencia: el sur nos tragaba con su imán histórico y que en ese norte éramos baluarte, por lo tanto, vaya saberse si algo más que peste traía el punto cardinal restante, el que a esas alturas también era un residuo de amanecer sureño.

En ese remolino de coordenadas y centros de periferia móvil, apareció un cartel sin ambigüedades en el texto, pero intrigante para el derrotero del contexto: «ya para estar dormidos habrá tiempo y osamenta», así rezaba el cartel de fondo blanco y letras de un escarlata cardenalicio, que repentinamente apareció oscilando entre dos barriletes estrella, sin hilos, sin flecos y sin cola.

Era curiosa la sensación de estar viendo un gentío incalculable en un espacio imposible, atravesando un tiempo que a estas alturas era una chatarra de Cronos o una manipulación astral de esta Buenos Aires abstracta, donde pacía la Terca Mula de la Memoria, manteniendo su carga intacta de tozudez simbólica y la ya comentada orientación de brújula hirviendo en una olla.

De repente, alguien no identificado salió de entre la multitud, más bien como si fuera un gajo se desprendió de esa unión carnal y majestuosa, hecho una tímida luz se adelantó, y tomando la delantera, como una vanguardia airosa, gritaba en tono de reclamo, pero con armonía gregoriana:

«Todos los niños muertos que caben en un trolebús lleno de niños vivos nos miran abrazados al espanto. Sus máscaras solo ocultan nuestra humillación de no verlos como niños muertos por las bombas del odio oligarca, pagadas por la Embajada; arrojadas por quienes deshonraron las armas de la patria, bendecidas por obispos que llevan al Cristo a la rastra

y por políticos que no vendieron sus almas porque no valían ni la palabra».

(Barroserías) 1

[Los embrollos de la física han perpetrado teorías de universos simultáneos, en complicidad metafísica con nuestra necesidad vocacional de experimentar la náusea de nuevos conocimientos o de ignorancias llenas de promesas.

De estos universos adyacentes, algunos dicen que quedan huellas o polvareda de malones estelares arrastrando otros cautivos universos.

No como huellas convencionales o alegóricas a nuestras pisadas o rutinas, sino, tenues o grotescas hendiduras; rastros tan sutiles como el aire de un gesto de despedida en la escollera de un puerto o el vestigio de una lágrima en el cuenco de unos ojos yertos.

No las aquellas huellas (de la sintaxis), registradas en prontuarios o corazones invadidos de emociones, tampoco las que surcan como heridas adyacentes la última mirada de alguien que se muere o la primera de un nacimiento.

No hay constancia en la nómina de los registros voluntarios ni en coercitivos censos. Ni la casualidad del olvido en los folios o la imprudencia de un escribiente derramando tinta o atiborrando sellos.

Nada de eso. Apenas tenues vibraciones en el espacio como la sensible Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles u otros artefactos migratorios en el envase del tiempo.

A lo sumo, titubeantes ondulaciones en la atmósfera persiguiendo las circunvalaciones de un insecto. Dibujos espectrales que sólo se ven con los relámpagos de la ciencia cuando la ciencia nos aburre con sus pálidos destellos. Ondas

imperturbables a los poderes de la materia o a la materia de los poderes o a la imponderable materia, que atormenta lo que está escondido en el último rincón de un fragmento de lo que no se ve ni con el ojo del Kalku mapuche o las sediciosas Seikõnas nórdicas.

Sombras de otras sombras que se adhieren como el musgo a las piedras o dejan su crepúsculo sobre las aguas y entran por el ojo de una aguja proyectando su verdad de penumbras.

Lo que se hunde en el portal de los recuerdos sale por la brecha de un olvido incierto

He aquí la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. La Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles. También otras que ya han sido mencionadas en anteriores libros originados en esta Buenos Aires adyacente y supernumeraria.

Así pues, los convocados pueden provenir de la pulpa infinita del universo, del maremágnum ácrono de la historia. De un campo santo o de las calles de Lomas de Zamora. Nada los detiene en esta convocatoria atemporal y apremiante de los hechos y sus mendaces o veraces referencias, con todos los que fueron devorados por una realidad construida por los que solo aceptan LA REALIDAD de los beneficios individuales y los méritos de alcurnia y de nacimiento.

Seguramente habrá detalles y desprolijidades en su intrincado funcionamiento: mecanismos que fallen, desperfectos astrales; variaciones imprevistas a la hora de rescatar la verdad de los muertos y la brújula del héroe. Sortearemos a cada paso cada acontecimiento: «la cuestión es entrar en batalla, después iremos viendo», como dicen que dijo Trotsky, que citó a otro que no me acuerdo.

Y todo puesto en evidencia por la natural intervención de un navegante voluntario, ya algo versado en estas lides (un servidor) y oportunamente catalogado como el Poeta Pretencioso, por quienes, en sus formas de luminosidad astral

y opacidad corpórea se auto convocaron (para los distraídos me estoy refiriendo a Barrantes y Barroso), metiéndose a críticos literarios en el anterior prólogo *de mi anterior viaje catártico y que, como perico por su casa se pasearon en el oratorio del tiempo. Y espero me disculpen, esto de mencionarme en tercera persona, pero es la única jugada que aprendí de Maradona sin romperme los ligamentos.*

Digo entonces, ya superado el trance de conjugaciones verbales y referencias deportivas, que acepté el reto de atrapar en palabras lo inconmensurable y lo innominado, para poder ponerle nombre y mensurar la masacre. Entonces, podemos acordar que todo este recorrido requiere cierta complicidad del lector en el zurcido de los posibles agujeros del presente artefacto y también algún pespunte para el remate vistoso de este traje de alegorías, al menos mientras dure el ínterin de las metáforas de costurerita, sin el beneficio de las musas del mal paso, las que supieron consolar a Carriego, si mal no recuerdo.

Finalmente, es menester poner en evidencia cierta perspicacia a la hora de tramar mi propuesta de entrar a la historia como si estuviera la puerta abierta o como quien está provisto de una llave maestra, de lo que se infiere, entonces: «que toda literatura es una complicidad sin consenso y una sinrazón que vuelve previsible lo improbable y probable todo lo imprevisto».

Proverbiales tres
(Schultze / Marechal)

—En aquel tiempo de tu osadía literaria era yo tu guía y consejero. Recuerdo que alguna vez me llamaron: «Virgilio de ferretería», cosa que no me afecta porque, si no me equivoco, eran unos burgueses de uno de los putribarrios de Cacodelphia, que chapoteaban en el fango de sus incapacidades solidarias y sus limitaciones intelectuales. Otrora tiempos de la gloria hecha prosa y de una gloriosa prosa que nos trajo problemas hasta con los lectores de Para Ti y Poncho Negro, porque te veían atravesando el peligroso sendero de los herederos del gran Homero. Eras vos Leopoldo, el que convocaba al Ángel y el Ángel venia para recoger las virtudes de tus historias y bendecir tus coloquiales putiadas y dislocadas sentencias. Recuerdo el holgorio de los que bebieron letra a letra cada invocación o condena, alrededor de una coma o de una parrafada de aliento asmático y conceptualmente perfecta. Fue la hora celestial, el momento donde la vida recoge lo esencial y se expone a la evidencia del malestar divino, al abandono de la providencia y al perdón sin remiendos en el traje que el arte elige que usemos, aunque sea de prestado — casi musitaba el Astrólogo para que Leopoldo inclinara la cabeza y pusiera su mano en corneta sobre su oreja derecha.

—Yo mismo, continuó, he quebrado mil pinceles en un solo día de premoniciones cromáticas, hube inventado vocabularios que nombran las deformidades clínicas del universo y de los miles de galaxias que mudan de planetas como de camiseta, cuando los observatorios hacen algún descubrimiento, tan insustancial en lo premonitorio, como el de los navegantes al llegar a las Antillas, y a la vez tan trascendente por el

asombro ignorante de lo ignorado que ha dejado de serlo. También anduve rascando el caparazón de la tortuga de lo oculto, animal cansino que rechaza la luz replegándose ad intra hasta esconder el mismísimo bordado de su ojete. Y si bien la humildad no es una cualidad en mis antecedentes, diré tímidamente algo que está debidamente certificado en letras de molde en la revista *“Coche a la vista”* de Luis Elías Sojit *en el año 1950, cuando predije* con asombrosa (para los legos) exactitud, el brillante porvenir del Chueco de Balcarce: Juan Manuel Fangio. Soy porque he sido y permanezco tercamente estando, además, de todos los viceversas posibles me asumo ciudadano del cosmos y costilla o barro bíblico del arte. En todo caso, ya lo he dicho en la concreta Buenos Aires, en un reportaje para un *broadcasting* de la época: *«Soy campeón del mundo de un juego que nadie conoce todavía: el panajedrez; soy maestro de una escritura que nadie lee todavía; soy creador de una técnica, de una grafía musical que permitirá que el estudio de piano, sea posible en la tercera parte del tiempo que hoy lleva estudiarlo. Soy director de un teatro que todavía no funciona. Soy el creador de un idioma universal: la panlengua, sobre bases numéricas y astrológicas, que contribuirá a que los pueblos se conozcan mejor. Soy creador de doce técnicas pictóricas, algunas de índole surrealista y otras que llevan al lienzo el mundo sensorio, emocional que produce la escucha de una audición musical».* O sea, soy todo lo que aún no he sido en el mientras tanto.

─Digo de mí lo que digo ─retomó *Schultze* su alocución sin hesitar─, para ahorrarle al cofrade Barroso las tediosas liturgias enciclopédicas, los catafalcos biográficos o los duermevelas académicos en disertaciones referidas al arte de nuestra época. Y digo de vos Leopoldo, que de los argentinos son tus letras, ya sea por excelencia y persistencia, por didascálica y sarcástica, por cristiandad piadosa y en pie de guerra. Si de apólogos chinos y diálogo socrático en la espesura filosófica de lo nacional cosmogónico. Si de la autopsia económico-narcisista a Creso; detestable piconero de los to-

ros vencidos por una economía de perros sabuesos. Si de poemas o pormenores de metafísica se tratara, de toda secuencia de pensamientos hecho palabras y palabras hechas como saetas atravesando de consignas la patria. Ni sacerdote, ni guerrero, burgués o proletario han estado ausentes en tu bitácora de maese transatlántico. El «tiempo de buey», tiempo que dedicamos al trabajo, y el «tiempo de ángel»; el de la contemplación que sirve para cantar la palinodia de algunos detestables actos humanos. Nada, que digo ¡NADA! ha quedado en ausencia a tu desborde de templario mítico para los fermentos creativos y las jugosas frutas del arte. No te ruborices ni agredas a tu pipa como un fogonero alimentan- do su caja de fuego para que acabe de una vez mi retrato. No podría exagerar la propia desmesura que te desmesura, ya sea en tus novelas, concebidas en la gesta heroica, el tran- ce filosófico, la incomodidad política y la lucidez del lengua- je. ¡Qué va! ni el diapasón dorado de tu poesía podría hacer yo, sonar más alto, Y tan luego, la acidez conceptual de tus sainetes o la fundacional alegoría de Antígona Vélez en La Pampa Argentina. ¿Qué podría yo exagerar que no esté en tu prontuario de exageraciones escritas?

— Estamos como estamos —interrumpió Leopoldo entre una bocanada de humo que anubló toda la Buenos Aires críptica y advirtiendo la inutilidad práctica del devenir histórico—, estamos como estamos, digo, si se siguen sacando la pelusa del ombligo los de la media clase y los proletarios se conforman con las miguitas que derraman los atildados empresarios. Propongo, que, si seguimos de pascuas a ramos en esto de la justicia social, prepararemos una catarsis melancólica bajo una parra de promesas, o bajo los manzanos esperar la fruta newtoniana con la gravedad del caso y la ley hecha trampa. Ya sé que no es momento para jaranas discursivas ni para metáforas de ringorrango en esta Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, saturados como estamos, con los aullidos que atormentan hasta la letra de los tangos y el volumen de las rockolas. Agujeros de metralla, cráteres con

dimensión de aguadas, aviones con la cruz de cristo haciendo las tareas que la serpiente de la tentación les reclamaba y que no eran ni la párvula faena de ver caer la hoja de parra o morder el fruto del deseo, sino masacrar a mis compatriotas como quien escucha el repiqueteo de la lluvia sobre la ventana —finalizó el Poeta Depuesto dejando en claro que no finalizaba y ni aclaraba.

Ambos enmudecieron, en tanto miraban pasar al vejestorio afilador, esta vez sacando filo a una guadaña de dimensiones desproporcionadas, produciendo chispas como de artificios chinos o zafarranchos bélicos, desbastando con maestría los bordes de un metal ignoto, que chirriaba como carcajadas del inframundo, que se renovaba en destellos, que más que iluminar, empañaban con oscuridad de purgatorio y sotanas. Repentinamente nos pareció ver como en tinieblas la mano huesuda de la parca, en un gesto de firmeza casi publicitario, requiriendo ampulosamente su instrumento de trabajo, aduciendo que no hace falta tanto filo para el que siega pasturas blandas.

El Astrólogo esbozó una sonrisa desafiante como invitando a la Hilandera de los Abismos a un contrapunto de conjuros o convidándola a un simple pasatiempo de reglas atávicas y oscuras. Leopoldo mencionó algo confuso que salió como un chiflido entre sus dientes y la pipa, algo así como Abaddón o Apollión, seguido de una gruesa palabra del más puro, bruto y castizo castellano.

En todo caso, ambos denotaban un cansancio legendario en la astralidad de sus cuerpos; demasiado carnales para semejante pesadumbre, demasiado etéreos para levitaciones, liturgias y espantos vestidos con capucha.

Finalmente se quedaron mirando con melancolía el regreso hacia la Parroquia San Juan Bautista El Precursor, donde desde el púlpito, el cura Benítez oficiaba los sacramentos a una pareja de novios embelesados, mientras el padrino cruzaba los dedos y la madrina se santiguaba con disimulo y presteza.

El muerto que vive
(del libro lunario de Los Reclamantes)

¡Aquí estoy, soy el muerto que vive! ─a voz en cuello dijo uno, ubicado en el centro mismo de lo que podríamos llamar, una escenografía realista de la Plaza de Mayo, si no fuera porque era la mismísima Plaza de Mayo, ocupando el espacio central del Parque, aunque el parque mantenía su aspecto inalterable. Podría pensarse en un holograma, pero era una definición tecnológica que poco tenía que ver con nuestra geometría metafísica y la ciencia hipotética del tiempo y los espacios paralelos; mucho menos mantenía congruencia con algún fenómeno físico de inalterabilidad de la materia o de catálogos de probeta.

No había nadie, es decir, estábamos Leopoldo, Schultze, yo y un aura negada a manifestarse que sospechábamos era Macedonio, seguramente reflexionando en un plano astral de baja frecuencia, deliberadamente provocativo y seguramente vizcacheando el derrotero de nuestras peripecias. De Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta no quedaba nadie, sólo nosotros, y en ese momento de cierta quietud premonitoria pasábamos inadvertidos. El hombre en cuestión, no sólo se percibía solo, sino que técnicamente lo estaba.

Tiempo después comprendimos la naturaleza del fenómeno. Sucede que, efectivamente había habido un sobreviviente al destriperío de inocentes que Los Horribles perpetraron, usando el cielo como rebozo de la muerte, hasta dejarlo consecuentemente negro y repudiable.

Después de mediciones astrológicas y barruntos bíblicos, y habiendo analizado el índice refractario de la cúpula abs-

tracta que nos cobijaba, concluimos que este pasaje temporal de ubicación precisa pero neutra en el que nos encontrábamos, sólo nos hacía visibles por convocatoria álmica o intrusión literaria, tal, mi propia presencia, nunca supe bien si como cronista de las nebladuras de la Real realidad de la Terca Mula de la Memoria o como epígono de mis maestros venerables. Sea como fuere, el que ahí se señoreaba era un acontecimiento de naturaleza límbica y de raíz astral incuestionable, corporizado a pura insistencia de convocatoria lírico-panfletaria.

El real sobreviviente, Benito Lemos, ya había otorgado notas y reportajes después de cincuenta años de los hechos y seguramente no estaba para fluctuaciones de carnadura viscosa y/o llamadas telúricas a un ensamble histórico-teatral de coordenadas dudosas y de participantes de un presente fronterizo con un pasado latente y un futuro errático.

Cuestión que, habiendo tomado el centro de la escena y ausente de toda otra presencia, inclusive de la suya propia (ya enajenada al ámbito etéreo) y con una circense estabili- dad emotivo-actoral, que lo hacía temblar y expeler sonoras flatulencias e hipadas sonrisas de actor en pánico. A pesar de todo y con las ínfulas de un Grotowski en chancletas, vestido de entre casa y con salpicaduras de artificial sangre sobre el cuerpo, tronó con una declamatoria a lo Tejada Gómez con carraspera de semillón mendocino:

De aquel trole baje caminando hasta el tropiezo de mi asombro y de mi sino

Óxido de guerra chorreaban los fierros como en un oscuro río

Era el trole 305 y traqueteaba por Paseo Colón esquina Victoria meta vaivenes y chirridos

Hubo un estruendo y luego un viento nos abrazó con sus esquirlas y añicos

Polvo y humo cegaban la hora brutal de los cuerpos rotos o malheridos

Era la confusión de un mismo destino como diría años después el poeta Alfredo Carlino

Y en ese amasijo de piedras y fierros escuché aturdido mi propio alarido:

¡Aquí estoy y estoy vivo! mi mano en alto agitaba con mi sangre un caudal frío

Fue en el hospital Durand donde abrigué mi último pacto con el destino

Sobre mi piel se estremecía otra piel helada entre el pasmo y el auxilio de las gasas

Los antisépticos ardían con la sangre hasta el borde de las llagas

Yo era un radical de Yrigoyen

Uno más en el anecdotario de los mansos sin partido

Nunca quise al General pero esto excedía calificativos hasta los límites del odio y además sangraba niños

Fue la muerte toda arrastrándose hasta dejarnos pura carne sin osamenta

¡De esta hoguera nacieron como aullidos las tormentas!

El texto, un poco panfletario y de estrofas monorrítmicas, que tiene las buenas intenciones de las que el Dante ya ha sufrido las abusivas citas en el empedrado de notas al pie, acápites e incisos. De todas maneras, describe lo esencial del momento vivido, y debo reconocer, que a medida que iba declamando su voz tomaba una sonoridad de virtuosa teatralidad, su cuerpo dibujaba los espacios ilustrando la tragedia

y sus gestos habían logrado la clarividencia de los hechos hasta seducir la caída de una lágrima o dejar en el pecho un vacío.

Leopoldo convocó a Macedonio a través de una evocación en la que intermedió el Astrólogo usando sus dotes de nigromante, atentos a que aferrado a sus mañas beligerantes no cedía en su determinación de mantenerse oculto y melifluamente expectante. Schultze, como en su memorable y poco reconocida actuación en el Adán Buenosayres, en el momento que frente al ombú de entrada a Cacodelphia dibujó una circunferencia de caprichoso diámetro y que con cacareadas invocaciones trajo a doña Tecla y abrió las puertas de Cacodelphia. De igual manera y usando el mismo piolín de aquella vez, sujetando una punta a la misma navaja tripera y midiendo a la manera de los que curan el empacho, calculó la longitud que, según sus cálculos, debíamos guardar respecto al árbol (del cual no he hablado, pero que era un liquidám- bar y estaba situado casi en el centro de la escena), e inmediatamente, después de haber resuelto su conjetura métrica, arremetió con paso de un minué afectado y trazó un círculo perfecto sobre la superficie terrosa del pasto, que de repente se volvió tierra seca. De un salto ágil y a la vez pintoresco se ubicó en el centro mismo del círculo; comenzó hablando en panlengua e invocaba a Macedonio por sus barbas y su verba, mientras nos cubría de una densa polvareda, por el efecto de bailar una cueca cuyana, frenética y en patas. Al punto apareció Macedonio, y sin dejarlo decir agua va, Schultze le espetó:

—Por favor devolvé al ignoto actorzuelo a su proscenio natural, así como lo trajiste, fletalo a su monotonía práctica y su estabilidad emocional cotidiana, que nos está dislocando el clima de la convocatoria a Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta. Bueno quizá no tanto, pero trastoca la poca organización que tenemos, acudiendo desde una marginalidad sin aviso previo y sin constancia álmica.

Sin sentirse ofendido ni reconvenirlo, a la vez que, indolente y casi divertido, Macedonio, tomó de una pestaña (postiza) al actor de reparto de teatro independiente y ambos ingresaron en un embudo de luz invertido, que al desaparecer volvió por un tris histórico a la posición útil para la que fue diseñado, tanto el objeto como el efecto. Aunque, pasado el tiempo y ya acabada mi travesía atemporal en el espacio anónimo de la Terca Mula, y ya de regreso a la Buenos Aires aciaga y concreta, descubrí que el quidam en cuestión era un actor de reparto de teatro independiente, del barrio de Monserrat, que, como ya sabemos fue oportunamente convocado por Macedonio, desde una alquimia filosófica de iniciación a la metafísica retrospectiva, sin consulta previa y engatusándolo con el estrellato escénico, lo zampó en la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles hasta ubicarlo donde ya hube relatado y que el acto de regreso al cual fuera conminado por el Astrólogo, fue solamente, otro de sus trucos de bribón epistemológico . Por fortuna aún no se había cerrado el embudo temporal y pudimos regresarlo con su humanidad intacta, tal como había llegado, me atrevería a decir que mejorado, aunque tuvimos que combinar empujones de catadura espiritista y súplicas de viejos ritos romanos de mortificación y augurios. El fulano en cuestión quería su oportunidad y le fue otorgada en el bochinche astral que habíamos armado y del cual Macedonio, siempre participaba de soslayo, semejando un pícaro Mefisto rioplatense o ímprobo boticario de almas.

—Ya verán como todo sirve para hacer visible esta ignominia ejercida impune y violentamente sobre la masa, que a la vez numeral es esencial a los destinos de la patria, a su suceder presente y a sus naturalezas anteriores —intentó coronar el momento, Leopoldo, haciendo una administración verbal de conjugaciones de optimismo alegórico.

Todo parecía retomar la normalidad de las causas perdidas y de las provocaciones nativas de nuestro sur-realismo, como diría el poeta Roberto Santoro (detenido-desapareci-

do el 1° de junio de 1977 en la Buenos Aires inhumana de derechos), jugando con la lingüística de Saussure y con las ambigüedades gramaticales del verbo. Sucedía lo que de sucederse podía en esta controversia entre el no tiempo y los espacios inciertos. Atestados de almas buscando una paz reparadora que no fuera un discurso en las puertas del cementerio en ámbitos de clandestina militancia. Y en ese transitar de los imprevistos y el camino mensurado, oímos lo siguiente:

—Según la etimología, la sabiduría es, entre otras cosas: «alto grado de conocimiento». Ahora bien, según mi estimología, en momentos como este: «la sabiduría es poner toda la carne al asador sin dejar siquiera una tripa en la heladera» —fue lo que solemnemente dijo el Astrólogo, delineando con un pincel de brocha gorda y cerdas fina, unas delicadas alas de mariposa con cuerpo y ojos de paloma y con un chinchulín en el pico.

Proverbiales cuatro
(Marechal)

Como si estuviera en un auditorio público dando una conferencia, y subido a un banco del Parque (no donde nos habíamos reunido originalmente, sino en otro, en la Plaza Dr. Vicente S. Lima, frente a la escuela Naciones Unidas) que usaba a manera de tribuna. Con una mano (creo que la izquierda) dentro del bolsillo del saco, no totalmente, dejando el pulgar asomado y apoyado sobre el borde y con la otra mano gesticulando sin aspavientos, Leopoldo ante una multitud invisible, pero de presencia vibrante, dijo:

─ La frecuencia de la poesía está calibrada entre la vibración metafísica del alma y la contractura lúdica del cuerpo, aunque no es excluyente que se invierta el orden y no se altere la calidad del numen creador o el producto artístico ya consumado. Hay una madurez que se va fraguando en los riñones; el «ad intra» del ciclo creativo, previo al «ad extra» que desparrama sus logros hasta aliviar la inspiración de las musas y la vejiga del intelecto. Finalmente, sin talento y algo para decir, todo lo demás es un trabalenguas del espíritu, una nadería de la chingada, como diría un camarada mexicano amigo de Carlos Fuentes y admirador hasta el bigote de Mario Fortino Alfonso Moreno Reyes. Si es necesario tomen nota, pero lo importante está en que se haga carne la idea, de que, hasta el arte por el arte mismo, tiene una ideología cabalgándole en el estro y expresa una política en su manierismo u oquedad aparente. Es más, los que dicen que lo único que importa en la creación artística es la belleza, me parece que tropiezan feo. Como si la belleza fuera una abstracción de panadería y que el alma creativa la adquiriera al

primer contacto, como quien escoge un pan flauta o medialunas de manteca. Me atrevo a decir que, inspirados por la Divina Belleza Única: «bello es lo que sirve a su objetivo y se adapta a su fin», y no me tomen por un extremista Socrático, que también del cosmos Pitagórico estoy hecho y no abjuro de la contemplación sino más bien todo lo contrario. Como le he dicho a Elbiamor en algún párrafo del otro libro del Poeta Pretencioso: *...en el arte y la literatura, buscar la belleza tiene más que ver con andar a los bandazos que quedarse aferrado a teorías estáticas o rígidas estéticas. Dudar de la belleza que obtenemos (cuando ese prodigio errático acontece) es como buscar a Dios (e implícitamente al Otro) algo así como la duda de la duda, que nos da algo así como la certeza de no saber y seguir buscando*. ─ llegado a este punto de la exposición, hizo una prolongada pausa mientras el sol de nuestra Buenos Aires quimérica caía sobre su rostro, como un reflector de utilería, en tanto, en la sólida Buenos Aires llovía hasta la melancolía. Luego y con ambas manos apoyadas sobre la cintura a modo de vendedor de sandías, levantó la barbilla (entre kafkiano y chaplinesco) y prosiguió:

─Aquí, sin ir más lejos, en esta burbuja del tiempo, en este lugar sin coordenadas o de ejes ajustados a la geometría del relato, donde los encuentros se suceden por amor a la verdad y para que la memoria no sea sólo recuerdo o una pegatina fotográfica en el álbum familiar ni en las íntimas páginas patrias. Aquí, digo, en este encuentro de los que fueron negados sin mediar el canto del gallo ni el beso de las cuatro monedas, que, La Embajada dio a los aviadores condecorados. Digo aquí, y digo: ¡Dadme por favor una bella metáfora para un trolebús repleto de niños quemados! ¡Que acudan a mí las endechas y las églogas para cantar sobre las piernas deshechas y las bocas rotas! ¡Que alguien me traiga a la mona y su seda para ver cómo le queda! ¡Vamos, agudicen la sesera, extraigan el jugo creativo de sus neuronas experimentales y atraviesen la plaza bombardeada con una poesía que sangre hasta la sinalefa! ¡Esta piedra que arrojo, compatriotas, no

oculta la mano y no está libre de pecados! Esta piedra, y ésta, mi mano, recoge los escombros que las bombas amontonaron; busca mi mano en los cráteres imprevistos de Paseo Colón, los gemidos que quedaron sepultados es esa oquedad de naufragio. Aquí, y digo aquí sin lograr estarme quieto ni ubicar el momento de lograrlo, mientras siguen llegando Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta, cada uno con su máscara trágica, cada cual con su cuerpo en tinieblas. Yo, el Poeta Depuesto no tengo consuelo, aunque los verdaderos inconsolables son ellos. Yo que estudié la piedad crística y pude sentirla convertida en virtud, recorriendo como en un oasis los desiertos que el alma abandona al intelecto y que el único descanso sea un vendaval que nos sacuda desde el corazón hasta los huesos. Yo, que me alejé de rimbombancias y de la prosa churrigueresca, e intenté estar a un palmo del brocal donde van a beber los sedientos, me pregunto: ¿Qué puede un poema ante las explosiones que desmiembran los cuerpos? ¿Quién asiste a la prosa cuando hay que sublevarse y poner el pecho? ¿Cómo abrevar en una metáfora que incluya a los humildes, que forje nuevas esperanzas, que contenga el reclamo y la necesidad de lo bello? Y acudo a un poeta para que redoble el conflicto: *Empuñé un arma porque busco la palabra justa. Mi confianza se apoya en el profundo desprecio por este mundo desgraciado. Le daré la vida para que nada siga como está* (Francisco «Paco» Urondo, caído en un enfrentamiento en la provincia de Mendoza el 17 de junio de 1976). — a estas alturas, su arenga es un grito hecho viento o una alegoría de vendavales reverberando en las alturas del eco. Leopoldo acontece como nunca hasta ese momento, con una corporeidad inmaterial (no es un oxímoron, es la propiedad basal de las presencias álmicas) y ese conflicto puesto en acto y declamado en poesía, abraza el recóndito recinto con una luz celestial y abrumadora que no discurre en paz, es más bien una luz movilizadora, de latencia promisoria, de rayos esplendentes y que sin embargo no ciegan, desbordan

una visibilidad reveladora, que no abruma aunque es pesada como aquella cruz y sangra en cada espina que nombra.

─ ¡Ay¡ Elbiamor extraño el silencio creador y el columpio de tu mirada, cuando advertías que del héroe su hora había llegado, y me decías: “acomodemos la precariedad de las musas y guardemos sus despojos hasta el nuevo día”, casi sin despegar los labios, lo decías, sólo con la elocuencia de un ademán de Belona en tregua ─en tono cansino y claro, Leopoldo, declamó frente al auditorio de los bombardeados, los que cambiaron sus máscaras por unas de Polichinela al estilo veneciano, como un acto de homenaje, complacencia y desagravio. A punto de desmoronarse de tristeza, Leopoldo besó sus máscaras, una a una hasta el tedeum de la lágrima, clamando por la santificación de esos espíritus maltrechos y por su imposibilidad de salvarlos, entre los misterios de la santidad y la certeza de los pecados.

Perdido en la tormenta[4]
(contingencias tres)

DESDE QUE NACEMOS, ESTAMOS SENTADOS SOBRE UN BARRIL DE PÓLVORA: ALGUNOS CORREN POR UN BALDE DE AGUA, OTROS BUSCAN UNA MECHA QUE RETARDE LAS DETONACIONES Y ESTÁN LOS QUE SE QUEDAN QUIETOS HASTA QUE EXPLOTA.

El párrafo anterior estaba escrito en un papel de hoja cuadriculada, con letra clara y en imprenta mayúscula. Había dos goterones de tinta, ambos sobre los acentos de las únicas dos palabras que ortográficamente lo demandaban. Tanto Schultze como yo, le dimos o le intentamos dar, a ese detalle, alguna relevancia mística o al menos una coincidencia de fallido psíquico expresado en clave de tinta seca.

Había varios párrafos sentenciosos en la mencionada hoja cuadriculada, evidentemente arrancadas de un cuaderno espiralado. Hubo otra oración que nos atrajo la atención: HAY TOROS DE SOMBRA QUE LLENARÁN DE LUZ LA HERRUMBRE DE LAS ESPADAS y otra: EL PROBLEMA DE DIOS ESTÁ EN SU OMNIPRESENCIA, PORQUE APRIETA TODO LO QUE ABARCA. Y otra vez el manchón de tinta sobre el acento, como una grafía supernumeraria o una marca personal en la intimidad del texto.

Por más consultas y averiguaciones que hicimos con el Astrólogo no pudimos dar con el autor, la pesquisa no arrojó otro resultado que otras hojas de idéntico calibre, algunas en blanco y otras escritas con frases similares, siempre halladas

---

[4] Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

adheridas en las cortezas de los árboles o que, planeando caprichosamente a desgaire del viento, aterrizaban con el mismo berretín a nuestros pies. Pero esta infructuosa pesquisa, nos llevó a un encuentro inesperado, quedamos al borde de chocarnos, quedando cara a cara con una admiradora de Josefa Campos, a la vez que estudiosa y entusiasta de Agustín Cuzzani, que, sin solicitud de nuestra parte, sin presentaciones ni preámbulos, mostró su disposición a relatarnos el porqué de usar el recurso escénico y la dramaturgia, para que Los Reclamantes expusieran sus demandas, denuncias y exigencias. No es necesario aclarar que los hallazgos escritos se esfumaron de nuestro horizonte, tan categóricamente, que ni siquiera volvimos a encontrar nada parecido ni tuvimos la necesidad de desentrañar el fenómeno filosófico en forma de hoja de cuaderno. Y sin más dilaciones ni aclaraciones sobre la Josefa y el teatro de La Ranchería, ni explicaciones sobre la «farsátira», fusión de farsa y sátira, que Don Cuzzani desarrolló hasta los escenarios nipones, dicho sea de paso. Casi «al toro», a la que llamaremos, nuestra «regisseur álmica», quien al punto empezó a relatar sus consideraciones:

—Primero y, antes que nada, debo aclarar que no soy parte de los bombardeados, quiero decir de los alcanzados por las bombas, pero formo parte de los depuestos (depuesta en este caso) en septiembre. Mi espiritual y a la vez sólida presencia, responde a una contingencia fortuita en un tiroteo en el barrio de La Boca. Paso a relatar: una noche del setenta y cinco, cuando la patota de la «triple A» andaba de ronda y cacería, se topó de sorpresa con un grupo de compañeros que los recibió con graneada plomería, yo tenía un veintidós que apenas si les agujeró las botas y a mí, me hicieron un pespunte de metralla que me dejó en la soledad de las derrotas. Dicho lo que dije, agrego que, cuando sentí la vibración de la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, y que comprobé el motivo convocante, me subía al carro de las fluctuaciones astrales, dispuesta a colaborar en lo que fuera. Y como lo mío siempre fue el teatro, puse en acto sin vanida-

des, mis nada escasas dotes en este ejercicio de la verdad sobre las tablas.

—De esta mesa no me levanto hasta que se acabe la ginebra, el Pineral y la Spur cola, dijo Schultze en un arrebato de alegría expansiva e imitando al personaje emblemático de Ubaldo Martínez.

—Lo primero que tuve en cuenta —continuó diciendo nuestra «regisseur álmica», mientras le dirigía una sonrisa al Astrólogo —fue el carácter trágico de los hechos y la piedad militante para con nuestros muertos. Por eso, las máscaras, por eso las veladuras sobre los cuerpos y sus actuaciones como destellos. También y por momentos sus rostros en sombras y su vestidura como paños de un telar etéreo. Hay quienes hablaron del teatro como: «el misterio del momento presente», donde siempre todo transcurre en ese preciso momento de vida del acto escénico. La vida en acto. Con solo atravesar un actor el escenario en el más profundo silencio, si hay otro que lo mira, el acto teatral estará consumado, creo que Peter Brook se refirió a esto. Y eso fue lo segundo que tuve en cuenta: lo siempre presente y la naturalidad íntima de los hechos. El momento sería EL ACTO y los actores se construirían con el momento. Por lo demás, la serie de artilugios literarios y prerrogativas de la paradoja y las inefables triquiñuelas del texto, me daban la libertad suficiente para crear sin demasiados tropiezos.

Hizo un breve intervalo para tomar una mezcla de jugo de zanahorias, con naranja, clavo de olor y té de enhebro. Después del primer sorbo, continuó:

—Desde lo ritual, atrapamos el tiempo escénico para que las cosechas fueran de abundancia y que en las guerras o en servicios funerarios, las invocaciones y ruegos, develen una fluctuación itinerante, aunque constante. También trabajamos a manera de danzas para la fertilidad o de cuchillos ofreciendo sangre en los altares y desconsuelos de rogativas en medio de batallas, todo en una composición de estricta gramáti-

ca teatral incentivada, cuando la verdad requería densidad de imagen y movimiento. Siempre hubo una desmesura para interpretar o seducir los desvelos, clamar felicidad, cincelar las preguntas, las dudas y los miedos. Los Reclamantes serían la vida misma en escena y sólo alguna engañifa de máscaras o vestuario, acompañarían el espacio entre el actor y el espectador. La cuarta pared caería como el muro de Berlín para que, del otro lado (y no solo en el actoral) tomaran por asalto la mentira de una realidad negada, chapucera, profana, sacrílega, taimada y camandulera. «El encanto de la metamorfosis es condición previa de todo arte dramático» *diría* Nietzsche, aunque Gregorio Samsa no festejara la ocurrencia, si se me permite el chascarrillo de intelectual de sobremesa. Continúo: lo que hicimos fue poner en acto la metamorfosis del mal para dejar al descubierto a Los Horribles, que no eran más que «argentinos» con el odio metido en sus privilegios de clase y alcurnia de filibusteros. Nuestra propuesta escénica fue, poner la verdad en terapia de recuperación para que sobreviviera, después de tanta cirugía a punta de pistola y picana entre las piernas. Por eso los escenarios, por momentos, son el actor mismo y el mismo actor es el escenario, destacando que el actor-escenario es una verdad palpitante y destilada entre la ignominia y los sublevados. Como con Grotowski, pero desde un expresionismo de lo práctico, o como el Teatro del Oprimido, de ese brasileño que buscaba una pedagogía entre las favelas y los desposeídos. Concluyendo y solo para empezar, afirmo lo que sigue: «cada actor era el teatro y cada Reclamante un actor de sí mismo». Sin duda eran «actores santificados» por la sola verdad de sus actos sin veleidades ni histrionismo de ensayo.

Aquí, se tomó un descanso y otro vaso del menjunje ya aludido, pues toda la parrafada fue expresada de un tirón, sin que mediaran los puntos y las comas del presente texto, haciendo gala de una respiración de «tripa hinchada» con el diafragma en suspenso. Hablaba con claridad, pero a borbotones, era precisa pero atropellada. Nuestra «regisseur

álmica» desbordaba y no solamente por los bordes, era un colapso de cuerpo entero. Estaba dispuesta a proseguir, pero la convencimos de que se tomara un descanso más prolongado, le convidamos unos alfajores «Capitán del Espacio» y una bebida cola de nombre por demás emblemático. Hizo un bollo con los envoltorios de los alfajores y se los guardó en un bolsillo de su saco color azabache y tipo blazer, dio un último trago al brebaje y arrancó sin más:

—Estoy tentada de mencionar a Schopenhauer, por aquello de: «el mundo como voluntad y representación», pero sería meterme en honduras filosóficas y a mí sólo me da para las «tablas». Sí, puedo aseverar que, inclusive, en estas representaciones que se desarrollarán en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, y que son brutamente existenciales, actuadas en clave de impiedad dramática y rigurosa escenografía de efectos de nitidez fluctuante, digo que, toda representación acude a la alegoría y los arrebatos, y que ni siquiera nuestra esforzada sencillez declamatoria, escapa a cierta grandilocuencia gestual ni a la ampulosidad conceptual de los alegatos. Creo finalmente poder decir, que, la palabra «arte» también está ligada etimológicamente con la palabra «artificial», por lo tanto, ningún «realismo» escapa a la pirotecnia visual o al embeleco del lenguaje. La artificialidad existe incluso desde el inicio del vudú, «rito real» que está perfectamente codificado y detalladamente estudiado por sus participantes, desde el «magnetismo propiciatorio» de una danza de escalofríos hasta el gañote mismo de la gallina sacrificada. Así se construye, mis queridos compañeros, una posibilidad de trascendencias y símbolos vitales infinitos, vigorizando la tragedia y lo sublime, sin dejar que lo mustio de la realidad nos acobarde.

Quedamos perplejos, boquiabiertos y transparentes, esto último, en el caso de Schultze no presuponía mayores consecuencias ni sobresaltos, pero en lo que a mí respecta, quedé en estado de alerta simbiótico. Es decir, debía tener más cui-

dado en mi consustanciación paradójica, a riesgo de caer en un colapso de inmaterialidad por simbiosis álmica o incautación de la lógica. El Astrólogo me miraba con ojos de «huevo duro», sin evitar que una sonrisa cachadora le ladeara los labios. Yo, lo miraba como pidiéndole explicaciones, no tanto de su actitud, sino de mis implicancias límbicas, cuando de improviso, aparece Leopoldo chichoneando con Samuel Tesler y gesticulando con aspaviento itálico.

— ¡Salú cofrades! ¡A cuento de qué esas caras, una al sur del Pampero y la otra hacia el este de la peste?

— ¡Bienvenidos a los que siempre y nuevamente! Ocurre, que uno que yo me sé, quedó en tembleque astral y no le cabe en el cuerpo del cuiqui, explicaba Schultze, mientras con los dedos en montón de la mano derecha, comandados por el pulgar, los abría y cerraba, ejemplificando la situación con ese gesto característico del arrugue. Lentamente, muy lentamente, los tres me rodearon y a manera de exorcismo y consuelo, entonaron la ranchera «Dónde hay un mango» (Ivo Pelayo y Francisco Canaro), en un desafinado despropósito canoro, que mezclaba la panlengua con tonos del canon ambrosiano y un exagerado acento canyengue.

Reclamantes del Aullido en la Tormenta *(dos)*

—Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta, de los que ya sabemos que padecieron la furia de Los Horribles y la complicidad en el olvido o manipulación abyecta de los hechos. Y que, no sólo sus cuerpos fueron arrasados sin otra advertencia que un día nublado, fueron también arrasados en su padeciente existencia mortuoria de lápidas ignoradas yaciendo en una tierra sin sombra. Arrasados de la historia, sin un párrafo siquiera donde aparecieran como un «exceso en la guerra contra el tirano» o un mal cálculo de un mal día a una mala hora. Nada, a no ser la desnudez de las almas, almas sorprendidas de ver la propia muerte en el tiempo roto de sus ojos, y las otras: las oscuras y arteras almas de Los Horribles, que ni siquiera miraron la muerte ni sus propios despojos. Y no por vergüenza ni por no soportar el acto cruel y artero de arrojar toneladas de fuego sobre una indefensa masa numeral y esencial, sino porque sus ojos eran la propia sepultura de sus propias y vulgares almas.

Un día a los oprobios predestinado. Un día escrito como una imprecación de almanaque; un calendario fraguado en las alquimias de los conspiradores y en las fuentes ígneas donde bebe la soldadesca de Balaam y Astaroth. Un día de humillación para la cruz que Cristo cargó como un árbol de salvación. La santidad de esa cruz derrotada un 16 de junio 1955 sobre la Plaza de Mayo: ese destello vertical de la divinidad celeste, que desde el cielo sostiene ruegos y penitencias, derrotado; esa cúspide de luz iniciada en lo alto, defendiendo la raíz que en la tierra recibió desde abajo al crucificado, develando la dualidad entre la movilidad terrestre y la quietud

de los clavos, derrotada también en ese acto pavoroso y despiadado. ¿Y el travesaño terrenal del martirio bíblico? El que venera la humilde vendimia del cogollo humano, repartiendo panes, peces y algún milagro, siempre extendido entre el corazón y las palmas de las manos. La horizontal de ese madero que sostuvo ese cuerpo amarrado por los brazos, baldado de su sueño: de árbol uno y en su sueño de hombre, el otro. Ese madero crucial, sosteniendo un fruto demasiado delicado para el hambre insaciable del misterio humano y el flaco festín que los ritos aborrecibles entierran en el fango.

Era aquel un día plomizo. Desdibujado por una lluvia austera, que apenas si mojaba los ventanales del café fundado por el franchute Touan sobre Avenida de Mayo, casi Piedras. Un día arterial como cualquier otro en la Buenos Aires, a la que el inquisidor Del barco Centenera le hizo un poema entre el hambre de los querandíes y los herejes en la hoguera. Un día, aquel, con un frío de escarcha en los suburbios y tristeza lateral en los zaguanes. Un día como otros, donde el cielo acomoda sus tinieblas y moja las calles dejando luces de confesionario sobre las veredas.

Los Reclamantes de hoy fueron Aullido aquel día, digo, que espectrales y manifiestos en esta Convocatoria Militante y Literaria, acudiendo a la cita de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, motivadas substancias liberadas por el libre albedrío de sus substancias y por la sensatez de atravesar los tapujos de la crónica periodística, vienen a develar el furtivo bestiario de las sotanas y a poner en evidencia la vergüenza de los uniformes que deshonraron las armas, que deshonraron la Patria, que deshonraron a los hombres hasta despellejar de cobardías sus almas.

Y de nosotros digo: testigos que ni sordos ni mudos y mucho menos ciegos, asumimos esta transmigración de invocación telúrica y rudimentos astrales. Invocación que, para el caso de los Mastodontes del arte, de las letras y de la filosofía de prosapia argenta, es apenas una vuelta de tuerca

en el tornillo de la maquinaria universal, regida por el Gran Mastodonte, vestido en la ocasión con overol azul angélico y camiseta sin mangas.

Y para los que, como yo y el lector, asistimos por obra y gracia de nuestros arranques ideológicos y por el influjo del acertijo histórico, puesto en remojo para ablandar las corrosiones de la historiografía oligárquica, hasta arrancar las cáscaras de esta bárbara herida civilizatoria, para esos y para mí, modelo este barro con la verdad de un crimen y la alfare- ría de un sueño.

Podíamos verlos con la perplejidad de ver lo que veía- mos o con la irrefutable y brutal realidad de ver lo mirado como quien mira lo que no ha querido que sea visto. Aquellos, los nuestros, se arremolinaron en fosforescencias irisadas y centrípetas, como queriendo organizar el momento y sus antiguos despojos hacia sus hígados históricos y sus futuras funciones depurativas. Luchábamos contra esa vaguedad de sombras que los perseguía intentando ocultarlos a una reticencia de sepulcro o a una vacuidad de ceremonia.

Las otras sombras, las que acudían en la misma soledad de las sombras, acudían como réplicas oscuras de una oscuridad tenebrosa: eran los Gloster Meteor, sobrevolando como aves de bestiario, sobre un cielo premonitorio, hinchado de vapores húmedos y toscos nubarrones a modo de llaves del averno, ocultándolos en el firmamento y en el desamparo del Eterno. Leviatanes quebrantaalmas, sombras como mortajas negras cubriéndolo todo, un manto de fuego sobre las otras sombras que arrastraban otras sombras como velando las sombras de otro cielo que ya no era el nuestro.

Eran las sombras de Astarhot cayendo desde la negra ceguera de la muerte, subalterna y ramplona, sin descanso y sin consuelo, aves o insectos nacidos en las tenebras de la vesper, intentando dejar agonizantes hasta lo alientos y baldada la potestad universal de Los Reclamantes, que venían dispuestos a que se armase la que Dios es Cristo, amena-

zando con entrar en cada casa de cada barrio de la Buenos Aires visible, palpable y transitable con sus almas en pena y sus máscaras de espanto, si no lograban por las buenas aparecer en los libros de texto, en los actos escolares o que por lo menos, que declararán ese día, día de recogimiento para que los muertos no fueran fotografías siniestras en la vitrina de los diarios y ministerios.

Arremolinados e irisados. Fosforescentes y centrípetos, desplegaron escenografías de un realismo constructivista del que Gorki hubiera babeado de embeleso y con tal estructura de lo épico por la que hasta el mismísimo Bertolt Brecht hubiera desatendido sus recomendaciones y cánones escénicos. Encaramadas a una tarima de madera de alcanfor de dimensiones irrisorias, sustentando los decorados con broches de lavandera e iluminados por luces de kermese municipal y cercados por unas blandas cuerdas de ring de boxeo azul fosforescente, las presencias álmicas, consumaron interpretaciones con disciplinas y estéticas acomodaticias, eclécticas y con ausencia de textos, ya que todo estaba escrito en las penurias de sus cuerpos y en el diapasón de sus desvelos. De pronto y a la manera del teatro noh japonés, hicieron coreografías ceremoniales con máscaras de inexpresividad doliente y ritualidad funesta, mientras una música de clavicordio deshilvanaba una chacarera de armonía clerical y monocorde, acompañado con una gaita extremeña y una caja chayera. A su vez y de a uno, eran todos amalgamados a una masa fulgurante de ondulaciones y respiraciones de fuelle deshilachado, desplegando representaciones de cambiantes escenas, con una sorda sonoridad tibetana y gesticulaciones, que, por momentos, eran retorcimientos de extremo sufrimiento o de una quietud cargada de violencia en lo recóndito del silencio.

El único momento en el que había dos en el centro del escenario (o se divisaban como dos en esa totalidad arbitraria y abigarrada), era cuando se trataba de un texto bipartito al estilo medieval: por un lado, una voz, siempre surgida como

de una bocina o megáfono y la otra, que sin artificios sonoros, lograba una estereofonía de sala sinfónica, ambas relatando hechos que, por otro lado, eran acompañados por imágenes fotográficas, afiches de Mundo Peronista o de los noticieros Sucesos Argentinos.

Quiero insistir en que todo transcurría dentro de un realismo simbólico que sólo respetaba los límites de la ausencia y la sobriedad de la abstinencia, como síntesis estética, usada para finalizar la descarga histriónica de semejante conjuro redentor de almas y a la vez querellante y acusatorio, de quienes deshonraron las armas que deshonraron la Patria que deshonraron a los hombres hasta despellejar de cobardías sus almas deshonradas.

A manera de final o corolario, y como si transcurriera el tiempo en la «ranchería de los jesuitas», como si el mismísimo Manuel de Lavardén los dirigiera, iniciaron una coreografía de lanzas y gritos a la manera de los timbúes, haciendo sonar toscos tambores y soplando delgadas cañas, recreando una escena de Siripo cuando descubre que su hermano Mangoré ha muerto por nada.

Luces como volutas de una albura revelada en el aire, azules heráldicos en la bruma estática que pendía sobre el escenario, reflejos azafranados, que atravesaban en horizontal los límites imprecisos de este perímetro de las entelequias, aullando entre relámpagos.

(Barroserías) 2

[Hay que combatir la mitología brutal de los sueños oligárquicos.

Ese territorio de alambradas y sus manadas con el cuño grabado en chamusquina del hierro sobre las ancas.

Toneladas de una siembra para hacer pan en Inglaterra y migajas en nuestra mesa.

Harapientas peonadas cosechando entre rastrojos y cardales.

Tiempo de guerra en las tolderías y paz monacal en las haciendas.

Tiempos de navegaciones de ultramar con la vaca en la bodega y mármoles en cubierta.

Hay que combatir la mitología brutal de los sueños oligárquicos.

Ese aborrecido olor a catafalco que llevan en la piel hasta los sirvientes.

Mozos de levita recibiendo la quincalla francesa y los baúles de seda, mujeres de faldones impecables limpiando trastos en la cocina y despojos del amor en las alcobas. Niñas desvirgadas entre amancebados jóvenes patricios retozando sobre el heno y los establos en plena alborada.

Hay que combatir la mitología brutal de los sueños oligárquicos.

El complejo de inferioridad de nuestra inevitabilidad hispánica trocado por el sometimiento a la culta Albión, que sobre

el mar bebió los naufragios y en tierra firme abrió de la sangre surcos para sus barcos. La hispanidad trasformada en reducto de bárbaros independentistas. Lo criollo como símbolo de último orejón del tarro. Nuestra identidad mutilada entre anglófilos y francófilos, sirvientes o esclavos, vendidos a bajo costo como el tasajo, la lana y los granos.

Siempre fueron una estirpe de haraganes y camanduleros, su único esfuerzo se concentró en armar ejércitos, agarrar de las prebendas a los señores del comercio y mantener una prensa tan holgazana como comemierda y falsaria. El odio de clase fue el primer acto de amor a sus ancestros y la venganza, el acicate histórico a sus herederos, crecieron aferrados como la carne al hueso y detentan una argentinidad fundada en la virtud de llegar primero pisando las cabezas del origen, en la ventaja de no nacer a ras del suelo, en los portentos de haber cuidado las monedas del cofre y de haber dejado a los muertos pudriéndose de cara al cielo, Eso sí, se mantuvieron sobre la montura, mansos o espoleando las panzas a revienta caballo , la pólvora seca mantuvieron y títulos fraguados entre notarios, frailes de las cuatro monedas y jueces cortesanos.

Hay que combatir la mitología brutal de los sueños oligárquicos.

Sus condecoraciones y sus medallas de ringorrango. Los ejércitos de línea achurando indios, gauchos y mulatos. Sus Fundaciones y Sociedades que abrieron la economía de un tajo hasta desangrar a la patria haciendo del puerto una arteria transoceánica. El «nuevo empresariado» y la Unión de industriales. La Sociedad Rural con sus socios menores: chacareros aspirantes a oligarcas. Sus escuelas, sus clubes, todas sus verdades son una sola mentira que nos persigue como el sueño fatal del colonizado.

Por eso nos bombardearon con esos monigotes homicidas manejados desde las estancias y con ayuda de La Embajada.

La mitología brutal de esos sueños, una y otra vez siguen rondando La Plaza y pretende vencernos.

Pero como todos sabemos: «esto se acaba cuando se acaba»]

Proverbiales cinco
(Marechal / Schultze y un servidor)

—No fue la única ni la última representación que hicieron para cumplir con varias finalidades o tareas pendientes; la espectralidad escénica no tiene antecedentes ni necesita explicaciones a la hora de la justicia o de la reparación de las almas y sus calendarios de sentencias. Actúan con una verdad que nos dejaba a la intemperie, con el único abrigo o desamparo de la conciencia —dije para mis adentros como quien recoge evidencia.

—Quizá era un mandato artístico que el Gran Demiurgo exigía para administrar los laberintos de la muerte, mientras hacía rodar la perinola de los justos para elegir a los que pagarían por todos. O quizás era un desafío al Mismísimo, poniendo de relieve una santidad revelada y rebelada, que oficiaba en las puertas de la divinidad, pero que deja abierta la ventana a los irredentos —esto último lo dije con una inconsciente nitidez sonora, que hizo palpitar mis sienes y avergonzarme por incumplir mi pacto de no proclamar, más allá de la forma escrita y solo limitarme a narrar los hechos; dar testimonio y apostillas, propalar las manifestaciones y las convocatorias.

Leopoldo interceptó mi comentario con una mirada desaprobatoria, seguida con un ademán displicente con la mano derecha, colocando la palma hacia abajo y abriendo y cerrando cuatro dedos pues el pulgar quedaba extendido y haciendo como un rítmico aleteo, indicándome que siguiera con mi exabrupto de exasperante e irreverente duda teológica (en algún involuntario rictus me pareció descubrir cierta ambigüe-

dad, entre comprensiva y a la vez condenatoria). Y conste que su acto recriminatorio, no lo era tanto, por el desliz de mi intervención en el correlato escénico, sino y principalmente, por mis herejías sobre el Supremo.

Y proseguí, en voz tan queda que semejaba un ventrílocuo en medio de una feria cosmopolita:

—Algunos verán un sacrilegio en el enunciado (dije esto, mientras miraba a Leopoldo de soslayo), pero me subleva la armonía cósmica a costa de mantener el equilibrio en la superficie del andamio terrestre, amontonando a los buenos como si fueran en parte de pago y a los malos como un dislocado mal entendido entre buenos parientes. Me consolaría creer que el Ente-Ser-Energía-Supremo-Omnisciente, no compite con el Otro para demostrar que son más los buenos que los malos, dejando a los malos como administradores del destino y a los buenos como bendecidos con el paraíso después de acumular padecimientos y maltratos. Y si así fuera, desearía que se nos compute como buenos en calidad de malos probables y presuntos, así por lo menos nos da tiempo de achurar a unos cuantos y merecer ir a al hervidero de almas, sin el san Benito del pecado mordiendo en los talones como un perro cebado —terminé diciendo, mientras Leopoldo inflaba los morros y Schultze sonreía torciendo sobrador la boca hacia la izquierda y enarcando desmesuradamente la ceja derecha.

—Algunos ateos me suben el colesterol de la piedad, pero me arruinan la misericordia del páncreas, hasta volverme tóxica cualquier ingesta filosófica —espetó Leopoldo metafóricamente clínico y clínicamente metafórico.

Me acerqué a Leopoldo en tono conciliatorio, ante lo cual no pudo menos que responder con su habitual afabilidad, dejando pendiente una futura e inevitable discusión sobre los que pagan las deudas y los deudores, tanto aquí en la tierra, como en el brulote celestial, donde bogan las almas el mar de sus esencias y en la borrasca de sus penitencias.

Proseguí entonces, analizando el modus teatral operandi de Los Reclamantes, advirtiendo que los decorados, hasta el momento escasos y austeros, no carecían de abigarrados simbolismos y derroches trágicos. Hubo una ocasión (no la última) en que desplegaron las apariencias del sainete criollo, hilvanando las luces de un diábolo inubicable pero eficaz; también los asistía un proyector flotante y muy semejante a un barrilete estrella, que dibujaba un conventillo del siglo XIX, donde las voces de la inmigración discurrían en medio de un bochinche de cacharros y tangos, ejecutados con una verdulera alemana y violín trompeta. De fondo también podía descifrarse una canzoneta napolitana, mezclada con muñeiras galaicas y sonidos de música klezmer. Los juegos ilusorios de las luces variaban sutil y rotundamente como si un tramoyista moviera trastos de sólido ornamento. En ese cálido ambiente de grotesco, desde esa melancólica visión de pioneros, entre los que se contaban algunos desorientados y febriles que desgarraban panderetas y agitaban rojos pañuelos y se desgañitaban canciones ácratas o de la guerra de Crimea. También los había ventajeros y melindrosos, concupiscentes y vanidosos.

Todos se exteriorizaban con máscaras de bufones marrulleros y de jaguares chané con dientes afilados y orejas atentas. Así, en este aparente desbarajuste de improvisaciones y caos diligente, exteriorizaban sus razones y argumentos, con tal contundencia que el observador quedaba absorto, lidiando para que esas imágenes no constituyeran la verdad de una ceguera o la renguera de una mentira.

Nada era representado con la vaguedad de la misericordia, nada viciado con la vacuidad del costumbrismo campecha- no, nada químicamente puro, ni el agua (como diría Nicolás Guillén en un poema memorable), pero todo científicamente atado al piolín de una realidad que anudaba la mentira a la cuerda del cadalso, hasta poner con el culo al aire trágicas verdades como si fueran maduras brevas de vendimia.

Todo trascurría en una especie de dramaturgia del caos, casi como si Dios fuera el regisseur en este lado de la Buenos Aires conjetural y alegórica, manejando el discurso y el decurso escénico, como si fuera un argumento más de lo confuso de sus designios y lo clarividente de sus interrogantes.

Como sea que fuera, así como único era este embrollo sanador de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, único también era, este amasijo de voluntades transmigratorias, que a todo aquello que enunciaban en cada acto, lo defendían con el cuero astral de sus esencias, mientras caía el telón acto tras acto, generando un vértigo de cambios escenográficos, tan coherentes y de tal efecto que solo podíamos postrarnos de indignación hasta sanarnos con la verdad en carne viva.

─ «Yo también quisiera una llave para abrir todas las puertas» ─ dijo el Astrólogo y acto seguido enrojeció sus manos en un aplauso que ofuscó hasta el mismísimo silencio de la llanura pampeana y la sombra de un caldén, que temblaron como si aprobaran.

Proverbiales seis
(Marechal y un servidor)

—Me pregunto: ¿si estamos aquí sólo como meros espectadores, mirones de paso, circunstantes de ocasión, flâneur recorriendo el espinel, curiosos desprevenidos, espías de sueldo escaso, soplones de la realidad aparente y circundante, paseantes del esplín dominguero, chismosos de catálogo histórico, correveidiles de órbitas académicas y filosóficas, cizañeros y parladores de caligrafía suntuosa y lengua rápida, murmurantes literarios ahuecando el ala, o hemos veni- do a testimoniar la oprobiosa sin razón de hechos históricos que nos llenaron de mártires hasta la última neurona capaz de revelarse? ¿Estamos cumpliendo un rol decorativo como estampitas santurronas en papel reciclado, espectros y concreciones físicas literariamente diluidas, ateridos clowns remedando a Gog y Magog, conspirando contra El Banquete de los déspotas, promotores de una santidad clavada en los maderos teológicos y rogativas en estado de coma? ¿Somos la ecuación beligerante de las matanzas, notarios de pluma de alabastro, anotando los horarios de los golpes militares y los fusilamientos sumarios, viudas del general que dejó su anillo de noble soldado, cuando las armas de la patria eran deshonradas contra el paredón de un patio penitenciario, vigilantes honorarios de una verdad fraguada en los titulares de los diarios y mancillada en la puerta de las fábricas? ¡Hemos llegado aquí entre trasmutaciones, presagios, alegorías, convocatorias prodigiosas y artificios literarios! ¡Qué alguien responda o soy apenas «un pájaro sin nido, que aterido, mira atrás...» (tango «La lluvia» de Carlos De Fazio y Cátulo Castillo) —dije (violando otra vez mi lugar y compostura), casi sin

respirar y al borde de una náusea arrancada de mi estómago emocional que ya no puede digerir lágrimas y mucho menos, interpelaciones gástricas a tanta acrimonia del odio.

—Lo veo atribulado Barroso, casi desquiciado y con la esperanza al hombro. De amenazantes tormentas y pronósticos nefastos, lo veo, y no como aquel otro Barroso que me acompañó al *Asedio al Intendente* de mi gesta *Megafoniana*, que con tono resuelto y jocundo jamás reculó un tranco de pollo y que expresaba sus dudas como un decálogo para la rendición incondicional del enemigo o un recetario de comidas para atragantar a los energúmenos de la cosa pública. O el otro usted, que me concedió un instante en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria; instante entibiado en página jaculatorias y sentimientos que me urgieron a volver por honores y porque, como usted dijo: *se me cantaron las pelotas*. Así que, no se me amilane, no decaiga, no pucheree sobre la bitácora crucial de esta historia, no se exponga al bajón emocional y espere con la barbilla en alto que aún no nos llega el cuarto de hora. De todos modos, entiendo tus dudas y hago propia la desazón que la injusticia deja en tus sensibilidades de hombre. Dignidad de un dolor que la hora merece y la historia reclama. Pero, vamos, no se me quede chapotean- do con la rana seca, austera y mustia de los bestiarios de piedad comparada, acuda a la rana húmeda, a la dionisiaca y bulliciosa rana, que, tanto en laguna cristalina como fango- sa, no deja de lucir sus habilidades natátiles ni sus cantares de prosa acuosa. ¡Me extraña araña! Usted que me convocó cuando ya *tendido como cualquier hombre tendido que va a morir,* deliberaba mis cuitas con el Grandote Celestial, y que con comparsas, ritos y desafíos me transportaste a la eterna vigilia de los siempre vivos, alojándome en el corazón de tus ofuscaciones literarias. ¡Afloje compadre! y de todas esas incertidumbres elija una que lo deje al borde de la locura y cultive lo imposible hasta cosechar lo posible de este huerto, que si bien exhibe poca verdura, usted puede sacarle un caldo espeso —dijo Leopoldo con una mano apoyada en mi

hombro y con la mirada en otra parte, como quien consuela a un amigo esperando que la pasión escampe, utilizando metáforas de hortal, citas autorreferenciales y ranas dionisiacas y filosóficas.

Heriberto Ordóñez
(del libro lunario de Los Reclamantes)

Bajo la arboleda de copas más frondosas del intrínseco Parque Padre Carlos Mugica, descansaba uno que evidentemente no pertenecía a Los Reclamantes, tampoco a la ralea artístico-literaria auto invocada ni de los que, como yo, éramos intermediarios de esta transición concurrente entre la transitoriedad cotidiana de la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles y la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. Cuestión que el fulano mantenía un soliloquio de cadencia relajada y de inflexión monocorde, como la de un salmodiante en vigilia perpetua, al tiempo que con una rama horadaba la tierra en derredor de sus piernas dibujando un semicírculo en realce terroso. Estaba en cuclillas y llevaba una camisa demasiado blanca y un pantalón de gabardina, de un gris acerado y algo lustroso. Nada particularmente lla- mativo de este lado de las cosas, salvo el inesperado hallazgo de una presencia en trance y periférica al ámbito ya descripto. Se sucedían quedos bullicios de calandrias en su entorno y un aire acre que se arremolinaba, acompañándome desde la grama rastrera hasta el trapecio de mis hombros, como una serpiente de ilusión hecha melodía. Mientras avanzaba en dirección a sus espaldas (las del mencionado de camisa blanca y pantalón de gabardina), que denotaban a alguien de contextura mediana, relativamente joven y con un corte de cabello a la americana, aunque con patillas desmesuradamente extendidas sobre la quijada. A medida que me acercaba se hacían más inaudible sus palabras, alterando la lógica de lo relativo y la arbitrariedad de lo absoluto. Paralelamente y en una complicidad urdida hasta el absurdo del canon polifónico,

cantaban en sordina, las ya aludidas calandrias y musitaban un trino penetrante los zorzales y los benteveos. El aire pasaba de lo dulzón y empalagoso a un avinagrado vaho de sudores picantes de hospital de campaña. Era de destacarse una claridad ambigua que retorcía rayos de luz en cónicas y sombrías espiras intermitentes, interminables e incandescentes. Como si hubiera un telón invisible, pero inapelable, detuve mi paso situándome sobre su costado derecho. El aludido personaje tomó la vertical con todo su cuerpo, sin alterar su ubicación, en la que estaba situado como si estuviera anclado en una gravitación de péndulo inerte o monumento megalítico viviente. Casi imperceptiblemente y extendiendo su brazo derecho, hizo con su mano un gesto de invitación a sentarme en una insospechada silla con asiento de mimbre, que sobre el peinazo superior lucía un tallado en bajorrelieve de volutas y hojas de acanto, la misma estaba situada en frente del innominado y sobre un piso de polvo de ladrillo, ocupando un rectángulo que apenas sobresalía un metro de los límites de las patas de la silla, que como ya mencioné, tenía asiento de mimbre. Avancé sobre el invisible obstáculo, que a manera de telón me detuviera, tomé por el respaldo la mencionada silla con el asiento ya descripto y cuerpo de madera rústica, sintiendo una bondad de ebanistería al solo contacto de la yema de mis dedos, adivinando otras manos que con gubias y escoplos la habían acariciado con virutas de tibieza. Me senté a la manera campera, esto es: a horcajadas y con los brazos en jarra sobre los muslos y rozando con la parte alta del pecho el delicado tallado y sus vibraciones de astillas bajo el filo de los formones del tiempo. El fulano en cuestión hizo lo propio, pero sobre una butaca de auditorio universitario, de paño de un azul eléctrico y apoya brazos sin almohadilla. Se cruzó de piernas y adquirió un aire afectadamente docto junto a una involuntaria tensión sobre los hombros. Se me quedó mirando fijo como quien espera descifrar algo en el otro con sólo observarlo o midiendo la voluntad, la paciencia o algún otro dato perentorio. Era de tez cetrina, ojos negros como una

noche de cuervos o negras lápidas de cementerio, los labios firmes, apenas abiertos, administraban una mueca socarrona que dejaba entrever una dentadura sin estragos.

—Soy Heriberto Ordóñez, de un paro cardíaco y hace un par de años me fui para la quinta del ñato. Ayer, si es que por esos pagos el tiempo factura en el calendario, me crucé con un tipo bien afeitado y de camisón blanco, como esos que usan para dormir en las de cowboy, que, en un idioma raro, pero que curiosamente entendí, supongo que por esto de ser finado uno entiende hasta a un finlandés borracho. Le decía, que el tipo del camisón, me invitó a venir a esta burbuja magnificente de la otra Buenos Aires, para tener con usted una charla sobre los bombardeos que querían deponer al tirano y que masacraron a cientos, como efecto de una «concusión» (por favor ponga entre comillas la palabra) según diría el Capitán de Fragata, Néstor Noriega, como justificando la fechoría criminal y que afirmaba sin reparos ni sonrojos éticos, que era su deber: «a los efectos de defender la democracia» —lo escuche decir toda la parrafada de un tirón, con la mirada clavada en el semicírculo terroso, que no dejaba de horadar con su vara, como si de ese surco extrajera las palabras.

—Entonces, don Ordóñez...

—Berto nomas, con eso alcanza.

—Entonces, Berto, por la somera descripción de quien lo convocara, se trata del Astrólogo Schultze, él fue quien lo trajo, utilizando la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles y la transmutación álmica concomitante.

—Debe ser. Si usted lo dice, debe ser, además, como yo permanezco en estado de imposible regreso y detento una estabilidad volátil, no me quedaba otro camino que aceptar lo que por delante se me planteaba y por detrás me empujaba, como en la cola de un estadio, para entrar a los tumbos y de colado. Lo que sí puedo asegurar, es que medio raro era el coso ese y además gesticulaba demasiado, usando

pinceles como si no tuviera manos. Me convenció con una pintura dibujada con acordes de milonga porteña, al tiempo que decía: «la tangofonía infralúcida es como un lunanco que al trotipaso nos dejará en la protoorbe, entre un santiamén de brutiletargo y un fetialiento de caprimúlgido en celo» y cierro comillas. A continuación, hizo un corte de manga y me dejó bajo estos árboles advirtiéndome que lo esperara acuclillado y que, en el mientras tanto, trazara un semicírculo de pierna a pierna, para que el Supay no me reconociera y Salamanca no interrumpiera mi nueva condición de entidad en albedrío condicionado.

—Sin temor a equivocarme, es evidente que a usted no lo convence cualquiera. Y sí, Schultze a veces te la hace difícil, pero es pura bondad, sucede que destila emoción e inteligencia en proporciones poco habituales y entra en erupción filosófica y catarsis artística en la primera de cambio.

—Me recomendó también que, al terminar mi misión, hiciera usted la señal de la cruz o que golpeara este kultrun, tantas veces como sea necesario, hasta que me vuelva canto de calandria, sudor de guerra o barullo de calesita.

—Empiezo a entender algunos símbolos de virulencia mística y otros en tono de monótona cadencia de eucaristía, más cercanos a Samuel, aunque en todo caso nadie se disputará la espiritualidad de los excesos. Bueno, Berto, deje contra aquel ceibo el kultrun y empiece cuando quiera....

—Lo primero que tengo para decir es que el General, ese día llegó como siempre, según su estricta norma militar y como él mismo decía: «los militares nos levantamos temprano, al pedo, pero temprano». Claro que no es novedad, pues las crónicas de la época refieren este hecho del madrugón al cuete. Cuestión que yo venía de un dancing del Bajo y vi luces desde temprano en la Casa de Gobierno; también en algún Ministerio. Soy noctámbulo, me gusta el escabio, la timba y las mujeres, todas, no sé si mi entiende. Las virtudes las dejó para el corazón de quienes me conocieron y saben que, sin

exageración, pero algunas tengo. Nunca la fui de dandi, pero me las rebuscaba y en más de un bailongo cerré la noche con un corte y una quebrada, dejando a la fulana lista para las sábanas. Aunque esa madrugada me agarró solari, después de una noche sin ecos memorables ni murmullos deseables. Iba rumbo al Tortoni por un desayuno que terminó entre los escombros, corriendo de uno a otro lado y a la desbandada, hasta tapé con unas hojas de diarios a algunos cuerpos o lo que quedaba de ellos. Atragantado y sin resuello, espantado y sin poder mirar el cielo, en un estado de conmoción tal, que cuando socorría a alguien me quedaba unos segundos llorando, entre el vértigo del espanto y la náusea del miedo.

Pasmo y pánico, son las palabras que se me ocurren hoy para describir ese primer momento de desazón y desamparo, y para lo que el resto de ese día quedó amarrado a mis manos, como un cautivo de los hechos y las emociones. En realidad, en ese momento las palabras eran como aullidos en la tormenta, ayes de dolor y sirenas de ambulancias que se confundían en ese batifondo de desgarraduras vocales, mixturando los sonidos como en una sinfonía de violencia paralizante y sobrecogedora.

Debo confesar que estúpidamente, aún en ese momento de tribulaciones y espanto, me resonaban algunos acordes de Canaro, como si un montajista perverso, mezclara esce- nas de crueldad con melodías de recreo y esparcimiento. Grotescamente miraba mi traje comprado en Braudo, por el que había pagado cien pesos, salpicado de otras sangres, rasgado por las piedras que pertenecieron a las veredas o al asfalto y sus fierros abrazados al concreto, por donde hasta hacía un instante caminaban amanecidos laburantes y donde rodaban automóviles y tranvías en su rutina de motores y bocinas. Miraba mi traje, decía, intentando un relato sobre el cuello roto de mi camisa o ansiando comprender el temblor de mis manos, también de otras sangres teñidas, ¿me sigue?

—Lo sigo, me atraganto, pero lo sigo...

—…era como si todo eso que fantaseaba me pudiera responder por los ahogos de mi boca seca y el punzón que sentía en el pecho, producto de una realidad que me superaba por los cuatro costados y por todas las coordenadas posibles de los sentidos y los potenciales enredos con otras cuitas de mi alma en estado de convulsión involuntaria. Fragmentos de las bombas cruzaron alrededor de mi cuerpo, y apenas, un golpe seco y caliente, me advirtió que la botamanga derecha de mi pantalón era una hilacha quemada, ocultando una laceración profunda pero soportable, mis latidos sincopados como en una caminada tanguera, eran como tambores de una com- parsa endiablada, fibrilante y espasmódica. No sabía cómo seguir, quiero decir, qué hacer ante la visión fantasmagórica de las cosas y los cuerpos; el humo que rancheaba entre ho- gueras, creando un infierno íntimo a la altura de las veredas y en el fondo de los cráteres, que las bombas abrían y que simultáneamente dejaban serpenteando sobre las calles un circuito de resquebrajamientos y esquirlas de piedras, incrustándose en los cuerpos yertos o demoliendo escaparates y vitrinas. Era notable la inutilidad del aire, quiero decir: estaba tan cargado de azufre, polvo de varios orígenes y aserrín de osamenta, que respirar esa aura, era un padecimiento superior en medio de los desgarramientos, las corridas y los gritos al cielo y sus sombras de guerra. Y la fiebre en los ojos, que como volcanes arrastraban lágrimas de lava hasta convertirlas en lodo —aquí se detuvo un instante, sacó del bolsillo trasero una petaca de coñac barato y le pegó un trago, mientras sus ojos colapsaban, reclamando por un momento la ceguera del recuerdo, dejó caer la rama sobre la mitad del arco del ya profundo surco trazado por mandato y encargo simbólico del Astrólogo y suspiró profundo como si no fuera un finado.

Después de una prolongada carraspera prosiguió:

—Soy peronista desde el día que llegaron las Singer al barrio. Y ni le cuento cuando aparecieron con las bicicletas y «La número cinco» (Tango de Orestes Cúfaro y Reinaldo

Yiso) para los pibes, que repartían en los Centros de Asistencia. Desde el primer aguinaldo de mi hermano me hice peronista y las vacaciones pagas en Mar del Plata, con sombrilla carpa y reposera. Y de antes, peronista desde que, en mi barrio, Barracas al Sur, donde nació el glorioso Racing Club, las columnas de obreros salieron a rescatar a Perón con una decisión y alegría que anticipaba que la victoria caminaba con ellos y que algo nuevo se gestaba. Qué sé yo, siempre fui medio tiro al aire, medio vividor, es cierto, pero jamás traicioné a los que se pelan el culo para ganarse el puchero. Y ese día, ahí estaba, como maleta de loco, a palos de ciego en medio de los heridos y los muertos, cuando de pronto tropecé con un guiñapo que resultó ser una muñeca de trapo. La levanté con la punta de los dedos e inmediatamente se me afloja- ron las piernas y quedé sentado contra una pared del Palacio Municipal; inmovilizado, perplejo, aturdido, violentado hasta el más recóndito y vulgar recoveco de los sentimientos. Un lagrimón pesado me arrasó las pupilas hasta llegar al borde de un alud óptico, de una ceguera repentina y utópica. No me atreví a buscar a la poseedora del espantajo, ni a imaginarme siquiera el tamaño de la mano que hasta hace unos instantes la aferrara o le hiciera caricias o la retara emulando mandatos y ancestrales obediencias. Vi soldados emplazando morteros, a los Granaderos resistiendo un ataque improvisado, obreros pidiendo armas, mujeres removiendo escombros como buscando el origen de algunos gritos o simplemente buscando alguna verdad oculta entre las piedras. Siempre fui peronista y ese día comprendí que éramos nosotros o ellos y que, si eran ellos, los sobrevivientes terminaríamos todos paciendo y con olor a bosta; la bosta de sus estancias, de sus diarios, de sus partidos políticos, de sus jueces y las de un ejército que deshonró hasta la memoria de San Martín como si lo hubiesen fusilado después de muerto ─a estas alturas del relato, su ofuscación hubiera sido para preocuparse si no fuera que ya estaba del lado de los eternos sosegados y los por siempre intactos.

—Sepa perdonar los exabruptos, pero mi inteligencia emocional siempre estuvo en falsa escuadra y no la voy a corregir ahora que soy encarnación de lo descarnado, sanación de lo lacerado y reciclado polvito de difunto.

—No se disculpe amigo, usted se ha ganado la presencia en estos parajes álmicos, y si se le antoja explotar de ira, hágalo nomas, que yo ya estoy acostumbrado a las emociones de los que se fueron pero que regresan si uno sabe cómo abrirles la puerta. Quiero decir, estoy curtido por el tajo. Tengo el dolor en su umbral más alto y sin dejar de aturdirme y conmocionarme, puedo sostener la hemorragia del padecimiento con cuatro trapos bien doblados.

—Se agradece compañero. No mucho más voy a agregarle, a no ser el temblor cuando llegaron los Sherman o la danza de guerra que te atormenta al ver como se instala una antiaérea.

Ya por la tarde era masiva la resistencia y se pactaba la rendición de Los Horribles que, según mi humilde parecer, no tuvo el castigo que merecían por haber masacrado civiles indefensos he intentar matar al presidente. Eso es todo, años después anduve metiendo caños, llevando la marchita entre los dientes y en el setenta y siete, palmé del cuore porque no me aguanté «la parrilla», sospechoso de subversivo por andar noviando con una montonera.

—No fue un relato más, me conmovió la sinceridad y el nada sencillo, pero humilde lugar que ocupó este hombre de contradicciones y emociones plenas. Le agradecí con un abrazo, con las consecuencias lógicas de abrazar la corporeidad de una esencia mediando una distancia de ausencias. Comencé a golpear el kultrun, tal cual me lo había requerido Ordóñes a instancias de las instrucciones del Astrólogo, con una inesperada energía y rítmica cadencia que no se correspondían con mi torpeza natural a los acordes y armonías, al tiempo que un canto de calandrias acariciaba hasta la sordera a esta Buenos Aires paradigmática, inundando de colores

musicales la totalidad del ámbito, poniendo en acto las teorías de Schultze, con arpegios pictóricos de una música plástica enmarcada en el horizonte de una semifusa. La atmósfera rezumó un acre sudor a guerra y el semicírculo comenzó a borrarse desde el centro y hacia los bordes, tal cual estaba previsto en los ritos iniciáticos. Y como si la Pachamama misma lo protegiera todo, culminó sin inesperados percances o fallas en la maquinaria etérea, hasta que Heriberto Ordóñes fue una fulguración en la memoria y una verdad sin tiempo.

Proverbiales siete
(Marechal / Schultze /Samuel Tesler)

— ¿La Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles empieza a manifestar torpezas democráticas o estamos ante una convocatoria que se nos fue para el lado donde las campanas suenan, pero no se oyen? ¿Somos el decorado estrafalario de una realidad atada a los piolines del Gran Titiritero o estamos papando moscas cuando debiéramos estar pidiendo el santo y seña de los que van llegando como si estuvieran de regreso? —como hubiese dicho el Barroso hiperrealista y megafónico, dijo Leopoldo a manera de prólogo, de lo que supuse sería una reflexión más profunda y extensa. No me equivoqué.

Y prosiguió Leopoldo:

—No voy a cuestionar los arbitrios ni los caprichos que esta tensa cuerda, hecha teoría teosófico-literaria y transporte público de almas o caprichos simbólicos, probadamente sea eficiente a la hora de trepanar la substancia de los hechos y esté en línea con lo temporal e inabarcable, de la así llamada, Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles. Tampoco hay un entredicho con las apetencias anárquico-metafísicas de Macedonio, al mandarnos un quídam de la cuidad de la Yegua Tobiana, para ilustrar aquellos fatídicos momentos, como si el teatro Independiente no tuviera ya bastante que lidiar en su circuito de origen y con trillados dramas y sainetes de mala muerte. Ya sabemos que Macedonio es una esencia traviesa que no descansa; pícaro fisgón de almas y derroteros humanos; barullero de destinos demasiado cronometrados e inclusive de aquellos chapuceramente improvisados. Qué decir

de el Astrólogo que no esté en su prosapia y sus voluntarios destierros creativos. Eso de traer al tal Ordóñez que, por momentos, les garanto se me hacía Juan Duarte con la cabeza a salvo y las mañas intactas, digo que Ordóñez puso un ingrediente de realismo social y de folclore peronista a la fatalidad trágica de las representaciones escénicas de Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta. Y con esto no quiero significar falta de realismo de los Reclamantes ¡qué va! si ellos son la prueba excluyente de semejante cobardía bélica fraguada en cuarteles, estancias y La Embajada. Y no hace falta aclarar de la embajada de qué país hablamos cuando hablamos de La Embajada. Cobardía bélica, decía, apoyada, agitada y en complicidad con los jerarcas de sotana y toda la Unión Democrática, que sería para chiste el nombre sino hubieran agraviado desde la Constitución, hasta las Sociedades de Fomento, incluyendo sus libros de actas. A estas alturas debo confesar que no veo el árbol, pero sí las ramas por las que voy trepando sin alejarme de su raíz y de su savia. Entonces imagino, que esta convocatoria trasciende la intimidad inicial y circula en invitaciones que redunden al propósito de aclarar los hechos, desde una perspectiva de entidades cruzadas, pertinentes y concomitantes. Hay piedra libre para tocar las puertas y dejar «secas las pilas de todos los timbres» (Tan- go «Yira Yira» de Enrique Santos Discépolo), incluidos, si los hubiera, en de nichos, catafalcos y monumentos funerarios. Todo consiste en entregar pasaporte con sello retórico y con destino al vibrato temporal, que vos, el Poeta Pretencioso, ha inventado con la sensibilidad puesta en la prosapia popular y el entendimiento en el costillar del esqueleto patrio. Lo único que espero es que no se cuele Pereda por estas lábiles hendijas, pues, bastante tengo con los mencionados, para que venga el recién mentado a meter la cuchara en esta argamasa de proporciones dudosas y consistencia inestable. Ya sabemos cómo las gasta nuestro ilustre Pereda cuando anda de copete alto, hasta que se vuelve alma de cántaro y es

imposible soportarlo —intenté decir algo, pero Schultze interrumpió súbitamente, antes de despegar mis labios siquiera.

—Mi muy estimado cofrade, merodeador privilegiado de mis afectos y valorado vate de inacabables recursos polisémicos. A usted, el que en mi estima y cobijo anida, le entreveo algún malestar por la dinámica de los acontecimientos o al menos un asombro con aristas de incomodidad dionisíaca e impaciencia cristiana. Cierto es que mi convocado: insomne penitente de las causas perdidas y los holgorios perennes, no fue convencionalmente iniciado en la trasmutación de abandonar el nicho, sacudirse las penas y entrar a nuestro refugio del aliento divino y de la psiquis al acecho. Pero, en mi defensa alego, que hace años que lo escucho, pues ya saben o se van enterando de mi vagar sin tumba por causa de mi astralidad inquieta y de mi sincretismo lingüístico, inclusive desde mi mortaja de pictóricos bemoles. Cuestión que en noches de conmoción terrosa por lo vientos que el pampero desata, también en amaneceres de fulgor infinito cuando el sol es apenas un pabilo del mechero celeste o en las confusas cromías de atardeceres estáticos, el tipo hipaba sus verdades y también bramaba como un basilisco y putiaba como un obrero portuario en horario de trabajo. En tales circunstancias y apelando al atrevido antecedente del maese Macedonio, en eso de traer a un respirante de natura a nuestra cultivada virtualidad de respiración metafísica, fue suficiente acicate para impulsarme a tramitarle el desahogo al vociferante Ordóñez y de paso, abultar en testimonios jugosos, picantes y de primera mano a nuestra bitácora de precarios navegantes.

—No es menor mi sorpresa (interrumpí sin brusquedad al Astrólogo), recuerden que este complejo entramado de convocatorias astrales, influjos místicos, invocaciones literarias, martingalas del tiempo y malabares en el espacio, son el resultado de mi primer augur poético cuando pergeñé la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, en la novela donde desarrollé mi homenaje al Poeta Depuesto, cuando estaba

tendido como cualquier hombre tendido que va a morir. En esa oportunidad, la invocación también fue caótica y aza- rosa; varios personajes creados por Leopoldo tomaron po- sesión del texto, y a la que te criaste, hube de organizarlos junto a multitudes que no paraban de llegar, primero como invenciones lúdicas, después con prepotencia de entelequias arrogantes y pendencieras, hasta que finalmente se arraigaron como una familia fraterna y bulliciosa, tanto al contenido como al continente del texto. Hoy como ayer, se ha desatado la fuerza polisémica del signo y el incontrolable ingreso de héroes anónimos y advenedizos crónicos, tanto en sus presencias terreno-ambulatorias como en sus persistencias de hálitos traviesos y jaculatorios. Debemos estar receptivos y alegrarnos por cada iluminación que, en letra de molde y consistencia subjetiva aparezcan, para historiar estos pliegues populares, que fueron la oscuridad de una sombra sobre las veredas del tiempo —hablé con tal enjundia que se produjo un respetuoso, aunque no muy prolongado silencio.

Finalmente, y a manera de epílogo a este diálogo, un recién llegado, como confirmación de lo ya dicho, dijo:

—Si por el ojo de la aguja de Cristo han pasado muchos ricos con camellos y todo, bien podemos relajarnos y no preguntar cuántos son los que van llegando y dejarlos pasar sin consecuencias éticas ni heréticas. O si lo prefieren, convoquemos al arquitecto de Creta para que trace una salida de emergencia o dejemos que Leopoldo, haga de este laberinto otra salida que no se encuentre en los libros, sino en la vida misma — así puso la notal final, el recién llegado Samuel Tesler, filósofo villacrespense y erudito de todas las posibles implicancias de seguir a flote, aunque te agujereen la balsa con una barrena y haya sudestada en el cuadrante de esta cardinalidad inopinada.

(Barroserías) **3**

[Voy a realizar una digresión, no de tipo estrafalaria, tampoco como atajo narrativo, sino más bien con intenciones de lazarillo de mi propia cosmogonía y también a guisa de aclaratorias pertinentes o de posibles mojones ilustrativos que no dañen, en su ya, de antemano exculpada abundancia, según el refranero hispánico. Simple y pretenciosamente, ambiciono acudir en auxilio de cierta armonía con el resto del relato, pretensión quizás *vana, pero de vanas pretensiones se conciben ilusiones, como dice el apotegma que acabo de inventar.*

En mi anterior incursión literaria (Cara al viento como un león), urdida sobre los confines y los bordes de lo concreto y la plenitud de lo ilusorio e incierto, utilicé una ponchada de personajes efímeros; muchos presentados por sus orígenes y cualidades y también anónimos que redundaron en diletancia, emoción, algarabía e inclusive alguna sabiduría casera, para homenajear al Poeta Depuesto. Hubo no pocos personajes de la saga marechaliana invitados y/o colados, que participaron de aquel primer pomposo desatino. Sin mencionar al propio Leopoldo, que finalmente usó mis pretensiones para liberar su infinita humildad, colaborando con su esencia primordial y celeste, llevando a veces mis pensamientos a buen puerto, como así también, he tenido en mi provecho el haber contado con el influjo terrestre de su obra, indispensable y vital para cualquier argentino que se precie.

Fue así que, bebiendo a borbotones por momentos y otras veces, paladeando los artilugios marechalianos y a su vez, acudiendo a mi propia y febril imaginería, repartí a manos llenas la burbujeante entelequia de acomodar el mundo según mi gusto y conveniencia. Ni que hablar de Buenos Aires

y toda la Argentina puesta en la parrilla creativa hasta dorarle el costillar y dejarle crujientes las achuras.

En esta nueva aventura de la fragua embaucadora de la palabra escrita y de la veracidad brutal del cuerpo narrativo, novelado en la crónica teatral de estilos encontrados o desacordados, digo que, en esta nueva saga barbitúrica, me concentré en mi obsesión por el Poeta Depuesto, abusando del alma pater en el derrotero de una inventiva, tan creativa como palpitante. Acudí también al Astrólogo Schultze y al venerado y báquico Macedonio, para que asistieran y me asistieran, en cuanto al despunte perentorio de la historia y sus alternativas futuras, incluyendo las iniciativas frustradas y frustrantes, algunas quizás, mediocres o deslucidas.

En cuanto a Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta, son el motivo central y de presencia permanente y excluyente. Nervio central y propiciatorio de un imaginario horroroso y de una realidad aún más espeluznante, de esta Argentina bárbaramente civilizada y civilizadamente bárbara.

Lo referente al actor de teatro independiente enviado por Macedonio como a Ordóñez de la mano de Schultze, son del capricho individual y totalmente plausibles en su espontaneidad, oportunidad y contundencia. Dejo sentado que no estoy yo, para frenar las iniciativas de tan Ilustres prohombres de nuestras artes, letras, filosofía y demás cualidades de carácter creativo y sapiencia infinita de nuestra argentinidad; de su crisol de razas y de su postergada plurinacionalidad originaria.

Presiento, que, de ahora en más, se sucederán incorporaciones de carácter espontáneo y quizás bullicioso, inclusive conspirativas y de mala leche. Quito de tales cataduras a la incursión flagrante, estrafalaria y a la vez penitente del filósofo villacrespense, conocido como Jacobo Fijman en terrenidades poéticas y potreros psiquiátricos, sobre todo en ciertos zaguanes terrestres y en patios celestiales donde necesitan ordenar el mundo en folios numerados, tarjetas de identidad

con sello y estampillas o santidades que permitan la entrada a ciertos parajes de eternidad bíblica y superabundancia estética. Ahí estará presente Samuel para patearle los edictos y mearles recomendaciones y mandatos, siempre y ampulosamente proclive a desnortar la brújula, desorientar radares y baldar cronómetros.

Los Horribles y otras desgraciadas cosechas de nuestra argentinidad al trote y birlibirloques de europeísmo clásico, de ramplonería nórdica y torpe, pero de militante complici- dad sajona y traiciones a manos llenas, estos digo, estarán presentes, como que son el lastre y el desastre de esta y de otras historias de brutalidad e indecencia. Ellos acuden por oposición catártica y por voluntad despótica, ilustrando con sus virtudes de horda, sus cascajos prusianos y sus mañas de «cosa nostra».

Finalmente, y no como conclusión, sino como referencia ambivalente, aconsejo no seguir ninguna recomendación y arrancar las páginas que consideren impropias o de insustancialidad en el carácter o en el verbo. De todos modos y estas alturas, ya no debo esculcar si la peladura ha llegado al hueso, pero aclarar al menos que: «hacer una sopa no es solamente tirar agua en la olla», máxima que me atribuyo sin demasiada pompa.

Enhorabuena entonces: tratadas algunas razones y dando por aludidos a todos los olvidos, dejó constancia en papel carta por triplicado y a buen recaudo, a la altura de lo ya escrito, que de mi puño y letra firmaré a fojas inciertas y que certificará oportunamente el Astrólogo Schultze, *previo examen de Samuel Tesler y que Leopoldo avalará como testigo indiscutible de la presente declaratoria sin herederos.*

Prefiero una crítica por aclarar las navegaciones del texto a tener que andar retractándome por distraído timonel de la sintaxis o atolondrado grumete de esta gramática al garete.]

<u>Nota</u> aclaratoria: la ausencia de Macedonio en el examen anunciado está justificada por una sustitución de los puntos de vista y quizá por una inoportuna inestabilidad de una incógnita no resuelta.

Proverbiales ocho
(Samuel Tesler / Schultze / Leopoldo)

— ¿Qué nos aporta una cirugía a la mefítica fístula del intelecto? ¿Hay acaso un virtuoso pensador en la trepanación del odio? ¿Un verdadero sanador de la vergüenza neuronal de algunos connacionales, impúdicos y acaparadores de todos los adjetivos deleznables del idioma humano? ¿Vamos acaso a recurrir a mis cualidades de profeta y agorero en este intríngulis de la bondad de las almas, y a la vez incitar mis olvidables ingenios de cronista profiláctico y desalmado? ¿Vamos a dejar que Koriskos, o sea, que yo mismo, en mi otra esencia filosófica y mítica, vague por estos barrios de paternidad simbólica, sin la inspiradora presencia del animal político, que en estas pampas sobra y hasta estorba? Veo que no ven claro o están mirando una película con el carrete dado vuelta y con la lámpara del proyector quemada. ¡Larguen el Manual Bonaerense y las baratijas anecdóticas de Ibáñez!, las ilustradas macanas de Mitre o las de Sarmiento; este último, que mientras citaba a Heródoto, denostaba a Lautaro, Caupolicán y al porteño confederado Manuel Dorrego; a los unos por indios piojosos y menesterosos, y al otro, por criollo levantisco y pundonoroso defensor de los intereses populares.

No será fácil, que los nuestros, encuentren el camino después de tanto vaciadero de cerebro, desde los tempranos años de colegio hasta los editoriales y líbelos de época., Generaciones pegando recortes del Billiken o leyendo en pantuflas la selecciones del Readers Digest, el Para Ti, sin contar con la radiofonía y las señales televisivas. Estámos muy acostumbrados a tragar con saciedad desde los ayunos de falsos profetas hasta los partes de guerra, deglutiendo todo

como pan de eucaristía y el vino de la concordia, sin entender que al Cristo lo cortaron en tiritas y que no quedó muy fotogénico que digamos como para aparecer como aparece en las estampitas o en las cruces a escala para llevar en el cogote o en la cartera. Debo atropellar estas ignorancias, sobre todo hoy, que me siento aturdido de genialidad en medio de tantos animales vestidos a la moda. Veleidosos que si no ladran lloran, aunque Sancho les haya enseñado, que con un asno a todo galope se va al trote, aunque le hundan el talón en los ijares; apenas unos trotes lograrán para rebotar en la grupa del «suave y peludo» jumento. Y ya que menciono al rucio: hasta la grupa estoy de los que cabalgan en ojotas a mi patria complacida y dispuesta a esa cabalgadura que se deja atrapar por los cuentos de matarifes y estancieros. Patria mía, es esa que prefiere la chambonada de ánimas en el fogón de la peonada y quedar boqueando después de un chifle de caña. Porque esta parte yegua de la patria, prefiere andar con la hechicería de la luz mala y no con las mentiras de unas cuantas monedas de plata —firme pero displicente arremetió Samuel Tesler, tan picante como siempre y con un tono telúrico que hacía reverdecer ombúes en La Pampa yerma.

—Únanse a mí, ¡oh! almas demolidas en su íntimo carozo trascendente. He venido vestido de resurrección para protegerlos de las oprobiosas santificaciones que los oficios religiosos ofrecen para la piedra que se arroja, la mano que se esconde y el pecado vestido de otra cosa ¡Hemos de lograr un paradigma bíblico al alcance de todos y en cómodas cuotas! Heme aquí, queridos mulatos de la Ciudad de la Gallina (de esta gallina de esta cuidad transitoria y de sus plumas paralelas a la otras que vuelan bajo, entre el cacareo y el miedo a la olla), heme aquí digo, listo para triturar la infamia y a los infames que infamaron la vida, a la patria y hasta la madre que los parió; y todo eso junto el mismísimo día en que Frimost y Silcharde usaban sus portentos danzando entre fogatas inextinguibles, un malambo que sobre la hiel de sus fermentos forjaban protervos alegatos sempiternos. ¡Aquí,

conmigo, hermanitos hechos ceniza por el fuego de Los Horribles y la sevicia de los garcas! Voy a protegerlos del liviano pero agobiante aire que rodea la casa de Elohim y su cohorte de ángeles barrigudos, que derrochan sus estipendios celestiales en aparecer retratados en óleos, folletos y estampitas. Yo seré vuestra armadura, como si estuviera en una plaza de toros cabalgaré con caballos acorazados, entre pasodobles taurinos y palmas de farruca, hasta aplastar uno a uno a los reverendos hijos de puta —continuó Samuel en un ritmo de ahogo sincopado.

—Tengan fe en quien ha sido carne de manicomio y alma lúdica, objeto de estudio en la manipulación de la psiquis, animal de laboratorio cada vez que una teoría les cocinaba los diplomas. Tengan fe en mí, que aún puedo distinguir lo sagrado de lo cotidiano y veo nítidamente la cruz en los tanques y en los aviones. Pero el crucificado no está con ellos, él es unos más de los que sobre el asfalto deja un charco de bendiciones y le dice al padre que no saben lo que hacen, pero que no los perdone porque hacen lo que mejor saben. Y no diré más —dijo Samuel Tesler —a no ser que me ayuden a recuperar mi báculo, mi quimono de dos caras y mi anillo pastoral. Al menos, mis queridos mulatos de la Ciudad de la Gallina sigan la huella de este búho rastreador de almas, metido a domador de los infiernos y de embaucadores teológicos.

—De la emoción a la conmoción sólo media el llanto y la tristeza. El filósofo villacrespense siempre ha sido muy devoto y en su inmensa piedad pulveriza el dolor, hasta hacerlo sutil sobre los cuerpos que padecen ausencias en el alma y en las almas que padecen las ausencias del cuerpo. Él fue quien oró hasta el umbral de la santidad en el Cementerio del Oeste, cuando yo despuntaba mi Adán Buenosayres y a un tiempo lo enterraba como «la materia leve de un poema concluido» —aquí Leopoldo hizo una pausa para aclarar la garganta que se le había oscurecido por las lágrimas y prosiguió: —no dudaría un instante en peregrinar tras el cortejo que Samuel

Tesler convoque, en su afán de restañar las laceraciones que los aviadores del deshonor infringieron a nuestros compatriotas, en esta Guernica, tan brutal que aquella Guernica del cuerno iluminado por los toros vencidos de la España Republicana. Pero acá, los aviones no eran de países vecinos ni los aviadores extranjeros, aunque hubo acá, otros Picasso, pintando otros caballos y otras lámparas de horrores: hay un trabajador de camisa blanca y negro luto en la manga por la muerte de la Santa; ese trabajador intenta lo que Daniel Santoro con sus pinceles le diseña, como una estrategia de resistencia. Son tantas las masacres que me tiñen el odio de vergüenza, por eso admiro a Samuel, porque él siempre frecuenta la vitalidad de los guerreros con la paciencia del asceta, aunque estalle volcanes y derrame su verborrágica lava de profeta. Creo que hasta la mismísima corte celestial lo seguiría con una reverencia.

En tanto el Astrólogo Schultze vagaba entre los cipreses, ceibas y acacias amarillas. llevaba la mano izquierda en el bolsillo del pantalón Grafa azul y en la derecha portaba una gruesa rama de árbol, de esas que a su vez subsidian otras ramas más finas y pequeñas. La rama en cuestión tenía, a ojo de buen cubero, un metro sesenta y ostentaba un retorcimiento en tres espiras irregulares y perfectamente centradas a su eje, además, y siguiendo el capricho de natura una de las puntas (la que apuntaba a los astros) terminaba en una curiosa media luna recostada hacia uno de los lados, lo cual le daba un aire a diseño de báculo chamánico innato. El Astrólogo, en su caminata, cansina, solaz y majestuosa, murmuraba con gutural monotonía palabras como surgidas en oleaje de frecuencia aleatoria y consistencia ceremonial. Articulaba frases que sonaban oscuramente premonitorias, aunque indescifrables y cultivaba una oratoria de fogón sacro. Hasta ya entrada la noche se lo vio deambulando por las calles internas, senderos y veredas, iluminado por destellos en complicidad con los astros. Cada tanto elevaba su rama-báculo por encima de su cabeza a la manera de una lanza tehuelche y

profería gritos de una secuencia similar a los haka maoríes, que sonaban, más o menos así: ¡alaghö achanq bajù yjku! ¡tunkûha chujqy alotimpé!

Fue pasada la medianoche que advertí una especie de turbulencia en la copa de los árboles, a la vez que una suave trepidación permanente. Olores dulzones y terrosos jugaban con el aire hasta invadir los pulmones, era una confusión odorífera, por momentos fragante y voluptuosa. El Parque paralelo, astral, áurico y espiritualmente vibrante, se agitaba como resultado del paseo de Schultze y sus demandas astrales, al menos eso supuse, mientras de entre las agitadas ramas caían ensangrentados frutos y esqueletos de hojas, verdes y arteriales, ardiendo en fogaratas de combustión fortuita y excesiva, a la vez que efímeras y ciegamente luminosas, como teas olímpicas recuperadas para los dioses.

─ ¡Ahí está, eso es lo que han sembrado desde los aviones! Sutiles temblores que aún persisten, conmocionando sin embargo hasta el equilibrio del oxígeno que respiramos. La sangre brota de las alcantarillas del aire en remolinos asfixiantes, vísceras y huesos livianamente flotan como piezas de un rompecabezas que buscan sus inacabados cuerpos físicos, mientras sus cuerpos astrales aun claman una verdad que los desampara ─casi gritaba Leopoldo con una mano apoyada sobre una columna de alumbrado público.

─ ¡No es mi boca la que habla, soy un mero accidente del arte, una costilla creada en mil fraguas de barro y agua mansa! ¡Poseído, me entrego a la vanidad de la prosa, en esta convocatoria de los ojos siempre abiertos en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria! ¡No he venido a domar los potros del odio, he venido a darles un galope que los transforme en guerreros de nuestra prole, hasta transformar la venganza en la justicia que no tuvieron ni para recordar sus nombres! ¡Ay de mí si no pudiera usar mis pinceles para esta minucia de la letra de molde! ─de rodillas, con ambos brazos abiertos hacia el cielo, con la rama-báculo-chamánico en la

diestra, Schultze terminó diciendo: — ¡hubo un día en que la Patria se quedó sin flores y a la vez la más bella sufría en su corsé de alcanfores! Hay veces que la Patria, como dice mi cofrade Leopoldo, «es un dolor que aún no sabe su nombre».

El buen soldado
(del libro lunario de Los Reclamantes)

«De lo que mis muchachos son capaces, sólo lo sé yo.

Quién los iguale habrá, quién los exceda, no».

Don José de San Martín

Venían de civil. Pantalones de jean azul, camisas en varios tonos, unos pocos trajeados, la mayoría en zapatillas deportivas, había también los que traían sombreros de fieltro o alguna gorra con visera de copa plana. Era difícil saber si eran presencias espectrales o nautas de corporeidad transitoria, convocados por algunos representantes de las físicas apariciones, de los cuales ya hemos hablado extensamente, claro está, que me estoy refiriendo a Leopoldo (aunque lo sabemos poco afecto a estas invocaciones), Schultze, Macedonio o al recién alistado Samuel Tesler, ya que Los Reclamantes se abstenían de ser a su vez convocantes.

Algunos tenían edades indefinidas, a otros se los veía visiblemente viejos. Los había con rengueras y con las cabezas rotas, con una rosa de sangre en la camisa, tiznados de pólvora y cenizas; silenciosos todos, muchos curiosos y otros transmitían una rara calma de lacerante equilibrio, de quienes lo han visto todo y a la vez padecen una indefensión constante o vulnerabilidad visible. Sin preámbulos y con un gesto de cortesía a la vieja usanza porteña, usando el dedo índice como quién toca el borde del ala del sombrero, uno del grupo se acercó y empezó diciendo:

— ¡Buenas! Soy del barrio Matadero de Roca, en Río Negro se lo conocía como el «barrio de los negros». Yo le puse el cuerpo a Los Horribles y encomendé mi alma a la virgencita milagrosa. Acá, junto a mis compañeros, le hicimos pata ancha a los sublevados, con los fusiles Máuser, modelo a cerrojo, que sólo cargaban cinco proyectiles con punto de calado y porta bayoneta al cinto. Todos del 3º Escuadrón del Regimiento de Granaderos a Caballo, —se ufanaba el adelantado con voz engolada y firme.

— ¿Sabe? Justo el día que llegaba a Buenos Aires — señala muy locuaz nuestro reciente interlocutor — lo engayolaban al descuartizador Jorge Eduardo Burgos. Yo seguía por la radio el misterioso caso de la mujer descuartizada. Pensar que al poco tiempo los cuerpos desmembrados, mutilados, quemados, entre fierros, adoquines y polvo, no iban a provocar en los medios de la época la misma estigmatización ni condena social a los aviadores de la marina, ni a los que, sublevados de mar y tierra, habían descuartizado gente del pueblo, sin siquiera mirarla a los ojos, sin siquiera saber quiénes eran. Esgrimieron la cobardía del anonimato para la crueldad de sus actos.

— Y digamé: usted ¿tenía experiencia en armas?

— Perdone. ¿Cuál es su gracia?

— Sí, claro, disculpe, mi nombre es Daniel Barroso, Daniel Oscar en realidad, pero nunca lo uso, sólo en trámites oficiales que así lo requieran; documentos de acreditación que se usan para demostrar que uno es quien es, también en el prontuario policial, por obsesión en el método del escribiente y suspicacia institucional. Para más datos, y por cortesía de la redundancia a la hora de las presentaciones, sepa usted, que oficio de anfitrión y demiurgo en chancletas, de esta hipérbole fantasiosa donde transitamos con la ilusión de quedarnos, al menos hasta el último acto.

— Vea Barroso, yo venía de darle a la pala, el hacha y la barreta, y terminé frente a una antiaérea en la Casa de Gobierno. Nací en el treinta y cuatro y el 19 de febrero de 1955 ya estaba incorporado al Regimiento de Granaderos a Caballo. Hasta el último día pertenecí con honor y orgullo al cuerpo creado por nuestro Libertador Don José de San Martín. De paso le cuento que fui dado de baja el 7 de diciembre de 1955. Dictaron cerrado mi servicio militar obligatorio y militarmente me obligaron cerrar la boca «que bastante barato te salió meterte en camisa de once varas», me dijeron, mientras me indicaban la puerta de salida, cabeceando desdeñosamente. La firmó el mayor Alejandro Agustín Lanusse, jefe del regimiento, nombrado por «la fusiladora» y años después, otro dictador de los impuestos que desafió al Tirano Depuesto hasta el ridículo, desde donde no volvió, como dicen que dijo Sarmiento y que el General usaba para fustigar la acción de opositores y detractores de adentro.

—Sí «El Cano», así le decían —dije, como para darle un respiro en el monólogo y que nuestro soldado siguiera soltando su heroica narrativa de los hechos — El tercer representante de la oligarquía después de «la fusiladora», apoyado por La Embajada desde afuera y por los radicales, puertas aden- tro, el mismo que encabezó ese engendro que auto definieron como «Revolución Argentina». «El Cano» pergeñó (con sus patrones de la oligarquía, medios de comunicación y cipayos varios) un acuerdo cocinando un guiso de retórica política y con el sentido común de la media clase, que podríamos resumir citándolo, desde el archivo del cansancio pleonástico: «En determinadas...blablá…, especiales en la vida del país, las FFAA...blablá... transitoriamente el poder del Estado, pero nunca blablá...indefinidamente. Fieles…blablá... y a la tradición democrática, siempre...blablá... participación activa e imprescindible de la... blablá...para, en común, realizar la tarea...blablá...del futuro de la Patria». El muy General, trató de poner límites legales al Tirano Depuesto, intentando trabar acuerdos para frenar lo irrefrenable. Inclusive, el muy pícaro

General Impuesto, intentó «mojarle la oreja» al «viejo», paréntesis y nuevamente el archivo: «...en mi fuero íntimo diré… blablá… porque no le da el cuero para venir». Y el león herbívoro ganó con el sesenta y dos por ciento de los votos, de paso sería bueno recordar, que para ese entonces las paredes de los barrios, encaladas primero y pintadas después con «negro de humo», lucían consignas muy elocuentes: «Perón va a volver cuando se le canten las pelotas». Y ya que estoy de semblanzas, a no olvidarse, que el muy General Protervo, fue el responsable de la masacre de Trelew, donde fusilaron a dieciséis compañeros presos.

—Ese mismo, dio por cumplido lo que aun yo no había concluido. Aunque sí, yo cumplí. Defendí al gobierno constitucional y me enfrenté a los sublevados junto a mis compañeros, que, como yo, teníamos encendido el coraje para oscurecer el miedo y una determinación de soldados, que nos ponía al frente de una Causa. Y esa causa era defender lo que había votado el pueblo y repeler a los recalcitrantes asesinos, disfrazados de opositores, que nos querían a todos con la soga al cuello. Nosotros, quiero decir, yo y estos que están conmigo, nunca supimos a ciencia cierta cuántos éramos en ese primer intento de repeler el ataque enemigo. Cerca de cincuenta calculo y los sublevados que querían tomar la Casa de Gobierno unos trescientos y con mejor armamento.

Mientras continuaba con su relato, el resto de los reunidos empezaron con unos ajetreados y febriles preparativos. Moviéndose con precisión, casi marcialmente, como si una fuerza invisible les asignara lugares previamente establecidos. De pronto, una fosforescencia me cegó y reculé unos pasos. Asombrado por lo que aún no entendía y debo confesar, algo temeroso y aturdido, pues se desató una perturbación sonora, a la vez que se mitigaba la luz hasta volverse sombra y comenzaban a proyectarse turbulentas escenas, caóticas y a la vez claramente definidas en un espacio que lentamente empezó a parecerse al Cine Teatro «Argos».

Casi sin notarlo, al menos con mis habituales sentidos, me encontré en el centro mismo de los relatados acontecimientos, donde aquellos Granaderos habían mantenido a raya a los infantes de marina. Era como una proyección cinematográfica de un realismo espeluznante, donde yo podía moverme a mi antojo y conservar a su vez mi butaca asignada. Salvo por la aprehensión natural de estar en medio de ese escenario de combate, advertí que no corría peligro alguno, estaba allí, pero dentro de una matriz del espacio-tiempo, paradójica y en escala y dimensiones desconocidas. Era otro paralelismo espontáneo, surgido al calor de tantas migraciones y transmigraciones, otra transición de ofuscamiento alegórico, funcionando en esta volatilidad primera, concurriendo solidariamente para la concreción del relato, con un realismo tan real como el de la Terca Mula de nuestra Real Realidad, manifestándose con independencia e improvisando con la pericia de un recurso dotado del noble material de la conciencia.

Cayeron a pasos de mi ofuscada presencia unas bombas que no estallaron. Una voz en off relataba: «han caído unos artefactos de gran porte de color rojo con algo de amarillo y una hizo impacto –sin detonar– en el Patio de las Palmeras». Tragar mi propia saliva era un acto que requería un esfuerzo inusual, al igual que procesar el aire fosfórico y terroso que se metía hasta por los poros, provocándome una sensación de asfixia inminente y poniendo a prueba mis esfínteres y otros músculos menos oprobiosos, que hasta ese momento ignoraba que me pertenecieran. Al tiempo comprendí que no es solo un refrán y que jugar con fuego tiene sus consecuencias. Mi desafío y conjuro a las fuerzas más recónditas se ponían en evidencia. Mi desafío consiente por provocar hasta los bordes mismos de la cornisa histórica y meta-histórica, no sólo podía hacer evidente lo tantas veces negado o deformado, sino que también podía resultar un disgusto de hipos incontrolables y complicaciones nada literarias en el pulso coronario. Todo seguía el curso natural del desbarajuste desatado.

Otra voz surgida del grupo de resistentes dijo: «la niebla nos favorece, están demorando el ataque, además son medio chambones estos cagones infantes». Mi desasosiego era total. Las imágenes, de una carnadura espontánea se sucedían en torbellino y se iban ordenando para dar paso a un relato de crónica filmada. Se sucedían en espejo la realidad de esa otra realidad y su representación simbólica, hasta donde los símbolos se dan maña para significar algo de un significante inexplorado y traído por los pelos y a rebenque por el lomo. Los hechos históricos y los sucesos alegóricos se enfrentaban y potenciaban, amplificaban los decibeles hasta explotar en silencios lacerantes, todo sucumbía y renacía entre ayes tonantes y quejidos silentes entre súplicas, rezos y desvaríos. Las arengas interminables, las órdenes que vibraban como vibran las cuerdas en un pizzicato o las sirenas de un barco en medio de una niebla espesa.

Por un lado, el torbellino de las descargas, en su carnicería demoledora, desmadraba el recinto figurado en miles de partículas de luz fugaz, como si de rémoras lumínicas o polvo lunar se tratara. A su vez, la cotidianeidad de los paseantes, algunos rumbo al trabajo, otros con diligencias administrativas, haciendo compras o transportando colonias de infantes; esas escenas en superposición temporal y en temporalidad desconcertante, imponían a la tragedia, una crueldad híper realista y un desequilibrio emocional de quienes, conocien- do sus destinos, mantenían una austeridad santificada en la hoguera. Había también, una suerte de recurso fílmico que representaba los sueños, los que se podían ver, reflejándose desde los mismos escombros y entre las desgarradas arterias donde yacían los cuerpos, envueltos en una bruma de escaparate, entre borrosos actos alegóricos y letanías de gestualidad paródica. Todo transcurría como en una fogata onírica derritiendo imágenes sobre los espejos de la historia.

Repentina y afortunadamente, cual, si se hubiera abierto un paréntesis en esa ficción de supremo derroche realista o

como en un típico intervalo en el continuado de un cinematógrafo, se fraguó una paz de categoría candorosa y afortunadamente relajante y sanadora. Casi sin sudores y sin arrugarme la camisa, regresé a la exclusividad de mi anónimo interlocutor y sus compañeros de armas, quién proseguía, o quizás nunca se había detenido en sus evocaciones:

—Un compañero cayó cerca mío alcanzado por los proyectiles de un franco tirador, seguramente apostado en alguno de los edificios públicos cercanos. Los aviones pasaban una y otra vez con ráfagas graneadas. Yo mismo fui herido por una esquirla ardorosa y a la vez helada en mi espalda, sangraba mucho, aunque no era grave. Me quedé firme con mi viejo máuser a cerrojo y peine, mientras la anti aérea esperaba ser reemplazada. Una compañía de Los Horribles «se apostó a unos cuarenta metros de la explanada norte de la Casa Rosada. Otra en la playa de estacionamiento del Automóvil Club, entre el Parque Colón y el Correo Central, a cien metros de la retaguardia de la Casa de Gobierno». Los hicimos retroceder. Nosotros y una creciente multitud que se iba acercando con armas caseras, palos, machetes y hasta un par de muchachos con gomeras, anticipando una criolla intifada, o simplemente acudían con su desguarnecida y decidida presencia. Cuestión que los infantes de marina, con los esfínteres vencidos y su chambona cobardía, se replegaron, pedían una piedad que no merecían ni otorgaron.

—Flojeras de la autoridad y principalmente del Tirano Depuesto dejaron sin castigo a esos crueles asesinos y vulgares matasiete. No quiero estropear el relato, pero siempre pensé eso: qué Perón, por lo menos, tendría que haberlos juzgado por «infames traidores a la Patria» —dijo uno de los anónimos Granaderos, con la sobria humildad de los buenos y la diáfana indignación de los justos.

Retomando la descripción sobre el efecto de esos espléndidos artificios terrestres, era sorprendente descubrir que simulaban estrellas de brillo encarnado, trastocando, por el

influjo de energías desconocidas, el polvo apenas visible que flotaba en el aire, en un manto sanguíneo de tinieblas, que barrenaban sobre la superficie de las cosas como crótalos de inocente ponzoña.

Advertí que, en medio de los complejos, pero ilustrativos recursos de vendaval escénico, el grupo de combatientes, empezaba a difuminarse entre abrazos y adioses emotivos. Daban por cumplida la tarea de incitar a la memoria para contrarrestar los desiertos del olvido con el atroz oasis de sus historias. Y si digo atroz oasis, es porque: la verdad de los hechos puede ser un remanso, pero conlleva un dolor del carajo.

Y nuevamente: destellos, voces e imágenes físicamente palpables se proyectaban en un ámbito de teatralidad performático y por momentos disparatado. En este momento, ya alejados de nuestra reunión con los veteranos soldados y confundiéndose con otras representaciones similares que llevaban a cabo Los Reclamantes, en las cuales primaba el caos visual, el que a la vez reflejaba una incontrastable secuencia de hechos y consecuencias ingobernables, digo, que en ese momento se apreciaba también, como por arte de inadmisibles candilejas, una iluminación cargada de dramatismo y aplicada a boca de escena, con una maestría de iluminador del teatro Colón u otras salas de similar talla escénica.

Eran como una atemorizante luz mala en medio de La Pampa esas luces trágicas, dibujando siluetas esperpénti- cas y voraces, las que a su vez relampagueaban desde sus adefesios mímicos, remontando al cielo truenos y destellos, invirtiendo la lógica meteorológica de las tormentas y enderezando el agobiante resultado de los hechos, devolvían hacia el cielo las detonaciones y la metralla, calculando que Dios estaría despierto o que se despertaría al sentirse reclamado por dejar que fanáticos rezadores, asistentes rutinarios de las misas y respetables padres de familia, hicieran del libre albedrío una cacería. No intentaban ser los Reclamantes del

Eterno ni custodios de la verdad evangélica, pero al menos cuestionar, lo que podríamos llamar «un descuido a la hora de estar del lado de los buenos». Apenas, una alegórica protesta a la desidia de los rezos, cargados de ofrendas y penitencias, entre el dolor y soledad de los cirios y los inciensos.

De todos modos, en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, se mantenían latentes los oratorios, los ruegos, las plegarias y las penitencias. Se sucedían las procesiones con sus fieles votos de amor al Supremo. Los dedos recorriendo las cuentas del rosario, cabezas de sumisión recibiendo los aceites crismales y las bendiciones. Como un acto de fe, buscaban la providencia divina, las buenas venturas y exculpaciones, aunque nunca se abatieron en la resignación y mucho menos en el perdón sin arrepentimiento. Demandaban el castigo aquí en la tierra para la secularidad de los actos y sus consecuencias.

Hubo quienes sospecharon que, tal vez, el Supremo Tormentoso, haya visto en estas crueldades terrenas una celebración, y que solo era una fiesta que los mortales le hacían a su eternidad eterna y que, por eso, no hubo desde las divinas alturas nada que nos protegiera y mucho menos que nos defendiera.

Y otros tantos concluyeron, que el Grandote de los Cielos podría estar sufriendo de inocencia creativa y que, como cualquier artista que cree en la divinidad de su obra, se haya tirado en la catrera a cosechar la envidia y a esperar lisonjas, provechos y aquiescencias.

Discepolianas
(el filósofo villacrespense)

¡Aullando entre relámpagos,
perdido en la tormenta
de mi noche interminable,
¡Dios! busco tu nombre...[5]

─ Me persigue ese tango con la frialdad del filo en lo caliente del tajo ─dijo Samuel Tesler, mientras se acomodaba en un banco sin sombra y atrapado por un horizonte de máscaras ululantes que agitaban sus túnicas de harapos. Y gritó hacia los rincones astrales. como espantando una ilusión de pájaros, que batían sus alas en la inquietud de un fingido vuelo sobre un cielo muerto:

─ ¿Cuántas manos y cuántos pies se necesitan en esta cruz para saciar su sed de crucificados y expiatorios romanos? ¿Cuántos látigos en las espaldas rumbo al calvario? ¿Cuántas espinas ha de tener la corona de la humanidad para calmar a los Sanedrines y que sucumba al fin sin lava- manos en la piedad de Pilatos? ¿Qué me digan qué hacían los vicarios de Dios, ese día en que los clavos caían desde los aviones sobre los pies y las manos de un indefenso pue- blo, clavándolos de muerte contra el suelo? ¿Dónde estaban los supremos eclesiásticos cuando pintaban la cruz del salva- dor en los fuselajes de los Gloster, en la costra herrumbrosa de los tanques o en la proa de los barcos de guerra?

---

[5] Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

El pulso de un tiempo ambiguo flota en el carapacho invisible del Barrio Parque Cornelio Saavedra de esta Buenos Aires en disenso, hecha una clepsidra de palpitaciones visuales, donde el sol puede ser una medalla de cobre o una versión estridente de un cielo otoñal de Antonio Berni o de Enrique Policastro.

No había inocencia en esa respiración de ánimas ni en esa brújula geográfica de los hechos. El filósofo villacrespen- se amasaba una altivez profética pero también una incógnita infausta. Podía soportar esa congoja de bandoneón, colándose por la epidermis hasta sus precipicios neuronales. Porque Samuel tenía la dureza de los ascetas y la bondad de los peregrinos, era de una luminosidad fundida en sombras y con tanta lucidez, que podía acontecer como permanecer en lo oculto; era como un lazarillo filial de las cegueras o una epístola urgente para difuntos.

No quiero que tu rayo
me enceguezca entre el horror,
porque preciso luz
para seguir...

¿Lo que aprendí de tu mano
no sirve para vivir?
Yo siento que mi fe se tambalea,
que la gente mala, vive
¡Dios! mejor que yo...[6]

—Ahora que veo sus rostros. Que no son sus rostros. Que son máscaras sobre sus atuendos. Que no son sus atuendos. Que son harapos sobre sus cuerpos. Que no son sus cuerpos. Ahora que son una rebelión metafísica semejando la imagen del Resucitado rebelándose en el Templo y su

---

[6] Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

bondad para levantar hasta a los muertos. Ahora que no son solo voluntad del Eterno, sino la sed redentora de los que murieron en el desierto: ¡loas a los que se atrevieron a no quedarse en silencio! Imagen de la imagen transfigurada en una realidad sin escapatorias ni dilaciones posibles, como el tic tac de una bomba, sumida su explosión a la pura sincronía del segundero. Como una exhortación que sigue en ruego y termina vomitando la violencia que ignora, hasta esa razón implorante de los que saben que serán devorados por el fuego y sin embargo se agitan como teas al viento. Pasividad del ruego y violencia de la memoria, que nos puede dejar sin aliento y sin sustento, pero que jamás será negación cuando se cae de madura la breva de la realidad real de los acontecimientos. Estoy saturando el pentagrama de mis instrumentos sensibles, estoy tratando de no sucumbir a las metáforas del tango ni a lo prosaico de este cáliz rebosante de veneno. Yo también soy aullido en esta desolación de plegarias y gestos reparatorios, en este rogatorio personal que exhibo en el escaparate de estas almas laceradas hasta la carne de sus almas y el alma de sus carnes. Los veo aquí, desmadejando el hilo umbilical de la historia, amarrado aún a la gran puta madre de la chapucería civilizatoria. Los veo empujando el carro de los muertos como si empujaran el luto de los sueños. Los veo tan irredentos que hurgo en textos de monasterios, una revelación que me explique este crimen donde Dios acontece como un pariente lejano acudiendo a un velorio sin entierros o lo que es peor: visitando tumbas sin rastro filial y sin la corona funeraria de los deudos.

Si la vida es el infierno
y el honrao vive entre lágrimas,
¿cuál es el bien...
del que lucha en nombre tuyo,
limpio, puro?... ¿para qué?...
Si hoy la infamia da el sendero

(6) Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

y el amor mata en tu nombre,
¡Dios!, lo que has besao...
El seguirte es dar ventaja
y el amarte sucumbir al mal.[7]

Samuel Tesler tambaleaba de furia por las calles interiores del Parque íntimo y paradojal de nuestra Buenos Aires obnubilatoria, igual que lo hiciera en los patios del loquero municipal, cuando sus indignaciones deambulaban buscando un punto de fuga en el sacerdocio poético de la Buenos Aires ostensible y provocadora. Por esos senderos ilusorios andaba aturdiendo hasta a su propia sombra, metía las manos en los bolsillos de su campera garibaldina y al sacarlas ponía las palmas hacia arriba como exhibiendo algún flagrante contenido: «estoy buscando en las migajas filosóficas de Artaud el microbio de la existencia». Y nada se me revela, sola la pura alquimia de otro loco y santurrón profano, conteniendo un ahogo de peregrino que ha perdido su devoción de viajero. Solo huelo a mierda con las narinas de los beatificados, mientras queman inciensos del santo madero en el Vaticano.

Decía con voz clara y audible estas cosas y seguía su marcha gesticulante y ampulosa. En uno de esos paseos de indignación y congoja, de búsqueda insatisfactoria y de sentenciosos párrafos admonitorios, se pudo ver cómo se excomulgaba de ciertos mandatos eclesiásticos en santidad con los ángeles y sin perder de vista su diagnóstico de oratorio vítreo, mientras pateaba piedras y movía su brazo derecho acompasadamente, sobre el espacio que su brazo izquierdo dibujaba con el codo flexionado a modo de violín, al tiempo que profería extasiado: «lo mejor de Corelli lo interpreto cuando me acompañan los pájaros y tenso bien el arco de mis penitencias» y agitaba violentamente el brazo hasta quebrar

[7] Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

las cuerdas imaginarias, que sin embargo sonaban como un canon barroco agitando un aire sacro.

No quiero abandonarte, yo,
demuestra una vez sola
que el traidor no vive impune,
¡Dios! para besarte...
Enséñame una flor
que haya nacido
del esfuerzo de seguirte,
¡Dios! Para no odiar:
al mundo que me desprecia,
porque no aprendo a robar...
Y entonces de rodillas,
hecho sangre en los guijarros
moriré con vos, ¡feliz, Señor![8]

─No voy a rendirme al taparrabos de la síntesis si estoy viendo en paños menores las mentiras de la guerra. ¡Válgame Dios si bailo este tango con la bragueta del discernimiento abierta! ¡Quisiera el mundo encontrarme más decidido y otorgarme un motivo de piedad ante tantos canallas y sus visibles miserias! Y si el tango me persigue le voy a dar una paráfrasis: «de todo muerto tengo heridas, heridas que no cierran y sangran todavía» (Tarde, letra y música de José Canet) ─Samuel Tesler espetó con voz de barítono estas sentencias, habiendo mudado su campera garibaldina por una casulla litúrgica de cuaresma y sandalias franciscanas. Repentinamente apuró el paso hacia la sombra de un plátano de hojas de arce, desparramando su osamenta como un pelele después de una jornada de verdades y carroña callejera.

(7) Tango«Tormenta» de Enrique Santos Discépolo
(8) Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

Una mujer y la metralla
(del libro lunario de Los Reclamantes)

Afanosamente trataba de no perderme ninguno de los acontecimientos y circunstancias espontáneas o forzadas, deliberadas o fortuitas que, por momentos, se sucedían vertiginosamente y con una simultaneidad beligerante entre tiempo y espacio. Me apesadumbraba de solo pensar que podía perderme una sola de aquellas extraordinarias manifestaciones, tanto las de carácter artístico-escénico-dramático, como los incesantes ingresos de nuevos convocados o aquellas, a las que nuestros venerados anfitriones nos tienen acostumbrados. A estas alturas resulta indudable que, tales exposiciones, peroratas y arengas, aportaban sustancia y consistencia a la clarificación de los hechos, al desentrañamiento de vericuetos y propalaciones de la cizaña del sembradío mendaz del periodismo cipayo. Como así también, de las incontables mentiras fraguadas al amparo de míticas fábulas aristocráticas y de inclasificables dislates y macanas, notoriamente irrisorias, a las que nos tiene acostumbrado la empingorotada historia oficial, oficiosa y oficializada. Este aporte básico y valioso, de buen cuño y estirpe popular se expresaba, tanto con los recién llegados, como con los Ilustres espíritus de intangible carnadura física y voluntad literaria. Capítulo aparte y central, eran las representaciones y denuncias que declamaban con virtud escénica Los Reclamantes, manteniéndonos a todos, tanto terrenales como etéreos, con los ojos desmesuradamente abiertos, como al personaje de Malcolm McDowell, Alex De Large, en la Naranja Mecánica.

En ese ajetreo del ánimo me hallaba, cuando detrás de un desmesurado tronco de palo borracho en flor, siento un

insistente chistido, acompañado de un: ─ «¡Oiga don, a usted le hablo!

Me acerqué con curiosidad y sin remilgos, a sabiendas que todo lo que ocurriera podía seguir sorprendiéndome, pero que nada sería de riesgo coronario, pues hasta lo más atroz se presentaba con el equilibrio de la verdad y una bon- dad de cofradía penitente. Ni bien me hallé a una distancia que, el embozado chistido consideró prudente, abandonó su infantil escondite decidida y lentamente. Era una mujer mayor de cabello blanco y arrugas tenues. Sus rasgos manifestaban una marcada ascendencia criolla, sus ojos eran nocturnos y alunados y tenía es sus manos, huellas de soles y jabonosas mañanas de desamparo; eran unas manos demasiado blancas y ágiles, pero a la vez vacilantes, como temiendo alguna torpeza o desmesura gesticulante. Vestía una falda gris de paño, lisa, con bolsillos tipo parche y una blusa de algodón celeste agua marina, con vivos negros sobre el cuello de puntas redondas.

Mientras hacía estas observaciones, ya había empezado a presentarse como si le urgiera acabar con un pesado e indeseable trámite administrativo o anuncio funerario:

─Yo nací y crecí en el seno de una familia natural de los barrios y no con el arquetipo cultural de los afiches, aunque el arquetipo cultural de los afiches pesaba mucho sobre el imaginario y en algunas costumbres, hasta de los más humildes del barrio. Pero, papá no fumaba en pipa ni tenía pantuflas, ni leía el diario repantigado en un sillón muelle con apoyabrazos. Mamá no lucia sonriente ni estaba expectante a los deseos del hombre de la casa, con sus manos sobre un delantal reluciente y al costado del ya mentado sillón muelle. Mi mamá por lo general renegaba para parar la olla con el sueldo de obrero de la construcción que mi papá aportaba, con mucho esfuerzo y varios dedos machucados. También renegaba cuando fregaba pilas de ropa «para afuera» o zurcía medias, ojales, calzones, botamangas y ruedos de enaguas

y polleras. La lavandera o sea mi madre, no añoraba los ayeres que la llevaban hasta los Ranqueles y otras indiadas de las que no quería saber nada. Tenía un mentón desafiante y una luz chiquita pero intensa en sus ojos de acuarela gris, que por momentos se oscurecían como ventanas abiertas a la tormenta. Era una originaria vergonzante, según me había dicho una vez la Aurora Venturini, a la que conocí una tarde en la Fundación y que era amiga de Evita, y que casi me da un patatús ese día cuando la conocí con los cabellos sueltos y su traje sastre de color verde musgo jaspeado, bien entallado al cuerpo y bien lucido, con ese porte de guerrera urbana. Me decía: «la colonia, la labor de aculturación liderada por la Iglesia Católica; la cacería y la masacre por la apropiación de tierras, que los vencedores llamaron «campaña del desierto», todo ese cóctel, mi´ja, presionaba a los indígenas para dejar de ser o al menos de avergonzarse de serlo, quizá como autodefensa, como una manera de que no se fijaran en ellos. De esa manera: Aymaras, Quechuas, Tupis, Guaraníes, Tehuelches, Collas, Mapuches, Comechingones y otros tantos grupos étnicos. eran despersonalizados para integrarlos al genérico de indios y al apelativo de vagos». Eso me dijo la Aurora, una tarde de agradable frescor en La Plata, en el jardín de su casa, mientras el té aromaba a canela y manzanas y un plato de masitas caseras, invitaban a que la tarde se prolongara y que su voz no se interrumpiera, ni con los jilgueros dorados que anidaban en un olivo añoso, que festejaban las miguitas con su guiguí armonioso, que, según Aurora, eran originarios de Europa y también del norte de África. Sabía de todo la Venturini y escribía poemas, parece que muy lindos, porque que hasta el «contrera» Borges, le entregó un premio cuando aún era una muchacha.

—Mi nombre es Juana, prosiguió sin preámbulos ni corolarios, me dijeron que por la de Arco, aunque no sé si por lo guerrera o por lo chamuscada. También dijeron que, por la poeta uruguaya, otros por la Sor Juana, puede ser, mi mamá leía bastante y eso que aprendió de grande con una vecina.

Una vez un curita del barrio me dijo que en hebreo significa «la que es fiel a Dios», y aunque nunca fui de muchos rezos, guardo mis respetos para el cristo del madero y también para algunos santos. Tuve una infancia de privaciones, pero a partir de los quince años en adelante, fui de los privilegiados de entonces. Mi madre siguió cosiendo «para afuera», pero ahora con una Singer reluciente, recuerdo como festejaba el haber abandonado el dedal, los panadizos, así como el fuentón galvanizado, y los sabañones, que le hacían estallar la piel de los dedos cuando el frío congelaba hasta ropa y los zapatos. Trabajé muchos años en La Negra de Avellaneda, los pagos de Severo Arcángelo, ¡dios lo guarde a don Leopoldo! En La Negra, trabajaba en la preparación de la conserva y en el enlatado. Era deslomarse en medio de la náusea de la tripería y la sangre que escurría como en pequeños ríos de un infierno de turnos rotativos. Todo eso, mejoró mucho nuestro trabajo, mejor dicho, las condiciones de cómo trabajábamos cuando el Coronel se hizo cargo en la Secretaría de Trabajo, por eso el 17 de octubre fuimos a la Plaza con todos los compañeros del frigorífico, porque teníamos que rescatarlo. Por eso tam- bién, los trabajadores de Capital Federal y de Gran Buenos Aires se concentraron inmediatamente en los alrededores de la CGT cuando los bombardeos. Nos concentrábamos para defender a nuestro al líder. Allí casi pierdo la pierna derecha, por eso la renguera ¿ve? (hizo unos pasos para mostrarme el vaivén de su marcha). Fue una ráfaga de metralla que dejó un tendal, la mayoría con menos suerte que la mía. Un golpe de fuego sentí, no recuerdo si el dolor fue instantáneo, creo que no. Caí desparramada en la vereda, ahogada por el asombro, el polvo y el humo de las explosiones. Primero no entendía el ardor sobre la carne, después no pude descifrar dónde comenzaba la sangre y dónde el bies de mi falda, aún menos pude soportar los otros cuerpos caídos y la recién descubierta inmovilidad de mi pierna izquierda. Hubiese querido ser una heroína en ese momento, digo, después pensé en eso, pero lo único heroico del momento fue acomodar mi pierna

para que ocupara el sitio previsto de los huesos y rogar que alguien me rescatara antes que mi sangre absorbiera el polvo hasta dejarnos secos en osamenta y alma.

Seguía atentamente su relato a saltos de mata sintáctica y sobresaltos de la emoción intacta, que hacían crujir las palabras como si aún la pólvora y el fuego los acechara. De tanto en tanto le relojeaba la pierna herida. A la altura de la cadera asomaba, marcando con un pliegue en ese costado de la falda, una protuberancia que marcaba un sutil arco hasta el tobillo, como una chuequera unilateral, rematada en el zapato izquierdo con más base que capellada. No hubiera querido detener su relato, pero no pude evitar preguntarle sobre su herida.

—Ya no es nada, lo fue, pero ya no es nada. Claro, usted no se da cuenta, pero estoy de prestada, por un rato nomás, después vuelvo a la invisibilidad de los nutrientes metafísicos, a los fogonazos del recuerdo y los responsos religiosos. En los noventa me pasé para la quinta del ñato. Una neumonía me atormentó la respiración y un hijo desaparecido me quito el poco aire que me quedaba. Pero, vea, para atender a su pregunta, lo de la pierna empezó como dije antes: un golpe de fuego y la caída, luego ahogada por el asombro a lo desconocido, el polvo y el humo de las descargas. Como pude traté de que el dolor no me invadiera la cabeza y posiblemente así evité el desmayo. Me acomodé la carne y los huesos que me colgaban desde la cadera y grité como nunca antes lo había hecho. Lo curioso es que los compañeros que me rescataron, decían que estaba en un hilo de voz y en una regadera de sollozos, agudos e interminables. Después de eso, estuve inconsciente varias horas, por el umbral de dolor, dijeron y por el éter en gotas que en el Argerich me suministraron antes de operarme. Después, también estuve bastante boleada: los calmantes para soportar el achuradero que hicieron para que el fémur encajara con la rótula y que el peroné se diferenciara de la tibia. Sufrí varias operaciones a lo largo de los años,

hasta que pude andar como carreta vacía: «haciendo mucho ruido, aunque ande al paso». Tanto anduve con esta pierna por hospitales que, en la enfermería del Fiorito, en la que no estuvieron ausentes algunos médicos, me cantaban al verme:

Mañana por la mañana te espero Juana a tomar el té Te juro Juana que tengo ganas de verte la punta, el pie La punta, el pie, la rodilla, la pantorrilla y el peroné Te juro Juana que tengo ganas de verte la punta el pie... (Mañana por la mañana Vals de Emilio Brameri y Juan García)

—Con esa gente una se cura de todo, son bravos guerreros de un ejército de emergencias, que a veces con un parche te devuelven la vida. Te pueden poner tornillos para que el alma no desbarranque, hechizos sobre el fémur para que ocupe su sitio natural, velas pueden prender para que la carne vuelva a ajustarse y mantener cicatrices decorosas. Igualmente, nadie te salva de los bisturíes entrando y saliendo del tajo hasta los bordes; un dolor que te oscila entre las encías y los talones, que hasta «un coro de fantasmas que gritan en las sombras» (tango «Por qué la quise tanto» de Mariano Mores y Rodolfo Taboada) y te aúllan al oído un responso o recitan tu obituario como espantajos de un cortejo que te empuja hacia la fosa. Pueden esas sombras, vagar desde la cadera al tobillo, arrastrando las cadenas de tu carne y acuciarte a la altura de los ojos cuando la morfina se acaba y la realidad es una hilacha, de la que si tirás, te desarmás como una bolsa de arpillera.

—Tanto más pudiera contarte, pero se me ha instalado una extenuación de atormentadero y también algo parecido al miedo, no me refiero a el miedo a lo desconocido o a lo acechante, sino todo lo contrario, bien conozco ese miedo y a los que siguen acechando. Es un miedo hecho de vapores y neblina en los ojos. Puede que suene a disparate, pero siento un cansancio de muerte y eso no es de buen augurio para un alma errante y encima renga.

Juana comenzó a replegarse tras el tronco del palo borracho en flor, con una sonrisa de opacidad luminosa y una

mirada de ansiedad y congoja, exhibiendo su renguera manifestada apenas, bajo una falda gris de paño, lisa, con bolsillos tipo parche y una blusa de algodón celeste agua marina, con vivos negros, sobre el cuello de puntas redondas.

Quizá no sólo se estaba replegando. Quizá regresaba a su cobijo eterno. De todos modos, no tuve intención de retenerla, pero alargué mi mano hacia su sutil y fortuita corporeidad, a la vez que ella estiraba su brazo izquierdo, noté como si la yema de sus dedos fueran una brisa de fugacidad estremecedora, como si alojaran una caricia protectora. Temblé con la emoción de quien ha ingresado a una verdad con los ojos tan abiertos que impedían el llanto.

Proverbiales nueve *(Leopoldo / Schultze / Macedonio / Samuel Tesler)*

Leopoldo, Schultze, Macedonio, Samuel Tesler y yo, nos encontramos como judíos errantes que, habiendo saciado la sed de los sedientos y recuperado la virtud de la diáspora, entran en la parusía álmica del presente texto, acicateados por fuerzas de complicidad íntima y destinados a recuperar el aliento de lo poético, a pesar de la ferocidad de los hechos o justamente por eso.

Algo menos trascendente que un advenimiento bíblico, aunque alcanzamos la suficiente carnadura simbólica, como para estrecharnos en un abrazo de transparencias de aspecto sólido, tan sólido y campechano como esta asociación de milagros físicos y recursos retóricos.

—Éramos la cifra perfecta de una ecuación imposible. La abstracción del cuerpo, sometido al columpio caprichoso del verbo y al transitorio silencio de lo eterno. Éramos lo que somos, cuando descubrimos que el tiempo es una línea inútil dibujada en el momento mismo en el que casi no somos o dejamos de serlo. Éramos lo que somos, cuando el espacio es el lugar elegido en la cáscara del huevo terrestre y no nos decidimos a cascarla, no tanto por no romper el misterio de lo que fue primero, sino para que la nada no nos ubique y nos reduzca a un fenómeno sin cobijo ni contornos. Esperanza del futuro, perseguido como la suculenta zanahoria de nuestro burro clásico, que nos inunda la boca con la baba del deseo. Presente que no somos en el mismo momento del movimiento que vamos siendo. Pasado abierto a la desidia del recuerdo que no se queda atrás ni con el insomnio ontológico

en la sicología de los huesos ─casi recitó Samuel Tesler en clave de añoranza y con morriña en los gestos.

Cuestión, que, en la vereda lindera a la Avenida General Paz, nos volvimos a reunir por beligerancia del tiempo, caprichos de ubicuidad terrestre y ebullición atemporal de los sentimientos. Apenas podía creerlo, pero allí estaba yo, un advenedizo viajero, metiendo la cuchara entre las fullerías del tiempo, un peregrino auto convocado a una tertulia de exaltación en lo fraterno.

─La memoria persiste como en el cuadro de Dalí con sus relojes vencidos y defectuosos, rodeados de arena y despojos mobiliarios, dentro de otro reloj invisible que trasciende lo arbitrario del símbolo pictórico y la metafísica de un catalán monárquico y afiebrado. Embrollo que somos en las fotografías, donde la quietud de la imagen es luz atrapada en su caja negra y que, una vez cautiva, hace que se muevan los escarabajos del tiempo. Yo me siento como una falsificación de mi impudicia librada a vagar en la crueldad de los hechos y en la misericordia de los sueños. Soy una realidad cosida con el hilo de trajes viejos. También una puntada sin hilo, lastimando remiendos y sin dejar otro rastro que una sucesión de agujeros: el agudo filo rasgando desde dentro. ¡Un acto de justicia la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria! debo reconocerle Barroso, que en este brete nos hace des- filar como animales indefensos con el yugo al cuello. Atrapa- dos estamos para que nos pulan los cascos como a matungo viejo o simplemente que el golpe del contexto nos deje secos
─continuó la ronda de intervenciones el Astrólogo, apoyado en una conífera que desprendía sus conos con sonoros golpes huecos sobre la tierra.

─La incapacidad de encontrar en la naturaleza el anverso de su manifestación divina, hace imposible considerar la perturbación de una semilla o el colapso emocional de un batracio. Y yo aquí mismo, en el reverso de mi personaje hecho literatura; soy lo que alguien lee como si me leyera, aunque en

realidad se esté leyendo a sí mismo, más aún, quizá yo sea la literatura de quien me lee y el lector apenas un personaje de otro libro inexistente. Nada complicado, aunque lo parezca, tal como mi discreta obra: «La guía del cojo en el camino rec- to de la vida»; excelso esperpento de mi autoría, que no será hoy objeto de análisis, aunque podríamos lamer el sub texto que yace en paños menores y extraer alguna conclusión que sirva para algo o al menos una lectura que nos deje risueños, como peces que no han sido pescados o terneros aún no destetados. Retomo entonces: digo, que lo que aquí se diga, es una invocación a la estética de lo inconcluso; un paradigma de la tragedia que deja sus actos encadenados a lo fortuito de quien leyera e interpretara esa merced poética, digo que, si alguien me leyera estaría tan inacabado como lo razonable de estas palabras. Alguien por allí preguntará: ¿acá nos convocan los masacrados que aullaron en la tormenta y el señor se pone a teorizar vaguedades poéticas? Y razón que tiene, aquel que me conmine a ubicar la proa de mi barco reflexivo frente a las olas amenazantes de una guerra que no empieza recién y que no termina a pesar de Hiroshima. Pero sucede, que en mis papeles pueden comenzar en el ápice de la nada, pero no terminan como la nada, porque la misma nada no acaba. Así como Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta, son la voz inconclusa de un verso maldito, yo puedo anunciar lo maldito de un verso inconcluso. ¡Ya quisiera tener las entrañas para abordar los horizontes de algo nuevo!, pero ya ven, apenas soy un repetidor ecuménico, de una universalidad tan local como estos viejos ayes para un dolor nuevo; los que apenas si menciono o que por pudor callo ante la inmensidad del dolor que en otros veo ─y dicho esto, Macedonio atusó sus barbas y quedó en silencio, rumiando con sus ojos una lágrima sin destino.

El día trascurría como una limosna del calendario. La meteorología tenía expresiones ambiguas según los bordes del Parque que uno transitara, según los meandros de sus calles, la frondosidad de su arboleda o la desolación de sus veredas.

Cabe recordar (y si no se dijo antes, es pertinente decirlo ahora) que la manifestación climática obedece a los mismos influjos trasmutativos y metafísicos que el resto de este malambo alegórico, por lo tanto, hay una concentración de variedad climática, a la vez repentina y urgida por los vaivenes de esta realidad incierta, la cual discurre en las veinticuatro horas según el capricho egipcio y su instrumento de sombras.

En tanto, la calesita del Parque General Paz giraba óxido de ausencias y distorsionaba músicas desde un parlante de enmohecido metal, que hacía gorgoritos de cortocircuito eléctrico. El clima del contorno de las manifestaciones álmicas, como ya he dicho sufría de cierta vaguedad telúrica, donde se respiraba un oxígeno de humedad ósea y odorante, como de cáscaras de manzana fresca o azafranes de Marruecos, aunque también destilaba vaharadas de orines y bosta de cojudo overo.

En el exterior, en la Buenos Aires constante y sempiterna, se percibían incesantes intervalos de nubes y oscilaciones térmicas, que avivaban el relente nocturno, provocando goterones de tormenta fatua e irisadas perturbaciones en el resol de la tarde. Este único día, donde la sensibilidad básica se conjuga para modelar sus vivencias transitorias y donde su naturaleza eterna, se mezcla de elocuencias y promesas, en esa calamidad de decenas de años desatados y resueltos en una síntesis casi perversa, todo, y digo todo, confluía a una síntesis imposible, estrujando el tiempo hasta convertirlo en una revelación que nos atragante de memoria hasta mancharnos, habría dicho Celaya, sabiendo que «son gritos en el cielo, y en la tierra son actos».

—De la austeridad primitiva de mis ancestros, he aprendido a librarme de la carga insoportable del consumismo moderno y del vestido de seda de la mona capitalista y de sus afeites y cosméticos de la India, entre paréntesis y sin ellos, también capitalista. Puedo ayunar sin llevar la cuenta, tocarme el costillar sin aspavientos de faquir o ventilar lo ventrudo

de mi abstinencia sin limosnas espirituales o consuelos de baptisterio. He colapsado en poemas, que lo buenos docto- res han analizado tropezando con la puntuación y la sinta- xis, creyendo que la metáfora se escribe entre comillas o que una comparación contribuye a la sinalefa de otra compara- ción baldada. Toda luz he sido, y hoy me veo rodeado de otra luz salida de las sombras del ocultamiento, que como ascuas humanas brillan en su propio incendio y se apagan con su propio fuego. Me presento como la revelación del olvi- do, como padre putativo de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. Ya sabe Leopoldo que soy un guía ejemplar en los toboganes místicos y que, no soy ningún caído del catre en esa desolación literaria de mirar la estúpida hoja en blanco. Aquí estoy con los sufrientes, con Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta y siento que es tal nuestra igno- rancia, que no podemos diferenciar la serpiente de Uróboros de un hipogrifo del montón o la serpiente Maya de cola negra y malas costumbres alimentarias con una inofensiva culebra de vientre rojo. Siento lo que siento, porque esos baldados, chamuscados, aterrorizados, tan muertos como asombrados, y digo asombrados, pero no sólo por pasmados, atónitos o confusos, sino porque de sombras han construido la mirada final del espanto y en sombras han transcurrido golpeando los bordes de la justicia, como quien arroja una peonza giran- do a contragiro, retorciendo el piolín en la palma de la mano, porque estos, prosigo y digo: me han aullado hasta dejarme sobre el lado áspero de los óleos sagrados ─sin aspavientos, pero en un tono elegíaco el filósofo villacrespense hizo mutis bajo la sombra de un sicomoro.

─Nuestra Patria no ha logrado alejarse de la genealogía del dolor ─comenzó a platicar Leopoldo como dirigiéndose a un auditorio de penitentes. Y tras cartón, arremetió:

─No es mero expediente el puntilloso sacrificadero pre- colombino, que desde el primer desembarcado de España creyeron ser enviados por el Navegante Divino y bendecidos

por el cuadrante náutico de su eterno reino. Es desde allí también que fundamos un tiempo de padecimientos, aunque finalmente masacrados, arrinconados, despojados, desplazados y amancebados, llegáramos a cohabitar, inaugurando reductos de naciones y acriollados destinos. Tiempos, en que Patria aun no éramos, pero Patria había en los términos que eligieran los antiguos de estas tierras: todo Patria era la tierra misma, con sus pastos verdes y que las estrellas del cielo eran los ojos de lo eterno. Ni que hablar de la colonia o las invasiones de la Raposa. Tiempos de independencia y revoluciones; de todos juntos con uno al mando; de todos separados y con muchos haciendo mandados. Nacidos que hubimos de cuantos partos la historia nos pariera como decía don Carlos, mientras se fumaba el canuto del opio en las iglesias. Traiciones, golpes, bombardeos, fusilamientos, persecuciones, exilio, presos, desapariciones, asonadas, tumultos, sublevados y rebeliones. Aquí estamos, los que ya estaban y los que descendemos de los barcos. Nosotros, hechos nebulosa de la carne, bastión elocuente de convocatoria, memoria y exorcismos de paz en la guerra y de una guerra perpetua, que nos recorre desde las frágiles fronteras aztecas hasta la fogata de los Onas, qué digo, y más allá, en toda la secuencia planisférica de la redonda esfera; desde los pawnee a los inuit, desde los yakutos hasta los rojos himba de África. Quizá debería decir mirando nuestro ombligo de guerra: «la luz de una fogata de los que fueron masacrados al sur de su existencia». No esperen de mí, al menos, mientras la tarde decide su ausencia, que cante las victorias de la masa numeral hecha esencial y viceversa. No mencionaré, que, desde los escombros de una ciudad indefensa, la masa esencial construyó su numeral resistencia. Y si no menciono estas cosas es porque que la belleza abandona mi alma, aunque pueda Elbiamente nombrarla. Hoy todo es, como una felicidad que aún me espera, como una tristeza madurando su breva. No es el mejor momento para nombrarte Elbiamor, o quizá sí y sea la manera de invocar a las Musas, para que la finitud

de las almas salga de su laberinto de explosiones y sea la justicia su venganza ciega y sea tu nombre también una bandera. Elbiamor, de otros momentos recuerdo la irreverencia de buscar lo Divino como el falsario de nuestra percepción de la belleza o el sustento vital de nuestros frutos interiores. Y vuelvo a la belleza como una letanía desesperada, tabla de náufrago, meditación de la esperanza, retintín metafísico para sostenerme en esta vacuidad de pólvora y soflamas; utopía de la verdad escondida en lo deleitable de un fruto hu- mano bondadoso, empecinamiento de augurar amor estando en la mitad del odio, sortilegio de la conciencia golpeando la piedra del Interrogante Celestial y que se rompa como cual- quier guijarro bajo la rueda del carro histórico de las ofensas. Por eso, insisto a la sombra de la luz de tu nombre, Elbiamor. Porque quiero sostenerme, aunque más no sea, como una conjetura de la virtud o fugaz ilusión de lo que un hombre puede recoger, después de haber exaltado a la comunión de una humanidad sin fronteras. Me expongo a la inocencia de un esplendor que la razón alimenta a la vez que atormenta, con la naturalidad de un rayo cayendo en la inclemencia. ¿Qué otra probidad que el idealismo ha de acompañarme en este señero carrusel, donde creemos girar, cuando en realidad somos la quietud de una mecánica adherida a los resortes de la ciencia y la artera maniobra de la invisible ubicuidad de la Obra Maestra? Me tropiezo con la realidad y la atropello con la elocuencia del arte, quedo atrapado en el marco teórico de una interpelación que muestra la hilacha de un traje prestado y estrenado a las apuradas, lleno de parches invisibles y con el cinturón flojo. Estoy triste Elbiamor. Creo que sólo es eso —mientras el eco confuso de la música de las representaciones teatrales se sucedían como en un continuado de cinematógrafo y el reverbero solar se acomodaba en el escorzo de la tarde, que como ya sabemos es la simulación de una tarde en las cosmogonías de nuestro caleidoscopio en realidad irrealizable, digo, que en ese transcurso del vértigo de una quietud inestable, las palabras del Poeta Depuesto, habían potencia-

do la sutil trama que nos tejía desde adentro hasta los últimos encajes de la intemperie. Como si lo llevaran en volandas, el grupo más conspicuo de la convocatoria álmica recorría el Parque, vitoreando a Leopoldo y dispensándome un lugar destacado por haberlos reunido en esta sinrazón literaria de razones justicieras.

Reclamantes del Aullido en la Tormenta *(tres)*

—Hay un tiempo roto. Pedazos de un laberinto de ausencias que nos obliga a deambular la historia como sombras errantes, ya sin la esponjosa solidez del cuerpo. Sólo un rastro de luz nos pertenece en ese recorrido de la verdad insomne. Yo soy esa oscuridad y la sombra de otra luz que acontece con las bombas, luz que soy entre el humo ciego y la metralla en las paredes. Todo lo que soy me precede entre luz y sombra, entre el odio de la barbarie oligarca y el desasosiego de una verdad de resurrecciones en un tiempo roto; laberintos de ausencias y rastros de luz entre las sombras —con una voz cascada curtida en grapa y tabaco norteño recitaba uno de Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta, sin apego a ningún argumento dramático y abriendo un nuevo escenario de luces subalternas y brumosas. Era una figura alta y espigada sin manos aparentes y con una flor desojada cubriéndole el centro del cuerpo, como una germinación del pecho derramada hasta la ingle, teñida de relumbres escarlata. Y continuó:

—Si no ven mi rostro es por el anonimato vil de los dictámenes y las mentiras que nos dejaron a la intemperie misma de la existencia, con la carnalidad expuesta en su desnudez de fuego y a nuestra identidad deshecha, como una tragedia colateral de nomenclatura y expedientes. Ya innominados, ni filiación, ni lápidas, apenas unos papeles de aburrimiento para el registro burocrático y a veces ni siquiera eso: un borrón de tinta y un descalabrado sello. Sepultados en tumbas sin tierra, entre dolores sin llanto y lutos atrapados en la brutalidad ciega de un «aullido en la tormenta interminable de

tu noche dios» (ya he pido anuencia y aquiescencia por la paráfrasis del tango «Tormenta»). Desde el cielo, como tropillas de baguales surgidos de los cuatro cuños del apocalipsis, galoparon sobre la plaza con los cascos encendidos, y en cada golpe, el aire se transformaba en ráfagas de tormento a sus brutas patas sometidos. Nos mataban con la fuerza brutal de sus derechos de hacienda y sus herencias. Babeaban por los belfos su única razón de bestias.

La alocución de este Reclamante detonaba en el aire simulacros acuosos, que como torbellinos golpeaban en el rostro y agitaban la respiración hasta los quicios del ahogo. Era una letanía crepuscular atada a la madeja proterva de los hechos; a medida que se desataban los nudos de la traición, se apretaban aún más los lazos que el dolor tejía entre la maraña de heridos y muertos. De a poco se fueron sumando otros, creando un coro en los silencios del discurso, que sonaban como un eco de conceptos o de palabras medulares, inclusive acontecían en neutralidad de vocablos tonantes y confusos. Todos, como él, lucían flores de sangre y pólvora en distintas partes del cuerpo, asimismo, en la ausencia de esas partes, se agitaban como una ilusión de sortilegio eléctrico, irisadas fluctuaciones de tonalidades ambarinas.

Se los veía toscos y a la vez etéreos, inapelables, de una contundencia y solidez de plomada sobre un muro de concreto. Eran la impávida y demoledora persistencia de los hechos, la bruta terquedad de la Mula de la Real Realidad, que dio origen a esta memoria de acervo histórico y relatos de figuraciones y tiempos resurrectos. Estaba todo lo que de ausencias se constituía en familias de los que nunca volvieron a la mesa, ni a las mañanas de pan caliente sin toparse con un desencuentro o un insoportable silencio. Porque el dolor no quedó bajo los escombros o en los llantos del cementerio, siguió su derrotero cotidiano en las cocinas y en los lechos. Las bombas no solo cayeron donde cayeron. Las mutilaciones mutilaron sobre el cuerpo del tiempo y de los afectos. No

mataron cientos de cientos, fueron millones los que padecieron una realidad que los sepultaba en las piltrafas del silencio y los desencuentros.

No tenían la apariencia que uno construye en los sueños o en los relatos taciturnos de una ronda familiar, donde los muertos aparecen ente fluctuaciones acuosas y nubarrones de luz, oscilando en los rincones o batiendo ventanas o rompiendo cristales de retratos con el aliento. No arrastraban cadenas ni ululaban sus apariciones, y sus pasos, si bien exhalaban levedad, eran firmes e irradiaban un mutismo ensordecedor, como el viento en el altiplano, como en un santuario fluctúan los rezos. No curvaban sus espaldas como si arrastraran pesarosas penitencias ni chocaban descontrolados y absortos, no hacían pantomimas de calaveras ni proyectaban sombras de esperpentos. Eran apariciones altivas, de una extraña altivez sin rostro y laceraciones furtivas. Eran la carnadura del símbolo aferradas a un presente continuo, para que la verdad de los hechos resistiera en la fragilidad de las conciencias y en los caminos truncos del tiempo.

Y ese coro inusual dirigido por el imperioso espectro Reclamante, prosiguió:

— ¡Heme aquí! Una pregunta trunca soy. La perfecta respuesta latiendo entre la mendacidad de los diarios de la época y los libros escolares. Soy en la historia lo que ocultan los pulcros profesores en las universidades o las banalidades de los manuales escolares y la verdad fingida de las maestras. Ni siquiera una cifra o un desprecio marcado en el calenda- rio. Solo, una despiadada ausencia, sin relato ni sentencias. Infamante argamasa sobre los agujeros que la metralla dejo en La Recova y en los edificios públicos. Silencios sobre el asfalto y bajos las piedras. Impiedad de palas y pisones sobre las veredas. Los cráteres siguen guardando listones de raso y jirones de puntillas, machucados restos de la carne entre hierros y canto rodado. Estamos mimetizados en ochavas y vitrinas, en los pastos replantados, en el agua de la fuente y

en la soledad de las esquinas. Somos la verdad fraguada en los ministerios y en las iglesias. Recorremos los pasillos del Parlamento, entrando y saliendo en cada oficina cumpliendo una burocrática doctrina sin fundamentos. Los jodidos políticos nos dejaron a la intemperie de nuestras alegorías. Somos una sentencia de muchedumbre en la plaza, golpeando las puertas de la casa de gobierno y también una voluntad somos, una persistencia hecha doctrina. Una pregunta trunca somos. La sagacidad de los intelectuales busca la teoría de una respuesta que los deje a salvo de la verdadera pregunta, que los deje a salvo de la guerra. Se ahogan en la retórica de la infamia, y la filosofía de la vergüenza los exime de la crítica. Somos lo que hemos de ser o la Patria no será nada.

— ¡Heme aquí! Se va de mí lo que hubiese sido, soy el contra sentido de lo que hube sido; una tribulación del ver- bo, agobiando la conjugación en modo imperfecto. ¡Soy una carencia! Lo que no soy cada día es un regreso de lo que queda. ¡Estaré siempre aquí, desde que me hube hecho conciencia insomne en la potestad del verbo!

Este último párrafo sembró lágrimas en los surcos temporales de nuestro derrotero de la memoria. Además, provocó una conmoción de emotividades en la ya muy sensible convocatoria de almas y presencias sustanciales. Fue un tendal de congojas, que sin embargo, redoblaron la voluntad de un optimismo justiciero y militante.

Los Horribles *(incursión primera)*
«El sublevado»

El caos aparente y el desafiante equilibrio de nuestro ámbito íntimo y paralelo, comprado con la extrovertida e igual de caótica Buenos Aires congénita, me llevaba a realizar largas caminatas circulares y metafóricas. No tanto por discurrir entre similitudes y ritmos aparentes, sino más bien, por una necesidad aeróbica que limpiara mis residuos de inestabilidad emocional crónica y ordenara mi abatatamiento místico.

Todo lo que veía encarnaba una imposibilidad práctica y a la vez un potencial de la madona, que cuajaba en un hiperrealismo lúcido e inagotable que agitaba el pasado, entre las tribulaciones de un presente errático y un futuro impermeable, hasta el momento, a los requerimientos utópicos.

Y cuando digo: “caos aparente”, estoy diciendo que había un orden simbólico y una armonía de virtuosismo filosófico, poniendo en su lugar los ruidos a martillos de fragua de los que exigían justicia y los simples golpes de aldaba de aquellos que reclamaban venganza, temerosos de los sermones éticos y las peroratas de ubicuidad cristiana. Y eso también dimensionaba un equilibrio que demandaba algo más que una fidelidad en la balanza de los hechos, alertando sobre la errática complicidad de los neutrales, teniendo en cuenta que lo único neutral que iba quedando a estas alturas, era la sombra de los árboles y eso porque no había una filosofía de la botánica y su relación con el sistema solar, que interpretara, por ejemplo: por qué algunos álamos, son de sombra esquiva. Como sea y sabiendo lo que ya sabemos, nada mal hubiese estado, que los que hicieron tanto daño lo pagaran

con el cuero reseco, por pura impiedad de árboles en vigilia o por lo menos que la ausencia de sombra los dejara como achuras olvidadas en la parrilla. En realidad, debieran estar encarcelados por asesinos seriales de un pueblo indefenso, por sediciosos, premeditados y arteros. Y por todas las posibles consideraciones y agravantes, que de haber habido un juicio pudieran caberle a los mal paridos, aunque ya sabemos que muchos murieron de viejos como abuelos beneméritos.

Llegado a este punto sospecho que ya puedo relatar lo que en este capítulo tengo intenciones de relatar.

A estas alturas ya estarán interiorizados y acostumbrados, los lectores de buen cuño y paciencia trapense, a que, tanto las apariciones, invocaciones, impetraciones anárquicas, ruegos e intromisiones álmicas, estén a la orden del día y al arbitrio de varios de los Ilustres Convocantes, también al azar y los conjuros o simplemente por alguna falla aleatoria en nuestro dispositivo de la Bordona de los Destinos Impo- sibles. Inclusive uno podría estar sometido a improvisados chamanes pirotécnicos de entre casa, también a avispados transeúntes que en «las tardecitas de Buenos Aires que tie- nen ese qué se yo» (tango «Balada para un loco» *H*oracio Ferrer y Piazzolla) le acomodan de puntín a alguna baldosa floja, haciendo vibrar la mencionada Bordona, abriendo sen- sibles fisuras temporales a este lado de las cosas. Muchos de ellos (de los arbitrarios transeúntes), exhibiendo una sonrisa socarrona y una reprimida putiada por haberse salpicado con agüita barrosa (sin connotaciones patronímicas) la botamanga de los leones y la punta de los escarpios.

Así, de esa mescolanza jaculatoria. Entre ese bochinche abstracto y sus caireles subjetivos, desde esa transmutación secular y bulliciosa hasta los conjuros de empedrado y billar con cuatro bolas, apareció uno, como si tal cosa. Siniestro y fugaz, arrancado de la boca nocturna del tiempo, aturdiendo hasta el destino de las cosas, con una retórica inútil y marcial,

vociferando con una violencia aferrada a destempladas adjetivaciones y parrafadas vacuas y maliciosas.

Su voz era una voz de un animal desconocido, recién engendrado en la deshonra de funestos gritos de victoria, como clarines forjados en los crisoles del Quinto Caldero del Averno, donde Samael construye su pentagrama de sonidos muertos y armonías rotas……y así, pudiera seguir la descripción, utilizando imágenes esperpénticas hasta atosigar la imaginación del lector con horrorosas versiones de mutantes, íncubos y súcubos, en macabras danzas de contorciones beligerantes y lascivas. También podría haber recurrido a referencias zoológicas para ilustrar al gorilaje vernáculo o valerme de monstruosas caricaturas nazis; quizá solamente poner de relieve rasgos inhumanos, evocando el bestiario medioeval o el inframundo de los puritanos. Todo eso pude haber hecho, pero sucede que nada de su apariencia los distingue del resto de los humanos. Quizá se pudiera advertir en un gesto la destilación de sudores de desprecio y arrogancia, tal vez en la mirada, advertir las profecías del odio y sus ritos de venganza, quizás y soló quizás pudiéramos concluir un juicio razonable al ver sus manos u oler su respiratorio de sangre.

Sólo me resta, sumar las rispideces de un momento donde la tensa cuerda de las emociones hace tambalear el equilibrio de mis energúmenos internos y narrar objetivamente mi subjetiva perspectiva, cuando abruptamente entró a escena el ya descripto representante de mi humano desprecio:

— «¡Argentinos*, argentinos, escuchad este anuncio del cielo hecho realidad por fin sobre la tierra! ¡El tirano ha muerto! ¡Al fin el orden natural se ha restaurado*»*!* —con aire de pituco de barrio norte exhibía su camisa de cuello para smoking, con su moñito a lunares patrios, llevando sobre los hombros una chaqueta de combate de la infantería de marina, entorchada con jinetas y condecoraciones que resultaron ser chapitas de una burbujeante bebida cola. De la cintura para abajo, lo hirsuto de sus piernas afloraba como resultado de

unas bermudas de combate de los marines de EEUU. Debo agregar que su atuendo culminaba con unos excéntricos borceguíes de alpinista suizo y una gorra al estilo prusiano, con unos exagerados laureles dorados y en bajo relieve sobre la visera.

Debo confesar que estuve tentado en convocar a los Reclamantes a un desborde mazorquero, para dar cuentas del aberrante y provocador espíritu de Los Horribles. Convocar a todos los convocados, para que tronara el escarmiento y sacarlo de nuestra Realidad Real de la Terca Mula de la Memoria a patadas en el culo y con un cartel, tipo sánguche publicitario, que dijera en claras letras de tinta indeleble y con tipografía de imprenta mayúscula: «cinco por uno no va a quedar ninguno» por delante, y por detrás: «al amigo todo, al enemigo ni justicia», especulando que cuando volviera a la Buenos Aires colapsada y vital, provocase a que las pelambres gorilas pusieran en remojo sus barbas, sin beneficio de refranes ni sentencias. En el momento mismo en que iba a hacer vibrar la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, con la intención de apelar a un barullo punitivo, un grupo reducido de Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta, me rodeó con ternura áurica, pero con oscura firmeza militante, al tiempo que una melodía órfica de notas mistéricas pero melodiosas, acompañaba un breve canto polifónico que decía entre otras cosas y en tono dogmático:

«La organización vence al tiempo...las revoluciones se hacen con tiempo o con sangre».

Y proseguía a modo de letanía: Somos el hecho maldito y los seguiremos hasta abajo de la cama. Nos verán en las fiestas familiares, en los saraos de la Sociedad Rural y en los desfiles militares. Cuando vayan a besar a sus niños antes de dormir, será ese beso un acíbar de recuerdos. Atormentaremos sus caricias y sobre sus lechos, será una ausencia el cuerpo amado; una disolución de la carne en espectros mutilados de sombras y chaflanes lumínicos. Estaremos en

la mesa familiar fermentando sus alimentos y en sus convalecencias de enfermedades mínimas, estaremos alterando sus medicamentos, sus bálsamos y las presiones arteriales.

Se me acercó una de las Reclamantes; tan cerca mío su aire inmortal estuvo, que pude ver que lloraba una ceguera de sangre: era como si un mar llorara una playa entera de carapachos secos y vientos de arena. Mientras suspiraba todo ese tiempo de existencias destrozadas, dijo:

— Los hijos de mil putas quieren un baño de sangre a lo largo y ancho de la patria. Vamos a resistir y golpearemos donde más duela. Seremos guerreros silenciosos, vengadores de una Patria Depuesta. Seremos audaces e implacables y a la vez evangelizadores de la Causa, hasta volver con todos los rostros y todas las ausencias.

Sentí la ambigüedad de los justos y brutal certeza de la guerra, me debatía entre una conciliación que contemplara arrepentimientos y penitencias, la vacilación sentí, entre el combate y la tregua. Nada de esto pude expresar mientras Los Reclamantes seguían con su ritual de contenerme en mi desasosiego y a la vez mantener sus consignas cargadas de vibrantes alegatos y una liturgia crepuscular, que antagónicamente apelaba una evocación de las ausencias. Mientras tanto, el marino aviador del bombardero seguía su marcha, a estas alturas enfundado en sus botas reglamentarias, pero en cueros. Había perdido sus atuendos, embaucado como el rey del cuento, no por develar una verdad, que a estas alturas no necesitaba de apólogos ni referencias, sino más bien, como una simple burla a su verdadera indecencia: «la de reivindicar la monstruosidad de un crimen y no reconocer su monstruosa esencia».

Y prosiguió con su cantinela el sublevado:

— ¡Qué no me vengan con populismos de cuarta o socialismos de opereta! Aquí nosotros somos la civilización y ustedes los bárbaros. Limpiaremos con el arel del Altísimo toda la

siembra atea, para que queden los mejores granos en la patriótica cosecha. Quemaremos con el fuego los malos pastos y con nuestras propias manos arrancaremos la mala hierba y sus parásitos. ¡¡Acabaremos con esta enfermedad o seremos la enfermedad misma hasta purificar las conciencias!!

Se paseaba con aire embelesado, y aunque estuviese en pelotas, iba del éxtasis al arrebato. Después de un prolongado y aún más desagradable alegato desparramado a los cuatro vientos, se entregó a la dura faena de morderse el corazón para mantener su espíritu a salvo, dejándonos un ramalazo de náuseas y desconcierto.

─ Queda la carne intacta de los hechos sobre el cuerpo vencido de la crónica oligárquica y su negacionismo como método. Verdades que podrían hacer colapsar hasta el páncreas analítico de Herodoto o la arteria coronaria de Tucídides. ¡Qué digo el páncreas o las arterias! Todo el organismo histórico de la Patria se desplomaría si tan sólo pudieran sostenernos la mirada ─ dijo, a manera de cierre la Reclamante (que lloraba una ceguera de sangre), mientras enterraba decenas de libros «depuestos», como si la historia misma necesitara el resguardo de mejores tiempos, mientras la infamia mantenía la inquisición de sus hogueras.

El boxeador golpeado y un suboficial retirado *(del libro lunario de Los Reclamantes)*

"El peronismo no tiene historia, tiene leyendas"

Gonzalo Leónidas Chaves

Fue repentino el remolino de hojas de plátano y flores de azahar de los naranjos, que fue envolviendo un impreciso pero definido espacio, con epicentro en la calle Gerchunoff esquina Aizpurúa, que en realidad no es propiamente una es- quina, sino una circunvalación al Parque Carlos Mugica, pero que nos sirve como referencia geográfica, si es que algún fanático del barrio lo necesitara, pues a los efectos narrativos es casi una extravagancia. En cuanto al fenómeno relatado, se producía sin que hubiera un viento franco ni ráfagas imprevistas, sin embargo, el remolino de hojas, devenido en un embudo vegetal, crecía cual torbellino irisado y odorante. Era como una tromba terrestre sin consecuencias dañinas, más bien era un portento atrayente y sugestivo.

Me resulta difícil describir la violencia benéfica del fenómeno y su creciente desarrollo hacia arriba, angostándose cada vez más hacia la base de ese cono con vértice en la húmeda grama del Parque. De todas maneras, no duró mucho esa exhibición vegetal-meteorológica, pues de la misma manera que se había iniciado culminó a los pocos minutos, aunque las consideraciones de tiempo-espacio, ya sabemos que son un tropiezo de inútil relojería y una conjetura sin lími-

tes cartográficos razonables, digo que, apenas acostumbrado a la presencia del prodigio, desapareció completamente sin dejar un rastro material congruente, no obstante, el lugar se había teñido de un color ambarino y filantrópico para los ojos, digo más: de tal magnitud era la sanidad lumínica, que restauraba una prístina armonía en lo observado, dejando la mirada en estado de beatitud e inocencia. Igualmente, el aroma de los azahares, levemente citrificado, agitaba las aletas nasales y estimulaba compulsivamente a hacer inspiraciones a pecho henchido, al punto de hacer crujir las costillas y excitar de júbilo los ánimos respiratorios.

Una vez recuperada, la de por sí dislocada normalidad de este paraje de realismo alucinatorio, apareció un grandote de cejas curtidas en cicatrices, bajo una frente chata y despejada de arrugas, exhibía una nariz aplanada sobre un carnoso labio, que armonizaba con una fuerte quijada y mentón prominentes. Bailoteaba al compás de su sombra como un boxeador experto y resuelto y hacía gala de una agilidad sorprendente, teniendo en consideración las dimensiones de su robusto cuerpo. Me acerqué con cautela y por qué no decirlo, con todo el recelo que impone el miedo a molestar tanta humanidad entrenada y llena de músculos.

Casi inadvertidamente y sin que “el boxeador de sombras” suspendiera su obsesivo ejercicio, sobre todo de piernas, golpe directo de derecha y ganchos cortos de retorno lento, apareció una mujer, como apartando una bruma inexistente, que era la mitad de ancho y de alto del mastodonte pugilístico. Llevaba como atuendo una blusa floreada muy discreta, faldas negras por debajo de las rodillas y zapatos al tono, de taco bajo y capellada de pie entero. Guardando una decorosa distancia se despachó con una perorata sobrecargada en gesticulaciones y acentos de oratoria de vecinas departiendo en la feria, mezclado con vocablos, propios de quien ha rondado lecturas en busca de aventuras e imaginarios paisajes:

— Usted ahora lo ve con el pelo ralo, pero le decían «el indio rubio», porque Miguel, mi marido, era hijo de una india pilagá y un alemán de piel encendida por el sol y rubio hasta la ceniza. De él, de su papá, no solo heredó el color de pelo, sino sus dimensiones y manías deportivas, también una marcada hosquedad que competía con una bonhomía sobrecogedora. Su afición al boxeo lo llevó a competir en circuitos amateurs, con algunos éxitos marginales y demasiados golpes. Sucede que era muy resistente y podían golpearlo durante toda la pelea, dejarlo sangrante y aturdido, que él seguía sobre el ring oscilando mecánicamente, dejando muchas veces exhausto al contrincante, eso, su resistencia muchas veces lo hizo ganar por puntos. Claro que tantos golpes le arruinaron las entendederas y en los últimos tiempos andaba como perdido, se subía al tren en Lomas y rumbeaba para el centro la más de las veces. Siempre en el tren, aunque fuera por cigarrillos o para «pasear estirar y las piernas». Él estaba muy apegado emocionalmente al gremio después de tantos años de ferroviario.

—Disculpe señora, quisiera hacerle dos preguntas, la primera: su nombre por favor

—Luisa, en el barrio me dicen «Lita» …¿y cuál es la otra pregunta?

—Bueno, usted habrá notado que estamos en una situación no convencional y a ciencia cierta no sé cómo han llegado hasta aquí con su marido…

—Eso no es ningún misterio, señor…

—Daniel, dígame Daniel nomas…

—Entonces, señor Daniel, resulta que Miguel y yo, hace varios años que moramos insustancialmente en los poco visibles bordes de la eternidad, desde los campos de almas. En este caso, en el cementerio de Lomas de Zamora. Nuestro deambular es escaso y en horarios terrestres de visita, siempre vamos del bracete, en un suspendido pero firme paso

lento y bamboleante, ya que el Miguel, camina como un badajo llamando a misa y levemente inclinado hacia adelante, tomando la zona lumbar como referencia del plano inclinado. De resultas, que, en una de esas caminatas habituales, hubo algo así como una vibración de acordes familiares, pero de estilos variados, que nos fue abduciendo (creo que así se dice), hacia un embudo de sombras que estallo en luces de kermese, hasta dejarnos en este pacifico ambiente de plaza de barrio y aroma a azahares y naranjos. También sucedió que, un Miguel rejuvenecido empezó con sus ejercicios de sombra, tal como hacía en nuestra casa, por las tardes, en el fondito donde teníamos una parrilla, un ciruelo y un jaulón con pájaros cantores.

—Entiendo, fueron convocados azarosamente por la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles. Seguramente desde una espontánea evaluación de sus vidas cuando los bombardeos del ´55, y de una especulación de sus almas sensibles, que…

—” Vamos a descansar que no estoy apurado”, decía un primo lejano. Usted va muy rápido y no estoy entendiendo ese palabrerío que me suena como revoltijo en tienda de sal- dos. Pero sabe, no importa. En ese viaje entre la luz de los difuntos, la sombra de un embudo y la esta otra luz de recreo de feria, a la que puedo adivinar efímera, pero con la consis- tencia de un milagro con costura y dobladillo, y disculpe usted estas comparaciones, pero soy modista por necesidad prime- ro y como oficio después, aunque ahora solo hago remiendos en las vestiduras de lo sempiterno. Volviendo al berenjenal explicativo: hay algo que me quedó entre ceja y ceja, su mención a los bombardeos del ´55, porque desde el mismo momento de nuestro tránsito a lo desconocido, algo recurrente me viene a la memoria y estoy que me salgo de la vaina por decirlo: la historia que me contó Miguel y que yo siempre atribuí a sus desvaríos.

—No se detenga Lita y cuente nomas, que aquí, en esta Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, no hay desvaríos, solo triquiñuelas para despistar a los desesperadamente cuerdos y a los que están aferrados a un realismo de chapuzas y refranes huecos.

—Usted sigue nomás con su jerigonza, que suena a cosa académica, pero a mí no me hace mella ni me intimida, en mi familia ha habido universitarios y hasta actrices de novelas. Y yo, acá como me ve, puedo descifrar las astucias de Hammett y curar los orzuelos con mi anillo de bodas. Y sin más vueltas, empiezo a contarle lo que me dicta una urgencia desconocida, como una revelación de última hora: — ese día, el 16 de junio de 1955 a las ocho, nueve de la noche, apareció Miguel con las ropas desgarradas y la mirada perdida, aunque encendida, como quien, frente a un fogón ha padecido historias de tormentos y aparecidos, eran como ascuas sus ojos. Ni bien se acercó quedé conmovida, porque balbuceaba y lloraba de manera compulsiva. Lo acompañé hasta su silla preferida, una de madera con asiento de paja deteriorada, lo abracé, lo acaricié y traté de contenerlo con besos de una ternura que había olvidado hace tiempo. ¡Ay! Sus ojos, nunca olvidare el incendio de sus ojos. Finalmente logró calmarse después de un tiempo impreciso, que podría haber sido entre diez minutos o el resto de la noche. En ese tiempo impreciso sucedió que yo también entré en una especie de sopor envilecido. Fue en ese instante que Miguel empezó con voz clara, a desgranar un relato, que yo creí de fantasía: —era pasado el mediodía (empezó Miguel, mirando fijo un punto incierto y con sus pesadas y enormes manos inertes y colgando entre las rodillas) y caían bombas que hacían temblar el suelo; mi cuerpo temblaba y hasta los cables del tendido eléctrico temblaban, se oían motores que ensordecían y también como silbidos penetrantes que te golpeaban filosamente en las encías. Volaban pedazos de asfalto, baldosas y hasta los automóviles hacían piruetas antes de caer envueltos en llamas. Empecé a ver tendidos los primeros cuerpos, yo estaba inmó-

vil y a la vez tambaleante, como cuando aquel correntino me puso un gancho en la pera y yo lo miraba con desconcierto. En ese estado, fui arrastrado escaleras abajo del subterráneo por un veterano como yo, que tenía muy estropeado el brazo derecho. Tuve la sensación de no haber pisado ningún escalón, que de un solo salto llegué a los andenes. Nos sentamos en el piso, apoyando la espalda sobre unos carteles, varios metros adentro, ya no había luz y todo era de una oscuridad medio ilusoria, como cuando te dejan grogui y buscás diferenciar entre la realidad y el sueño. De repente, no sé si por el dolor, pero el tipo empezó a habar sin parar, hasta que se quedó dormido y como no podía despertarlo por más sopapos que le daba, me lo cargué en la espalda y volví a subir las escalinatas, sin saber muy bien hacia donde iría. En medio del desastre de fierros, escombros y gente tirada, logré dejar- lo con un médico que lo asistió, junto a otros, con iguales o peores padecimientos.

A esta altura del relato, Lita hizo un intervalo mientras se frotaba las manos contra la falda y miraba fijamente el suelo, mientras sus hombros evocaban el peso de un mal momento o de un desconsuelo o quizás de ambas cosas simultáneamente. Se quedó un rato así y no me atreví a decir palabra, mucho menos a acercarme, pues temí que pudiera tener una vibración destemplada, que provocara su inmediata desaparición por la cuerda sensible que ya conocemos. A estas alturas, ya estaba fogueado en la ultra-sensibilidad de estas espontáneas carnaduras de los espíritus, cuando la emotividad se filtra hasta en la mismísima mortaja dentro del féretro. De pronto, levantó su cara y sus hombros se alinearon acompañando el gesto, me miró como recién llegada y dijo:

—Ahí no termina la cosa, porque Miguel retomó el relato de lo que yo creí que era un disparate, uno más de sus estrafalarios cuentos, que sin ton ni son contaba con ingenuidad infantil, cuando se ausentaba por varias horas con destino incierto. Ese día, recuerdo que lo busqué desde temprano,

desde el Parque hasta el centro de Lomas, como ya le dije, apareció cerca de las ocho, nueve de la noche, cuando ya estaba por ir al hospital y a la comisaria.

─Hizo una nueva pausa y retomó el relato como lo hiciera su marido:

─No sé muy bien que pasó desde que dejé al herido, no solo yo estaba confundido, todo a mi alrededor era un desbarajuste y si bien, había gente que se organizaba, yo andaba a los tumbos, entre olores ácidos y una polvareda húmeda que escondía el origen de quejidos y los pedidos de auxilio. Coches, colectivos volcados y ennegrecidos, envueltos en llamas, gente corriendo sin rumbo; muchos socorriendo a los caídos o tapándolos para que la muerte no tuviera su ritual de despojos a la intemperie ni humillara los rostros sorprendidos. Había una bomba entera, enterrada como un meteorito, vidrios hechos añicos y hasta una marquesina a la que aún le titilaban unos focos amarillos. Tengo que aclarar, dijo Lita, que nunca le había escuchado tanta prolijidad, ni tanta elocuencia discursiva, tanto detalle y comentario florido. Y siguió, como Miguel hubiera seguido: ─Fue de tal magnitud el vértigo de los hechos, que de pronto era el atardecer y el herido reapa- reció y me arrastró de nuevo hacia los andenes de la esta- ción Catedral, volvimos a sentarnos en el suelo, tenía el brazo vendado y en cabestrillo, estaba muy animado y empezó un nuevo relato con la misma ansiedad del principio: ─…y eso mientras me curaba el médico, gracias a que usted me socorrió, cosa que me enteré después según el detalle que me hizo el médico sobre su inconfundible porte pugilístico. Pase un largo rato mientras me asistían, hasta que me llevaron al Argerich; ni bien me cosieron y en el momento preciso del dolor frio, apareció un compañero de UPCN, el cual me relató que se había enterado, que otro compañero, Horacio Chaves, ex suboficial del Ejército, se había presentado en su antiguo Regimiento a enrolarse nuevamente para pelear en la defensa del gobierno constitucional, participando en la recupera-

ción de la base naval de Punta Indio. Un hombre bravo ese Horacio, yo lo conocí, creo que en el ´50, y me sorprendió su convicción y su idealismo…

—Lita nuevamente detuvo su relato, pero esta vez, no la acompañaba la congoja sino un desasosiego, que le dejaba una fragilidad febril en la mirada y un sofoco asmático que le hacía dar arcadas secas. Lentamente levantó una mano, como deteniendo cualquier tipo de asistencia, y continuó:

—Lo más extraordinario pasó después, muchos años después. Fue a fines de septiembre de 1970, cuando Miguel volvió a ausentarse inexplicablemente, como en junio del ´55, sin un peso y haciendo recorridos no habituales, esta vez, a la quinta que tenía Perón en San Vicente; también desde la mañana hasta entrada la noche. Además de esas raras y prolongadas ausencias, estaba la cuestión de los lugares asociados a los hechos. Quiero decir, siempre fuimos agradecidos porque nosotros tuvimos casa y vacaciones gracias al gobierno peronista, pero nunca hicimos política, ni éramos seguidores, y eso que en el barrio venían cada tanto para que nos afiliemos. También por eso nunca le creí esas historias a Miguel, hasta ahora, en este lugar inexplicable y sin otra posibilidad para enmendarlo, que contárselo a un extraño. Nunca supe, hasta ahora que eran los nombres y los relatos reales. Y lo más curioso es haberlo sabido por la sola revelación de contarlo. Al mismo tiempo que no entiendo por qué todo se vuelve tan evidente y certero, siendo que somos una ilusión del cuerpo; pura pulpa ilusoria y fluctuante, acicateados por el aroma a azahares en un remolino de luz y sin destino.

Por primera vez me atreví a interrumpir su relato para decirle, que no era en vano lo que estaba relatando, si bien había quienes ya había recogido testimonios similares, que ya eran historia o leyendas de nuestro pueblo. Y que, aunque no llegara a comprender esta instancia de sus regresos por el camino de las invocaciones, era menester que siguiera hasta que los reclamaran de regreso.

—Voy a seguir, claro que voy a seguir: —como le decía, Miguel llegó a la quinta cuando la neblina abandona los pastos y busca hacerse nube o líquidamente encumbrarse hacia el cielo, iba con un traje viejo de un gris arratonado, el cual le quedaba como pintado, pero que le daba un aspecto de matón asalariado. Para completar lo extraordinario del suceso, se encontró con el mismo hombre del anterior relato, con el brazo ya curado, aunque era notorio que, con movimien- tos limitados, pero tan verborrágico como entonces, le contó más historias sobre Horacio Chaves, un empedernido militan- te que se sublevó con Cogorno y Valle, también que estuvo preso desde Olmos hasta Rawson, pasando por Magdalena y que tampoco se salvó del Plan CONINTES...abruptamente Miguel enmudeció, hizo una pausa, acompañada con gesto característico de espantar moscas, y así, abrupta y destempladamente, terminó el relato. Se quedó con la mirada fija en una baldosa, mientras yo le hacía unos mates y pensaba en lo trastornado que lo habían dejado los golpes sobre el cuadrilátero. Le aclaro que él alargaba, lo que yo creía inventos o desvaríos, haciendo referencias circulares, donde volvía a contar lo mismo cambiando el orden o simplemente agregando referencias insustanciales, mientras se enjugaba las lágrimas sobre la manga del saco y se acomodaba el nudo de la corbata, como si dependiera de eso que su cabeza permaneciera amarrada al cuello y no rodando por el patio.

En segundo plano, Miguel seguía bailoteando y atravesando su sombra con golpes al aire, acompasados y lentos algunos, ligeros y violentos otros. Recién en ese momento y por efecto de algún contra luz que se filtraba entre las ramas de un álamo, vi que tenía una sudadera con capucha y con una inscripción sobre la espalda que decía: “dos potencias se saludan”.

Lita dio un giro sobre sus tacos y se adentró al espacio consagrado a la sombra que, con mayor insistencia marca- ba luces fronterizas que pugnaban por desplazarla. Me dijo:

—No le cuento más porque se me acabó el lastre alegórico y se está aflojando la cuerda terrestre: tengo que volver a mi parcela de cosechas ciegas, donde los vientos arremolinan hojarascas lunares y el sol se desploma sobre su trampa de sombras.

Repentinamente, y como invirtiendo el sentido original del fenómeno, hubo un torbellino con forma de bonete eclesiástico, que, sin violencia los fue difuminando, dejando un reguero de azahares y hojas de plátano machucados. Sentí algo parecido al síndrome de Stendhal, pero no colapsé ante el espectáculo, sino que una extraña dicha me invadió como quien ofrece amparo. Al instante, yo también me quedé en sombras, sintiendo los golpes de quien ya no puede tirar la toalla y le han retirado el banquito, mientras le lluevan los sopapos, aunque suene la campana.

Proverbiales diez
(Marechal)

Sólo, en un rincón umbrío y de tenue resolana, que proyectaba una casuarina glauca, en una ochava interna del Parque General Paz, o sea, cerca de la calesita y lejos de la parroquia, sentado como un buda y fumando su pipa de brezo, estaba Leopoldo, haciendo gala de su destreza sujetando con la última hilera de los molares la cachimba y a la vez articulando una tenue pero firme contracción de la lengua, hasta lograr una claridad oratoria sin tropiezos ostensibles. Así descripto y con un cielo de urgencias pluviales, comenzó a desgranar un pensamiento:

─ Llevamos innúmeras vidas sobre los hombros y los escombros de nuestras existencias. Somos individuos atiborrados de otros Elbiamor (al nombrarla esbozó una sonrisa ladeada y cómplice hacia el poniente), oportunidad que aprovechó para tomar la pipa entre sus dedos índice y pulgar, cerrando apenas el resto, como construyendo una cuna desde la cazoleta hasta el inicio de la boquilla.

─Sin embargo, exhibimos una estrechez pasmosa al ritualizar nuestro ombligo como centralidad ontológica o pelusa cósmica, ¡qué digo! como única respuesta al mundo y que la otredad sea a lo sumo un espejo con el azogue deteriorado. Ombligueamos sin decoro, nos atribuimos la inverecundia de ocupar el centro, como una alquimia introspectiva, como una virtud del revés; imagen nuestra deformada en un abismo eterno; pobre imagen que puede vulnerarse cuando cantan el día los gallos o cacarean su parición de atardecer las ponedoras. Tanto yoismo, narcisismo, personalismo, tanto solipsismo

de obispo irlandés (que solo existe porque lo estoy nombrando), que nos queda la nada o sea la toda nada de nosotros; nos transformamos en más ombligo que entorno y contorno. Solamente espejos en los que rara vez reconocemos que nos falta la mirada del otro. Sólo reflejos, incandescencias de nosotros cegándonos, sin otra virtud que usar el tacto o el buen oído, para enterarnos de los solos que estamos cuando «somos» tan solos.

—Hay que cuidarse Elbiamor (nuevamente la sonrisa aquella), insisto porque los semidioses son el consuelo de los blasfemos y de los que no soportan esta unidad que ostentamos entre el plexo y el cosmos, si al menos fuéramos capaces de ser entre otros. Debiéramos reconocer que no somos el centro de nada y que nada gira alrededor de nosotros, dijo Galileo mirando el sol, mientras campaneaba de reojo una hoguera con su nombre, sin poder dejar quieto el otro ojo sobre los astros del universo y sus vericuetos cósmicos.

—Por eso cuando digo, pueblo esencial, digo también, que nos miremos en todos y en cada uno porque cada uno es todos si bien se mira, y aunque se mire mal lo seguirá siendo, a pesar de todo. El arte de mirar no es privativo del artista o del crítico del artista o del artista que mira al crítico criticando lo que mira. El arte de mirar es un arte en sí y se alimenta cuando más se observa lo mirado; cuando la mirada es más abarcadora, cuando es más mirona, cuando escrudiña, desde una lejanía en perspectiva del detalle, como ese pedazo de realidad mirado por el ojo de una cerradura, mientras Brecht da instrucciones para montar la obra y sigue mirando. También, hay veces que desde el detalle uno puede mirar toda la obra, sea desde el pétalo hacia la turbamulta de la sabia o de una hoja hacia las nervaduras del tallo o desde la viruta de las cosas hasta el caballo abandonado en las costas de Troya. Mirar desde la filosofía o desde la ideología, desde la piedad religiosa o desde la luminosidad metafísica, también desde la irracionalidad que somos, como una consecuencia lógica o

como una inconsistencia de la razón morosa y cándida. Mirar es algo más que poner el ojo, inclusive algo más que hallar la médula o dar en el centro de la diana. Nadie pretende un ojo colectivo, pero sí una mirada compartida; completitud de una retina, aunque no universal, al menos armoniosamente compartida y comparada. La materia es el ojo, la mirada es el alma. El espíritu con que el ojo descubre, que cada uno es lo que es, pero que se perfecciona cuando todos somos la carencia o la plenitud del otro en nosotros. Debemos atrapar a perpetuidad la unidad en la hermandad, aplastando la costra individualista que nos convierte en oscuros representantes de una solitaria y bruta manada sin rumbo. Debemos ser nuestro salvoconducto, ser los que juntos oran y juntos imploran; seamos ácratas, esotéricos, nihilistas, confesionales, ateos, religiosos o marxistas, que cada cual nombre lo paradisíaco con su nomenclatura ideológica, sus recursos semánticos o migraciones conceptuales. Y si el Averno nos espera, que sea en un nuevo círculo que ni el Dante sospechara: el de los «asociados de redención en tránsito o los condenados en unión perpetua», llevados a un puerto de penosas labores y reparadoras recompensas o metidos al fangal de los eternamente cautivos en el caldero de la otredad.

No me rindo Elbiamor. Busco al héroe absoluto. La imposible unidad de lo que amo es la virtud de mi quimera. Una patria última, universal, íntima, amorosa, colectiva y solidariamente imperfecta.

Los Horribles *(incursión segunda)* «El aviador y la bomba»

Lo primero fue la náusea. Verlos llegar; fantasmales algunos, otros, alcanzados por el ciclo natural de una inmerecida longevidad rampante, muy satisfechos, sin haber sentido la vergüenza de sus actos ni depresión o la culpa de su imaginería católica. Nada, ni un atisbo de arrepentimiento donde lo humano mostrase sus signos. Nada de eso, solo la soberbia superaba el visceral desprecio por todo y todos los que contradijeran el desangradero histórico de sus privilegios. Ahí venían, desfilando con aires de festejo la horrorosa masacre de argentinos indefensos; altivos y prepotentes, despreocupados e impertinentes, poderosos y displicentes, paseaban la oquedad de una victoria sin honor y exhibían hasta la indecencia sus trofeos de rapiña e indecencia.

Aparecieron con el desparpajo de los impunes y la arbitrariedad de los autoritarios, burlando las restricciones éticas y los pruritos estéticos de la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, que como ya se ha relatado, hacían agua por sus rendijas jaculatorias y sus filtros astrales, aunque este detestable grupo lo consiguió por conspiración flagrante y con ayuda de algunos alcahuetes, de esos que nunca faltan, ya sea en una guerra, en un banquete o en las misas y veredictos de probanzas.

Llegaron, no sé, si desde los infiernos o vaya a saberse desde qué discordante morada celeste que cobija despojos de almas. Dudas que albergo porque otrora fueron bendeci- das sus máquinas de guerra por vicarios castrenses, sacer- dotes de parroquia y hasta obispos de las catedrales. Lleva-

ban pintado en sus gallardetes, pegados sobre sus trajes o en improvisados estandartes, en sus sombreros y capelinas, hasta en sus encajes y paraguas con volados victorianos, una cruz con la leyenda: «Cristo Vence», de idéntica y chapucera factura, como los exhibidos en los Gloster británicos, cuando atentaron contra la inerme población de La Plaza.

Desfilaban codo a codo: jóvenes advenedizos, herede- ros de campos robados a los pueblos originarios o al fisco, también a natura en su indolente extensión del orden natural, ancestral y comunitario, avinagradas representantes de las Sociedad de Beneficencia, pisa bosta de toda laya y vetustos militares que aun duermen en sus lechos o moran en panteones o bajo lápidas; también de los que acarician a sus nietos con ternura acogedora de venerables ancianos y rancios sátrapas.

Todos estaban reunidos en esa caminata de indignación patricia y puritana, avanzaban sobre estas calles de nuestra paciencia literaria y de nuestra probidad para la crónica documentada. Estuvimos siempre atentos a cualquier exceso de violaciones al cuerpo de los hechos y al meandro sutil de las interpretaciones, inclusive tuvimos excesos en los puntos de vista o relatividades de concepto. No hace falta explicar que nuestro lugar histórico, siempre estuvo, está y estará con los que padecen las injusticias del gorilaje, de los oligarcas (los de origen de clase y de los recién desclasados de su origen), grupos económicos concentrados, prensa canalla, eclesiásticos de las cuatro monedas, de muchas confesiones y de variadas religiones. Y los infaltables, vetustos, novísimos, flagrantes y conspirativos políticos neutrales, que mientras firman oscuros pactos de extorsión parlamentaria, hacen gala de tener bajo el poncho la verdad de una daga.

Como decía: por esas calles venían, cuando alguno de esos esperpentos ensoberbecidos y petulantes, se destacó a un costado del abigarrado grupo y ostentando modales refi-

nados de exquisita y zafia prosapia, dijo, en tono de confidencia, pero con evidente intención de propaganda:

— Como dijo el guardia marina Sergio Rodríguez: «Nunca me arrepentí de bombardear la Casa Rosada».

Hubo uno de Los Reclamantes que reconoció la propia voz del guardia marina Sergio Rodríguez, aunque no se pudo precisar si estaba entre los infiltrados en nuestra realidad simultánea o era una representación inmaterial y trágica de la ofensa oligárquica.

Lo cierto es que los traídos de las bóvedas, urnas funerarias, nichos y otros catafalcos supernumerarios, sumados a los que aún eran carne latente, subvirtieron nuestro orden de pacífica convocatoria, reticente a enfrentamientos y alegóricas batallas, llevando mi relato y mi estoicismo creativo al borde de un colapso de paredón literario.

— ¡El tirano prófugo nos jodió y volvió! Con todo volvió. Hasta se trajo en el ataúd a la chirusa y a otra mujerzuela que era copera en Panamá y que el viejo rufián conoció con una mano en la bragueta y la otra en la billetera. Hicie- ron claudicar a la República con sus actos esotéricos, junto a ese policía baboso que preparaba brebajes con escamas epidérmicas de la muerta. Vinieron en jauría, en procesión de leprosario, como una troupe de fenómenos de circo. Eran el Aluvión Zoológico del nepotismo y la revancha. Un avión repleto de sirvientes y escribas, de actores y actrices, de empresarios y sindicalistas; vividores del poder y toda la corruptela organizada. Pinta moñas de todas las profesiones, abanicando al decrépito con sus diplomas de universidad gratuita y empresas nacionalizadas. Volvían triunfantes, los que habían embaucado a multitudes de jóvenes, que empezaron como cursillistas católicos y que terminaron en la guerrilla urbana, hasta sacerdotes que hacían la ve con la sotana arremangada. Pero lo peor fue lo de la muerta. La muerta: la peor de todas, que hasta altares de santa tuvo entre la negrada, altares de sangre; tanto en los días de la llamada Resistencia

como cuando hicieron las milicias y ejecutaron a Aramburu, comenzando la fiesta del desquite y la represalia –decía uno que se jactaba de haber acertado con su descarga sobre la Casa de Gobierno y que varias veces había vuelto a pasar ametrallando a vuelo rasante, hasta que el medidor de combustible lo alertó que apenas llegaba hasta Uruguay, donde los esperaban como a héroes y que, hasta el presidente Batlle, personalmente lo felicitara.

─ Quemaron las iglesias porque Dios los puso sobre las ascuas del pecado y en las fraguas del maligno, lentamente los hubo cocinado porque le sacaron sangre a los niños para que la yegua viviera. Y no quemaron nuestros campos porque el depuesto tirano nos quería como recaudadores de divisas para llenar las arcas del estado, para después repartirlas entre la negrada. Vagos, gandules, perezosos, pusilánimes, menesterosos, sucios, perdularios, inmorales y malvivientes. Eso eran, los que acompañaban al tirano en el festival de colchones y frazadas, bicicletas, máquinas de coser, jubilaciones, motonetas y casas. Un verdadero festival del despilfarro a gentes que apenas si deletreaban sus nombres o garabateaban rúbricas de trazo torpe sobre papeles de ignorancia. Por eso quemaron las iglesias: Dios los expulsaba hacia los abismos donde la plebe numeral acumula sus cifras de inopia e indecencia ─este párrafo era recitado a modo de liturgia eucarística por un párroco de voz potente y melodiosa, que llegó a vicario castrense, después de haber bendecido en los aviones la cruz del «Cristo Vence».

La Indignación me tenía paralizado. Trascurría la escena con la brutalidad de la venganza y la violencia del odio.

¿Debía hacer una convocatoria a todos Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta? ¿Tenía que arrancar de su ubicuidad de libre albedrío a las egregias carnaduras álmicas que nutren este grotesco en prosa? ¿Había que organizar las dispersas reuniones de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria y escarmentar a esta barbarie de una elite que

se creía civilizada? ¿O simplemente había que soportar la provocación de estos profanadores de la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles? ¿Había que permitirles instalarse en nuestro artilugio histórico de simultaneidad alegórica hasta que se desvanecieran en virtud de su esencia de humanidad exigua y astrosa?

Se repetía una encrucijada histórica, pero ahora en esta contingencia de la realidad improvisada y simultánea, "la cañonera" no era una opción porque la única salida de nuestra realidad retórica y subordinada, se obturaba en forma definitiva al abandonarla y no había Bordona de los Destinos Imposibles que volviera a inaugurarla. Todo lo cual, nos iba dejando al garete conjetural las coordenadas de una nueva invocación, si decidíamos auto exiliarnos.

Estaba debatiéndome en estas elucubraciones, dudosos diagnósticos e inestables posibilidades para afrontar esta humillación del destino, intentando que, aunque más no fuera, no se volviese un destino de humillación, cuando se acercó entre sigiloso y poseído el Astrólogo que, sin más me dijo:

─Te adivino el parpadeo como luces que a los lejos te dejan sin retorno ─me dijo parafraseando el tango «Volver» de Carlos Gardel y Alfredo Le Pera. Y, ojo, que me contengo en la entonación y en el fraseo para no mancillar «al zorzal criollo» y además porque te veo hecho una piltrafa endemoniada, tené en cuenta que Dios anda siempre de chacota: te regala una plantita de día y te la mea de noche ─concluyó el filósofo, tratando de regalarme con su inventiva, un poco de consuelo a mi cuerpo afiebrado y a mi alma desquiciada, ya en trance de combustión inminente.

─Estoy aquí para intentar que no colapse tu arteria sensible, mi estimado Poeta Pretencioso. Al mismo tiempo me sucede algo extraño: me escucho diciendo esto en este Parque, convocado por un neófito nigromante de Buenos Aires, aprendiz de amauta y bartolero espiritista, e intento que no se me caiga encima la estantería de la Academia Filosófica

de Atenas, digo lo que dije, como si dijera: que me conmueve verte casi verde de ira, al punto de consumirte en hermandad con el poco equilibrio que te resta. Y cuando digo «extraño», lo digo, porque solamente vos y tus invocados magnificentes, como el que viste y calza, pueden ver, percibir, notar, sufrir y tolerar el desfile de Los Horribles y viceversa. Hay como un pasaje anecdótico. Como un pasadizo ad hoc de categoría menor para las almas y/o representantes carnales de esa detestable argentinidad, amasada por el cruel cuño patricio y el desprecio oligárquico. Al menos, eso he constatado, pues los he visto frente a Los Reclamantes sin que entrambos ardiese la ira. Ni siquiera se percibieron para el insulto o la diatriba. Cada uno en la suya cultivaban: unos la fórmula del desprecio y los otros la de la justicia. Quiero decir finalmente, que no te arrastre tu (reconozco) justa indignación militante, pues, tu propia convocatoria es una provocación que desborda en tragedia escrita, aunque nunca siquiera rozará la verdad estricta. En estos papeles palpitantes tu voz desata cosas que tu cuero apenas soporta —y dicho esto me hizo un exagerado corte de manga, a la manera itálica, y desapareció a instancias de una sombra errante que se asemejaba al Dante o simplemente era su propia sombra mimetizada en los cánones florentinos del Divino Comediante.

Reclamantes del Aullido en la Tormenta
(cuatro)

En el centro mismo del Parque, entre árboles botella, ceibas, plátanos hispánicos y una acacia amarilla, respirando un aire de salacidad botánica, sutilmente embriagado por filtros de luz terrosos y anublados por un extraño albor plateado, que olía a piedras de río o légamo pisoteado; en el centro mismo de todas las efervescencias litúrgicas de los hechos y de aquellos actos catárticos-reparadores de las almas y su transitoriedad cárnica, o casuales y transitorios representantes de las realidades simultáneas, hubo de verse, digo, en esa ambigüedad excluyente, a un abigarrado oratorio, que de llegar a la morada donde Dios ubica a sus predilectos, éstos sin duda a su diestra compartirían el reino o lo que a la diestra de Dios se compartiese.

Y también digo, que los mencionados se habían acercado sin proponérselo al brutal escenario de los sublevados, donde ahora sólo había rastros de la indecencia que de sus actos quedara; envileciendo el aire hasta el sofoco y el asma, tiñendo la luz con humorosidad de pólvora y de una vulgar neblina de sudores agrios, como de flores mil veces mancilladas o vinos humillados por el sol, hasta provocar los avinagrados vapores de la náusea.

Tal cual lo había previsto Schulzte, ellos no advertían ese desfile del oprobio civil y tampoco reparaban en la indigni- dad en las que habían caído las armas de la Patria, cuando orondos se vanagloriaban de masacrar gente anónima en sus desaprensivas, fútiles o laboriosas caminatas patibularias.

Bastante tenían con su gesta justiciera, encarnada en el abandono voluntario del descanso en la perpetuidad que el Eterno les dispensara después de haberlos dejado a la desbandada. Estaban pagando con el cuero astral lo que se habían jugado con sus cuerpos sangrantes. Acudían a esta convocatoria disparatada, porque no escatimaban esfuerzos en denunciar los arteros e irreparables daños sobre sus cuerpos y las indispensables y reparadoras sanaciones sobre la memoria también amputada, envilecida y ultrajada.

De todas maneras y a pesar de constatar esa ostensible aparente indiferencia por la incursión artera de Los Horribles, se percibía una tensión extrema en la fluctuación de las voces y cierta desprolijidad en sus vestimentas, sin contar con el mefítico y mefistofélico olor, que nos había invadido por las narinas, hasta llegar a la base del cerebro y todo el sistema periférico.

Y de esa tensión palpable, aunque silente, surgía impecable el canon litúrgico que atrapaba las vibraciones del aire hasta transformarlas en chispas de una lluvia delicada y sutil, como si gotas angélicas regaran el lugar, en un acto de purificación y desagravio.

Todo ocurrió en un tiempo breve. Fue como una brisa reparadora sobre el clima sofocante de la infamia. Quedé dudando si en realidad Los Reclamantes veían más allá del dolor y las provocaciones, más allá de las vilezas y el odio de las consignas o si preferían usar la fuerza de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria como única respuesta y dejar para los que regresáramos a la Buenos Aires irredenta, la responsabilidad de qué hacer con la barbarie que estaba en la plenitud de su efervescencia, en otra etapa aciaga y dolorosa, que no será motivo del presente relato, pero que será el toro que por sus astas habrá tomar o sucumbiremos sin gloria a su renovada cornada.

Fue sólo un momento, como si vinieran en nuestro auxilio, como advertidos del sofoco biliar y coronario por el que atra-

vesábamos. Sabían que el infierno había quedado vacío por un instante y que nos había rondado, haciendo estragos en la sensible inutilidad que no pocas veces tienen las palabras. Sabían cómo conjurar los destrozos y los agravios, lo único que no soportaban era la ausencia y la desolación en el derrotero histórico y en el corazón de sus compatriotas. Por eso armaron un fogón de virtud combatiente e hicieron estremecer de gratitud la razón de mil batallas.

(Barroserías) 4

En la noche como un jinete de sombras o entre las sombras como un jinete de la noche. Galopando lo que un sueño entregado al desierto de las ansias y a la sed de la conciencia, entre pastizales y aguadas, atravesando el diamante lunar, entre y las tacuaras del destino y los tizones del destierro.

Desde el fondo mismo de un horizonte marcado por postes y alambres, que dividen hasta la prioridad del alba, porque son sombras que atraviesan las sombras de la nada. Justo allí, cuando el amanecer limpia su oscuro facón en el bozal de la luna y entre perplejas estrellas que se apagan. Justo allí, hay un galope que se agranda.

Ya no tengo indulgencia, ni me asiste la piedad de los mortales. Viento soy y viento he sido, chiflando entre la osamenta de animales casi rotos en la aridez del sur y en el salitre de La Pampa, metido hasta las verijas en charcos y aguadas, pisando boñiga de matungos viejos y mal entrazado como un ánima en harapos o una verdad revelada.

Soy página que ha borrado la pereza de la didáctica y la indolencia de las escuelas. Allí, donde me estudian mal entrazado y pendenciero, levantisco y mal hablado. Allí, donde me muestran sudando entre cuatro estacas o vagando con el desnorte en el alma, chupando caña hasta el desamparo o levantando polvareda con el retumbo de mis patas. Allí, me desdichan desnudando mujeres a jirones sobre el catre o taloneando un bagual en retirada, me promueven como única virtud una vida pobre, de pobre que solo sirve como arriero de manadas ajenas y de las propias deudas. Apenas si me nom-

bran atrás de una guitarra o haciendo huracanes con el poncho al aire y maniobrando en fintas el doble filo de mi faca.

Así me han contado siempre los que siempre me han contado. Desde sus cómodas poltronas, sentados en sus bacinillas de plata o subidos a sus botas, pisando bosta y también nuestras espaldas. Así me han querido, hecho un paria entre tanta cacería de indios y tierra robada:

Los Álzalga, que se hicieron ricos traficando esclavos, encajes y armas, hasta mejorarse como animales de raza, maridando las virtudes de la casta con los Unzué, para reventar en haciendas y en lujos de palacio, preparando sus catafalcos como barcas de inmortales sobre ríos de Estigia y Aqueronte.

Los Anchorena Díaz Vélez Martínez de Hoz, hartos de mantener a raya los malones de la indiada, como hacían las milicias roquistas, meta truenos de Remington contra la chispa de las lanzas, boleadoras o macanas.

Decidieron hacer añicos la Confederación de las Salinas Grandes y también los sueños Grandes, y al bruto de Calfucurá que trababa el progreso de esos generales de bastón y chistera, que, junto a los Stegman Olivera Madero y los Casares, fundaron la Sociedad Rural y extendieron sus tierras hasta donde la sangre traza su línea fresca sobre la arteria seca de la Patria; dispensaron «aportes patrióticos» *que proporcionaran armas, buena prensa y bendiciones de sotana, que se arrastraban desde el púlpito a los graneros, bebiendo un c*áliz de *sangre con la fe en cuatro patas.*

*Aqu*í, el exterminio fue una patriótica campaña de progreso y bonanza. Roca tuvo su estatua y la justicia agrandaba su lado de la balanza con cada cosecha *y cada matanza.*

Los Pereyra Iraola, desde la andrajosa morada hispánica en Vigo, a las estancias argentinas, maneando brutos que los peones domaban y criando vacas que las chinas ordeñaban, toros de muchas medallas y hasta la Unión Cívica fundaron. Fueron radicales de prosapia, hijos de primos y educados pa-

triarcas, hasta que Perón les expropió la estancia San Juan y empezaron a insultar como la peonada y hasta planificaron día y hora para festejar las bombas sobre la Plaza.

Y con esas sombras nacidas al estrépito de los cascos, de los Remington y los Winchester, resistidos hasta con hondas y palos, nació Nicasio Maciel; también Keftraro, Kawpolikan, Pelantraro, Lientur, Kalfükura, Kilapan, Pincen, Baigorrita y otros que ya ni nombre tuvieron porque fueron nombres multiplicados hasta el desconcierto; sublevados Ranqueles, insurrectos Patagones, indómitos Mapuches, levantando entre lunas las tolderías, atravesando lagunas, sierras y lomadas.

Torbellinos de resistencia fueron.

Fulgor solar atrapado en las tacuaras, entre la sangre del huinca y la sed de los sueños, que también eran sangres del alma: una herida incierta la de tantos ojos tan abiertos a la inmensidad de una sola noche y de todas las desgracias.

Ellos y sus bandas al acecho: Lynch Miguens Obarrio Otamendi Bullrich Braun-Menéndez Menéndez-Behety Torres Candia Alvear Álzaga Álzaga-*Unzué García de Zúñiga Robustiano Patrón Costas Girado-Pereda Girado-Lacroze Lacroze de Fortabat Ayerza Blanco Villegas Blaquier Anchorena.*

Ellos y sus bandas armadas, conquistando tierras para una patria blanca, bendecida en los altares; liturgia de profanaciones con el Cristo en cautiverio y la justicia ajustando el clavo en los muñones, con la gramática de la creación corrompida entre ruegos y oraciones, que injuriaban hasta las barbas de Herodes y el lavamanos de Pilatos.

Mackinlay Cobo Pereyra Pereyra -Iraola Lastra Bosch Ortiz *Ortiz-Ocampo Basualdo Obligado Vivot Pinedo Luro*

Santamarina Laínez Ruíz Díaz Vionnet Udaondo Pueyrredón Duhau Lynch Crabassa Pearson.

Y entonces el jinete de la noche como una sombra quebrada a pleno galope o al pie de un árbol cualquiera, muy al sur de sus raíces, con la fatiga de una guerra de agonías, arrebatado por una metáfora que arrasaba con el viento lo que se demoraba de amor en su pecho, dijo: «los que hoy me vencen serán vencidos, pero vendrán un día arrojando fuego desde el cielo», y así como en una noche quebrada al sur de sus raíces, se apeó el jinete con toda su sombra y maldijo la noche.

Proverbiales once *(Leopoldo / Schultze / Macedonio / Samuel Tesler)*

—El arte puede ser una de las formas de vencer la muerte...

—También a la política, mi invalorado Macedonio —dijo sibilinamente Samuel Tesler.

— ¿Por qué no de ambas, si la única contradicción está en el féretro y en las promesas del muerto? —terció Schultze, aportando una reflexión de sedimentos corrosivos.

—Toda ilusión es una espera, un ansia, una condenación a la esperanza o la zanahoria virtuosa que a todos nos tuvo como asnos —improvisó Leopoldo como tanteando el espíritu de la charla. Y agregó: —de cualquier astucia pueden surgir palabras elocuentes o ambigüedades fraguadas en la eterna discordia.

—No esperen de mí otra virtud que la farsa (creo que esto se lo robé a Leopoldo). Los que aprendimos a morir no saludamos al César, no nos postramos en altares ni hacemos venias militares; nos vamos festejando con la última comparsa y haciendo manotazos de bragueta, pito catalán (dicen que desde los romanos que se estila esa mofa) y sonoras pedorretas —provocó el filósofo villacrespense

—Si entendí bien, el último bondi nos dejó bajo la lluvia y en la parada equivocada. En todo caso, si hemos decidido huir de esta retórica que nos deja a la deriva, que sea sobre un parejero que mantenga el ritmo y que no aparte la pisada —por decir algo dijo Macedonio, mientras mascullaba sobre la

«escucha silenciosa» de la que hablaba Adorno y la escuela de Frankfurt.

─La cuestión es, dilucidar o al menos poner bajo sospecha, la idea de que la política y el arte sirven para algo más que organizar las penurias de los mortales o suministrar placebos intelectuales. Y me abstengo de mencionar la angustiosa zozobra de la muerte o el ahogo de vivir al divino botón. Y nada de esto es sentencioso, ya que la muerte anda siempre con la angustia sobre los hombros (los nuestros) y vivir al divino botón no tiene nada de reprochable, salvo que uno sea sastre o un ciudadano del tiempo de las túnicas. Todo esto que acabo de decir cumple el estricto canon del rogatorio romano y algunos de sus oráculos ─aclaró Schultze como si aclarara algo.

─ ¡Tenga mano tallador! Que yo también abracé al caballo de Turín y metí violín en bolsa, por no arrastrar las ideas al barranco de la impotencia o de la Psiquis tormentosa ─con fingida altivez y tono de gaucho matrero, Samuel se plantó copando la escena.

─Estimado Samuel, dos puntos ─empezaba recargado y melifluo, Macedonio ─he descansado bajo la sombra de algún árbol que he plantado y he descubierto el sin sentido de la vida: mi sabiduría no ha mermado, sin embargo, aunque el refranero diga lo contrario y, le aclaro: mi imaginación sigue siendo la loca de la casa. Va de suyo entonces, que busco en el arte una ilusión convocante, un desasosiego telúrico o una pateadura en el culo. No pretendo cambiar el mundo, aunque pueda intervenir con una prosa inquietante el desti- no de algún argentino impresionable e inclusive, sin quererlo, ponga en crisis los sacrosantos valores de la meritocracia y el de la igualdad de oportunidades entre el Martín Fierro y el Facundo En cuestiones de trascendencia, me he limitado a poner en remojo las liendres de mis barbas hasta que se ahoguen o aprendan el estilo de pecho, y así poder rascarme por gusto y no por descuidado o piojoso. Y de agregar algo

más, agregaría: hablar del arte porque uno se babea ante Miguel Ángel o de Don miguel de Cervantes Saavedra, me suena a rimbombancia, algo así, como si para hablar de los beneficios de una ingesta de arroz uno debiera aludir al páncreas o haber participado en la cosecha. Me inclino más por aceptar que aquellos que merodeamos oficios inmateriales (salvo clérigos y alquimistas) debiéramos aceptar nuestras limitaciones y llevar con resignación y decoro, una vida crispada en frustraciones, macanas y mala prensa. No exentos, claro, que cada tanto logremos chispazos de virtud estética o inventiva discreta.

— ¿Es el destino una fatalidad que nos sorprende en la inocencia de involuntarios imprevistos actos, urdidos en la arbitrariedad del Hacedor Oculto y manifestados como creaciones de originalidad y misterio? ¿O será que ni tan párvulos ni tan exóticos, provocamos los deseos hasta llegar al polvo del tiempo y a la médula de nuestros arrebatos con un puñado de descubrimientos involuntarios? El mundo es una excusa para que el alma dude del cuerpo y haga del viceversa una filosofía de las ideas, utilizando sus fetiches de concreto para congregar a los poderes celestiales y otorgarles a los incrédulos un desaire dialéctico con una incógnita de origen sacro. El arte está en poder interpretar al hombre en su desorden simbólico y revelar sus virtudes e indecencias, mitigar un poco el caos de cada vez empezar de nuevo y darle una ilusión de trascendencia, de que algún sentido tiene esta imperfección diseñada por El Perfecto Ubicuo, a semejanza de lo primero que encontró en el propio desorden de su Reino. Pero, ante todo, no se debe ser autocomplaciente; la búsqueda de belleza y la senda de la humildad debe modelar las premisas éticas y estéticas. ¡Tantas veces me he referido a estas cosas, tantas de mis palabras han resonado en la vacuidad áulica y académica! ¡Tantas módicas referencias mundanas y plebeyas inexactitudes celestiales he derramado en tertulias y even- tos de vulgaridad intelectual, que presiento haber estado más cerca de la náusea que de alguna revelación de patrimonio

creativo! Pero hoy es diferente: por los bombardeados vuelvo y volveré sobre estas trilladas nociones de la poética; me adoceno y me destripo en el quirófano del arte, me momifico y dejo a mis deudos sin testamento literario si es necesario. Por los bombardeados repetiré hasta la agonía mis conceptos o agonizaré de sublimes reiteraciones en mutaciones de palabrerío vano, pero de actos tonantes y necesarios. Y digo, como interrogante para un arte poética: ¿cómo puede uno reunirse alrededor de la muerte sin que la muerte no le ronde a uno? ¿existe la posibilidad de que maten arteramente a tu hermano y no que te mueras un poco cada vez que lo recuerdes? ─dicho esto último Leopoldo empezó a caminar como quien arrastra un dolor inmenso o que acechantes sombras de ausencias lo cubrieran de pena.

Y como abriendo un diálogo de compinches, el filósofo villacrespense dijo: ─ Si la idea de un Dios cristiano ha sobrevivido a los menonitas y mormones, estoy tentado de rendirme ante milagros, magias y resurrecciones. Sin humildad y sabiendo que nunca seré debidamente valorado, afirmo que: todos estos muertos habitan una eternidad en el Sacrificadero del Grandote Celestial y que nos han dejado un presente perpetuo de solemnidad y pasmo, en el que deberían ocupar su lugar honorifico hasta la exultación del espanto y la inmolación de la elocuencia. Los bordes del arte son difíciles de determinar, tanto en la hora patriótica como en derrotero íntimo de líricas contemplaciones. Yo, que he sido un experto en cada umbral donde el hombre ha volcado saberes o intenciones, puedo asegurar, con todo el temor de mis aciertos, que la belleza tiene su batalla interna y en las eternidades expuestas sobre el hueso creativo. Si hay un verdadero creador debe mancharse con la sangre de su tiempo para no quedar sumido en la anemia de una arteria seca. El arte debe sudar sus musas con hedor de ajos machacados en el mortero de lo cotidiano o pisados por los ángeles que hacen el vino espiritual del lagar humano. Aunque más no sea, que la retaguardia de Dios (que es misteriosamente atea), asista la pluma, el

pincel, los bemoles y los fotogramas cinematográficos. Que asistan a los cinceles y que alimenten las fraguas; que los diseños majestuosos y los humildes pórticos sean guiados por la mano de obra asalariada del Maestro Mayor de su Obra, que dicho sea de paso hizo que un sordo ejecutara sinfonías y que un tullido, apodado el «aleijadinho», tallara los «Doce profetas», con el martillo y los cinceles atados a sus manos desastradas y sus muñones encallados. Hay que lograr que la masa modele rompiendo el molde y la letra desconozca su unidad con las palabras y que las palabras atropellan su finitud simbólica. Y claro que puedo hablar de los bombardeos sin nombrarlos con su punto y coma, lo que no debiera hacer, es dejar de nombrarlos, aunque más no sea serpenteando una metáfora de sombras. La vida nos deja a la intemperie y que cada uno busque su Sancho o su viejo Vizcacha, que cada cual vaya con su Martín Fierro y su Quijote. Que al me- nos tenga un perro bajo el carro o tan siquiera que lo acompa- ñe al «el misterio de adiós que siembra el tren» (tango «Bario de tango» Aníbal Troilo y Homero Manzi). El arte no reniega de las bacinillas donde se afloja el hijodalgo ni huye de los molinos con la cabalgadura floja, siempre lleva su facón al cinto, pero si le cuadra, pelea esgrimiendo una alpargata y sin ropas.

Reclamantes del Aullido en la Tormenta
(cinco)

El 16 de junio de 1955 llegué a Casa de Gobierno a la una menos veinte. Yo tenía 21 años y trabajaba en la agencia Télam. Cuando entré cerraron las puertas y cayó la primera la bomba de un avión Catalina de la Marina de Guerra. Mientras subía las escaleras cayó otra bomba sobre la claraboya que da a la sala de periodistas y esa claraboya destruyó un pedazo de mampostería del techo. A un costado, había una cafetería y el impacto mató al cafetero. Después pasaron los aviones «Gloster» arrojando bombas: algunas no pudieron explotar por la falta de plafón, porque estaba nublado. Los otros aviones ametrallaban la Casa de Gobierno en vuelo rasante, desde Diagonal Norte. La sala de periodistas se convirtió en el centro del operativo de defensa. Allí tomó el mando el coronel Gulú, que estaba a cargo del Regimiento de Granaderos, pero ¿qué podía hacer él con 15 granaderos?

Una voz fuera de cámara, por momentos chillona y seca, que inmediatamente muta y pasa a una voz grave y cargada de dramatismo, gutural a veces también por momentos sonaba con calosfríos sinfónicos en las vocales, penetrante y fecunda en su dicción radiofónica, vibrante y febril en su conmovedora letanía a lo Berta Singerman.

Eran las locuciones de los que sin voz propia se expresaban remedando voces reveladoras, radiofónicas y teatrales, que nos venían hablando hace décadas; tonantes, belico- sas, grises, ambarinas, melodiosas, tristes, rojas, ululantes, sentenciosas. Voces que reverberaban junto al aire sutil del Barrio Parque Cornelio Saavedra y la brutal soledad de los

que éramos, apenas, atentos y lúcidos visitantes transitorios; depositarios de un dolor solamente reparable si no olvidábamos. Esas entrañables voces relataban parte de las peripecias vividas por el periodista Roberto Disandro, agregando cada tanto, comentarios de la salvaje incursión aérea de Los Horribles, con el tono de los radioteatros de la época o al estilo del Teatro del Pueblo, matizando con textos publicita- rios de Jabón Federal, Casa Muñoz («¡donde un peso vale dos!»), de cigarrillos Fontanares («¡no hay iguales!”). Tam- bién se podía reconocer la picante y a la vez austera voz de Carlos D’Agostino, arremetiendo con locuciones al estilo del noticiero de cinematógrafo Sucesos Argentinos. Las imáge- nes eran las habituales de archivo y las dramatizaciones, que representaban Los Reclamantes detrás del lienzo de pantalla, remedaban un teatro de sombras, que ambiguamente, entre lo tenue y brutal discurría al través una arpillera iluminada con reflejos lunares y rojos soles de guerra, que fluctuaban entre el amanecer y el ocaso armoniosamente. Era imposible sustraerse a esas contorciones enfáticas, a sus pavorosos universos de fuego que parecían devorar hasta la sutileza de los decorados, esparciéndose sin límites escenográficos ni detalles coreográficos. Eran de un realismo, casi superior a la realidad misma, los golpes de los impactos de la metralla, que inundaban de astillas de acero y esquirlas de cascotes los contornos y el entorno, amenazando la carne de los carna- les y la sustancia primordial de los inmateriales. Caían sobre nosotros como una lluvia suspendida pero amenazante, era como si un paraguas de virtualidad inapelable dejara flotando a ese aguacero con ansias de sangre. Hasta lo inesperado y voraz de ese día estaba representado en líneas de tramoya virtuosa y vistosa, logrando efectos cambiantes de un realismo excesivo y amenazante, que limitaban con el espanto y con varios de nosotros cuerpo a tierra, esquivando la feroz andanada de las descargas. Todo era exaltado a límites paroxísticos, dejándonos en perplejidad y desasosiego. Al mismo tiempo se mantenía una contención emocional constante,

que emanaba como una brisa tonificante y acogedora, desde un grupo en práctica de oratorio, conformado por un parte de las medulares substancias de Los Reclamantes.

De a poco esa solitaria pantalla, sutilmente suspendida entre un ciprés calvo y una araucaria piñonera, al otro lado de la calle, fue generando un perímetro de híper realismo que se reflejaba en los cuatro rumbos conocidos y los múltiples espacios imprevistos de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

Simultánea e imperceptiblemente, vestidos con sus ropas mortales sobre la umbría corporeidad de sus almas, avanzaba otro grupo de Reclamantes, haciendo intercambios funambulescos de sus máscaras de teatro clásico, mezcladas con las del carnaval veneciano y las de ritualidad andina, guaraní y comechingona. No era una coreografía de elaboración tradicional, podría decirse inclusive, que no era elaborada en lo más mínimo, y que sólo obedecía al influjo irreversible de los hechos; los saltos eran prácticamente piruetas de doble, triple o inúmeras vueltas de las llamadas «mortales». Llevaban clavas que simulaban las ojivas de las bombas o quizá eran ojivas de las bombas que simulaban clavas, haciendo inofensivos pero amenazantes malabares. El baile era una mezcla de carnavalito jujeño a la manera Dakota y arrebatos de tango arrabalero, mezclado con telúricas zamacuecas y el zonzo pericón como interludio danzante.

─Desearía que esta arbitrariedad del tiempo, que este espacio paralelo se convirtiera en una singularidad colectiva de la Buenos Aires palpitante ─dije, entrometiéndome con un exabrupto poco habitual, teniendo en cuenta el pacto inicial con los convocados, el cual me destinaba a una reticencia de actor de reparto, salvo en relatos de ubicación y aclaraciones, en presentaciones de hechos y personas, y por supuesto en las pláticas de cofradía con las cuales me honraban mis venerados vates (creo haber mencionado esta regla tantas veces como la he infringido).

—No te alteres ni te flageles: hay un tiempo para recolectar y un tiempo para repartir; en cuanto a la siembra es un tiempo sin descanso, una actividad sin horas, un devenir palpitante que nos construye desde la raigambre hasta el borde del foso. Nosotros, tus invocadas almas del deplorado escaparate artístico y literario vernáculo, estamos aquí como vociferantes testigos y tácitos compinches del zafarrancho histórico y de la verdad eterna de los mártires, perseguidos, vilipendiados, hostigados, injuriados, ofendidos, lastimados, acorralados, encarcelados, torturados y vandálicamente destituidos, arrinconados, licenciados, derrocados y tiránicamente depuestos, valga el juego de palabras y la seriedad de lo aludido. Nosotros, insisto, pondremos en sintonía nuestras sutiles beligerancias álmicas, para que en la Buenos Aires fatigada y en toda la Argentina padeciente, no haya claustro, mercados, colegio de párvulos, cenáculos académicos o bachilleratos de imberbes soliviantados; estaciones de trenes o subterráneos; ferreterías, bares y estadios deportivos, quioscos de diarios y sindicatos, en las panadería y confesionarios, en los baños de los aeropuertos, en el servicio penitenciario, desde el CONICET hasta las bibliotecas de barrio y en to- dos los lugares que no he nombrado, donde el Aullido de Los Reclamantes no sea una indispensable tormenta bramando, y que haga didáctica entre la libresca de consulta, sociológicamente meticulosa, que brame, digo, entre los exabruptos del poder y las beligerancias populares, entre los ministros salientes y los cracks de fútbol con los pases recién firma- dos; desde la última razón acreditada por los notarios hasta la duda más verdadera y olvidada en los estrados, desde el caracú de cualquier hueso revolucionario y hasta la verdura fresca del anecdotario patrio. Concluyo entonces, que no haya pues, resquicio ni palangana, donde Pilatos se lave las manos y quede limpiamente lavado, sin ver en el agua la mugre de sus pecados. Todo lo que empujemos será andando y no abandonaremos hasta reparar desde el amor lo único reparable, o sea: la verdad de los hechos y los hechos de

una verdad incontrastable —dijo didascálico, sin ademán y sin pompa, un Leopoldo con voz de eminente catedrático.

Como aquella voz inicial de tono radiofónico, hubo otra voz que tronaba con el siguiente relato:

— *A la mañana siguiente salimos a explorar la calle; era un cuadro terrible, cada 15 o 20 metros había un automóvil incendiado. Vimos un ómnibus con chicos muertos y sus cabezas desparramadas en el techo. En la plaza, muñecas tiradas en el piso, abandonadas por niñas que habían corrido despavoridas por el bombardeo. Cuando volví a mi casa en Mar del Plata, no podía contar lo que había presenciado. No podía enhebrar un relato, aún hoy recordar me trae mucha congoja.*

Era la voz cascada de Carlos Elizagaray; en aquel entonces oficial del Ejército del arma de artillería, quien estaba de paso por la capital, porque su destino era Mar del Plata. El fragmento del relato, era de una entrevista a la cual él (Elizagaray) había accedido a regañadientes; se lo veía atribulado, hundido en un sillón de cuero con un cenicero sujetado por cuatro tiras del mismo material sobre el apoyabrazos. Sus entrevistadores estaban sentados sobre sillas de madera con esterilla de ratán, lucían travesaños torneados y respaldo de volutas talladas en el peinazo superior. Era un ambiente de aspecto monacal y mortecino, sobresaliendo en luminosidad una raja de sol que se colaba por el lado izquierdo de la pantalla, o sea el lado derecho del recinto, donde se esbozaba un ventanal que dejaba entrever el verde de un jardín atiborrado de plantas. A espaldas de Elizagaray había una biblioteca repleta y en apariencia desordenada, lámparas de anticuario y varias estatuillas indescifrables, probablemente de bronce o de otras aleaciones blandas. La cámara por momentos se alejó, hasta obtener un plano completando la estancia y recortando en sombras las siluetas de los objetos.

Los Reclamantes dejaron por un momento sus atuendos fantasmagóricos y sus aparatosas piruetas, para asumir su

desnudez de llagas y heridas; sus mutilaciones y colgajos humanos, que en vez de incomodar hipnotizaban y atraían, al menos a mí y a mis conjuradas presencias. Tal vez por la ferocidad del horror quedamos en perplejidad de mutantes, abandonados y a la deriva de cada sobresalto, tanto en la presencial maniobra de la representación escénica como en la estructura del relato. Quizás, tanto dolor nos destrozó hasta el aliento y nos dejó en suspenso, bebiendo un hechizo de crueldad desde el sagrario de los bombardeados hasta el luto de sus deudos.

─ «El ojo lo ve todo, pero no puede verse». Arrecia entonces la figuración inicial de la contienda, que supone poner al ojo como figuración de los hechos, en su imposibilidad de verse, mientras ve y es mirado. Lo que vemos nos atañe y trabamos un compromiso que, de cegarnos, imploraría una evidencia de todo lo que viera como algo negado. He aquí tu ojo y la imposibilidad de verse, aunque se enfrentara a un espejo, apenas una palidez vería. Estamos viendo el resultado en el ojo de las fieras. Nos sentimos rotos y la imposibilidad de no vernos nos destierra a la ceguera sin pestañar siquiera ─dejó reverberantes estas palabras chocando contra la luz y las palmeras, un Macedonio febril y disgustado, blandiendo un espejo moteado por el azogue y apenas reflejando girones de su melena.

(Barroserías - Perspicuo) **5**

Soñaba con las invasiones inglesas, despertaba con el olor a carne chamuscada bajo los jirones de uniformes y gorros militares ardiendo.

Los golpes de las ollas y de los cacharros eran tan intensos, que ahogaban las explosiones y los chispazos.

Las mujeres con las manos y las piernas llagadas por el desborde al correr por las azoteas con esas ollas y esos cacharros, llenos de agua o aceite espumando.

El líquido cayendo como lava y los cuerpos incendiándose, desgarrados por las descargas de los perdigones o instantáneamente desfigurados, como si les cayera una máscara roja y morada, atravesada por arterias de un azul fosforescente.

Los veía arrodillarse como si imploraran o simplemente porque caían quebrados por la impotencia. Gritar a los cielos maldiciones, que, en todos los idiomas tienen el mismo imperativo y la misma soledad en el gesto inútil. Los veía tragarse hasta las burbujas oleosas y sus humeantes costras insanas, las gárgaras de un ruego y el vómito sangriento. Los veía húmedos de sus propias excresencias, arrastrando una desnudez mancillada por el polvo y sobre su osamenta desgajada, *eran como líquenes sus rojas diademas de sangre.*

Era un espectador encerrado en el fragor de la batalla, no podía intervenir ni dejar de padecerla, sumido en una quietud, que era a la vez de un vértigo *irritante, una nausea adherida al padecimiento gástrico. Estaba en un paréntesis de una*

guerra perpetua, como un desahuciado lúcido y encadenado con la sutileza onírica de no estar encadenado a nada.

Despertaba con el entendimiento brumoso; sabor a pólvora en los labios y con el brazo derecho rígido, pegado al cuerpo, como en cabestrillo, padeciendo por varios minutos un doloroso calambre y un hormigueo insidioso. Transpirando hasta la impudicia, abría los ojos como arrancado de la muerte, cargando en los párpados, lápidas, catafalcos y gallardetes inusitadamente ondeando. Eran las hoces de la historia cegando con el filo alucinado de un tiempo, donde la Patria era una quimera en el vacío histórico de lo fundacional y heroico.

Y en ese lento despertar, precedido por imágenes y sensaciones bélicas, afiebrado, hecho astillas de dolor en cada hueso, la saliva amarga desde la tráquea a los íntimos cataclismos del páncreas. Los ojos ardiendo de un extraño oxido de armas abandonadas: sables ensartados en una sombra de sangre, pistolones ingleses ya sin chispero ni culata, derritiéndose sobre silencios de fango, dagas de Toledo corroídas en la ausencia de la carne, palos y macanas sumidas en aserrines, como huesos picoteados por buitres o invisibles dientes de chacales. En ese despertar lento moría mil veces de mil muertes renaciendo.

El día no me ampara y la contienda sigue. Es la victoria una resplandeciente bandera que se agita en sus íntimos telares, en el ápice de un mástil de otras banderas que nacerán rotas y de otras vigilias que serán aurora de batallas y ocaso de victorias.

Asumo el día entonces. Recobro mi cuerpo de esa trinchera que aún me abruma si cierro los párpados.

Intento socorrerme y abro desmesuradamente los ojos hasta que un golpe de ceguera sella mis párpados a un resplandor que me destierra, todo brilla como una luz de quiró-

fano o una bengala de guerra, quedando a merced de las sombras y cautivo en la contienda.

Estiro mis brazos para alcanzar sustento, alguna solidez del mundo que me asista en esta soledad sin bordes, en esta deriva incierta sobre el humo de las trincheras. Puedo hablar y maldigo, no atino a pedir ayuda, solo detesto las verdades de una trampa tendida en los confines sensibles de mi propia guerra.

Camino entonces, fatigado y con la torpeza de un sobreviviente perdido en territorio enemigo. Mis ojos empiezan a responder y capturan imágenes como un sediento y me ahogo de una luz que de luz me subleva, pero lentamente puedo a sorbos descifrar lo que veo. Nada tan inútil como la revelación de mis ojos abiertos.

Lo que me acecha son cántaros de agua desafiando la inteligencia de mi última metáfora, bebo a sorbos y puedo reconocer las heridas que no me pertenecen, puedo sobreponerme a una fatiga de pólvora que con solo administrar el aire desaparece.

No he sucumbido en esa batalla. Puedo regresar de una victoria con la certeza de haber visto mi muerte. Sin embargo, sigo atado a ese tiempo y no sé si he abandonado el sueño aún o ese sueño me pertenece como una quimera amenazante.

No soy libre y la soledad me embriaga, me persigue la congoja de una amarga lucidez y el cálido oprobio de una venganza.

El destino de las armas o las armas del destino *(del libro lunario de Los Reclamantes)*

«Si es puñal que me mate», diría la poeta Inés Manzano, que se fue «envuelta en silencio como en una bandera», para encontrar poemas que su memoria aún no había recitado y que en esta historia son homenaje y desamparo.

Podría suponerse que eso mismo dijo Ignacio Cialceta cuando El General le negó las armas. Otra cosa sería si hubiese estado la Abanderada de los Humildes, dicen, que dijo por lo bajo, masticando la bronca y tragando acíbar de impotencia, en la orfandad biliar de sus reclamos.

—¡¡El General esperaba que La Contra y Los Horribles ahogaran su veneno en el cáliz redentor de una Argentina Nueva!! ¿O será que a pesar de todo entre milicos no hay bota prestada y mucho menos, si buey, cornadas? ...—interve- nía una voz ronca y poderosa desde el proscenio de un improvisado anfiteatro sobre el borde sur del Parque General Paz, con gradas formadas por gruesas cañas de bambú, trabadas a la manera tailandesa y amarrados con fibra de cáñamo de la China, que según dicen sirvió de alimento al Buda, aunque hay quienes afirman que se lo fumaba. Los asientos de la sala serpenteaban algunos árboles, eran banquetas rústicas de pino Paraná, con asientos de arpillera reforzada y tensa- da con tientos de cuero de chivo y pintados con mezclas de savia de lapacho y saliva salamanquera amasada con tierra roja del Chaco. La voz se corporizada en una sombra gigan- tesca, de contornos de albura extrema, que filtraba la visión de un grupo de Reclamantes, vestidos con lienzos azules y

máscaras de liturgia africana, mientras en sordina un lokombe tañía sus cuerdas de rafia y un djembe percutía mutilando las oscilaciones del aire.

— ¡No hubo fusilados, ni encarcelados, ni siquiera fueron juzgados! Ufanos se pasearon humillando el traje de soldado. Orondos y campantes deshonrando las armas de la Patria. Civiles pavoneándose en los salones del Jockey Club, libando insectívoramente su Martini blanco, mientras mujeres mofletudas y vaporosas, se aborrecían en licores y abanicos de Java. Otros, adiposos o enjutos por el San Andrés Golf Club, practicaban sus «lay up» con las alcurnias embocadas en cada hoyo. Nos mostraron sus dientes, sus fauces, sus ínfulas, sus necedades y jactancias, pero también pusieron en acto sus odios, sus ofensas, su afrentas y desprecios. Altivos y montaraces, viscosos y biliares, monacales y escandalosos, se erguían en sus botas de gaucho rico, chacoteando con los sudores del gaucho pobre y de sus botas cosidas por torpes remendones o simples alpargatas gastadas y bigotudas. Se pavoneaban entre pasturas blandas y bosta de caballada mansa, entre boñigas de vacas y extensos sembradíos donde la luna era una semilla recién sembrada, recorrían sus horizontes hasta donde la curva de la luz se quiebra y se aplana como si se acabara. Se los podía ver palpando el buen maridaje de sus toros campeones y la buena faena de los capones. Siempre fueron duchos en medir, pesar, calcular, mensurar las leguas, las yeguas, los beneficios, la hacienda y lo que tarda un peón en cada cosecha, cuando ordeña, cuando yerra; para domar potros, para la siembra y también, siempre fueron duchos en calibrar el tiempo útil de un peón antes que diera pérdidas. Se los puede ver los domingos en misa de Epifanía, en la Asunción de la Virgen o en la Solemnidad de Todos los Santos, también los miércoles de Ceniza, en las cuaresmas y en la Nochebuena: con sumisión de buey corneta, y ante pálidos y rubicundos obispos, entre sacerdotes o con curas en santidad de silencio y el oprobio de la ciega obediencia, reunidos en las catedrales, en las capillas de

las haciendas o en las iglesias, donde Satán les levantaba las sotanas a sabiendas del regocijo a la hora de las penitencias, les metía mano bajo las polleras a sabiendas de lo mismo, y los magreaba hasta el hartazgo o hasta que Onán lo permitiera ─recitaba uno a manera de introito, con su máscara de oscilaciones pendulares entre mueca y mueca, que iban del asombro a la carcajada siniestra.

Había un retablo en el proscenio que simulaba una tribuna romana, creado con la escarcha de los limbos celestiales y con babas del diablo (dicen que el mismísimo Dante las habría traído desde la Laguna Estigia en una barca sin barquero y sin remos), que agitadas por el viento semejaban una visión de apocalipsis pagano con jinetes desfigurados de fatiga, arreciendo en un galope de quietud frenética, mientras los animales, de costillar marcado hasta hendir sus cueros en pliegues horrorosos, babeando por los huesudos belfos de sus calaveras, y en sus cuencos, el brillo de mil fogatas figuraban sus ojos como bocas de volcanes exhibiendo un magma de deshechos.

Se sucedían las representaciones, siguiendo un tono similar al marcado por la introducción, intentando describir la naturaleza de los oligarcas y sus desmedidas y abominables apetencias. Después de la segunda intervención o acto, con decorados cambiantes y sonidos de polifonía intensa, emergió una voz, como surgida de ultra tumba y modulada por un inocultable profesional de la locución, al estilo Guerrero Marthineitz, aunque menos engolada, más dura y sin el oxidado serrucho de su risa, que relataba posibles sucesos que acontecerían después del intervalo, aunque también, pudieran ser hechos acaecidos en otros despeñaderos del tiempo y en otras discrepancias astrales, sin lugar ni destino en estos andamios del Eterno.

De fondo comenzó a sonar un clarín cajamarquino y un arpa andina, quizá por eso asociaba la voz a la del «perua- no parlanchín», aunque cada tanto surgían unas peteneras

como fraguando una competencia entre palmas, taconeos y polleras, que se desplazaban como abanicos y levitaban sobre el aire agitando una luz de madreselvas. En cualquier caso, el resultado era un enjambre visual y sonoro de recogimiento ritual y de virtudes otrora sacramentales.

Resultaba inquietante seguir la sucesión dramatúrgica. Era el Gran Teatro de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. Una experiencia que disolvía la ficción, actuada con un hiperrealismo que apelaba a la desmesura de la sensibilidad humana en circunstancias humanamente desmesuradas. Era más que eso: eran los hechos atravesados por el andamiaje ficcional de los actores de aquel miserable e infortunado suceso; la realidad cosida con los hilos de las tres diosas: la primera hilaba, la segunda enrollaba y la tercera cortaba cuando llegaba el final de la existencia. Estábamos atorados en los tajos filiales del destino, con el lenguaje de una verdad que aterraba las secuencias sonoras y los signos gráficos hasta que se desmesuraba el entendimiento, derramando una lucidez, solo hallable en los que han aceptado que Dios es una ausencia inapelable. Eran los protagonistas recreando las penurias de sus propios momentos, transfigurados en intérpretes de un teatro de la crueldad, en el que, hasta Antonin hubiese pedido piedad por devastación escénica. Era otra dimensión de la tragedia, actuaban como en la película «La terra trema», donde los habitantes del pueblo pesquero explotado por una familia de abolengo, actuaban de familias de pescadores explotados por una familia de abolengo, con tal febril dramatismo que desafiaban la realidad con su verdad de un realismo nuevo, dirigido por un tano de gran talento, pero perseguido por maricón y comunista, aunque ya muerto, pero nunca depuesto. Así asumían Los Reclamantes la realidad de estos actuales-otrora momentos, claro que, desde la vivificación de sus almas, sin el beneficio de aquellos pobladores pesqueros, usando máscaras de múltiples sentimientos y vestuarios del color de los destierros. Se vivían momentos de un equilibrio apenas sostenido por el amor y los

deseos de grabar a fuego la crueldad de los bombardeos, que a su vez grabaron a fuego sus destinos sin tiempo.

— Nuestras razones no son elucubraciones discursivas ni selectivos argumentos. Ni siquiera son la sinrazón de los hechos. Son los hechos mismos arrasando hasta nuestros discursos al tembladeral de los recuerdos —dijo otro de Los Reclamantes, ataviado con telas de retazos desmesuradamente coloridas y una máscara de un azul terreno y con una mueca de un gris celestial. Y continuó: — ¡No me vengan con consuelos: ¡serán bienvenidas las conmemoraciones, pero queremos ser algo más que luctuosas evocaciones de calendario! Una marca indeleble y militante debe instalarse en el vapuleado análisis histórico. ¡¡Que se agiten las aguas pasivas de oratorios y responsos!! Queremos ser el camino vedado, trunco, prohibido, a quienes avanzan sobre los atropellos de nuestro martirio, a quienes esgrimen y construyen sus verdades sobre nuestros despojos. Queremos que la única verdad sea cambiar esta realidad que nos mata en vísperas y completas. Y si hay enfrentamientos, que sea cara a cara. Y si hay que morir, que sea un acto de valor y entrega, porque es de cobardes matar por la espalda a los indefensos —se iban alternando apariciones, máscaras y atuendos. Todo era un vértigo de oratoria y decorados de efectos contrarios, iluminados con resplandores de una luz inusual, nacida entre los faroles del alumbrado público y fluctuaciones fosforescentes, que desde el follaje encandilaban con destellos verdes.

No puedo poner en palabras la agonía estrepitosa del silencio, ni la improbable alucinación de imágenes martirizadas entre efectos de iluminación y trampantojos de una secuencia fílmica, que giraban la trama en su revés fotográfico y en un envés de dilución continúa, como un revelado fotográfico corrompido en la química de su rutina. Sin embargo, esta confusa descripción no se interponía con la diáfana y prístina representación, que nos dejaba atónitos por la revelación sin

fisuras, sostenida por la fiereza de la gesta y sus inmarcesibles sentimientos.

Mientras maduraba y especulaba con estas sensaciones, desnortado aun por la transparente complejidad de lo que estaba viviendo, ya casi al límite del agotamiento estético, escucho a mis espaldas la voz de Leopoldo:

— Se lo digo, mi pecho no es bodega: *el peronismo es como el otoño, que aún envuelto en hojas secas, viene cargado de semillas*.

Lo dijo al pasar, sin detenerse; con un paso cansino y algo solemne sobre la humildad ancha de sus hombros y la pesadumbre de su cerviz, mientras sus ojos buscaban un horizonte donde ir poniendo mojones y al cielo bendiciones, que el cielo negaba al resto de los hombres.

Perdido en la tormenta[9] ***(contingencias cuatro)***

En capítulos anteriores he referido algunos pormenores de la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles. Tam- bién de las concomitancias e incumbencias del teatro y el para qué, no tanto el por qué, de los recursos escénicos y otros aportes subsidiarios como el cine y la radiofonía. Asimis- mo, del benéfico y fructuoso ardid de convocar a los Ilustres maestros: Leopoldo, Macedonio, Schultze y Samuel Tesler, por mencionar los más relevantes y de mayor peso en mi hecatombe de personificación simbólica. Por último, aunque no sé si es todo, he referido y referenciado, en este y en textos anteriores, largas parrafadas, a propósito de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria y otros artilugios menores.

Lo que aún me quedaba pendiente exponer, es el por qué reincidí en este desenfreno de retórica aplicada al historicismo nativo y sus signos perennes. Cualquiera podría deducir mi afinidad peronista y mi casi innata veneración por Leopoldo Marechal, desde su primera levadura artística, pasando por los panes de sus obras concluidas e inclusive de las migas derramadas en el proceso creativo. Barrunto que, consabidas estas elecciones de los viñedos interiores y sus explicitas cosechas exteriores, recogidas en las cestas de una vida no exenta de sequías, plagas y menguas del ánimo, consecuentemente seguidas por recuperaciones, fermentos y libaciones, repletas de excesos y bendiciones, digo, que con tales antecedentes es posible y previsible mi viaje alegó- rico. Creo entonces, que solo me restaría poner en evidencia

[9] Tango «Tormenta» de Enrique Santos Discépolo

mis desatinos y ofuscaciones a la hora de encarar el cómo poner en obra, tales convicciones y cosmovisiones figuradas o concretas.

Esto último es un punto, que, decir oscuro, sería una iluminación por aproximación al dilema. Quiero decir que, hay momentos en que elijo a quién retar a duelo, incluyendo la elección de los padrinos, las armas, hora y lugar del fatal encuentro. Otras veces, me he encontrado en medio del entrevero, aguantando la estocada y tanteando el terreno en el mismo momento que rodaba por el suelo. También, he podido trazar un plan e improvisar sobre la marcha el traqueteo del carro y sus posibles averías, pero, al menos, sabiendo a dónde iba o intentando tener firme las riendas del derrotero.

Claro está, que no es lo mismo transitar los caminos del poema que las múltiples avenidas de la prosa. Quiero decir, son distintos laberintos donde uno puede perderse y la única salida posibles es hacia adelante y en arremetida. Es imposible retroceder, aunque siempre está la posibilidad de entregarse, de abandonar, de no llegar siquiera al fracaso de la obra consumada. Opción esta última, debo decirlo, es la que más me ha acompañado.

Escasamente aclaradas las alternativas creativas y sus caminos malogrados, solo me resta exponer, que, tanto mis conflictos creativos como mis acuerdos temáticos, están enraizados y mi natural propensión a conmoverme con los hechos, los hombres (hoy parece necesario aclarar que me estoy refiriendo, de manera general, al ser animado racional, sea varón o mujer, que forma parte de la especie humana y que contiene a la especie según la vigente gramática) y las cosas, para luego tratar de empujarlas a un derrotero caprichoso de mis demonios intuitivos y mis querubines pragmáticos.

Intentando una conclusión, podría decir que haber incursionado nuevamente con un artefacto con pretensiones de novela y veleidades poéticas, de la mano de recursos escé-

nicos y de alegóricas presencias esenciales en el método narrativo, no es otra cosa que la vieja controversia del huevo y la gallina, mezclado con algo del grito y los huevos que pone el tero (en este caso, tero como genérico de esta ave, tanto macho como hembra).

Ahora sí y finalmente, creo haber aportado una aproximación desprovista de sensiblerías o emotividades sobre mi amor humano, literario y político por el maestro Marechal y las causas populares, como así también de mi necesidad imperiosa de aportar, aunque más no sea entre familiares, compañeros y amigos una pomposidad pretensiosa en letra de molde y si fuera posible con tapa lustrosa, que ponga en evidencia a los Depuestos, a las multitudes sojuzgadas y martirizadas hasta el límite de su desaparición forzada, tanto de la faz de la tierra como de la historia.

(Barroserías) 6 El tiro del final (Tango Desencuentro de Aníbal Troilo y Cátulo Castillo)

No sé si esto sucedió tal cual voy a relatarlo o fue un incidente melancólico de tanto rondar vibraciones de ánimas y pulsaciones de la historia, creciendo como retamas, quizá sólo *sean febriles inocencias discursivas, que empujan mi mano a una escritura de turbulencias anecdóticas, nacidas tras una niebla esperanzada en disiparse.*

Como sea, estoy ávido *e inmóvil en el mismo banco en que nos encontramos con Leopoldo al inicio de este acto lí- rico-reparatorio- conmemorativo-histórico- político-novelado.*

Con menos sol que en aquel momento en nuestra Buenos Aires cimbreante, memoriosa y concurrente, pero con los mismos augurios templados de un aire casi líquido y fragante, fue que le dije:

─*Maestro, usted mejor que nadie ha dicho: «Toda empresa humana fluctúa entre lo ridículo y lo sublime». ¿No estaremos liquidando la ambigüedad de los filósofos cuando meten a Dios por la ventana, mientras frotan su lámpara de artificios, esperando que aparezca el genio que nos desasne o nos hunda en una concluyente y meta-histórica ignorancia?*

─ *Hay quienes tratan de normalizar una secuencia de poder que los libere del poder; te ponen a cavar tu propia fosa como si buscaran la piedra única de la filosofía o la nave de los locos del camarada Stalin. Hay que estar alertas: se te cuelan por las hendijas de la puerta, en los sueños se aparecen vestidos de ángeles protectores, también como escudriñadores científicos de grimorios y conceptuosidades vanas. Siempre*

están ahí cuando das vuelta la página para convencerte de que la revelación vendrá en letras de molde, con un aura de ceguera o vestida de gala. «Se te cuelgan de la cruz» Barroso, «se te cuelgan de la cruz» (Tango «Desencuentro» de Enrique Cadícamo y Aníbal Troilo) ─dijo Leopoldo, mientras se pasaba la lengua entre el índice y el pulgar y emulaba en el aire pasar las hojas de un libro aparatosamente voluminoso.

─Han retorcido el pescuezo de la teoría exigiendo que explique la asfixia. El momento sublime ha quedado reducido a un lupanar de consignas sin sustento. Han sucumbido a la farsa de ponerse en aprietos, revoleando las imprudencias de un verbo cacareado en el gallinero con «el cuero picoteao» (Tango *"Esta noche me emborracho" de Enrique y Santos Discépolo). Y si me permite, maestro, voy a citarlo: «todo amor equivale a una muerte; y no hay arte de amar que no sea un arte de morir. Lo que importa, Elbiamor, es lo que se pierde o se gana muriendo*» *─dije esto último sin estar seguro de haber citado correctamente, aunque a Leopoldo no le importó y sonrió en silencio.*

─ Lo primero es desconfiar de los que se santiguan al pasar frente a cualquier templo y te rezan el Corán y el padre nuestro mientras apuntan sus penitencias en una libreta de quinielas...hay momentos donde las valoraciones filosóficas se vuelven tedio y hay que distinguir a ojo de buen cubero, dónde se reproducen las miserias y cuál de las peladuras de la patria arrastra su víbora en medio de la guerra*, haciéndose pasar por una* tímida serpiente esperando el momento del pecado*. Yo sólo puedo advertirte, mi estimado Poeta Pretencioso: tenés que poner en alerta el cuadrante de tu cuerda sensible para detectar sutiles manganetas y bodrios de burdos teleteatros canónicos. Sin embargo, no es, en la encrucijada del Luján y del Sarmiento donde encontrarás los destinos de un amor entero; por ahí anduve, cuando incursionamos en el Caracol de Venus y sólo encontramos un burdel de olvidos y el puñal de la traición que puso a Patricia Bel en el mayor de*

los desvelos (lo autorreferencial corre por mi cuenta, sic). Yo, ya he padecido mis combates: en las derrotas he visto emerger hombres de cualidades ignotas y también he templado mis victorias en las ambigüedades de un héroe espiritual y colectivo. Ahí me hundo hasta el cataclismo de mis virtudes y puedo soportarlo todo, menos a esa niña que ha perdido su muñeca en los perdidos ojos que la miran desde el extraviado ojo púrpura de la tormenta, que ha dejado intacto el amor, en una pequeña mano vacía, aferrando despojos de infancia e inocencia. ¡¡Y por los santos demonios de mi ira que quisiera venganza, aunque sé que debo clamar justicia, sucede que sólo obtengo un puñado de lágrimas hechas escombros de guerra!!...─inusualmente Leopoldo construye un grito que desmesura el azul de sus arterias...y queda caído sobre sus hombros, esperando que el mundo le declare una tregua o que el tiro del final no sea un tango *ni una frase hecha.*

Anecdóticas -Uno-
(del libro lunario de Los Reclamantes)

Dentro de los confines del Parque Carlos Mugica, sobre la calle Gerchunoff, hay un espacio de cipreses calvos y varios pacará con vaina «oreja de negro». A un costado de esa arboleda y sobre los límites geográficos de esta convocatoria, es decir, frente al Parque Pioneros de la Antártida Argentina, se podía apreciar cierto tumulto de presencias álmicas variopintas, seguramente de solapadas invocaciones no pactadas en los acuerdos preliminares con las ilustres presencias originales, pacto por demás pasible de rupturas, teniendo en cuenta que algunos de los acordantes hicieron pito catalán a lo acordado, aclarando que no es el caso de Leopoldo, que siempre ha cumplido a rajatabla, con el rigor de un anacoreta y la voluntad de un combatiente urbano. Por lo tanto, va de suyo aclarar que, a estas alturas, estos arreglos previos, los cuales habíamos pactado en el Café de García, estaban ostensiblemente rotos o al menos, sensiblemente maleables como para conjeturar un coladero astral, y, por consiguiente, un desfiladero angosto de puro equilibrio militante y de una férrea determinación, para no caer en provocaciones que pusieran en riesgo nuestros propósitos.

Había: Reclamantes al garete intentando reorganizar sus actos reivindicatorios, sus denuncias y desagravios, con los estilos ya comentados de ampulosidad teatral y de transparencias inapelables, al tiempo que, de rotundo realismo lacerante, apelando siempre a la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, a sus ingenios aleatorios y sus posibilidades imperecederas, inmutables e inconmensurables. También había una circulación ingente de presuntuosos, sino desorienta-

dos y también jocundos e inoportunos visitantes, convertidos en paseantes caóticos sin oficio y sin destino, que atolondraban los objetivos iniciales de memoria y recogimiento, metiendo una bullanga de feriantes como en el Zoco Marrakech o en La saladita de Ezeiza, transformando esta virtualidad literaria en un caótico relato de fandango histórico.

Una evidente falla de afinación oscilatoria gravitaba en la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, acompañada con la ya mencionada permisividad convocante de algunos que yo me sé, daban como resultado estas complicadas improvisaciones caleidoscópicas. No sólo se colaba cualquiera que soportara la sorda estridencia del artilugio, sino que además había curiosos que sólo buscaban alejarse del aburrimiento, como si nuestro esfuerzo simbólico fuera moco de pavo o soplar cornetas en fiestas paganas y de las otras, cuando en realidad, esta gesta es más peliaguda que envolver una jirafa o alimentar un caballo con alpiste.

Era un verdadero desbarajuste; una reunión de una diáspora inaudita gesticulando descalabradamente y levantando una polvareda que ni en los malones ranqueles. Las voces, hacían ese efecto de temblor remoto que se percibe en grandes concentraciones y que ensordece, desde una función de acto escolar hasta una reunión de evangelistas con amplificador y megáfono en plaza Miserere. Por momentos todo sucumbía al efecto tsunami de la gritería, el cual mutilaba el entendimiento y paralizaba hasta los jugos gástricos, aflojándolos en un deshonroso desgraciadero público.

Entre ese albedrío disparatado y polisémico, y tropezando con los habituales desperdicios arrojados en tumultos y concentraciones, empujado por algunos grupos apiñados en forma compacta, me abrí paso hasta una improvisada tarima, armada con cajones de madera para embalaje de motores diésel, que ostentaban clavos amenazantes de óxido y restos de brea seca, la escalera de acceso eran cajones de cerveza en vacilación piramidal y oscilación horizontal.

El fulano que estaba encaramado con pose de orador, era el único en silencio. Permanecía atónito con la boca desmesuradamente abierta y con los ojos muy cerrados, apretados al extremo, casi con voluntad de flagelación trapense; apenas una línea bajo cada ceja daba un tímido sostén a los párpados, que a la vez semejaban una línea punteada como única referencia pilosa. Lo flanqueaban dos inexpresivos y musculosos imberbes, que hubiesen sido objeto de burla y provocación por parte de los mellizos Domenicone, los elementales y robustos personajes del «asedio al intendente» en «Megafón o la guerra». Los referidos musculosos imberbes, estaban instalados como en un podio deportivo, posaban al modo de los vencedores; mientras uno hacía doble bíceps de frente, el otro, ubicado de perfil, los hacía de expansión pectoral, embadurnados de aceite y sonriendo como lobotomizados de felicidad y petrificados para la foto.

Ya escaldado de ofuscaciones auditivas me encaramé a la tarima y curiosamente, desde allí no se percibía el bullicio, sin embargo, se escuchaban con nitidez frases y proclamas, que, por encima del acallado barullo vociferante (pareciera imposible, pero es tal cual: oxímoron a contra mano), aparecían entre un tañer de campanas de nítido y vibrante sonido de aleación profesional y acabado artesanal, sonando en oscilaciones de lejanía y cadencia diáfana.

Finalmente, empinado sobre ese, ya descripto rectángulo de equilibrio impreciso, en el embreado y apretado límite del flanco izquierdo, donde ya había varios que se habían encaramado, como habituales y torpes alcahuetes de escenario, manteniendo un mutismo e inmovilidad pasmosos, pude escuchar con nitidez de confesionario lo que a continuación expongo:

— No me vengan con provocaciones de prusianos del Bismarck o con entuertos de masonería, textos mágicos y místicos u holgorios de espíritus en el cementerio de La Cumbrecita. Tampoco es que venimos a competir sobre la hagiografía

del peronismo ni de sus cualidades para la canonización política. No pregonamos lealtad de santos ni reverencias cortesanas o predestinadas, venimos a defender nuestras conquistas y a vengar la razón de la metralla o el ya debidamente fustigado «derecho de las bestias» ─era una voz cascada y vibrante, tenía un tono marcial, pero más de delegado de fábrica que de oficial de brigada.

─¡¡Yo no inventé a Perón!! ─la voz emergía flaca y catarrosa, enfermiza diría, de entre la multitud, como una endecha de la porfía popular y musa del fango. De todos modos, no era posible saber si era el mismísimo Mordisquito angelado y profético, que bajaba del olimpo de la argentinidad, o quizás algún emulo fanático, que recreaba «su entrañable presencia» (Carlos Puebla hubiese aprobado el recurso simbólico). Era curioso que se escuchara tan nítidamente una voz tan chiquita entre la vociferante y catártica masa reunida.

Fue en ese momento de fatuos interrogantes, cuando noté, que ocurría algo semejante a lo sobrevenido aquella vez en la Oralidad a Voz en Cuello. Para los que no recuerden o sean neófitos en la materia, tal artilugio era replicado y am- plificado por el Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, artificio meticulosamente construido en el ocaso de mi anterior descalabro literario, y a su vez en el ocaso mítico de mi homenajeado: el mamotreto en cuestión era: «Cara al viento como un león» y el homenajeado, mi ar- chi y chupamedieramente venerado: Leopoldo Marechal.

Para quienes no lo advirtieron en aquella oportunidad, y si bien, era sensiblemente distinto, el motivo intrínseco, el cual desbordaba de participación literario-compulsiva, disputando un lugar preferencial en el homenaje mencionado, se asimila a este, que selecciona voces sin arbitrio de ideología y buenos modales. En cuanto a las características vocales, que administraron aquel efecto de bochinche administrado, parecía responder a la actual claridad del engorro exclamativo multitudinario y a una revelación libre y plus-ultra-democrática de

todos los propositivos preopinantes, o algo similar, pero que me resulta imposible repetirlo sin terminar amortajado por las palabras.

Lo más curioso aún, era que tal armatoste inverosímil fuera eficaz, espontáneo, coherente y promisorio, teniendo en cuenta, que, a estas alturas, ya funcionaba totalmente independizado de su jaula en letra de imprenta y de mi voluntad creativa, mística o rocambolesca. Quiero decir, que, en las actuales circunstancias del hecho creativo y conmemorativo, férreamente adherido al reclamo de justicia y desagravio, esta vieja argucia tenía nueva cualidad y calidad sonora y selectiva.

Comprendí entonces que los pormenores de una obra también descansan en los pormayores de la esencia y consistencia que el fenómeno artístico puede manifestarse como un milagro o un error de relativa conciencia y coincidencia.

Repito, comprendí entonces que mis esfuerzos por la farsa estaban acicateados por la tragedia, de tal suerte, que a medida que profundizaba la costra histórica y su pulpa patriótica, más se afinaban los instrumentos de mi abuso creativo y de mi improvisada inventiva. A todas luces, incluyendo la inevitabilidad de lo sombrío, era por demás halagüeño, que mis tropiezos anteriores no fueran la piedra repetida ni yo el único animal del refrán remanido.

Confieso que me invadió una alegría de jumento dispuesto a trotar con su carga con tal de recibir su cuota de pienso. Sucede que supuse y más adelante verán que supuse bien, que el hallazgo vociferante serviría para completar los actos justicieros de los Reclamantes.

Proverbiales doce *(Leopoldo / Schultze / Macedonio / Samuel Tesler)*

— «Verdaderamente, hay que quilombificar para poder conducir» (neologismo que le escuché al General en el 45, cuando yo integraba el Comité Pro Candidatura del entonces Coronel Perón) ¿Será entonces la hora de levantar barricadas en el coladero de nuestra convocatoria o debemos catalizar el desbarajuste y conducirlo a su destino de grandeza en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria? —dijo Leopoldo entre divertido y preocupado por tanta quilombificación inesperada.

—El quid del judío errante, es andar «errante por la tierra hasta la Parusía», vagar por las penurias de Cristo, desde el incomible becerro de oro hasta el zapatero de Jerusalén. Todos y cada uno, según se siga la guía historia; ya sea por las Cartas Eruditas, la Historia de los judíos o las andanzas de Moisés después del Éxodo y antes las Sagradas Tablas, hemos andado errantes e inclusive al garete, buscando un guía en carne viva. Y sin alteraciones del decurso histórico, digo que, quizá este nuevo cacharro literario deba esperar a que maduren las brevas de la convocatoria y andar errabundo en la tierra de los hechos, los dichos y los entredichos, curtiéndose el cuero en esto de intermediar entre la materia y su carozo etéreo, intentando su ecuación exacta, pero también inacabada. Sabrá perdonar, mi estimado Barroso, pero hay un desajuste en la manivela simbólica y estamos desbordando la capacidad semiótica del Parque, por no decir que se nos llenó de gente el fregadero y está siendo más prudente romper los platos que lavarlos —aseveró un reflexivo Schultze

con un delantal de plástico en la mano y un pincel de brocha gorda, oscilante en gotas de azul marino, en la otra.

—La neurosis colectiva de la fe es un recurso infinito que puede resultar odioso, pero altamente positivo y propositivo en situaciones de emparejar el asfalto neuronal, sus circunvalaciones y adyacencias, evitando odiosas sinapsis, sobre todo las complicadamente femeninas. Hay que estar atentos al desmadre, y aunque yo sea en persona, una disfunción clínica con efectos secundarios en los que me rodean y pueda producir catástrofes repentinas de conciencia, estoy seguro de estar mordiendo la manzana de mi propia conciencia, que es lo mismo que decir: «cocodrilo que se duerme termina en cartera». Advierto entonces que mi democratismo, a la hora de ver amenazado tanto esfuerzo místico y tanta sin razón combatiente, se me vuelve aristocrático y los sacaría a padas en el culo, si no fuera que estoy en estado álmico y por más que patee no emboco una, más por ausencia de consistencia ósea y carnal que por mala puntería —con el pie derecho, Samuel Tesler practicaba como quien tira al arco de emboquillada.

—A veces la filosofía es un manantial sin agua y por más que le demos a la bomba, sólo confirmamos la aridez del pozo y los sedimentos que arrastra la cañería. De todas ma- neras, no me parece tan temible la intromisión, que, sin los pertinentes permisos vibratorios, administrados por el camarada, compañero, cofrade, cómplice atemporal y Poeta Pretencioso, y me olvidada, mi muy estimado Barroso convocante. Quiero decir, que con persignarnos como peregrinos o puteando cual barrenderos, sería más que suficiente de lo bastante. Aunque debo reconocer, cierta desestabilización de esta compleja exhortación por su costado álmico, también hay que evaluar su coherente descalabro migratorio. Puede que la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles no cumpla a rajatabla con sus menesteres básicos, puede ser también, que se haya difundido entre los cuerpos materiales

y concretos y los astrales y sutiles, a través de algún chistoso de los recursos metafísicos o por algún provocador de la malversada verdad oligárquica, cierta permisividad liberal y parasitaria, confundiendo la invocación del Aullido en la Tormenta con el libertinaje de vendedores de tickets con descuento. Quiero decir, las personas, que con su envase intacto desearon una aventura, que a la vez de sacarles el aburrimiento les diera una visión histórica en tiempo y forma, se subieron al bondi alegórico, aunque viniera con el horario de Oceanía, el calendario Juliano y con asientos del chaguanquero trocha angosta de Fraile Quemado. Y las otras, las sumidas en el vagar eterno, las que no tuvieron lugar ni tiempo para sus entierros, quizás y solo digo quizás, encontraron el territorio donde dejar las huellas del silencio y volverlas aullido junto con los Reclamantes víctimas de los bombardeos —con extrema gravedad y sincera preocupación, Macedonio, expresó estos conceptos e inmediatamente buscó la sombra de las tilas como si buscara sustento.

—Nada de lo que entra podrido a la olla sale mejor por haberlo cocinado, y agrego, como diría Barroso en algún escrito ya olvidado: *gastar pólvora en chimangos puede servir para afinar la puntería* —espetó displicente y por todo comentario el Astrólogo.

—Veamos, creo que nos estamos resbalando por una rígida dicotomía interpretativa, no exenta de injusticias valorativas. Pero como siempre, iré al punto, toda vez que el punto sea necesario en el enunciado y veré si es punto y seguido, punto aparte o punto final. Digo entonces: no es lo mismo ver la luna como la vio el Cyrano que como la vio Tolomeo, y a continuación asevero: no hay que confundir lo sensible con lo simbólico. Los que surgen del espontaneísmo literario, lo hacen, como clara provocación al Poeta Pretencioso y su intención de controlar este alambicado instrumento literario, cartográfico y propiciatorio. Le mojan la oreja y le meten la mula, como se dice en el barrio; entran como perico por su casa y

le hacen pasar las de Caín (nótese que estoy arrefranando el texto) exigiéndole que se mantenga alerta y permeable a la creatividad, venga de donde venga y caiga quien caiga. Lo ponen en el brete de subirse al carro con el pingo al trote o esperar a que esté cansado y venga al paso (voy a colapsar en el apotegma). Cuestión que: o vamos como venimos o habrá que corregir las intromisiones, haciéndole al numen un corte de manga y dejándolo a la retranca de esas representaciones fuera de catálogo. Personalmente adhiero a la labor de ordenar el caos y no avinagrar la ensalada, dejar que la propia dinámica del descalabro poético ponga los huevos en la canasta y a los que no lleguen sanos que sean tortilla o que no sean nada —los abusos de proverbio y el tono burlón de Leopoldo, en nada le restaron seriedad al planteo, es más, le daba una épica culterana para reflexionar en chancletas.

—Disconforme y capcioso debo decir, que creo recordar que Pereda los catalogaba de "incorregibles". Una de las pocas veces que el Gran Chicato no los ofendió abiertamente como era su mala maña y su insana costumbre. En cualquier caso, lo que dice Leopoldo es atendible en cualquier circunstancia donde el desbarajuste sea el resultado de lo provocado «desde el inicio», y no una conjura de la subversión oligárquica, metida a contrapelo y en nuestras propias narinas. No piensen que me estoy peronizando o que se apoderó de mí algún tipo de ansiedad populista. Sencillamente, soy un humanista y soldado universal, con opción latinoamericanista y tendencia a la soledad comparativa. Sé que algunos me dirán, que el Tirano Depuesto me diría: «usted Don Schult- ze, usted es peronista, pero no se da cuenta», en todo caso, debo advertir que mis sutilezas bíblicas andan rengas y que mi calendario místico tiene los ciclos lunares cambiados. De todos modos, debo alertar sobre cierta debilidad de mulatos, que no aciertan a ver los caballos galopando en los tejados porque esperan los anuncios del servicio meteorológico. La subjetividad flotante tiende a las ascuas teóricas y la objetividad envolvente es un equilibrio hecho cenizas: locura peli-

grosa la ecuanimidad que construye el sentido de las cosas y hasta el imaginario de las cosas. Lo acompaño, mi depuesto amigo y poeta Leopoldo, pero le advierto que hay veces que el hollín con el que queda hollinado el deshollinador, es algo más que el residuo de un fuego en la chimenea ─concluyó, el Astrólogo, con gesto de final abierto y capítulo cerrado.

─Auguro una posibilidad perdurable en este intento de no usar el cernedero para salir con la semilla limpia. La historia es un barro por donde todos pasamos y después de cada huella, otra vendrá a desafiarnos, pero finalmente todos chapoteamos sobre senderos de surcos trillados. También podría auto referenciarme una vez más y espetar: *La historia no es una ciencia; es el arte de mostrar una cara limpia y esconder un culo siniestro*. No pretendo aparecer como el Salomón de esta entelequia militante, pero al menos pretendo poner el ojo en este horizonte figurado, donde si bien se mira se verá, que el objetivo de Los Reclamantes está consolidado y los que no quieren tomar partido es porque están del otro lado. Quiero decir: no por unos cuantos desavisados, inclusive infiltrados, hasta quizá por incautos que vieron luz y entraron, la vindicación y el reclamo de reconocimiento y justicia será minimizada ni alterada, porque una justicia literaria no podrá más que la justicia plena, pero queda hecha sentencia y permanencia, aun cuando los libros sean quemados y a sus autores los metan en cafúa ─y terminando la frase, Leopoldo se acomodó un funyi imaginario e improvisó «un paso sincopado», como bailando un tango.

─Aunque vacía ya, el ánfora teológica y su deslucida cacofonía, nos aprestamos a beber en lo pedestre del río. Algunos apartan con las manos la hojarasca que enturbia sobre la orilla esa agua (otra vez la misma colapsada eufonía) mansa, antes de sorber lo que la sed demanda, otros meten algún cacharro contra la corriente y los hay también, que abrevan como sedientos matungos de noria. Vayamos pues por los rezos y las penitencias. Que la providencia entonces, nos

destine a no sucumbir ante el bíblico despelote que se ha generado en este ámbito residual y arbitrario, y que mi propia envestidura de ecuánime conciliador de la tosquedad humanas baste, para que cada casa tenga su taza y cada plato su garabato ─con elocuencia mística sentenció Samuel Tesler, mirando incrédulamente la llegada del petiso Bernini.

(Barroserías) 7

Somos el paradigma de una tragedia siempre posible, aunque no siempre visible en la trama dramática de nuestro derrotero de ausencia y aquiescencias.

(A veces hay una resignación crepuscular que me aguarda en las ochavas del sentimiento patrio y sólo puedo atinar a manotear un facón de nieblas y un poncho de sombras para defenderme.

Sé que estoy manchado por los siglos de estas irredentas tierras y también sé que soy un caldén que en lo árido resiste y crece. Me asisten verdades de las que muchos descreen y que otros combaten. Apenas me atrevo con mi nombre y con mis pilchas puestas, soy lo que se puede conocer sin recurrir a la ciencia.

Soy más intuición que certeza y busco caminos donde mis pies reconozcan su huella. Me siento crecer entre esas tolderías y el galope agitado de un pingo en la frontera.

Nunca fui una ficción, pero he provocado hasta el espejismo de unas cuantas décimas y de mí han hablado desde los calabozos hasta en las bibliotecas.

Soy el perseguido. No soy el manso héroe de una literatura ciega o el traidor silente agazapado en los breñales. Soy lo que puede descifrarse de hombre y buen paisano, ya venga derrotado o con las victorias que aún me nombran como a un buen soldado. No soy una casualidad de la tierra, soy lo que provoca la buena siembra. Y he dejado semillas que desde mis despojos construirán los senderos para regresar buscando la paz, pero sin rehuir a la guerra.

En los entreveros anduve como quien anda domando brutos entre llanuras y pastos altos, también cuidé lunancos y tuve la piedad para la sed de los que caían por mi brazo. Y si alguna grapa me ha llevado a matar en vano, en mi defensa solo puedo alegar, que nunca mi furia cayó sobre un inerme paisano, que no estuviera también borracho y desesperanzado.

De cada casa pobre soy, de cada humillado, de cada paria, perseguido, hambriento y desheredado. Puedo bajar del monte, desde los barrancos, del sur pedregoso y desolado, desde el desamparo de La Pampa o puedo estar fraguando un entusiasmo de guerrilla urbana. Puedo ser estrella que en las noches se hace fusil o multitud puedo ser, palpitando en los suburbios y en los barrios, urdiendo una pueblada.)

Aquí se interrumpió lo que fuera un paréntesis imaginario, que una y otra vez se repetía como una letanía, atravesan- do machaconamente mi laberinto de elucubraciones sobre el Martín Fierro, su carnadura histórica, el entramado popular de su beligerancia, mientras me sacudían algunas de las palabras que Borges le dedicó con el boato de su talento y el malogro de su desprecio: «...y pienso que nuestra historia sería otra, y sería mejor, si hubiéramos elegido, a partir de este siglo, el Facundo y no el Martín Fierro».

(Hubieran preferido que fuera el Quijote entre molinos y singulares cabalgaduras de caballo flaco, gorda mula, siempre altivo con rodela y con espada. Como el Cid liderando moros y cristianos sobre ancas de un caballo enterrado en un Templo de Burgos o como Alejandro y su «cara de buey» que mordía hasta su propia sombra y espumaba furia de sus ollares como un dragón. Quizás, me hubiera privilegiado ser heredero de las Crónicas Anglosajonas, de los Himnos Homéricos o nacido de alguna Leyenda de los Nibelungos; algo más adecuado al imaginario aristocrático y euro-céntrico y no algo tan plebeyo, tan parecido a la rebelión de los innominados o al coraje de los que tienen para perder sólo la mujer y

los aperos o las cadenas como dijo es tal Don Carlos, mientras agitaba espantajos de bastón y galera.

Me hubieran preferido en la manchega llanura -mis respetos a Don Antonio- y no en la pampeana, pateando abrojos y cardales sin apartarme de la güeya. Siempre firme, con las patas metidas entre abrojos y pajonales, aunque vengan degollando con la milicia o con las sentencias de una justicia camandulera. Más de Tizona y Colada, *de seguro le hubieran encontrado a algún crimen justificaciones y hasta visos de buen gusto y buen estilo, pero de facón en la faja era solo un bandido, un cuatrero, vago y mal entretenido, como decían las leyes de los ricos.*

Sobre aires mediterráneos me hubieran festejado y no bajo estos vientos bravos y encontrados, arrasando polvo desde el poncho a las monturas, entre la aridez de una tierra feraz y, sin embargo, metido en la sed de la noche o en el si- lencio de agua en las salinas, entre ombúes solitarios y choi- ques escapando al diestro boleo de los paisanos y los indios.

Por eso soy Fierro, Cruz, Facundo, Rivero, el Chacho, Felipe Varela y hasta el negro Falucho soy. Soy en montoneras y rebeliones, desde la selva y las piedras australes hasta las fábricas y los obrajes. Maldito soy; una vergüenza doméstica, una desgracia histórica del vasallaje organizando puebladas.

Millones que soy con la Juana Azurduy, María Remedios del *Valle y la Manuela Pedraza; sembradío combatiente entre la noche y las fogatas. Eva Duarte soy y todas las que hicieron la «pata ancha» como Guadalupe Cuenca o Remedios Escalada. .*

De Felipe Vallese soy un pedazo, de Cabral en Corrientes, de Rodolfo y Paco, cayendo en la emboscada. También me han de encontrar en cada madre desde los bombardeos hasta de ronda en las plazas. Y si me apuran estaré parado en una terraza con Vicky cuando como una giganta gritaba: «ustedes no nos matan; nosotros elegimos morir».

Sarmiento le temió a mi sombra y con mi sombra he fundado tantas sombras que ya son luz, sin embargo, desde el revés que las nombra. Soy también la sombra de Dorrego, tras la miserable figura de Lavalle, que no pudo conciliar con su sombra la orden de la última descarga y aún sigue va- gando entre la indulgencia y la desesperanza. Soy bajo este cielo, estremeciendo de luz, cada huella que he dejado en las trincheras, sombra de mi sombra, como un desvelo fulgiendo en insurrecciones, como una luz pertinaz hecha de jirones de templanza.

¿Algún día será que vaguemos en paz, ya *sin malditas sombras, sino una verdad amada iluminando lo que nombra?)*

Una vez más recorro en suspenso las letanías del alma. Otra vez el signo ortográfico encerrando mis sentimientos y acometiendo como Virgilio entre el paréntesis de la vida y los límites de vagar eternamente, buscando una verdad piadosa, aunque mas no sea en el infierno.

(De la mano de mis hermanos voy al abismo de las verdades y los hechos, a los infinitos círculos donde nuestra historia es sometida a los Cerberos de la infamia y a los Carontes de la venganza y, sin embargo, mis tozudos ideales se atrincheran, sólo por lograr que la realidad sea algo más que una verdad incógnita o una sentencia de frustraciones. Sigo acometiendo en el laberinto perpetuo de la memoria y aunque solo me devuelve más enigmas con puntillosidad de calendario, sólo he de guiarme por lo que la conciencia forja, aunque me pierda en el fraudulento tic-tac de las horas.

De los muchos nombres que me nombran algunos ya he nombrado. Otros buscarán que otras voces los vayan nombrando. De los que de ausencias me reclamen, les digo que están en los que fui nombrando. Desde antes de las revueltas de Mayo, desde las mismas carabelas llegando, en las tolderías ranqueles, entre sudores y pieles rotas, estaqueados por el huinca o fusilados en la Patagonia por la patronal y el ejército lacayo. En cada rincón me verán aferrado a las

riendas cuando Roca ni polvo dejaba de nuestra osamenta. Soy Uturunco y Taco Ralo, en Salta me vieron y en el monte Tucumano. Todos los gritos soy, desde Bairoletto hasta los primeros sindicatos.)

Y pudiera seguir con el refugio de evocar entre paréntesis, transitar senderos inciertos y mantener las quimeras sobre el horizonte, pero uno también sucumbe a la desolación que párrafo tras párrafo arteramente esconde.

¿Será por estos insomnios de la patria que permanezco en el duermevela de una flojera histórica?

¿O simplemente me aturdo de realidad porque el mejor orador de la revolución murió con la lengua lacerada y seca?

Anecdóticas-Dos-
(del libro lunario de Los Reclamantes)

Las alternativas de la concentración variopinta y repentina funcionaba con una elocuencia vociferante, pero destinada a una incomprensible sordina de aún más incomprensible claridad receptiva, singularidades que ya expliqué en capítulos anteriores y que se basaba, este dislocado fenómeno físico-auditivo, en la archi-reconocida Oralidad a Voz en Cuello, la cual era replicada y amplificada por el Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria (para más datos o una mejor comprensión del fenómeno, consultar mi anterior obra; «Cara al viento como un león», Pág. 153 Cap. 35).

En todo caso debo agregar, que con el tiempo se sucedían oleadas de multitudes, espacialmente compactas y a la vez de una holgura de movimientos danzantes, que por momentos exhibían respingos de holgorio y piruetas de intervalo circense.

La otra cosa notable, era que Los Reclamantes habían decidido mezclarse con esas muchedumbres de espontaneidad espacial, pero de temporalidad reflexiva, participando con sus arrasadas apariencias humanas, aunque primorosamente disimiladas y con sus vestiduras de una impecable pulcritud dominguera. De todos modos, debo advertir que, si uno iba con la mirada atenta y el espíritu alerta, se pedía apreciar en sus rostros camuflados las señales de la tragedia.

Como sea, el indetenible ingreso a la Buenos Aires incierta, estaba cargado de previsibles alegorías, evocaciones y redundes. Lo multitudinario era una connotación espacial camuflada por los bordes, y absorbidas por una zona arbitraria

que moldeaba su volumen sin perder esencia ni consistencia. Los ensordecedores gritos eran una tormenta engullida por el embudo del Eco Migratorio (ya suficientemente mencionado y explicado), y las consignas e intervenciones que irrumpían con una claridad de ópera bufa, evidentemente asistida por la Oralidad a Voz en Cuello (ídem anterior paréntesis), arremetiendo de contralto hasta el límite coral de las voces, con falsete sopranita y con reverberos de murmullos de feria china.

Yo seguía el desarrollo y las circunstancias del divergente amuchamiento ubicado estratégicamente en la irrisoria tarima de cajones de embalaje de motores diésel, ya pormenorizados en es su aspecto y estructura en anteriores capítulos. Desde ese disparate constructivo en forma de proscenio, veía todo con un detalle tal, que sólo la náusea ponía un límite a esa proximidad microscópica, pasmosa e inadmisible. Podría haber relatado, no sólo cada momento en cada rincón de cada uno de los presentes, sino inclusive, detallar sus afeites, arrugas, barbas de ayer y hasta exagerados embellecimientos que dejaban de susto los semblantes, con excesivos maquillajes de opereta española o los practicados en camerinos de los Teatros de Revistas y comparsas uruguayas.

Digamos, que a estas alturas, mi asombro estaba *cuesta abajo en mi rodada* (tango *«Cuesta abajo»* de Gardel y *Le Pera)* y había aceptado para ese entonces, aunque biliar hasta las encías y evidentemente descompuesto, que la conjetura retórica puede hacerte resbalar por el tobogán del texto, hasta revolcarte en el polvo de lo espontáneo y que la fiesta inaugural de lo planificado, puede resultar en una improvisación de personajes al acecho, que cuando menos lo advertimos, devienen en libertinos provocadores de insultante autonomía, desafiando la coherencia del clímax narrativo e inclusive, las pretensiones de tener resuelto hasta el uso adecuado de los verbos. Asumo entonces y ante notario matriculado (J.M.G Mat. Prof. N° 26589), el acta probatoria del descalabro de la convocatoria y la responsabilidad teórica

de los hechos, incluyendo cualquier desbarajuste figurado y/o anecdótico, firma y sello al pie.

Despejada la nebulosa de algunos momentos tormentosos con opaca claridad de formulario y promiscuidad de conceptos, continúo: ...yo seguía el desarrollo y las circunstancias del ya mentado «divergente amuchamiento en la irrisoria tarima de cajones de embalaje de motores diésel», cuando diviso a lo lejos (teniendo en cuenta las perspectivas del conjunto, ya que como dije anteriormente, todo podía verlo como si lo tocara) al «Obispo Frazada» (aquel que fuera mencionado en el memorable asedio Megafoniano), también llamado popularmente: «el Obispo Enamorado», que avanzaba sorteando toqueteos «non sanctos», recibiendo pedidos al oído o en papelitos estrujados, y repartiendo bendiciones con diligencia de venerable sacerdote y rigor sacro. De pronto se paró en seco y con la ayuda de algunos feligreses de los pagos de Avellaneda, desplegó sobre tres palos un cartel con letras enormes, pero de puño y letra, que decía:

Hay una sola cosa en la que no fracasé: en el amor

Los Reclamantes marchaban y bailaban por primera vez sin reclamar nada y casi sin lágrimas. Confundidos en esa marea álmica, aunque también aparecieron casuales pasajeros de la Buenos Aires sólida y aciaga, que, sin estar pasmados, pero tampoco indiferentes, miraban y vagaban como si fueran más espectros que los verdaderos espectros que los rodeaban.

Entre ese apretujamiento de holgada administración espacial, emergió uno que me conmovió al instante, era el «Taumaturgo de la Paternal», Martín Gramont, también conocido como el «Viejo de Mierda». Recuerdo haber tenido inciertas pero disfrutables charlas en su «refugio»: una prefabricada

de madera, enclavada a un costado de la entrada de su casa chorizo, rebosante de libros, revistas, diarios viejos, fotografías, volantes de otras épocas y pinturas de su autoría, sobre la calle El Cano esquina con Balboa en «La Isla» de La Paternal. Allí, en ese búnker de intimidad emotiva y despliegue intelectual, además de compartir sus dislates teóricos, firmezas ideológicas y algunas teorías conspirativas para "la toma del poder", también lo asistía con masajes, que con piadosa vehemencia me requería y a los cuales yo accedía, presionando y a la vez girando acompasadamente mis pulgares a la altura de los hombros y cervicales. Como respuesta al tratamiento, expresaba su alivio con prolongados y estentóreos eructos, acompañados de la frase: «siento que el pecho se aliviana, que mis hombros se angelan y que los perniciosos gases del alma me abandonan por el decoroso agujero donde ingiero el Gancia con hielo». Durante años practiqué estos masajes, con el consiguiente mensaje de alivio y agradecimiento. Fue después del regreso de unas prolongadas vacaciones, que me anunciaron que había muerto de un infarto. Le habían descubierto cicatrices de varios colapsos coronarios. Su mujer, me dijo, que él le dijo antes de su definitivo espasmo: «si aquí estuviera Daniel, me hubiera asistido con sus «dedos magnéticos y no me dolería tanto el pecho». Ahí estaba, angelado y redivivo, abriéndose paso entre el compacto gentío, saludándome, alzando ambos brazos, aleteando hasta la altura de los hombros, exhibiendo su corpulenta estructura, rematada en una cabeza desmelenada y profética en su mitad filosófica y engominada, y lírica en su otra mitad histriónica, mientras vociferaba:

¡¡Las leyes son cuadradas, pero la vida es redonda!!

Y casi al borde del éxtasis, agregaba:

Los dioses astronautas están agazapados, esperando que echemos los bofes para sembrar una humanidad sensata, construida con las cáscaras de sus oraciones y el detritus de sus alimentaciones

El entrañable «viejo Martín», matizaba su letanía vocinglera con carcajadas funestas, al estilo radiofónico de la novela *«Nazareno Cruz y el lobo» de Juan Carlos* Chiape. Mi corazón se agitaba al ver al amigo en plenitud de un vigor auténtico, aunque ahora desde el lado sutil de la contienda infra o supra humana; despojado de premoniciones y de vaticinios, inasible como un padre ideal, vitriólico como siem- pre y amparado por un pasaje astral, que no parecía haber afectado su cálida esencia, cuando sobre las veredas de La Paternal concreta, mirando hacia el paredón del cementerio me decía: *guarda con el destino que a veces viene de frente y otras de costado, pero lo peor es cuando viene del pasado, porque atrasa como la gran puta y te deja la relojería interna en estado de colapso y obviamente quedás atrasado y mirándote el rabo*.

Entre la vasta multitud había uno que avanzaba abriéndose paso como si no llegara a destino. Usaba una anacrónica chistera negra, con la cima plana y el ala amplia, fabricados con fieltro hecho de seda a la manera inglesa; también unas bombachas de campo amarronadas, con perneras anchas y tableadas como la de los turcos en la guerra de Crimea; botas de cuero de vaca, pero no al estilo del jinete de doma sino con fuelle de patrón de estancia. Una impecable camisa de gala con pajarita dorada y un chaleco chaqué cruzado a cuadros. Intentaba una síntesis indumentaria, si bien algo arcaica, pero indudablemente provocativa y alegórica. Como lo hiciera antes el «Obispo Frazada», desplego un cartel de tela

de organdí, con fondo celeste y letras blancas, evidenciando que la exaltación por los colores patrios, no siempre deja muy legible el enunciado, convirtiendo los meneados atributos nacionales en una chambonada cromática.

Decía, que el cartel decía:

La peor desdicha es que a uno lo derrote gente despreciable...

por ejemplo: los peronistas...

Debido a la mencionada elección de colores, como ya hemos sugerido más arriba, se dificultaba su lectura y había que tener buena vista y muchas ganas; parecía un siniestro signo del destino, flameando con los colores de la creación de Belgrano y exhibiendo mensajes de odio político con repulsa clasista de vuelo bajo. Paso a explicar: la frase pertenece a Borges, también conocido en este y otros textos de mi autoría, como el «Gran Chicato», también como «Luis Pereda», este último alias es el que Leopoldo usó para mencionarlo en el «Adán Buenosayres». O sea, el fulano exhibía con orgullo su cartel de organdí, con un desborde de ontología explícita y de antología del mal gusto lechuguino, pelando una frase de un ciego antiperonista en un cartel ilegible, provocando hasta el paroxismo el dicho del rey en el país de los tuertos. El referido cajetilla, gritaba (con la repercusión auditiva que ya conocemos del Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria) con el rostro casi desfigurado por una iracundia venosa y cardíaca, que le serpenteaba desde la frente hasta la pajarita, haciéndole visiblemente angustioso hasta tragar saliva y renovar oxígeno. Cuando podía establecer intervalos en su frenesí difamatorio, prometía los castigos de todos los círculos dantescos (entonces su voz parecía la de un diacono estrenando báculo, salmos y sotana) e inclu-

sive agregaba algunos tormentos exclusivamente diseñados para la masa plebeya de la tiranía depuesta, y especialmente, para la poca seriedad de un líder prófugo que se mostraba acariciando caniches a plena luz del día.

Parecía que nunca iba a terminar el desfile individualizado y variopinto. De pronto asoma belicosa y con sus labios flamígeros Ava Gardner, tras una mampara de celuloide y un carrete fílmico de 36 milímetros. Puse especial atención para discernir si era una representación deliberada o la mismísima voluptuosidad álmica de la diva norteamericana. Se hizo acercar un megáfono de director de cine y dijo: *como en aquellos días en Madrid, cuando vuestro tirano depuesto, chillaba y me reprendía por mis fiestas de alegre algarabía, he de rememorar mis invectivas acaloradas:*

¡Perón, cabrón! ¡Perón, maricón!

Finalmente, el propio descalabro de la proliferante masa álmica, sumados los transportados al garete con su envase carnal ordinario, lo cuales deambulaban como paseantes curioseando escaparates, hizo que se activaran fenómenos imprevistos, que comenzaron a succionar, con firmeza pero sin violencia, pequeños grupos, a veces en forma selectiva y también discrecionalmente, inclusive arremetía individualmente sobre los más díscolos: en todos los casos sin distinción de carnaduras o sustancias, al tiempo que una fuerza centrífuga liberaba presencias cual drenaje de curtiembre, escurriendo humanidades y sutiles esencias, no sin dejar un escándalo de efluvios, protestas y resquemores, que afortunadamente fueron absorbidos al instante por el follaje benéfico del Parque y algunos conjuros de prosa militante y murgas callejeras, que quedaron como remanente del ya mentado uso discrecional del poder de derecho de admisión y permanencia.

De resultas que, sólo Los Reclamantes, los Ilustres Convocados, y yo, quedamos, aunque agotados entre las brumas de un ámbito que lentamente se iba recuperando. Afortunadamente recobramos el desequilibrio natural de los sucesos, sin el cual, este despropósito metafísico apenas sería una sesión de la Escuela Científica Basilio o una quimera retórica de la gran siete.

Cardinales con silencios de epopeya

Habiendo restablecido, aunque a los ponchazos, la calma quebrantada, rasgada, invadida, trasgredida por los recovecos y fisuras imprevistas, que se produjeron en los lábiles equilibrios espacio-temporales de nuestra Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, estuvimos en condiciones para que el abordaje de nuestra historia original retomara su curso.

Nadie sabía cabalmente cómo se habían producido esos resquebrajamientos e intrusiones, pero tampoco era cuestión de revisar algo tan complejo en su mecanismo, como estrafalario en sus resultados. Dejemos entonces que fluyan las lecturas de alegorías y laberintos metafísicos, que me llevaron a esta elucubración desbordante de imprevistos, y vayamos al uso al menos como significante del discurso, como si hubiera un atajo, en el sentido fónico del enunciado. Es cuestión de voluntad para entrarle a la costura lingüística, porque don Saussure aborrecía los trajes con la portañuela chingada o las disquisiciones con morriña y bajo una sombrilla. Quiero decir, vamos por donde vamos sin dar tantas vueltas en varia- bles imprevisibles o seremos pasto de los físicos y la solución del caballo esférico.

Trasegando en lo personal de tales prevenciones y antecedentes, decidí seguir como si nada y esperar (entendiendo por esperar: tener esperanzas en el azar y fe en mis heréticas plegarias), que no se repitiesen situaciones como las ya relatadas o al menos que el desmadre no se fuera por los bordes e invadiera a la Buenos Aires concreta, creando un efecto centrípeto en su rutina simbólica cotidiana, dejando a todos los porteños en un limbo del que no se sale ni por arriba como en los laberintos marechalianos, sino que puede traer

consecuencias de una epifanía anacrónica y un colapso de irrealidad latente a escala perpetua.

Aceptado que hube de acomodarme y conformarme (¿será una perífrasis lo mío?) al nuevo equilibrio de los hechos y las cosas, me dispuse a recorrer minuciosamente el Parque, notando al instante que Los Reclamantes del Aullido en la Tormenta retomaban sus actividades de denuncia, apelando invariablemente al histrionismo trágico de la dramaturgia y de las máscaras figurativas, como así también al vendaval cíclico de sus corporeidades límbicas, siempre atentas a lograr que lo visual reforzara lo auditivo y que ambos sentidos tensaran la emoción de la denuncia y la vitalidad de las demandas. Debo referir, que siempre se esforzaron por mantener un equilibrio ético y estético, dejando para puntillosos estilistas el calificativo de «golpes bajos», a lo que solo era verismo en escena, cuando en la realidad de la otra Buenos Aires, sólo habían sido un desolado teatro de guerra, donde la bajeza con la que Los Horribles los habían golpeado hasta desarraparlos y dejarlos en la desnudez de sus púdicas esencias, aun no era visualizada como debieran o sopesadas en su criminal esencia y mucho menos condenada en las rutinas oficiales, salvo excepcionales confirmaciones de la regla.

También mis Ilustres Convocados vagaban en soledad o en grupo; silenciosos o dialogando, a veces bajo la sombra de los árboles, otras a pleno sol y siempre entusiastas y gesticulantes. Era un raro placer verlos, y digo raro, porque las circunstancias estaban envueltas en los remolinos de la pena. Ellos transmitían la vitalidad de los combatientes y la firmeza de las buenas causas o al menos de tareas llenas de nobleza. Verlos, entonces, completaba la razón de esta imposible gesta: la de repeler la crueldad de ese junio atroz, en aquella plaza abierta, hasta sacar del silencio a los que aullaron entre los relámpagos de la tormenta.

En ese deambular y con esas cavilaciones andaba, cuando diviso a lo lejos, junto a un maitén y a un liquidámbar (al

menos eso me parecieron, aunque soy una bestia botánica o quizá simplemente me gustaron sus nombres o por algún chauvinismo de vergel folclórico) la silueta de un hombre de espaldas, sentado y con la espinazo recto y erguido, del cual sobresalía como si fuera una sombra, el envés del mástil y el clavijero de una guitarra criolla. A poco de avanzar se escuchaban nítidos arpegios y una grave voz de cantor de noche entera, entonando una payada y acomodando el gaznate, entre carraspera de ginebra y cromáticas modulaciones de coreuta. Ya a unos pocos pasos advertí, que era una payada en variante de monólogo, o más bien: estilo y entonación de payador, aunque sin respetar estrictamente ni la estructura ni los arpegios. Era un soliloquio de gaucho sin pretensiones de fama, era un empecinamiento de relato con pentagrama de prolijos acordes y meditados tonos de aria. También comprobé, que yo no podía avanzar más allá del contorno de la sombra que el payador y su guitarra proyectaban, no como una aureola invisible o semicírculo de tierra, como cuando Heriberto Ordóñez me relatara su experiencia, sino como la esencia misma de su alma cantora, como un vibrato armónico fluctuando a la altura del tórax y hormigueando hasta la planta de los pies, dejándolo a uno paralizado, pero sin mayores molestias. Allí me planté (bueno, plantado que fui debiera decir) y aguzando el sentido del oído, aunque debo aclarar que el vibrato armónico serpenteaba por todos mis sentidos, fui testigo de relatos calibrados y medidos para un retruque, que ya sabemos trunco, pero de consistencia pulida, burlona y belicosa:

Andaba a los saltos mi general
cuando se puso brava la cosa
Era en Haití en una noche tormentosa
Y había que poner los pies en polvorosa

Se escabulleron en coche y con la cincha floja
Eran tantos que se contaban las costillas
Y el general que no se andaba con chiquitas
Le dijo a Tanco mirando por la ventanilla:
«permiso, mi general y se le sentó en las rodillas»

Era una anécdota de tono atrevido y de alegre contenido (se me pegó la rima campera). Y como en una liturgia cristiana, sin intervalos y sin variar la entonación ni el modo, siguió payando como poseído:

Por radio Mitre escuche al fulano que gritaba
«como del cielo volcados» hemos llegado
«sobre la tierra argentina ha muerto el tirano»
Me cuesta repetir tales dichos y no largar el llanto
Porque decían con tono recatado: «Dios sea loado»
y hasta al Mismísimo estaban bombardeando

El tono de su voz había cambiado; tenía un dejo esquivo, como quien le habla a un desconocido o está por revelar un secreto en el lugar equivocado, a la vez que se intuía un tono provocador y altivo. Al punto hizo un soliloquio de guitarra tocando unos arpegios de milonga surera y sin escala siguió punteando la payada:

Algunos dicen que desde Artigas a Rosas viene a cuento
Eso de que los porteños acomodan los abrigos al cuerpo
Dicen que no hace falta buscar en los tiempos modernos
Porque han seguido con las mismas mañas y descréditos:
Ande había revoluciones de los de abajo miraban fiero
Y solo andaban de festejos si los veían derrotados o muertos

Como no había contrapunto, el payador de sombras, sembraba historias, pareceres, chirigotas, cuitas y lisonjas, como quien esparce semillas sin reparar en la tierra donde las arroja. Aunque no parecía que, por desgano, ni porque no le importaran las cosas, sino más bien expresando el libre albedrío de su ideario, esperando que de haber cosecha, habrá quien la recoja. Y no sé si habrán notado, pero algo de su payada rimada en estrofas, se me ha pegado como el cucharón a la sopa. Espero poder abandonar esa mimética con los personajes o me estaré convirtiendo en una marioneta indefensa del derrotero narrativo y temo que, aunque me traigan un espejo no volveré a reconocerme, quedaré como una anotación al margen, como agüita que ya no moja, como olvidado en el punto y aparte, por no decir punto y coma.

Y la sombra del payador o el payador y su sombra continuaron:

Catorce toneladas de fuego llovieron
sobre gente indefensa hasta el silencio
Los Horribles como el teniente Spinelli
ametrallaron la resistencia hasta en los gestos
Eran hombres y mujeres tiznados de pólvora
atrapados en una bruta página de la historia
Los Horribles ocultaban hasta su sombra
sólo se veían sus corazas de guerra
Y sobre la calle: piernas sin dueño
brazos, zapatos, sangre y carteras
Por eso mi canto no pide ni da tregua
yo reclamo justicia aullando en la tormenta

Repentinamente se hizo un silencio. Las casuarinas arrojaban sus conos inmaduros sobre el infranqueable límite fronterizo que la sombra del payador me había impuesto. Entre esa penumbra de encantamientos de luz difusos, alzó su brazo y gesticuló un adiós inapelable. Sin pausa y como poseído empezó a pulsar la guitarra, ejecutando acordes de una melodía frenética y trágica, al tiempo que de sopetón surgió un poncho agitándose entre el payador y su límite sombrío. Se agitaba en una danza al estilo ranquel y por momentos rememoraba las de un gaucho en un encuentro de cuchillos. Era evidente que me convidaba a abandonar esa intromisión que profanaba su destino de resistir entre la monotonía de su voz y un tiempo íntimo, atrapado en la eternidad del instrumento, que tañendo con virtud las cuerdas, defendía la santidad de su sombra y su liberto hálito de encierro.

Reclamantes del Aullido en la Tormenta
(seis)

Los que ahora avanzan, lo hacen con una parsimonia e inercia solo comparable con esas multitudes cargadas de congoja, que acompañando un cortejo que los desborda, sufren de una flagelación emocional visible a la altura de los hombros. Fluían férreamente abrazados, concentrando una tensión sensorialmente desbastadora y a la vez conciliatoria.

Acababan de tener un momento de libre albedrío, entre la dislocada multitud que había atravesado y subvertido las intrincadas reglas de la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, de la que ya hemos dado cuenta acabadamente, tanto en su funcionamiento intrínseco y críptico, como también de cómo, este nuevo artilugio de mi efectiva inventiva literaria, había hecho simbiosis con el otro sutil cachivache simbólico (también de mi cosecha) de mi anterior novela, llamado, cito nuevamente: «Oralidad a Voz en Cuello, replicada y amplificada por el Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria» (trataré de no volver sobre el asunto).

Se los notaba arrastrando un cansancio sin posible elocuencia de metáforas; aturdidas almas que se despojaban, una vez más, de sus apariencias carnales y de sus vestuarios mundanos, dejando sus máscaras humanas sobre el pasto; pedregullo, baldosas, asfalto, como un reguero de muecas inmarcesibles, como barcos zozobrando sobre la sustancia de una lágrima.

Volvían a sus escenarios ficticios para representar con realismo sus reclamos y denuncias. Demandas de justicia,

porque no bastan monumentos ni actos o desagravios: soñamos ─decían en los descansos de entre actos─ con que todos los años, todos los 16 de septiembre a las 12:40 horas, suene una sirena desde Aguas Blancas al Cabo de Hornos y que se declare día de Recogimiento Nacional por las Víctimas de Los Horribles, con la bandera a media asta. Que en las efemérides escolares canten el himno en su versión original y que en un pizarrón escriban la fecha del horror; que dibujen y pinten y escriban los niños para que la memoria no sea un campo de batalla y que la verdad no sea una felonía de entre casa. Soñamos que nuestros nombres vuelvan a los lugares donde dejaron de nombrarnos.

Estas cosas decían, desde un escenario construido con la hojarasca seca de algún otoño, que el Parque ofrecía como una ofrenda temprana o pretérita; ramas enhiestas que los árboles proveían sin preámbulos de tormenta ni podas municipales, cortezas que sirvieron para elaborar un decorado cambiante, por momentos radiante y siempre crepusculino.

El toque final fue el telón construido como un collage, usando los vestuarios que Los Reclamantes habían abandonado, uniendo pantalones a polleras, abrigos y corbatas a enaguas y camisetas. Camisas y sacos, sobretodos y chalecos, hasta las medias y los encajes sirvieron para la colgadura de boca de escena. Todo formaba un muestrario de sutiles ofrendas para un gran relato de espejismo indumentario, casi fantasmagórico, como una reseña hecha con ilusión de trapo. Como remate inferior, sirviendo a la vez de contrapeso, tenía el improvisado telón en su base, a manera de sutiles vola- dos animados: los zapatos con sus medias, algún sombrero y hasta muletas de palo y un brazo de ortopedia. En la parte superior, como se carecía de suficientes soportales, cordeles, roldana y engranajes, hubo una convocatoria inusual a la que asistieron centenas de pájaros: palomas picazuro, chingolos, zorzales, tordos, calandrias, benteveos, y hasta un colibrí orejimorado que no daba abasto con su aleteo de abeja, el que

rápidamente fue socorrido por horneros pardos y gorriones de garganta negra. Todos reunidos por el pico, mantenían la tela sobre la boca del proscenio o la desplazaban, según las instancias teatrales o de algún llamado migratorio, rápidamente desalentado a instancias de una dramaturgia que volaba alto. Nunca se pudo explicar el fenómeno inusual de las aves asistiendo en auxilio de un telón improvisado, aunque hubo quienes aseguraron que no eran pájaros sino un artilugio de la divina providencia a la hora de los milagros en tiempos infaustos.

Como ya hemos mencionado, sugerido, explicado, intuido y olvidado, hasta la flagelación y el hartazgo: el tiempo era una circunstancia aún más caprichosa que la de pretender medirlo con la idea de lo que se acaba o es comienzo; de lo que acaba porque se acaba o de lo que perdura por compli- cidad con lo eterno. Inclusive, aceptándolo como transcurso, se nos enredaba la cronología con la lógica de los hechos, la minuciosidad de los dichos y el entripado de lo incierto, con la imposibilidad de lo tangible y la posibilidad etérea de todo eso.

Así pues, tan decidido como confundido, dejé que los caprichos de Cronos y su hoz celeste, hicieran el justo corte donde todo comienza, culmina o discurre.

Digo, que dejé por un instante el océano temporal que prefirieran Los Reclamantes, atareados como estaban, con los nuevos preparativos de las viejas y siempre inacabadas escenas. Me dirigí al centro geográfico del Barrio Parque Cornelio Saavedra, con la intención de lograr una equidistancia terrena en la aprobación de lo quimérico, montado sobre el matungo de la incertidumbre de una gesta permanentemente puesta a prueba.

Tomé por uno de los caminos emparejados con polvo de ladrillo, mientras iba pateando un fragmento de canto rodado, con las manos en los bolsillos y silbando bajito «Te recuerdo Amanda» de Víctor Jara.

Proverbiales trece o sigue cayendo gente al baile *(Leopoldo / Samuel Tesler / Schultze / Macedonio / Solveig Amundsen / Franky Admundsen y el petiso Bernini)*

Algunas posibles coordenadas para ubicar la aludida centralidad del Parque Saavedra, serían las siguientes: la centralidad propiamente geográfica y a ojo de buen cubero, sería: el Parque Carlos Mugica, (ya a estas alturas saben o se enterarán ahora, que el Barrio Parque Cornelio Saavedra, contiene otros Parques cruzando de vereda) limitando al Noroeste con el Parque Perón y más allá, después de la última calle de circulación, con el Parque Pioneros de la Antártida Argentina. Al Sureste y tomando por referencia la Buenos Aires febril: la Parroquia Juan Bautista el Precursor, también conocida como «la primera parroquia Justicialista». Al Oeste por la fronteriza avenida General Paz y al Suroeste por el Parque homónimo, donde está la calesita, el Museo Histórico y el busto que Fioravanti le dedicara al máximo representante de las letras argentinas: el maestro, vate y compañero, Leopoldo Marechal. Todo este despliegue de virtud geográfica puede ser rebatido, desmentido o aprobado por vecinos y también puntillosos geógrafos, de la que hace unos años es nombrada como CABA o en clave Marechaliana: «ciudad de la gallina» (los iniciados sabrán de qué hablo y los que no, pues a leer entonces el Adán Buenosayres), nombre que el «búho» Samuel Tesler le adjudicara en un rapto de poética filosófica o de filosofía poética.

Finalizando la reseña descriptiva, me falta agregar, sin dejar de remarcar mi desorientada ignorancia botánica y a

la vez estrafalaria búsqueda bibliográfica, que hay gran variedad de árboles: ceibos, espino blanco, palos borrachos, jacarandás, araucarias, cipreses calvos, palmeras, eucaliptos, pacará rama negra, fresnos, tilos, cedros misioneros, paraísos, álamos y bordeando la plaza Doctor Vicente Solano Lima una luminosa hilera de naranjos. También vale para esta descripción de fitología en camiseta, la réplica de los expertos o la intervención censora de los autodidactas del mundo vegetal y también, de los innatos «dedos verdes». De todos modos, aclaro que tanto mi descripción geográfica y la que corresponde a la arboleda descripta, solo será aceptada in situ, esto es, después de someterse a la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, para no opinar desde la cómoda Buenos Aires ufana, cacareante y sempiterna.

Entonces, en esas coordenadas y bajo esas sombras aromosas y amorosas, frescas y palpitantes, encontré reunidos a todos mis Ilustres Convocados e inclusive otros de igual prosapia, pero que no estaban en mi lista de lo emotivo literario, solo por cuestiones de arbitrariedad y empatía. Cabe aquí la aclaración, de que los inesperados y nuevos participantes, no eran el producto de una invasión, como las anteriormente relatadas, sino, que respondían a una licencia discrecional, que tenían, las por mí Invocadas Gloriosas Presencias. Nos encontrábamos ante la inevitabilidad de los privilegios y el uso discrecional de la hazaña y la morriña, que por reivindi- cación poético-político-literaria, había encarado en el Café de García, una mañana soleada o una tarde fría.

Aclarado mi arbitrio del poder relativo y la potestad en vilo, amparado sobradamente por las Musas de Los Silenciados y por las páginas de la Historia de los Depuestos, prosigo con el relato de este nuevo y emocionante encuentro.

Dije oportunamente o digo ahora, que se los escuchaba expresarse con sus particularidades intelectuales y sus estampas espirituales, las cuales iban de la reflexión mundana a la exaltación académica; desde las exposiciones pausadas

a los borbotones de beligerancia coordinada entre el gesto y el verbo. Teniendo por sabido, que los gestos eran una hecatombe temporal sobre la incertidumbre del tiempo. También era un remanso a los estremecimientos que la convocatoria imponía, al intentar agitar el alma de los argentinos frente a los criminales bombardeos del ´55 y los posteriores fusilamientos cuando ya habían usurpado criminalmente el gobierno constitucional y los cimientos de la República.

A medida que me acercaba, más trepidaba de emoción y holgorio. Los escuchaba trepar al árbol sensible de la cofradía por sus ramas filosóficas o enraizarse en una profundi- dad conceptual y puntillosa o entre las cortezas, descascarar chascarrillos de inventiva clásica; derramar la savia sobre flores y hojas que parecían secas, aunque palpitaran una exuberancia sustanciosa. Eran la narrativa vital, mezclada con una seductora retórica de tribunos jacobinos, interpelando al mundo, cuestionando las pringosas y soporíferas letras trazadas en enciclopedias y manuales cachuzos, hechas a la medida de los que mandan y de los que roban de guante blanco y cachiporra oscura. Contendían con argumentos y acordaban con deducciones, metiendo el dedo en la llaga filosófica y en el culo de la historia, hasta restañar lo sangrante de esta herida abierta desde el Tratado de Tordecillas, pasando por Pacto Roca-Runciman y el Libre Comercio del Libre Mercado y cuanto oprobio pudo ser firmado, sobre esta sangrante herida abierta, abierta y abandonada en la soledad de los quirófanos del poder, donde agonizan las tripas de la Patria.

Ya prácticamente sumado a la ronda amurallada de ampulosos gestos y afectuosas bravatas, en ese improvisado Jardín de Academos, escucho una voz tonante:

—Somos la insensata desmesura del criollismo mulato y la hermenéutica política aplicada al ser nacional y sus infinitas beligerancias heterodoxas, que no solo acrecientan la confusión, sino también las desgracias —sin hesitar dijo Samuel

Tesler, mientras masticaba un yuyo recién arrancado de un cantero cercano.

—No es hora de alumbrar con faroles de cebo ni de andar haciéndose lugar a los codazos. Propongo ahuyentar la fatalidad histórica y también las ideologías que fomentan el desguace de la compasión en fragmentos de rebeldía. Propongo ubicar la verdad histórica en el centro del debate y abstenerse de agarrar para el churrete las cuitas y sinsabores de la Tragedia Nacional y sus Sainetes parasitarios: «a las ostias con vino» como se estila en la liturgia católica o como se alimentan los peregrinos —fue el turno de Leopoldo, al tiempo que agitaba un poncho de guarda pampa.

—Haciendo uso del autobombo debo citarme, en la convicción de tener, no solamente algo que decir, sino de haberlo dicho antes. Voy a citarme entonces, dentro de los parámetros de mi atrevida operación novelística, intitulada: *Museo de la Novela de la Eterna*. Ya habrán leído también mi definición, aquella en la que afirmo: *la novela es la historia de un destino completo*. Pues bien, tomando ambas asimetrías, contenidas en la musa Eterna y en mi museo del entripado discursivo, puedo afirmar que todo el pasado, incluido, el de ésta novela del Poeta Pretencioso tienen un presente quieto y un futuro agitado, cuestión que: tomaremos lo antecedente por lo consiguiente y empalmaremos allí una sólida denuncia que no ande pijoteando definiciones ni sentencias y que anude la realidad con esta ficción de almas al garete, y no digo más por ya haber dicho lo suficiente —con el puño en alto, articuló un suspiro, cargado de inspiraciones críticas, alborotando el entorno de azahares que rodeaban a Macedonio .

Casi en continuo con las últimas palabras de Macedonio, el Astrólogo Schultze irrumpió, con lo que después llamaría: «recitado pictórico» en perfecto neocriollo, dijo: *núo hi hial´ diáfano pro empiéöme*, *desnudo y tan diáfano como el hielo empiezo*, Y empezó:

—Al caduceo de Hermes o al de Mercurio, me remito, interpretando que las dos serpientes son el equilibrio de su contrario y la balanza de las discordias. Digo, que estamos en el vértice de una verdad irreconciliable e irreconocible; que no es cuestión de equilibrios ni balanzas y que los dioses resuelven sus entredichos entre la vanidad y el derroche, pero siempre habrá uno que será doblegado para lograr una armonía del otro con su contrario. Abreviando: no fui guía en la Cacodhelpia burbujeante y desoladora o lazarillo y también ceguera del poeta Adán Buenosayres, no estuve disputando territorios de conjuros y apostasías con una virtuosa representante de La Salamanca, para defender actos atroces o civilizados de odio oligárquico, sediciosas vindicaciones del Hades o prístinas euforias del Eliseo. Y aclarando más aún, les redundo: no estoy de contra punto ni de adivinaciones de sepulcro, estoy con Los Reclamantes y cualquier otra cosa es un insulto.

Ya volvía a tomar la palabra Leopoldo, que a su vez le anunciaba a los presentes, que viejos amigos y pertinaces personajes de su Adán esperaban turno para sumar su apoyo a la convocatoria, más allá de contingencias, pertenencias y coherencias históricas, se arrimaban a este fogón donde la crueldad unía los destinos del poema y de la prosa — *...y la ciudad se abre como una carta...* se escuchó a lo lejos que recitaba Solveig Amundsen; *... salvarnos, a nado, de nuestro llanto...* se mezclaba ahora con la voz de Franky Admundsen como en un canon coral, algo así como una *ars canora*, dedicada a la didáctica del espíritu con sus arpegios de emotividad explícita. Más alejado, pero con nitidez, se lo escuchó al petiso Bernini, repetir como un eco de letanía barroca: *...somos el subsuelo de la patria sublevado*..., tantas veces se replicó que generó una confusión en el gorjeo de los pájaros y una conmoción de vientos encontrados.

Lentamente comencé a alejarme sin rumbo, embriagado por esas invalorables presencias y por la esencia de los men-

sajes, que, aunque retorcieran el cogote filosófico y pelaran en frío la gallina simbólica, dejaban a las claras que no hay tibieza ni indulgencias cuando *se te cuelgan de la cruz* (Tango «Desencuentro» Aníbal Troilo y Cátulo Castillo) y encima te cascotean.

Cardinales del calendario o sonoridades de un anónimo pensamiento
(del libro lunario de Los Reclamantes)

(¿Estamos en Estado de Gracia o fuimos los abandonados en el campo de todas las batallas, por el derrotero de lo indestinado y el descuido del Gran Destinador?

¿Fuimos envilecidos por la fragua de un tiempo que no nos pertenecía o nacimos del cataclismo vernáculo del deve- nir histórico?

¿El ponzoñoso tiempo que Los Horribles calcularon en su maquinaria de arbitrios y sentencias, estuvo anticipado desde Caseros hasta los íntimos pormenores del destierro o fue la pura improvisación de matones con alcurnia, defendiendo la dispensa del poder contra el orden social de los plebeyos?

¿Nuestra desgracia está atada a los seiscientos fusilados de Urquiza y a los festejos de Sarmiento, cuando caía el sable sobre el maniatado Martiniano Chilavert o el coronel Martín de Santa Coloma, degollado no tanto por federal, sino por haberle soplado la dama a un abogado unitario?

Hay un tiempo calibrado con los instrumentos sensibles del alma, tiempo de indiferencias en la cotidiana urgencia de perder el tiempo, está el «Tiempo de Dios» que escapa al tiempo de los hombres y nos condena a un naufragio de relojes de teología y confesionario, a una borrasca de incertidumbres e inclemencias.

También hay un tiempo roto, que no necesariamente está ubicado en el pasado, puede acontecer en este instante mismo bajo la forma quebrada de una lágrima, una mirada que

el párpado acecha desde sus aleteos de sombra, una despedida del otro lado de la puerta o una expectativa saturada de augurios y cargada a la cuenta de lo que no llega o se demora más de la cuenta.

Hay un tiempo que sólo emite señales confusas, cardíacas e inciertas. Además, cultivamos la ingenuidad de creer que podemos dibujar el tiempo en el almanaque, señalar su transcurso en una trampa de papel, que apenas condiciona nomenclaturas de lo breve y provisorio, sumando días, meses, años, de lo que apenas seremos: marcas de lo breve sobre el sello de lo eterno. Y el tiempo de la guerra, que no admite dilaciones ni contingencias: único, total, arbitrario, urgencia que puede demorar batallas, aunque lo inevitable finalmente llega como una sentencia, una tregua o la rendición incondicional de entregar las armas o caerse muerto.

Pero yo puedo hablar de un tiempo mío, compartido y repartido pero íntimo, solitariamente mío. Ese jueves del 16 de junio de 1955 fue despiadadamente mío. Aún hoy no paro de correr buscando refugio y a la vez rogando que acabaran conmigo, después de ver el incendio que devoraba a decenas de niños y la soledad de esos gritos, que me quitaron para siempre la posibilidad del silencio.

Digo que ese tiempo acabó conmigo, tiempo roto, quebrado, mal herido, lacerado, inútil tiempo de ver lo que no debiera nunca haberse visto. Ese tiempo calibrado en los relojes de los marinos, displicentemente cronometrado para el despegue; el raid sobre la Plaza, la incursión sobre una ciudad abierta e inadvertida a la trayectoria que el odio desplomaría desde el cielo. 12:40 horas, de ese tiempo hablo, cuando vistiendo el uniforme de la Patria y usando los enseres bélicos del pueblo, en un calibrado momento, preciso, único, demencial y geométrico, arrojaron las descargas mortales, ordenando los dispositivos del horror para caer en el lugar planificado o en el azar horroroso de los hechos; en el momento exacto del asombro y el pasmo, sintiendo el tic-tac del segundero,

sus golpes tenues conjeturando la íntima fracción del momento de la agonía y la muerte; visión última de un momento incierto, arrasando la carne del tiempo con el abierto tajo de una cronografía calculada en la región humana del desprecio.

Por eso, ese tiempo me abraza, no con la sustancia del recuerdo, sino con su voluntad de fuego. Desde adentro me quema y no puedo dejar de correr buscando refugio y también asistiendo a quienes gritan su dolor sin entender su brutal y repentina esencia. ¿En virtud de qué yacen lacerados sus cuerpos, qué maniobra inexplicable los arroja a la quietud de los escombros y la humedad de los ojos yertos?

Usé papeles y cartones para defender el pudor de los muertos, me acuciaba la contradicción de dejarlos visibles con sus verdades de sangre y socorrer la intimidad del repo- so, entre hacer del día una ceguera que los liberara del peso de los vejámenes o que los ojos del universo reflejaran a las verdaderas víctimas de la barbarie con sus vísceras expuestas.

Hice torniquetes y me teñí en sangre, tratando contener otras sangres, que brotaban de la carne rota, de extremidades sin cuerpo, de bocas que palpitaban de dolor y de fatiga, tratando atrapar restos del oxígeno que merodeaba entre el polvo, la pólvora y el aire.

Ese tiempo hubo de dejarme en suspenso, maniatado a una clepsidra envuelta en llamas; a un calendario de escombros con fechas pobladas por la sombra del humo y con los días partidos por las esquirlas de las bombas y el plomo de las balas. Ese tiempo me abandonó entre los muertos y me quedé allí, como si fuera otro, no sé si otro muerto u otro que ya no soy, entre ese inconmensurable tiempo de los muertos y este fraguado tiempo de mis ojos. Y por eso de haber sido lo que fui, es que ni apenas soy. Soy, el que de soledad marcha vagando en un desfiladero de únicos tormentos, ¡ay!, si fuera a caer, sería reconocer que soy y estoy vivamente cayendo.
¡No puedo siquiera mirar atrás porque el ayer no me cuenta

entre sus muertos! ¡Ni estatua de sal ni la impaciencia de Orfeo, solo mirar hacia atrás y no verme y seguir adelante como un visible espectro!

Es entonces ese infierno un tiempo que me nombra, a mí, uno de tantos, que ese jueves de septiembre y a esa hora, con un cielo nublado de anodinas nubes en reposo, y que apenas un aire de palomas mediaba entre el horizonte del bajo y estos vientos del oprobio, digo, que una luz filtrada en tenues reflejos violáceos, ya no era luz, sino tajos que el día destripaba como cristales de un farol roto.

Día de negligencias y rutinas, tiempo sumido al tiempo de las cosas y a la fragilidad de los hechos; un discurrir de agua en las fuentes, un tránsito de pequeños remolinos de fragmentos de papeles y otras rémoras de basura diminuta sobre las veredas y los canteros. Pulso breve del tiempo palpitando al paso simple de mi paso, desprevenido y despreocupado, brutalmente afiebrado por un reloj fraguado en un tiempo de venganzas e inútiles estragos.

Finalmente, indago ese momento donde los otros muertos me dejaron sin féretro y fui apenas cortejo y lágrimas, bruto destino el de quedar con los ojos abiertos. Sin tumba donde yacer y sin cielo para los rezos. Paria de la muerte he sido. Mi potestad es un tic-tac en las arterias y una condena de luz sobre los ojos.

Puedo envilecerme con ese fragmento de tiempo que me fue concedido por un dispensador de un tiempo derrotado y roto. Soy un sobreviviente atado a la quilla de un barco en un tiempo de naufragios, sin islarios y sin retorno.)

....

Nadie pudo precisar si venía con el grupo de Los Reclamantes como sobreviviente, o si había ingresado por las dispensas de lo paradojal y arbitrario: toda su alocución sucedió sin intervalos y como si gravitara entre resquicios de luz y un

aire malsano, sin decorados ni megáfono. Desgarró su voz ya nacida en los desgarros. No interpretó, se desnudó, aunque ya venía con su alma en harapos. Lo dejé entre paréntesis para confirmar esa levitación de lo intangible, ese grito ahogado en las batallas, en la soledad de una cama o como todo nacimiento. Esa brutal desolación de sobrevivientes que arrastran la muerte como penitentes. No sé si el recurso ortógrafo tendrá la eficiencia de lo que se dice a pura asfixia y con el vértigo de caerse al íntimo abismo de un corazón sufriente.

Dejo para Los Reclamantes la virtud de dramatizar en actos, la íntima desazón de su relato.

Dejo para el anónimo constructor de lo narrado, la razón de la impotencia y la posibilidad infinita de los combatientes solitarios. Guardo para mí la congoja de los acuden a una cita de horas vencidas y de dolores intactos.

Héroe de la patria y defensor de la democracia
(del libro lunario de Los Reclamantes)

Sabía que había ingresado en uno de los torbellinos previstos de la Bordona de los Destinos Imposibles. No tenía la ubicación exacta. Era cuestión de deambular atento y sin espamento ni alharaca, pues era sabido de su timidez y humildad. Decían que no se llevaba con eso de «ser el héroe» porque le volteó un Gloster a la Armada y que además puso en alerta al resto, demorando la planificada secuencia de los bombardeos.

Empecé mi minuciosa y la vez discreta búsqueda, por la vereda de la Calle Rogelio Yrrutia en dirección a Gerchunoff, a paso lento pero constante y teniendo como dato que Ernesto “Muñeco” Adradas, estaba vestido con el uniforme de piloto de Aerolíneas Argentinas de la década de los setenta. Me habían dicho también, que llevaba su brevet de oro; insignia de reconocimiento al mejor piloto de su promoción, prendida sobre el lado izquierdo del uniforme a la altura palpitante del pecho.

Crucé la calle Gerchunoff en dirección a Andonaegui, me llamó la atención un roble incipiente en un jardín de una casa de la vereda opuesta, sobre la Buenos Aires previsible. También me deslumbró el amarillo intenso de una retama frondosa, que me impulsó (por el influjo de vaya a saberse que coordenadas del subconsciente) a desafinar (atributo innato de mi virtuosismo canoro) «Mediterráneo», y casi vociferar la frase: *... le daré verde a los pinos y amarillo a la genista...* Atrapado por un repentino entusiasmo de canciones para la hora de

la ginebra y las desinhibiciones, arremetí con las estrofas de «Pueblo blanco» y «De cartón piedra», que me arrojaron definitivamente a una caminata, que ni el propio Serrat hubiera soportado, sin pedir disculpas por tanta melancolía para un porteño en estado de argentinidad perpetua.

Ya por Andonaegui y habiendo pasado el remanso de las tipas palo rosa y un escondido lapacho de fuego, advertí el trajín de la ciudad en estado de fragor cotidiano, que sobre la Avenida General Paz agriaba sus humores laborales con el humo del tránsito y el run-run de los motores. Me faltaban aun varias cuadras y frondosos árboles para completar el recorrido, anhelando poder divisar al mencionado héroe que se resistía avergonzado a serlo. Como ya dije, no podía usar ningún artilugio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, fueran o no, de los certeramente probados en mí ya archi mencionada novela «Cara al viento como un león» ni los actuales, atento a que muchos de ellos estaban en su fase evaluatoria y por lo tanto provisoria. Tengamos en cuenta, que por las propias características de la Bordona de los Destino Imposibles, hubiera necesitado una proximidad extrema y oscilaciones que seguramente nuestro héroe hubiera desechado por ampulosas, trotaconventos y rebuscadas, y, en lo que a mí concierne, por considerarlas innecesarias para homenajear a alguien que sólo sentía haber hecho lo que se debía en el momento oportuno, descripción ésta que lo ubicaba en la mejor definición del héroe que he leído, hecha por el combatiente anti fascista checoslovaco Julius Fučík en su memorable libro «Reportaje al pie de la horca», aunque él prefería ser considerado simplemente como un buen soldado.

Después de unas diez cuadras y ya volviendo a encontrarme con la calle Gerchunoff, en su intersección con Juan Bautista Lasalle, me pareció verlo a unos cien metros, en la esquina de Aizpurúa e Yrrutia.

Apuré el paso sintiendo el húmedo chasquido de los desplomados frutos de una morera, y ya casi llegando a la esqui-

na, sobre la Buenos Aires que ya sabemos, me perturbó el rumbo un cerco de arbustos perennes, recortados en ondas superiores que arrojaban ese olor al martirio de la sabia recién segada. Embelesado de fragancias, atiborrado de sombras inconstantes y de una brisa húmeda que soplaba del noreste, me encontré con Adradas, que miraba con atención una de las representaciones espontáneas que Los Reclamantes hacían, desplegando papelógrafos con ilustraciones sobre la «matanza de los inocentes» y fotos de los bombardeos, a las que acompañaban con música incidental al estilo de los noticieros de la época, reproducida por un Geloso a transistores, con carretes de cinta magnetofónica de tres pulgadas. También, mechaban su intervención educativa dramatizada con breves interpretaciones del tipo juglaresco, leyendo proclamas al son de flautas, sonajas y zampoñas medioevales, pero proclamadas en quichua, chorote y guaraní.

Me acerqué con tono cordial y sin fingido afecto. Le relaté mis responsabilidades en este encuentro implícito y paradójico, lo puse al tanto de los por qué y los cómo, los paraqués y también de mis perplejidades, dilemas y reparos, los cuales no eran pocos, pero inconsistentes a estas alturas del imaginario impuesto por la realidad de los hechos y los supuestos. Curiosamente y sin meandros ni remilgos, casi a bocajarro, Adradas, mirándome cristalinamente a los ojos, dijo: *estábamos inevitablemente embarcados, con el puerto lejos y con la brújula de un sur dislocado por el imán del pasado y el viento que le sopla al presente de un futuro con las utopías en mal estado*. Recuperado de mi asombro, intenté seguirle la elocuencia de su entrevero filosófico, improvisé: puedo recordar que le dije, que estábamos anclados (siguiendo con la marinería metafórica) en la voluntad de ejercer una Contienda contra el Olvido y una Reivindicación de los Olvidados, y que tales menesteres me habían impulsado a recurrir nuevamente a la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, con la inestimable ayuda de mi desatino creativo y mi invalorado

cómplice: una inconciencia literaria militante, puesta en acto de valoración política e inutilidad práctica.

Le aclaré también, que han sido cómplices exclusivos y excluyentes (a quienes agradezco su bonhomía álmica y sus beligerancias artísticas), mis Ilustres Convocados, a quienes metí en un brete inopinado y combatiente, pero que aceptaron con un holgorio tal, que las invocaciones espirituales se convirtieron en algazaras festivas, al estilo de las bacanales, pero solo en su sentido alcohólico y pantagruélico, ya que otras atracciones y regocijos de la carne, nos hubieran quebrado el cuadrante en sus ángulos, tanto las de orientaciones cartesianas como las sustentadas en migraciones hipotéticas.

A estas alturas, Adradas estaba distendido o por lo menos con una incomodidad morigerada y hasta divertida. Aprovechando su buen ánimo de ánima en estado sólido, le confesé, que me atormentaba hasta la flagelación gástrica, para que mis Ilustres Convocados emergieran satisfechos de esta aventura lírico-reivindicatoria-poética o que sin atenuantes quedara maldito hasta hundirme en el Aqueronte, quizá el Lete o en el mejor de los casos vagando el desprecio en el limbo de los desaprobados, aunque bien intencionados deshechos de nuestro dantesco Riachuelo.

─Mire Barroso ─me dijo el héroe ─no puedo despejar sus dudas, pero usted ha despejado las mías. Estuve aquí, inmóvil y perplejo, por no sé cuánto tiempo en este tiempo que tampoco sé, suspendido y atendido por su artilugio de intentos patrióticos. Permanecí como quién mira por la ventana y ve su propio cortejo fúnebre y el remojo de sus mismísimas barbas. Estuve, estoy, tratando de asimilar esta realidad de mi corporeidad impalpable; soportando la increíble, horrorosa y trágica, evocación y reincidencia de tan funestos tiempos. Acuden a mí recuerdos, que sin embargo reedito como si hoy mismo estuvieran ocurriendo. Mis despojos mortales acuden a aquella hora de las malditas sombras sobre un cielo de nubes rotas y no me resigno al destino, me subo una y mil veces

a los Gloster, una y mil veces acudo a la cita y llego al combate sin alterar las horas. Hice mi faena aquel día: *defendí los atributos constitucionales y el honor de las armas a pesar de la derrota* —lo decía con la convicción de los justos y la humildad de un auténtico soldado.

Inmediatamente, y como si hubieran estado esperando que Ernesto Adradas pudiera reconocerse en su carnadura álmica, Los Reclamantes empezaron la faena de armar otro decorado a los fines de una nueva y eclética representación performática. Fue inenarrable el flujo de objetos y herramientas; simuladas y perfectas representaciones de martillos, poleas y tuercas, emergían de las manos con una pasmosa solidez, desafiando la verdad del óxido y la eternidad de los objetos. Febril era el intercambio de paneles y cintas métricas, travesaños, lonas y cabriadas, pinceles, latas de pintura e innumerables espátulas, todo envuelto en un circuito imaginario de tramoyistas y operarios para diseñar un decorado magnífico para la puesta en escena.

Un estallido de centelleos y disloques cromáticos nos puso en alerta: un compacto y variopinto grupo de Los Reclamantes empezó a dirigirse hacia la centralidad del Parque General Paz, dejando a su paso fulgentes hilachas de aserrín, migajas de telares y casi invisibles virutas de hierro. Se movían como un ramillete arterial, que al mismo tiempo de exhibir cierta raigambre única y dependiente cada una con la colindante, aparecían con individualidad de criterio y comunidad de intereses, con movimientos autónomos, sincronizados y complementarios. Era un fenómeno interdependiente, desplazándose con libertad consiente y consistente, de una precisión casi perfecta y exultantes de solidaridad y profesionalismo, tanto en derechas como en torcidas, acertando en cada paso o errando el vizcachazo con la solvencia de un físico atómico o ajedrecistas consumados.

Entre plátanos hispánicos, naranjos de sangre y un solitario níspero de semilla nipona, principiaron las actividades

para el montaje escénico, que constaba de una tarima semi-circular, al estilo del teatro ateniense, teniendo como fondo el lago y su surtidor central, rodeado de una arboleda donde prevalecían los liquidámbares de hoja morada y ficus benjamina. El escenario propiamente dicho era una ilusión flotante y una realidad navegable con anclaje a la deriva. Una balsa hecha de cañas de bambú a dos hiladas, trabadas remedando el antiguo estilo tailandés, sujetadas por fibras vegetales acordonadas, del tipo palma de coco o bejuco de mamure. Uno podía pasarse horas tratando de descifrar lo que podríamos llamar, sin beneficio de insania clínica, una solidez etérea que se sustentaba sobre el espejo hídrico del lago, como aquel que caminó sobre las aguas en suspensión divina, pero exhibiendo una apariencia de balsa navegable y una fe insidiosamente naufragable, aunque inquebrantable.

No hubo telón, solo una llovizna chispeante serpenteaba frente al proscenio sostenida por una brisa, que, desde los bordes, convergía al centro de la garúa en una secuencia interminable de suaves remolinos acuosos, que producían un efecto de nublazón entre celeste y cenicienta. Estaba previsto que ese telón de fenómeno meteorológico fuera disipado con otra brisa más intensa, despejando el escenario y aclarando la visión, aunque manteniendo una opacidad onírica de nitidez hídrica. Las graderías, eran tablones de obra suspendidos por las ondas sonoras de un Combinado Wincofon Estéreo, vibrando con un vigor de secuencia periódica y coherencia ondulatoria, dejando escuchar la balada con aire de milonga, intitulada: «Los obreros de Morón» de Jorge Marziali cantada por la vibrante voz de Alfredo Ábalos.

La emoción iba inundando los contornos de un ámbito colmado de Reclamantes y del resto de las presencias esenciales y consagratorias de la Bordona de los Destinos Imposibles y la ya omnipresente Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

Los Ilustres Convocados se ubicaron al centro y en lo alto de las gradas, semejaban una cofradía áulica y a la vez desprolija y vehemente. Adradas y quien relata, tuvimos el privilegio en primera fila, recibiendo, en tandas sutiles, gotas de la garúa, que, en su meteorología acotada, despuntaba por momentos en rachas imprevistas hacia el frente y los costados. El resto de la tribuna lo colmaban Los Reclamantes que, por esta vez, participaban solo como espectadores, con bochinches de tachos, panderetas, matracas y pitos de referato al mejor estilo de la fervorosa hinchada racinguista.

Todo fue preparado en el mismo instante que dura el presente relato e inmediatamente un avión de realismo holográfico sobrevoló el lago, que, habiendo cesado el trampantojo realista de la garúa, se había convertido en sólida transparencia de la Plaza de Mayo, representando la Casa Rosada, todos sus ministerios y edificios públicos, incluyendo al Cabildo y la Catedral.

Todos nos agachamos, nos cubríamos con las manos, exclamábamos en una mezcla de horror y de asombro; era el Gloster de Ernesto «Muñeco» Adradas que perseguía a un avión de Los Horribles, el cual *intentó escapar con un viraje cerrado, pero el Muñeco acompañó el viraje, y cuando el avión enemigo estuvo en su mira, atacó. Fueron diez disparos que alcanzaron para cortar el plano derecho. El piloto naval guardiamarina, El Horrible, Armando Román, fue derribado y salvó su vida arrojándose en paracaídas*.

Hubo un aplauso cerrado, ovaciones, gritos y silbidos que se prolongaron hasta que el Himno Nacional le puso el tono emotivo y la Marcha Peronista su secuela de batahola combativa.

Todos sabíamos que el fin de esa historia pudo apenas retrasar unas horas las trece toneladas de explosivos y que meses después el gobierno constitucional era derrocado.

Lo que muchos ignoran, es que nuevamente Arradas entró en combate contra los buques de la Armada, cuando el jefe de Los Horribles, el contraalmirante Rojas, amenazó con cañonear la destilería de YPF. Dice la crónica de la época, que: *de haberlo logrado, habrían hecho desaparecer las ciudades de Berisso y La Plata*.

En ese instante Adradas se paró y con una voz de potencia inconmensurable dijo: *no era yo solo, estaban varios de mis camaradas, éramos una escuadrilla formada por el primer teniente García y, bajo su mando, el primer teniente Mario Olezza, y el teniente Osvaldo Rosito y quien les habla*.

Todos saludábamos a quien tres veces arremetió contra los atacantes y que fue encarcelado, enjuiciado y sometido a un simulacro de fusilamiento. Fue perseguido, golpeado y hostigado.

Y seguidamente, volvió Adradas a tomar la palabra: *nunca me había pronunciado políticamente en favor o en contra del gobierno peronista. Solo fui leal a los poderes legítimamente constituidos. Fue después de varios años de persecuciones y penurias, que comencé mi militancia en el peronismo*.

Abruptamente quedamos en silencio mientras las imágenes se diluían y se escuchaban los vítores y la algarabía.

Se lo podía ver al «Muñeco» en andas como a un campeón olímpico, tanto en la versión de las divinidades griegas como en un sentido deportivo en las barriadas populares, en estadios o circuitos de variada competencia.

El Parque estalló en luces y quedó *bajo un manto de guirnaldas para que el cielo no vea* (otra vez con el catalán a cuestas); los bombos y redoblantes marcaban compases de consignas y todo se cubrió de estandartes y pancartas.

Lentamente Los Reclamantes se fueron retirando con la omnipresencia y verosimilitud de los que están en todos lados, porque sus lugares han quedado en un paréntesis per-

verso de la historia, mientras nuestro héroe recibía la medalla de la *Lealtad* y un pergamino con la firma de todos los bombardeados.

(Barroserías-Sureñas) 8

Hay una razón hecha huella en la cabalgadura geográ- fica de mis sueños. Tiempo sur, rumbo amanecido como un rebenque sobre los ijares, ilusión de un territorio más grande que la divina costura del cielo, tan de luz se me hace que soy una ceguera de ojos abiertos.

Sur en las entrañas, como un repeluzno de sombras al acecho, como arterias cargadas de todas las sangres, me serpentean un horizonte de querencias sobre las llanuras del pecho.

Sur adherido al espinazo de las cosechas y al sin fin de los engranajes suburbanos, territorio de calles teñidas de holgorio y de violencia rumbo al puerto y las querencias, derrotero universal de otro tiempo y de otros hombres, cimiento de todo lo nuevo, amalgama ritual expulsando a los ancestros. Una vigila con veladuras de lámpara buscando una verdad. Quizás todas las verdades sean una sola y vague en la deriva de un barco de sombras o en los bordes sanguinarios de un horizonte de banderas sobre los escombros de una frase hecha jirones.

Soy Sur en esta caprichosa arquitectura cardinal y de coordenadas sin rumbo, con el destino pialado en el umbral de las victorias, mientras Dios inventaba lo que no sabía y definía acá abajo lo que desde tan arriba apenas se divisaba como una incógnita.

Y uno dice arriba y cree en el cielo, sin embargo: ... ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza! (Lupercio Leonardo de Argensola), es decir, se nos complica la ubicuidad si nos ponemos a urdir en la hipocon-

dría de la ciencia y en la incerteza de nuestras travesías a la hora alimentar el corazón, corazón que ha dejado de ser un músculo para ser una metáfora emocional que se infarta de poco amor o de mucha guerra.

Soy Sur. Asumo esa complejidad entre la vendimia y los ventisqueros, esa polaridad de cristales fulgentes y helados, esas hojas sudorosas que se llueven desde adentro y que crepitan hasta el rizoma y sus destinos de sedimento seco. Vientos arrasando desde las altas cumbres hasta los sedientos desiertos. Velas de un barco esculpido en las tormentas, una única sentencia de banderas, una claridad desnuda sembrando lo que se hace patria en las veredas. Arrabales de resistencia, hombres de otras tierras calentando el sur de la insurgencia, violencias del violentado, redenciones y condenas, estaqueados, presos, fusilados, latiendo desde el sur de sus venas.

Todo Sur es el destino de esa pisada plebeya que es todo sur como el héroe sin nombre que es todo Sur con sus oficios en pie de guerra. Esa razón me acecha, inescrutables galopes de innumerables potros sobre el abrojal de la pampa y el remanso de las acequias, en cada suburbio una irredenta presencia, en cada fábrica el Sur es herramienta de la conciencia.

Sur: escritura fugaz que se hace memoria en la tierra mientras agoniza en pocas letras.

Al Sur soy. Como la mirada de un toro bravío desentrañando la verdad de la espada, latiendo en las sienes su corona de beligerancia y en la lengua el sabor de la muerte como un chasquido apenas o una sed que recién comienza.

Del Sur, como una lanza guerrera al galope y en pelo de potros que espuman sus belfos, hechos y habidos en furia de malón desde el Sur, sin poder nombrar lo que aún no tenía nombre porque era libre de ser lo que quisiera. Y era la extensión infinita, los pastos y las piedras, los jugos frutales

y la carne seca. Hecho furia de montoneras en el vendaval libertario de las quimeras australes, en las hogueras y el rebufo cansado de las cabalgaduras; los guardamontes como jirones y cada cual defendiendo el último tajo en la osamenta.

El Sur, árbol que apenas resiste el exilio de sus hojas, temblor de ausencia cuando estalla marítima la alborada. Montaraz hasta sus trópicos sanando sus cicatrices en el umbral de la floresta o en la dentadura roja de los bueyes o en sus ollares dilatados cuando de cinchar se pierde hasta la huella. Allí han de buscarlos, en las torres donde el humo desciende como una desgracia sobre las barriadas obreras, cuando la madrugada es la sed de una quimera o una imposibilidad clavada en la conciencia.

Este Sur y este sol forjado en las fraguas de este Sur de cielo. Todo el Sur de mi existencia y los pájaros tan Sur en su vuelo. Canciones del Sur esparcidas por indescifrables vientos, cruzando las cumbres y los despeñaderos, besando los ríos y estallando Sur entre la ciudad y los puertos.

Puedo escuchar en el crujido austral de la madera el brote inicial de mi tierra, la hermandad de un silencio que rompe la costura del maitén y que entre adoquines y ochavas teje su sombra con la luz de faroles de victoria.

Desde aquí soy Sur del mundo, aunque sea un capricho de cartografía o una disputa de los dioses sobre los hombros de Atlas o de un oscuro marinero gritando su hallazgo.

Sur. La posibilidad donde me sueño y la posibilidad de ser soñado.

Anecdóticas-Tres-
(del libro lunario de Los Reclamantes)

—Como argentino se lo puedo afirmar y como peronista se lo garanto: detrás de toda imputación de barbarie hay un avión de la marina pasando a vuelo rasante o un «padre del aula inmortal» defendiendo las ideas de los inmaculados unitarios y azotando por brutos, a los federales mientras aprobaba el achure de indios, negros, pobres, menesterosos y gauchos —dijo uno de aquella multitud ya mentada. Uno de aquellos innominados que se habían deslizado por la porosidad emocional de las evocaciones y artilugios literarios. Lo decía mientras relojeaba en derredor y agitaba un estandarte de comparsa, cargado de flecos y lentejuelas, de fondo negro y letras rojas que decía: UB «Los muchachos peronistas» La Isla de La Paternal.

Algunos de los inadvertidos y de momento relajados Reclamantes, que pululaban en este desconcierto multitudinario, sintieron, otra vez, perturbada su presencia militante, al oír las palabras de aquel innominado e inesperado manifestante. Algunos recobraban las veladuras iniciales de sus presencias catárticas, que en forma discontinua dejaban ver sus oscuras y a la vez cegadoras heridas; cambiantes vestiduras alternaban sobre la ausencia lacerada de sus cuerpos, que gemían desde su humanidad malograda, entre laberintos de sombras y hálitos húmedos y subterráneos.

Sobrellevaban la pesada heredad de los perseguidos y tan sólo bastaba una referencia lateral, mínima, inapreciable, anecdótica, una mención siquiera de los fabricantes del odio y los traficantes de guerra, para que volvieran a padecer las

abrumadoras razones de sus presencias espirituales en el vértice conjetural de esta convocatoria álmica, en la sensible pero inflexible Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. De todos modos, se los adivinaba complacidos y jocosos con el advenedizo mencionado.

Casi en paralelo con el opinante fortuito, había otro de los peregrinos de la coladera de la Bordona de los Destinos Imposibles, que relataba sus pareceres y otro más, que mantenía la verosimilitud de un diálogo de tono picante:

—Los que estuvimos jodidos fuimos nosotros cuando nos llevaban en cana por el sólo hecho de tener lo que llamaban: «una ideología foránea».

—Pero, ¿ustedes no eran «contreras»? —inquirió el otro que no dejaba de mirar a una chica de blusa roja y pollera plisada.

—Comunistas, somos y peleamos por la liberación de la clase obrera.

—Eso digo: que agitaban huelgas y se burlaban de Eva como lo hacían los oligarcas. Eran contreras, eso digo.

—Pero camarada, ¡nos metían en cafúa!...

— ¡Camarada, un pepino! —lo interrumpió secamente y arremetió con tono instructivo, pero de inquietud creciente: —¿usted que se cree que hubiera hecho el «camarada» Stalin, he?, mejor dicho, ¿qué supone que hizo Stalin con la «contra anarco-troska-menchevique» que actuaban pasando viruta fina a los Soviets? Mejor, ni mentar al fulano ¿no? Imagínese si lo agarraba acá El Pepe, Iosif o Jossif Vissariónovich Dzhugashvili, haciéndole una huelga, lo mandaba a la Antártida a peinar pingüinos o a amaestrar focas en horas de la siesta. Lo que digo es que ustedes eran contreras y que el Gene- ral estaba jaqueado desde Patrón Costas hasta el Partido de ustedes. Pero le reconozco, que nosotros teníamos a ese Borlenghi que era una bestia anti comunista del Sindicato de

Comercio, venía del socialismo «rosa» y era bastante genuflexo. También estaba el otro bruto de Apold, con historia en el irigoyenismo y que desconfiaba hasta de la bolsa de Papá Noel y del color de la capa de Caperucita, un buen propagandista, sin embargo. Pero teníamos al «gordo» Cooke, que lo fustigaba por reaccionario y el lame botas. O sea, mi querido contrera: la peleábamos por dentro y lo despellejábamos por fuera, no le hacíamos el caldo gordo a los «garcas» de alcurnia ni a los de la media clase, pero tampoco dejábamos en paz a los burócratas y gorilas de adentro. ¿Me sigue o le hago un caminito con migas de pan negro? Si ustedes querían defender a la clase obrera, tendrían que haberse enterado que había un gobierno que ya lo hacía, aunque lo quisieran correr por izquierda.

─Y le digo más ─dijo, sin dejar que lo interrumpiera─ no sé si recuerda que un camarada suyo, Alfredo Varela estaba preso y que ni bien fue anoticiada Eva, intervino y lo hizo liberar. Al poco tiempo filmó con Del Carril “Las aguas bajan turbias”. Así con varios. A Miguel de Molina que lo persiguieron desde España hasta México por republicano y por puto, fue Evita, quien lo hizo traer, después de que el artista lo había intentado con Colombia, Cuba, Brasil, Venezuela y Uruguay. Finamente lo trajeron «el tirano y la yegua». El gaita se vino a la Argentina; bailó y canto en los teatros con todos sus afeites y castañuelas. Y para que vea que no soy troglodita cazador de brujas y menos aún de brujas comunistas, le recuerdo, que alguno de los de su Partido: Juan Ingalinella y Juan José Real se la jugaron por el Movimiento Nacional y Popular ─y ya no esperó respuesta e imitando una danza flamenca siguió tras la chica; de su blusa roja, de su perfume y de su menea- da pollera plisada.

El grupo de los Reclamante había recobrado la calma de los primeros momentos, cuando, en la anterior irrupción, se habían incorporado como en jolgorio, olvidados de la realidad de sus trazas y el vendaval fatídico de sus entrañas.

Nuevamente exhibían sus máscaras humanas y sus trajes impecables, pero ahora, advertidos de que en breve volverían a su catástrofe de guerra: a la tragedia perpetrada sobre aquel escenario de palomas y fuentes, que surtían agua mansa bajo la sombra de las palmeras.

Los Horribles *(incursión tercera)* “Días de guerra”

Aún quedaba un remanente de Los Horribles, de aque- llos que se habían infiltrado por el ya zarandeado agujero de nuestra virtualidad literaria y por la grieta urbana de la Buenos Aires eterna. Era una masa compacta, aunque no muy numerosa, que avanzaba como un Panzer humano, en el sentido de lo abigarrado, impenetrable y cacharroso de su desplazamiento. No dejaban resquicio, ocupaban un espacio similar al mencionado tanque alemán y se desplazaban temerariamente entre los árboles y las veredas del Parque, alejados siempre de los límites etéreos y virtuales de esta realidad transitoria y agitada. Transmitían una agresividad de residuo histórico, concentrada en símbolos de ampulosidad vacua y consignas de brutalidad innata. Agitaban la combustión del odio, encendido desde los límites mismos de los hombres, cuando dividieron el mundo entre los dueños con título de propiedad y los parias, apenas dueños de sus despojos; o como decía el Taumaturgo de la Paternal: *el mundo desde sus albores sapiens, se ha dividido entre los hijos de puta y nosotros*. A la vez destilaban miedo, concupiscencia, vulgaridad y una cáscara ética que había abandonado su fruto en la putrescencia de una campiña en el averno o en los campos de los Blaquier.

Pero a no equivocarse, sacados de esa miasma clasista y vengativa, enfundados en sus trajes de casimir inglés y pañuelos de seda natural italiana, subidos al burdel extravagante de la cotidianeidad de sus vidas, sin fatigas en disputas por pertenencias, herencias, cuentas bancarias, campos y hacienda; se los veía como a cualquiera, con la sola frivolidad

de sus pasiones mundanas y la calaña de su desprecio, como una declaración de guerra.

Que nadie le busque en sus frentes un apéndice astado o la cola de Luzbel en sus ancas, ni serpientes míticas en sus cabellos o una lengua de iguana saliendo de sus tragaderas. No señor, se confunden entre la multitud y solo las víctimas (y no todas) o los muy entrenados (y solo algunos) pueden identificarlos por su hedor rancio a bosta de vaca o de cobija cuartelera, también por gestualidades altaneras y modales de patrón de campo o del moderno empresario de la City Porteña. También había de la media clase, que quieren pertenecer a esa ralea de rufianes y buenas señoras, esos eran los peores, tanto en los actos como en las apariencias, porque siempre exageran para esconder sus vergüenzas de colonizados, capaces de incendiar el Templo de Artemisa o festejar la implosión del Albergue Warnes.

—Los civiles nos fuimos antes que la bendita justicia de las bombas trajera con sus llamas la purificación de la patria y la exorcización del pedófilo tirano y la chirusa altanera. No crean que, por temor, simplemente estábamos organizados en perfectas unidades, denominadas Comandos Civiles, pero sucedió que, ya pasada la hora convenida, creímos conveniente abortar la operación y poner los pies en polvorosa, para no dejar el campo orégano a los espías que el gobierno tiene en cada florero y en el personal del servicio doméstico, inclusive mozos y conserjes. La idea fue reagruparnos para evaluar lo que creímos el fracaso de la operación y planificar nuevamente la acción patriótica —dijo una voz imposible de identificar de entre esa coraza de compacta y cerril oligarquía. Aunque algunos creyeron reconocer la voz de Cosme Béccar Varela, pero también podría haber sido Vicente Gallo o Clodomiro Ledesma, quizá el socialista Francisco Pérez Leirós o el radical Miguel Ángel Zavala Ortíz. Otros dicen que podría haber sido también Américo Gioldi exiliado en Montevideo, pero totalmente habilitado en esta realidad paralela. Algunos dijeron

que era el paraguas de Victorio Codovilla devenido en paraguas parlante, que se abría con el sol de Moscú y se cerraba poco antes que lloviera (también en Moscú, claro). Inclusive hubo uno que creyó distinguir la voz del Gran Chicato, también conocido como Luis Pereda, en los fermentos literarios de Leopoldo Marechal o Jorge Luis, como le decían a Borges los cogotudos y las estiradas de Recoleta. Eso era imposible en la Buenos Aires aquella, pero no tanto en la Buenos Aires ésta. De todos modos, quedó descartado, no invalidado por la ceguera, sino porque nunca fue de ponerle el cuero a las peloteras, a no ser que sus guapos fuesen letra muerta. Los que formulaban las hipótesis acerca de a quién pertenecía la voz del andante carromato humano blindado, era un grupo de imitadores de un desaparecido circo de la Buenos Aires perpleja, que también se habían filtrado por los sensibleros meandros de nuestra convocatoria. Ni bien terminaron con su improbable lista de voces posible y compatibles, dieron por terminada su auto impuesta faena, con reverencias dieron las gracias por haberlos aceptado y por darles la oportunidad de ayudar en esta gesta patriótica y plebeya, y sin más, emprendieron la retirada entre clowns y pierrot, que hacían piruetas y escenas cómicas con el trágico final de falsas y ruidosas cachetadas, risas y aplausos, bajo un algodonoso cúmulo simulando una carpa de tres crestas.

Desprendidos del compacto acorazado humano de Los Horribles, había dos repantigados en unos sillones de almohadones rellenos de vellón de oveja patagónica de raza Merino, originales de la estancia San Lorenzo, de los empingorotados Machinea, según constaba en un cartel luminoso a manera de publicidad de hacendados en decadencia. Al rato, uno de los despistados e intrusos involuntarios (que ya rotunamente explicamos cómo entraron y no repetiremos), me dijo, como al pasar y con la boca ladeada a lo taita o como resultado de algún músculo colapsado: «lo del sillón es un toque estrafalario que pergeñaron un rato antes de que se rasgara el mallado ideológico de la Bordona Geográfica de

los Destinos Imposibles y un poco después del ingreso de la compacta masa acorazada de Los Horribles, al menos eso me hicieron saber mientras golpeaban los almohadones del sillón para moldearlos y sacudirles el polvo», me lo dijo, así como lo escribo: sin respiro, sin comas y sin detenerse. Final- mente, cuando estuve a unos pocos pasos y sin necesidad de camuflarme, pues exhibían un desparpajo y un despecho de alcurnia inalterable, que los ponía más allá de cualquier fisgón que no tuviera la misma tela en el traje y los mismos valores en la faltriquera. Ubicado, ya a pocos pasos, pude oír lo siguiente:

─ Como te digo che, les bajamos los bustos del tirano y el de la yegua... ─relataba uno de ellos con aire displicente, acomodándose la raya del pantalón luego de cruzar las piernas y frunciendo la jeta al divisarme al otro lado de la acera, solo por hacer notar su desagrado y reafirmar las diferencias.

─ ¿Otra de esas pavadas de andar volteando estatuas de las plazas y gritando sin compostura y sin gracia?

─ Pero no, m'íjo, los bajamos del Aconcagua, del A-con-ca-gua, entendés o te lo mando por correo. No sé si fue más hazaña que ensañamiento, pero los dejamos de una pieza y balbuceando epítetos de carrero de las barracas del puerto.

─ Pero, ¿qué decís, Joaquín?...

─ Lo que te digo, che. Estos atorrantes se creyeron inmortales o se querían inmortalizar, cuestión, que un tal Andrés López, un zumbo del ejército, custodio del que te dije, organizó una excursión al Aconcagua. Eso fue en el '54. Con varios descerebrados como él, reunidos en Uspallata, organizaron una expedición para colocar los bustos de los innombrables en la cima de la montaña. Los bustos eran de aluminio de cincuenta quilos cada uno y dos placas de bronce que también pesaban lo suyo. ¡Brutos pero voluntariosos estos peronachos!

─ ¡Son un cachivache!...

—Y eso no es todo. Llevaron también un ¡pararrayos! Y toda la parafernalia para soportar el frío de los mil demonios que hace en esas alturas. ¿Cómo sería, que hasta el viejo sátrapa le dijo a ese López: ¿usted está loco López, se quiere matar? Unos chiflados...Thomas, dignos representantes del «aluvión zoológico y la mersada».

— Bueno, no me vas a negar que no son pintorescos y un poco temerarios...

— Sigo, entonces en el ’55, después de deponer al Tirano y sus secuaces, el capitán Consigli, un patriota si los hay, sube al Aconcagua y se trae los bustos y los funde, los es- conde, no sé qué, cuestión que nadie nunca supo más nada.

— Qué simpática odisea la de Consigli, buena anécdota Joaquín...

— No termina ahí, Thomas. En el ’73 insistieron. No me mires así y cerrá la boca que te parecés a mi tía Teté, cuando le impusieron lo del voto femenino. Te la sigo: el ya decrépito López, quiso organizar otra expedición, pero ahí sí, el viejo león herbívoro lo paró en seco: *dígale a López* (le dijo a un intermediario) *que se deje de joder, que ya está viejo y cachuzo*.

— Pero ¡qué plato! Como te digo: unos personajes, estos bárbaros.

Reprimiendo la náusea, me iba a alejar, para buscar reparo emocional entre Los Reclamantes o con algunos de mis Ilustres Convocados, pero al punto, veo acercarse a otro de la misma laya, aunque más austero, casi marcial diría. Se acercó a esos dos remilgados gorilas, les estrechó la mano e irguiéndose frente a ellos, sin mediar palabras ni preámbulos, comenzó atropelladamente su relato:

— Yo intenté matar a Perón tres veces, mi frustración es más grande que mi hernia testicular...—dijo y se cuadró golpeando sonoramente los tacos de sus zapatos de diario.

─ ¡Uy, estamos de parabienes, los nuestros también perdieron la chaveta! Esto merece unos drinks en algún barcito de Recoleta ─dijo uno de los garcas con tono festivo y batiendo palmas, como quien tiene atadas las muñecas.

─ No seas pánfilo Thomas, que el pobre capitán está conflictuado hasta los huesos y herido hasta los huevos.

─ La verdad, es que me pesa hasta en la ingravidez soporífera en la que me he vuelto, y mucho más ahora que me aparezco en este desbarranco de ánimas y desvelos, tropezándome con entelequias que braman como cuando se reunían en la Plaza. Todo es una pesadilla, ya ni el poder de la extremaunción y ni en el remanso de los responsos creo. Yo, que, junto a mi subordinado, el servicial y chambón Sorolla, tiempo antes habíamos escabullido el cadáver de Evita hasta un cementerio de Milán, bajo el nombre María Maggi de Magistris. Pero no pudimos con el aura defensiva y los gualichos de inmortalidad que le hacían al viejo cuartelero. Yo, era coronel para ese entonces ─pesaroso, abatido, arrastrando las palabras y el traje de civil, con la mirada acuosa y la voz temblorosa, golpeaba con el puño su pierna derecha, como siguiendo el ritmo de sus palabras o intentando verificar su verdadera esencia y circunstancias.

─ Tres veces, lo quise matar, me oyen: ¡tres! La providencia, el sortilegio, algún acomodamiento lunar o astrológico, el influjo de la comparsa política de los cabecitas negras, la entelequia de la mezcolanza filosófica del refranero popular con la política prebendaria, mi destete prematuro y la nodriza alemana, mi puta mala suerte, no sé, pero...tres veces al cuete...Una fue en Campo de Mayo, otra en Paraguay y la tercera en Venezuela. Todo bien planificado y siempre terminaba en un paso de comedia o de orsai trágico: «o el coronel no venía, o el general estaba alerta o al Tirano le volábamos el coche, pero sólo el motor salía despedido como un cohete espacial y al resto ni mella, intacto como una base de lanzamiento de satélites interestelares». Le digo más, hubo uno que lo fue

a matar, mandado por el general Toranzo Montero y resulta que el viejo ladino se hizo amigo del sicario. Tomaron café en la vereda y lo despidió con una palmada en el hombro ─esto último lo dijo casi entre lágrimas y habiendo ya perdido toda compostura castrense, mientras los otros dos sin abandonar el sillón lo despedían agitando pañuelos como si estuvieran apoyados en la barandilla de un transatlántico, mientras mal contenían una risa que les agitaba el pecho.

Decidí que ya era demasiado y me dispuse a retirarme con un sabor acre que me empastaba la lengua y una bronca contenida, que se hacía notar en la boca del estómago. Me alejé lo suficiente como para no verlos ni escucharlos más, me apoyé en un árbol que no quiso ser identificado y saqué por primera vez mi pipa recta de brezo, de hornillo medio y boquilla de baquelita con enfriador metálico incrustado; la cargué con un Argento aromático, avainillado y la encendí lentamente, con la esperanza de que se diluyeran cada una de estas escenas entre las volutas de humo y mis inspiraciones pausadas, deseando que se restituyera el clima y las actividades de justicia y desagravio. En ese entretiempo personal, asido a las fluctuaciones caprichosas del humo del tabaco, fueron reacomodándose los participantes originales de esta gesta de palabras, evocaciones, memoria y quimeras.

A lo lejos divisé a Leopoldo y Samuel Tesler. Sin pensarlo más fui a encontrarme con ellos, anhelando restañar la lacerante visión de esos tres representantes de lo funesto. A la vez reflexionaba sobre la verdadera naturaleza de tanto odio, arraigada desde sus ancestros, en mesas y sobre mesas familiares, comentarios cizañeros hasta la hora de la siesta y en el intervalo de los juegos, trasmitida desde los colegios de párvulos hasta los claustros universitarios, desde púlpitos y santuarios, ya fuera en días de viajes extraordinarios o en los corredores de las casas de campo.

Me sofocaba advertir que habían construido el sentido común de generaciones, tanto las arraigadas a la estirpe pa-

tricia y oligárquica como en la media clase aspiracional y camandulera y dicho sea de paso, muchos sindicalistas y laburantes desclasados y aspiracionales del medio pelo. Nuestra resistencia fue dura, tenaz, destinada a la violencia, aún lo es, repitiendo círculos espiralados e incongruentes de momentos pujantes y decadentes.

Tan abstraído cavilaba, que mi pipa estaba desfalleciendo en hebras chamuscadas, de tanto fogonearla. Recargué la cachimba, después darle un descanso a la madera y apuré el paso, sintiendo crujir la grava bajo mis pies y dejando que me invadiera el olor de los almendros, que como decía García Márquez: *recuerda siempre al destino de los amores contrariados*. Y yo agregaría que también evocan: *ráfagas de aire denso, como una caricia lunar sobre un río seco*.

Primer corolario - Proverbiales catorce
(Leopoldo / Schultze y un servidor)

Desde lejos se los advertía como en una reunión íntima, desbordante de cobijo familiar y con un aura de intelectualidad recién descorchada, sin afectaciones y distendida como mateada en ronda. Sin duda, a estas alturas, y teniendo en cuenta que fundamentalmente Leopoldo, aunque no el único, había habitado en calidad de homenajeado en mi pleitesiario:
«Cara al viento como un león», se ponían de relieve estos sentimientos ya macerados en litúrgicas batallas filosóficas y en patrióticos encuentros literarios.

A medida que me acercaba experimentaba cierto anhelo en clave de plétora afectiva, sentimiento éste, que me hacía rememorar el similar ahogo por ansiedad que me producía, cuando siendo aún un impúber, me acercaba al Club Unión de Boulogne en las noches de carnaval: era un embeleco a los sentidos los últimos cien metros antes de la llegada al Club; las bombillas multicolores cruzando la calle, los bande- rines también en variedad cromática, y la música, ¡ah! la mú- sica, que vibraba en mi cuerpo como una ensoñación catárti- ca. Con los años, y lecturas mediante, fantaseaba que Ulises y los Argonautas debieran haber sentido algo similar cuando las ninfas los embelesaban con su melodía. Aunque en mi fantasía desdeñaba estar amarrado a los mástiles de barcos mitológicos y me entregaba preferentemente a ese naufragio de éxtasis realista y voluptuosidad sensorial en estado prematuro, ponderando únicamente el íntimo holgorio de un pibe maravillado hasta el ahogo.

Tal vez, me he ido un poco por las ramas, pero no encontré una manera más elocuente para expresar las crepitaciones de mi alma en llegando (pido licencia, no puede evitar el arcaísmo gramatical) al encuentro de esa cofradía álmica.

Añoranzas aparte, ni bien llegué fui interceptado por la siguiente frase:

─ Hay algunos que confunden el phatos con el ethos, encima como la hache es muda, a cada paso van dejando una tragedia ortográfica ─dijo, como al pasar el Astrólogo, recostado sobre un ceibo en flor.

─ Por acá no hay muchos confundidos, más bien hay dos antagonismos, que en forma de iconos o contienda terrestre se colisionan, se atraen en su contrariedad simbólica, se excluyen en sus abismos teóricos y beligeran sin posibilidad de una paz duradera. Esto es así, porque, si bien estaba contemplada la aparición testimonial de Los Horribles, con el desbarajuste archi-explicado en el fermento poroso de los accesos a la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, se produjo una incursión casi vandálica, tal cual es su estilo y substancia ─improvisé, intentado compartir las seguras reflexiones que se avecinaban.

─ Como diría el «loco» Houseman: *cortito y al pie*. Mi estimado Barroso, así es: estamos atestiguando la brutalidad asnal (con licencia del suave y peludo Platero) de los actos oligárquicos y el reclamo de justicia por los arrasados entre el asombro y la humareda; la vindicación de los caídos por el odio, la repulsa por los epígonos de la crueldad y la inclemencia ─personalizó Leopoldo, mientras unas palmadas de afecto sobrevolaron mi hombro izquierdo.

─ Me voy por una caminata sanadora, caminata por este vergel de sombras y resolanas, no estoy para entrarle a la morosidad reflexiva ni a la excitación discursiva, más bien ando de dispersiones y furtivos meollos de la ciencia contemplativa. Daré vueltas concretas y arteriales, pero también as-

trales y alegóricas, en síntesis: «daré vueltas como los gatos alrededor de un plato de leche caliente» y les avisaré cuando logre beberla, si la bebo. Al fin y al cabo, como dijo Cervantes, si es que lo dijo: cada uno es como Dios le hizo y aún peor *muchas veces* —exclamó esto último Scultze mientras se alejaba casi en un ronroneo místico.

Leopoldo caminó en rededor de algunos árboles como disputándoles la sombra, haciendo aspavientos con sus brazos como quien intentase obstruir el avance en el juego del baloncesto. Evidentemente lo divertía esa rutina acompañada de pequeños saltos chaplinescos, como esquivando pequeños charcos o como niños en la «ronda de la comba». Repentinamente se detuvo, como si una fuerza interior le hubiese obstaculizado el juego. Miró a su derredor, como quien recién llega a un paraje desconocido y todo es asombro y desconcierto, hasta los filtros de luz entre el ramaje y el desprevenido viento que lo mece, lo sorprendieran en una primera vez de pasmo y revelaciones. Giró hacia donde me encontraba observándolo y me miró casi con tristeza. Mientras avanzaba a mi encuentro, sacó su pipa Eleonore y con suaves golpes sobre la palma de su mano izquierda, con la pipa sostenida en forma oblicua, desalojó los sedimentos de tabaco. Con un pintoresco utensilio limpia pipas de metal, con mango de madera lustrada y acanaladuras para guardar la aguja y la espátula limpiadora, rascó la cazoleta y hurgo en el tubo de aire, soplándolo. A paso lento y a veces deteniéndose, terminó la faena de limpieza y comenzó, con igual o mayor parsimonia a recargar su pipa con un aromático de origen misionero, mezclado con un Dunhill importado. Ya a mi lado, mirándome, casi inquiriéndome, con ojos vivaces y perentorios, casi sin detenerse, me dijo:

— Barroso, a ese banco vamos —lo seguí en silencio sabiendo que nos dirigíamos al banco donde habíamos estipulado nuestro primer encuentro, precedido por el celebrado en el Bar de García y el repique inicial de la Bordona Geográfi-

ca de los Destinos Imposibles, coronado con el acogedor y combativo ámbito de la Real realidad de la Terca Mula de la Memoria.

Una vez acomodados, quedamos nuevamente, como inicialmente lo habíamos hecho, frente a la Parroquia San Juan Bautista El Precursor. Advertimos sin comentarios mutuos que estábamos repitiendo aquella primera escena de este último derrotero literario, pero con la diferencia de haber acumulado en nuestro haber la experiencia de aconteceres infrecuentes y prodigiosos, colmados de emociones, afecto y devociones por los sufrientes del Aullido en la Tormenta, como así también, las penitencias de no olvidar a Los Reclamantes , evaluando el momento cuando ya abandonada esta contienda de la épica lírica, volviéramos a la prosaica Buenos Aires (yo en mi traje terreno y Leopoldo en su vestidura astral), donde también nos necesitan para los mismos menesteres de memoria y justicia, junto a otros argentinos bien dispuestos, aunque y en este caso, con más hechos que palabras.

— Estoy atravesado por el dogma de los «puntos de vista», vapuleado de una relatividad que escandalizaría al propio Albert. Quiero decir, siempre busco una excusa para ponerme a tiro y practicar la puntería hasta darle al centro de mis convicciones; que me quede ESA verdad de las convicciones y los hechos y no un acertijo de la conciencia. Ansío el desafío de OTRA verdad afrontando los abatimientos de confrontar la realidad de lo real y la realidad de los manuales. Me atosigo a veces de VERDADES antagónicas, hasta quedarme con la crudeza de la REALIDAD de las víctimas, de los desposeídos y agraviados por el viento de la historia y la veleta de la memoria — volutas de humo dibujaban desde su pipa sus poemas: *el pueblo recoge todas las botellas que tiran al agua con mensajes de naufragio,* mensajes como botellas arrojadas al mar del aire y sus océanos de cielo; humos blancuzcos y grisáceos, salían a raudales de su pipa Eleonore, que sostenía ligeramente apoyada entre el dedo medio, índice y

pulgar de la mano derecha, mientras continuaba en soliloquio mirando una lejanía introspectiva y definitivamente cargada de horizontes de perplejidades y costuras metafísicas.

—No sé si podré seguir sus cavilaciones maestro, estoy en estado de puerilidad conceptual de tanto indagar en lo intangible y escarbar en lo notorio, perplejo y más perdido que sordo en tiroteo, casi al garete de mis díscolos recatos y de mis urbanidades de feria.

—Muchacho...

—Gracias por lo de muchacho...

—Que no es poca cosa digo. Como las bombas sobre la plaza caen las verdades y cuando estallan arrebatan el sentido de los hechos; pueden ser un montón de escombros, arder en los ojos hasta que el humo se disipe o aparecer sublevada a pesar de los destrozos. A eso hemos venido nosotros y tantos otros, como aquellos que llevaban los rollos de cintas filmadas al subterfugio de los sótanos, y que en un acto de resistencia y rebeldía hacían rodar «La hora de los hornos” o cuando Leonardo, que metió la emoción por el agujero de una lente hasta la más mínima respiración de los poros; ya fuera la vida de Gatica, de lobizones, Moreira o el gallo de Aniceto. Eso digo Barroso: que hay verdades tan tercas como la mula de la memoria —mientras decía eso, Leopoldo tenía su pipa en sosiego, trenzada por sus manos, solo dejaba ver, mellada por sus dientes, la boquilla de fina ebonita tallada.

— Usted me conoce Leopoldo y sabe, que no le saco el culo a la jeringa, pero estoy deshilachado, quiero decir no SOY una hilacha, pero ESTOY deshilachado, y si se lo digo, así, con mayúsculas, no es para que parezca un grito, sino para resaltar mi mayúsculo y agobiado estado de ánimo. Us- ted sabe que lo admiro y profeso una devoción, que limita con la de algún pelotillero de mala muerte. Y que de optimismo metafísico me he metido en este balurdo de las invocaciones y los pleitos literarios, pero vengo en falsa escuadra, con la

boina caída y el caballo cansado. Más inútil que bombo de trapo, me siento. Estoy atrapado en un pesimismo de anecdotario. Más triste que carnicero en viernes santo, inconsolable como Frankenstein frente al espejo….

─ Pare m’ijo, que ni el refranero popular va a salvarlo. No creas que no he desesperado mirando las brevas siempre verdes de la higuera humana, pálido de ansiedad y oxidado en tristezas. Sin ir más lejos, cuando cayó y el Tirano y fue Depuesto, quedé en el ostracismo; sarnoso entre mis pares, en cuarentena literaria por virus ideológico en mi islario de Balvanera. Nada que pueda asimilarse con los sacrificiales de Los Reclamantes y otros Padecientes de Los Horribles: hombres y mujeres perseguidos, encarcelados, torturados. Sindicalistas, políticos, diplomáticos, periodistas abogados; de todas profesiones y actividades, pero igualmente jodidos y perseguidos. Aplicaron la democracia de la crueldad y la política de los matones. Con el Tirano ya Depuesto, aparecieron las verdaderas Listas Negras y persecutorias: Hugo del Carril y su esposa, Alberto Castillo, Tita Merello, Elina Colomer, Fanny Navarro, Nelly Omar, Luis Elías Sojit, Antonio Tormo, Sabina Olmos, Cátulo Castillo, Chola Luna, Héctor Mauré, Paco Jamandreu, por solo nombrar a las figuras más conocidas. Recordando y parafraseando el título un libro de Jauretche, invento: «son, fueron y serán los Profetas del Odio»

─Creo recordar, además, que fuiste particularmente atacado y oportunamente ninguneado cuando viajaste a Cuba para participar como jurado en Casa de las Américas, creo que en el sesenta y seis, además, inequívocamente relegado al gueto de los bárbaros, cuando escribiste esa carta a «José María», hoy ya incluida en tu «Cuadernos de navegación» como parte de ese viaje socrático de la razón nacional y tus barruntos poéticos. Y ni que hablar del «Megafón» y sus simpatías con la juventud resistente y guerrillera.

—Así fue. Aún recuerdo la esplendente sonrisa de Elbiamor, abrazada a una muchacha recién alfabetizada, que nos contaba, que su piel de negra caribeña, antes que Fidel llegara, era razón suficiente para no estar donde ahora estaba. Tendría horas de anécdotas de quienes éramos malcriados por cuanto cubano se nos acercara, por el sólo hecho de ser de la patria del Che. Pero no importa en estos momentos, baste con decir, que ser un Depuesto en Argentina, era un título honorífico entre los cubanos. Baste con decir que les hablé de Los Reclamantes, de las bombas y las persecuciones y que me devolvieron palabras afectuosas, solidarias, cargadas de optimismo y de augurios venturosos en revoluciones. Solo agregaré de aquellos momentos, cuando a manera de homenaje, les dije: *Un sabor eterno se nos ha prometido, y el alma lo recuerda*. Muchos desasosiegos hemos padecido, pero a ojos vistas, ese sabor mantiene su sustento.

—Podría adjetivar hasta un irremediable empacho gramatical o un atracón barroco. Hasta el hartazgo y el embeleco podría invocar palabras, artilugios verbales, florituras y altisonancias del lenguaje. Podría saciar la sed y el hambre de poetas y narradores con un panegírico locuaz sobre tus expresiones, maese Leopoldo. Pero solo diré de tus palabras: *concisión apretada y broncínea del lenguaje*. Tu alocución estremece: es como calibrar el mundo en un solo acto.

—Y finalmente, como usted bien dice, Barroso: «nada diremos que pueda asimilarse con los sacrificiales de Los Reclamantes y otros Padecientes de Los Horribles». Sucede nomas, que los tientos se aflojan y el bombo suena triste.

Segundo corolario *(Barroserías-Guardia de cenizas)* 9

Otra vez se tejen espesuras que cubren los desvencijos del alma. Tormentos que la historia deja sobre su propia estructura como urgencias de desgracias y convalecencias. Derroteros inevitables. Situaciones descontroladas. Trampas a la razón para quedar a la intemperie de razones fraguadas.

(Hay un cuerno desolado en los toros del alba, un tiempo de humaredas en la sombra de la tarde, de esa herida vengo y es la muchedumbre un tajo o un grito que sangra.

No puedo mirar los ataúdes ni la rosa de luz de sus cuatro tablas, solo una respuesta de árbol aroma sobre el viento y las mansardas, hay un ojo de relojes grises y una gangrena en cada casa.

¿A qué me atrevo en este aguacero de plomo, en esta vendimia de inútiles frutos humanos?

¿Qué diadema fatal de este jueves *de junio puede ensombrecer la frente y quién empoza lo que se derrama sobre las calles, quién se atreve a mirar lo que ha visto sin que la ceguera sea una venganza?*

Se detiene lo que del tiempo encierra su caracol de guerra, si fuera un pecado cubrirse de fuego, este jueves de junio todos sucumbiríamos de hogueras. Que esta mañana no llegue a la sombra de sus pliegues, que no transcurra el día, que se detenga la clepsidra de Dios y la dimensión física de las etapas terrestres, que se desplome la noche con sus estrellas y que cada planeta sepulte su órbita y que todo recién comience.

Sombras son esas nubes, sombras como atroces laceraciones del cielo. Sombras a sangre fría. Traicioneras sombras de sangre. Sangrantes sombras. Sombras asesinas.

De lo que busque el hombre para explicar ese día, obtendrá solo un estruendo de llantos, una lluvia de carbones, cáscaras del mundo caerán como algo podrido de sus frutos malheridos.

El manso cadáver es una rebelión combatiente. Ya sin virtud muriendo entre regueras de otros cadáveres. Erguirme pudiera ser un desafío a lo que se está muriendo. Andar como un portento de luz y monumentos. Aquí sigo siendo con todos los que se me van muriendo.

Dolor, arengas y divisas que no llegaron y siguen acudiendo. Algo que cada vez grita, algo que calla y muerde desde adentro. Aun los veo arder desde los féretros. Soy una sed y también un agua, de las dos me sumo a un destino inminente. La uno está en ciernes la otra apenas calla.

Ya no asedian ni explotan, ni ruedan por las calles; la devastación de lo que no sucede, la tremenda soledad de un incendio en cada casa. Las serpientes del día mutan sus cueros y todo lo que se puede hallar es mejor que no se halle. Escucho brindis, regocijos al final de la faena. Vítores de sangre. ¿De dónde emana ese fermento de la agria vid humana? ¿¡De qué redentor están hechas estas lágrimas¡?

Recurrente mañana rota que como en sueños una y otra vez amanece y no descansa. Ahora, solo en los confines del poema puedo suturar el fin inocente de las metáforas. Busco lo que no debo buscar sobre paredes socorridas en su simetría de metralla, sobre los tajos que el estuco oculta o las columnas que ya no muestran sus bordes de guadaña. Solo encuentro gritos como aullidos en las tormentas del alma.)

Y de estas penurias se tejen los trajes que he de probarme. Vienen a borbotones de tiempo, imprevistas visiones como cabalgaduras desatadas. Desbordantes tinajas donde

he bebido la sed de otras aguas y puedo nombrar cada cosa y cada sustancia humana, casi sin pena, como una luz de indudable alborada, como un fuego ardiendo sobre la mesa.

Tercer corolario

Milonga del Final o Final con Milonga

1

(«Por los viejos cafetines siempre rondan los recuerdos
y un compás de tango de antes
va a poner color al dolor del emigrante».

Homero Expósito.)

No podría precisar en qué momento Los Reclamantes dejaron sus trágicas alegorías callejeras y montaron una Milonga bien de bute, aunque debo advertir que medio quilombera, atesorada en requiebros y vacuidades de fiesta. Eso sí, minuciosa en decorados y mobiliario, que, aunque un poco mistongos, relucían por el buen lustre; también sobresalía en su policromía vistosa, ostentando desde una vieja quincalla hasta restauradas luminarias de luz discreta.

Si se miraba bien, se reproducía un abigarrado eclecticismo milonguero: arquetipos de la zona sur, con San Telmo y Montserrat como barrios principales, también del estilo tradicional de la zona centro-norte, donde Palermo, Almagro y Villa Crespo descollaban con prosapia y calendario. Tampoco faltaban los abundantes en relieves y firuletes típicos de Mataderos, Villa Urquiza y Flores.

Era incesante el ir y venir de intangibles pero omnipresentes decorados, de una solidez fantasmagórica, a la vez que festivos y animados, los había en fileteados abigarrados con volutas y retintes rojos; cartelería animada con propagandas de la época, rodeando los rostros de los cantores y orquestas típicas, con perfumes y lociones, bandoneones y vistosas cajas con jabones.

Los Reclamantes acudían al lugar señalado, atravesando el aire como quien camina de lado, quebrando la cintura y estirando el paso. Lucían invariablemente funyi bien calado; tamangos de medio taco a dos tonos, lengue y pantalón bombilla, tampoco estuvo ausente el tip-tap de los tacos altos, medias de calado oscuro y las polleras con tajo lateral desafiando el muslo. No había máscaras y resplandecían en rostro familiares, íntimos y cordiales. Habían adquirido todas las formas posibles de lo amigable y todos los gestos posibles de lo agradable.

Entrañablemente comprendí el esfuerzo álmico de Los Reclamantes, quiero decir, comprendí que nos agradecían el haberlos puesto sobre estos pliegues del absurdo literario y de la mística militante, como otra manera para visibilizarlos entre las brumas del tiempo y los malos vientos de la historia. No, sin que la vergüenza me estallara en los pómulos y en el atribulado padecimiento que de mis ojos se viera, pues la única gracia de esta febril faena, era rescatar de nuestra propia entraña a los que fueron devorados con la bruta dentellada de una patria enmudecida y embrutecida hasta dejarla sorda y ciega.

De todos modos, nadie pudo ni puso mucho empeño en frenar esta suerte de celebración para exaltar las astucias de todos los convocados y convocantes, haciendo gala de los artilugios quiméricos y lúdicos que lograron este encuentro inapelable y virtuoso. El preámbulo a la Milonga estuvo cargado de lisonjas, ofrendas, intervenciones artísticas, discur-

sos, proclamas, disertaciones y encendidas soflamas, algunas, inclusive, picarescas.

Estuvieron siempre atentos al curso, decurso y transcurso de todo raciocinio, reflexión, disertación, perorata o arenga, que invariablemente surgían cargadas de todo el peso crucial de lo emotivo y en clave de abnegación literaria. Exclamaban en sus teatralidades ya detalladas, que nuestro esfuerzo los llenaba de esperanza vindicatoria y de orgullo compañero, al tiempo que repartían unos volantes de cuño de viejo mimeógrafo que decían: «hemos dejado una huella para sacar el carro por si se entierra y acomodarlo al camino si no se endereza».

Comprendí, digo, que en este pequeño acto de justicia literaria habíamos quedado indestructiblemente hermanarnos cruzando las fronteras del tiempo, como quien desarma las tretas de la infamia o inaugura los decoros de una nueva trama.

Tratando que la emoción no me desbarranque al fondo de la lágrima, prosigo con el relato de la Milonga del Final, que a pedido de muchos de los participantes también quedó en llamarse: Final con Milonga.

A diferencia del Truco Final de mi anterior contingencia literaria, no se tuvo que recurrir al Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, ni a las complicaciones organizativas de la Oralidad a Voz en Cuello, tampoco a ninguna de las complicadas combinaciones y alternativas de aquellos eventos. Aquí bastó dar unas vueltas al Parque para hacer las invitaciones pertinentes, aclarando a los Ilus- tres Convocados, que reculaban reticentes a las vestimentas del compadraje, que no necesitaban otro atuendo que el que llevaban puesto ni otra facultad que sus reconocidas artes.

Bajo el influjo de Los Reclamantes se consignaron algunas invitaciones sorpresa, centradas en el género femenino, que debo reconocer, salvo Solveig Amundsen, eran escasas, en

realidad nulas en mi convocatoria de Los Ilustres. Pactamos que no revelaríamos sus nombres hasta el momento mismo de sus apariciones en escena y fue cumplido a rajatabla.

Cuestión, que, de mi recorrida por el Parque, regresamos, a la ya erigida en toda su pompa histórica y con cierta voluptuosidad alegórica: «Milonga del Final o Final con Milonga», con mis, a estas alturas, cofrades de aventura: Leopoldo, Macedonio, Schultze y Samuel Tesler.

A pocos pasos de llegar al sitio elegido, delimitado por el semicírculo de la Plaza Dr. Vicente Solano Lima, con la entrada ubicada en Yrurtia y Pellegrini, a una cuadra de la Parroquia Juan Bautista el Precursor y sobre la esquina opuesta a la nueva calesita, nos encontramos con un tumulto álmico en plena disputa. El motivo del bullicioso entredicho, era el nombre evocativo que debía lucir, sobre un cartel luminoso de neón, la entrada al mítico edificio milonguero.

Entre los nombres sugeridos en medio de un acaloramiento de disputa sindicalizada, podemos mencionar las siguientes, por orden de algazara y por obtener la mayoría sobre varias decenas de cabarets, patios bailables, night club, peringundines y clubes barriales:

Uno: «Sin Rumbo, La Catedral del Tango de Villa Urquiza».

Dos: «El Armenonville».

Tres: «Royal Pigall».

Era realmente, casi una exageración a los sentidos presenciar esa acalorada discusión entre las sufrientes almas en pena, que arremetían con vigor de denuncia y fragor de justicia, pero sin perder el portento de algunos chispazos de sutil alegría. Tengamos en cuenta que todo lo que hacían, discutían o callaban, eran representaciones alegóricas que ensordecían por el bullicio de sus elocuencias visuales de

pura esencia manifiesta. Duró solo unos escasos, aunque agitados minutos la controversia, y por acuerdo consensuado, con aspavientos de pirotecnia, vítores y papel picado de fiestas paganas, proclamaron como ganador, el nombre de: «Sin Rumbo, La catedral del Tango de Villa Urquiza», mientras repartían unos volantes casi etéreos, diseñados en papel de arroz con letras de un gótico extremo. Era una breve reseña de las motivaciones del nombre elegido.

En el año 1919, unos jóvenes tenían como meta crear un Club donde reunirse y compartir historias. Como no tenían un peso partido al medio, decidieron ir a apostarle a los tungos. Cuestión de la suerte, designios amarrados a los ruegos cotidianos, el destino obrando sobre el deseo y el libre albedrio, quizás por otras vaguedades inescrutables e imprevistas, el asunto es que: ¡ganaron! Era tal el asombro que apenas si podían reconocerse como ganadores de la apuesta hípica. El mote del caballo ganador era: «Sin Rumbo» y por eso le pusieron ese nombre al Club; en homenaje a esas ágiles patas que facilitaron realizar sus sueños. Con el tiempo se transformó en un lugar reconocido entre el circuito de las milon- gas porteñas y fue denominado: «La Catedral del Tango». Allí bailaron Finito, el Turco José, Escalise, El Alemán, Petróleo, Portalea, Juan Carlos Copes, María Nieves, Eduardo Pareja «Parejita», La Chimbela y Aldo, el Chino Perico, también tocaron allí grandes orquestas e intérpretes del tango como Juan D´Arienzo, Carlos Di Sarli, Varela, Alberto Castillo y tantos otros.

Ya zanjada la disputa y con el cartel fulgiendo al frente, entramos al ámbito ya descripto de la Milonga Final o Final con Milonga. Por los parlantes sonaba orquestal el tango «Racing Club» de Vicente Greco y Carlos Pesce. Ni bien entramos dispusimos una mesa con cinco sillas que terminaron siendo seis, pues subrepticiamente apareció Ciro Rossini al grito de:

—¡¡Per Baco, io non me pierdo cuesta milonga ni las empanadas de carne!!

2

(«Carancanfunfa se hizo al mar con tu bandera,
y en un pernod mescló a París con Puente Alsina»

Ángel Villoldo /Enrique Santos Discépolo
y Juan Carlos Marambio Catán)

— Digamé Barroso ¿el que pasa la música es amigo suyo o es una tramada provocación albiceleste? —me espetó Leopoldo, que como todos saben, es un conspicuo hincha boquense.

—Faltaba más maestro, seguramente habrá un ecuánime recorrido que no dejará afuera ni siquiera el tango que le dedicaron al otro club rival, histórico de Avellaneda y sin dudas también escucharemos el tango «Boca Juniors» de Rodolfo Sciammarella —respondí con algo de sorna mientras llegaba la primera fuente de empanadas.

— Como decía un amigo: «las excusas son como el culo todos nos sentamos en uno» —agregó Tesler, aportando su verba vitriólica al asunto.

—Si no les incomoda, preferiría hablar del panteísmo peronista y su cadena de milagros o si prefiere les hago un epítome —decidido a molestar a Leopoldo, espetó Schultze en plena masticación de una aceituna, consecuencia de una típica empanada cordobesa.

Ahora sonaba: «Flores negras» de Francisco de Caro y Mario César Gomilla, que era una delicia auditiva, con su violín corneta o violinofón, que semejaba un cuerno de viejo fo-

nógrafo, agregando una nasalidad acústica que endulzaba el aire, como invadido por jazmines estrellados.

En ese momento, se paró en el centro de la pista uno de Los Reclamantes con aspavientos de animador y con la ya conocida muda resonancia de sus actuaciones, presentando a las Convocadas a la Milonga, las que fueron tomando asiento, haciendo una sutil reverencia a medida que sus nombres rodaban con sonoridad abrumadora, estremeciendo hasta el aire de los suspiros:

Nelly Omar, Zully Moreno, Norah Lange, Aurora Venturini y Elbiamor, fueron los nombres que pusieron de pie a los que estaban sentados y sentaron de asombro a los que estaban parados. Ocuparon una mesa que estaba exactamente enfrentada a la nuestra, pista de por medio. Se las veía entusiastas y vitales, sobre todo a la Venturini que parecía llevar la voz cantante.

Debo agradecer el momento, pues pude comprobar el enamoramiento y devoción en los ojos de Leopoldo al ver a Elbiamor entre el grupo de las recién llegadas. Se cruzaron una mirada tierna y anhelante, dejando a las claras también, que no era menor el estremecimiento de Elbiamor al vislumbrar la presencia de su amado.

─ Recuerdo una vez que Borges (¿o fue Pereda?) tuvo un arranque por conocer familiaridades orilleras, me preguntó: ─Decime Macedonio, ¿eran tan bravas las elecciones en Balvanera?, recuerdo haber dudado unos instantes para observar su sincera ignorancia y su pueril conocimiento de todo lo que acontecía al sur de la avenida Santa Fe. Fue enton- ces que le dije: ─Sí, todos los vecinos de Balvanera hemos muerto en las elecciones ─finalizó Macedonio su repentina incursión al diálogo, con una espléndida carcajada y un vaso de vino tinto en alto.

Y fue con «Yuyo verde» de Domingo Federico y Homero Expósito, interpretado por Pugliese/Morán, que varias pare-

jas de Los Reclamantes, ganaron la pista, exhibiendo maestría, destreza y sentimiento. El abrazo estrecho, la caminata canyengue y cada tanto un giro de izquierda con barrida y boleo. Era de una emotividad que quebraba el pecho, ver a los Sufrientes atravesando el salón con sus esencias, baldo- sa por baldosa con la cadencia de quien siente la respiración del fueye. A la vez, habíamos logrado un remanso en sus Tormentas de Aullidos; una revancha lúdica en el costado imprevisto de las cosas, luciendo secuencias de ochos cortados y de caminata sincopada.

Promediando «Cascabelito» de José Bohr y Juan Andrés Caruso, sonando en un instrumental por la orquesta de Di Sarli, pude divisar a Elbiamor y a Leopoldo con giros en ocho y corridas de tres baldosas. Lentamente las parejas se formaron en cadencias emotivas y quebradas memorables. El único que «planchaba» por decisión propia era Ciro Rossini, participando con frases estentóreas, que reverberaban en las ficticias paredes, con su ronca voz y estridencias colapsadas de ajo*: ¡Ah, giovinezza! Quanta bellezza in queste baile porteño. ¡Abbraccio nel cuore a tutti!*

De pronto me sentí compelido a invocar a Amalia, y así lo hice sin más vueltas acudiendo a la Bordona Geográfica de los Destinos Imposibles, sucede que estaba sonando «Poema» de Eduardo Bianco y Mario Melfi, amorosamente ejecutado por Canaro / Maida. Ni bien llegada por el influjo de la virtud invocante y con una ligera presentación de ocasión, nos dispusimos a disfrutar los compases. Fue entonces que en un apretado abrazo «caminamos» la pista, apenas adornada con unos ochos cortados, algún gancho y caminata cruzada. Hubo aplausos y sonrojos y una repetición con todas las parejas disfrutando entre vítores y sollozos.

Cuarto y último corolario

Final de eternidad o el Aullido que no cesa (del libro lunario de Los Reclamantes)

— ¡Todavía pululan los que indagan con inocencia cardíaca por los motivos de la violencia, y nosotros aquí fluctuan- do entre el anecdotario y las evocaciones en letra de molde! —con voz queda, uno de Los Reclamantes, subido al Ultimo Escenario de la Última Escena, en el centro mismo del Parque Carlos Mugica, con el tablado volcado sobre la calle Gerchunoff, daba comienzo al «Final de eternidad o el Aullido que no cesa».

El montaje teatral se recortaba entre los árboles y dosificaba momentos repetidos y variados en secuencias aleatorias y recurrentes. El decorado, cambiante y en variaciones de la Casa de Gobierno, los edificios públicos y sus alrededores, tanto antes, como durante y después del artero ataque de Los Horribles. Todo era un torbellino de gente corriendo, la atroz quietud de los cuerpos calcinados, autobuses quemados, escombros y hogueras iluminando hasta el dolor de los gestos. Todo es sintetizado y resignificado, no sólo por el híper realismo que ya hemos detallado en otros capítulos, sino y además, por el contexto ambiental, entre pezuñas de buey (no puedo evitarlo su nombre científico me atrapa: bauhinia forficata), fresnos y liquidámbar, que lejos de perder intensidad ni dramatismo, aportaban un tópico de naturaleza exultante y de ensoñación trágica, entre ese follaje de remansos verdes y cortezas acuareladas, Y sin temor redundante insisto: la presencia imbricada y pletórica de lapachos, acacias, plátanos y

ligustro dorado, hacían de la complejidad un atributo y de la frondosidad un desafío para encarnar la denuncia y el luto.

A lo lejos, sobre el Parque General Paz se escuchaban quejumbrosos rechines de las aspas del «viejo molino», que fuera tanque de suministro de agua para la chacra del sobrino de Don Cornelio Saavedra. En este paraje legendario, donde residiera el primer presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata a nombre de Don Fernando VII, adversario de morenistas y fustigado por Álzaga por ser un sometido al imperio. También llegaban en ahogadas olas, canciones ignotas desde la calesita, inaugurada a principios de la década del cincuenta del pasado siglo. Del mismo modo, cada rincón del Parque respiraba los pormenores de otros tiempos y la conmoción por nuestra intromisión, agitando sus coloniales construcciones y la paz ditirámbica de sus espectros.

Como en todas las apariciones de esta saga con ínfulas patrióticas, Los Reclamantes aparecían a guisa de actores de sus mismísimos padecimientos, pero también oficiaban de tramoyistas, iluminadores, escenógrafos y vestuaristas, porque la virtualidad no significaba arte de birlibirloque, requería de un esfuerzo sin igual, inclusive de más envergadura que en la teatralidad de escenografías de madera y cartón pintado o en las pruebas de primera lectura al ensayo general antes del estreno. Aquí «la única realidad era la verdad de Los Reclamantes en clave de inapelables almas olvidadas».

—Disculpe, Barroso, pero usted sabrá que inclusive la fachada se desmorona desde adentro y que, como dicen las «greguerías»: «en el vinagre está todo el mal humor del vino», inclusive podría agregarle, que el minucioso estudio de los astrónomos no ha podido descifrar el garete cósmico de nuestro cascote terrestre. Y como a buen entendedor...y a ojo de buen cubero, le digo, que usted debiera consignar que esos parajes con aspas de molino o de gigantes cervantinos; esas tierras, que Juan de Garay repartió como si les pertenecieran, donde hay un lago que se estrecha y un puente que

une esas costas de patos, ranas y culebras. Digo, le digo, en realidad, que debiera relatar que es el mismísimo putrifango donde Arturo Del Solar (criollista práctico) y Luis Pereda (criollista teórico) anduvieron a los tumbos junto al resto de nosotros buscando la «Casa del Muerto», allá por un lejano Adán Buenosayres, entre, a groso modo, la página ochenta y ciento veintiuno –intervino Samuel Tesler con una vehemencia de filósofo jacobino defendiendo sus ideas en una plaza pública.

Solo atiné a abrazarlo, como quien contiene el desborde emocional de un amigo y que intenta acompañarlo en el desconsuelo de un momento amargo. Aunque como deducirán, sólo abracé la esencia de un afecto corporizada a mi cuenta y abrigo. Caminamos un rato entre estructuras simbólicas y decorados versátiles, que resplandecían sobre el follaje de los árboles y las cornisas del aire.

– ¡Todavía pululan los que indagan con inocencia cardíaca por los motivos de la violencia, y nosotros aquí fluctuando entre el anecdotario y las evocaciones en letra de molde! –repetían, ya no uno, sino todos Los Reclamantes, utilizando todas las técnicas vocales y actorales posibles e inadmisibles, en un recorrido de disciplinas teatrales universales, desde danzas paleolíticas a los recitados de juglares medioevales, pasando por ritos fúnebres de distintas carnaduras ontológicas y con similitudes en ruegos y rituales; salmodias eclesiásticas y variopintas ceremonias paganas y hasta vulgaridades de vodevil y de borrachines de velorios de entre casa. También, singulares improvisaciones de vanguardismo y técnicas experimentales. Desplegando dotes de histrionismo y rompiendo la cuarta pared con los relatos en paralelo, provocativos y beligerantes de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, acometiendo desde todos los puntos cardinales y sus múltiples coordenadas astrales, cartesianas y esféricas.

– «¿Alguno de los presentes puede recordar un nombre, aunque sea un solo nombre de los más de trescientos hombres, mujeres y niños que murieron en los bombardeos del 16

de junio de 1955?» —declamaba uno de Los Reclamantes, en el centro de la escena y en medio de una coreografía de jueves en Ronda por la Plaza de Mayo, mientras un gigantesco pañuelo blanco fulgía entre la copa de los árboles como una coraza.

Glosario

¡Argentinos, argentinos, escuchad...: Proclama de los comandos civiles cuando tomaron Radio Mitre en los bombardeos de 1955.

¡alaghö achanq bajù yjku! ¡tunkûha chujqy alotimpé! Frase inventada. Sin traducción.

¡Minga!: Lunfardo. ¡Jamás! no, nada, nunca// expresión de incredulidad.

¡Qué plato!: Pop. ¡Qué divertido! La expresión, la crearon Carlitos Balá, Locatti y Marchesini para un programa que auspiciaba "El Emporio de la Loza".

¡Tenga mano tallador!: Criollismo. Pop.Advertencia que se da a alguien que está cometiendo una trampa o un desliz. Posiblemente asociado al juego de baraja donde el tallador es el que reparte.

A cara 'e perro: Pop. En el juego de cartas tener neutralidad en el gesto.

A la que te criaste: Pop. Modo de hacer algo muy caótico y desordenado.

A los ponchazos: Criollismo. Pop. Hacer u obtener algo en forma desordenada.

Abacanado/da: Lunfardo. Presuntuoso/sa.

Acuareladas: Neologismo. Del color y consistencia de las acuarelas.

Agarrar para el churrete: Lunfardo. Burlarse o mofarse de otro.

Ají quitucho: Es un ají silvestre que crece naturalmente en los cerros de la Provincia de Salta. Es extremadamente picante.

Al cuete o cohete: Pop. De balde, en vano, inútilmente// sin motivo, sin necesidad// trabajar sin ganancia alguna.

Albearista: Jerga política. Partidario de Marcelo Torcuato de Alvear.

Álmico / Álmica: Neologismo. Referente al alma, lo astral, espiritual. etc.

Aluvión Zoológico: Jerga política. Despectivo, para referirse a l masa de ceguidores y simpatizantes del Peronismo. Se le adjudica a Ernesto Enrique Sammartino, diputado de la Unión Cívica Radical, el haber acuñado desde 1947 ese agravio.

Andar de la cuarta al pértigo: Criollismo. Carecer de dinero, vivir en la miseria. Andar a los saltos

Ande: Criollismo. Adónde

Arrugue: Lunfardo.Temor, cobardía, miedo.

Balurdo: Lunfardo.Mentira / embrollo / engañar, cosa complicada.

Bartolero/ra: (Lunfardo. Desordenado, negligente, inepto, chambón, persona que hace tonterías.

Batir: Lunfardo. Decir, delatar, denunciar, contar, declarar, avisar.

Beligeran: Neologismo. Acción beligerante.

Berretín: Lunfardo. Capricho, deseo vehemente, antojo, debilidad por algo, idea fija.

Bondi: Lunfardo. Ómnibus. Colectivo. Autobús

Cabecitas negras / cabecitas / cabeza: jerga políco-social-cultural. Es un término utilizado para denominar, despectivamente, a un sector de la población asociado a personas de pelo y piel oscuros pertenecientes a la clase trabajadora. Fue pergeñado en el primer peronismoen 1940, por el anti-peronismo.

Cacharroso: Neologismo. Cacharro. Viejo, deteriorado o que funciona mal

Cachuzo/za Lunfardo. Arruinado, cachado (C. y P.), deteriorado (C. de la P.), roto, en mal estado, descascarado, averiado, sin valor // persona pobre, enferma, achacosa, venida a menos, acabada.

Cachuzo/za: Lunfardo.Arruinado, cachado, persona enferma, achacosa, venida a menos.

Cafúa: Lunfardo. Cárcel, prisión.

Caído del catre: Lunfardo. En sentido figurado, es ser muy inteligente, ser algo bobo

Caja chayera: Instrumento musical andino. Es un instrumento de percusión en forma de tambor pequeño. Está conformada con dos membranas de piel tensada a ambos lados de una caja de madera. Se llama así porque nació para acompañar la música de la Chaya.

Cajetilla Lunfardo.: Persona bien vestida, elegante, presumido, acicalado. Petimetre, lechuguino.

Caminar / caminata: Tango baile. Es el paso básico. El hombre y la mujer caminan en armonía con las piernas opuestas y con cadencia

Cana: Lunfardo. Tomar preso a un individuo / agente de Policía, vigilante, gendarme, guardia cárcel / cárcel, prisión, comisaría; todo lugar que sirve de prisión, desde el modesto calabozo policial al más severo presidio.

Cantar cuatro frescas: Pop. Decir algo en la cara a otro, decir verdades en voz alta.

Canyengue: Lunfardo. Arrabalero / baile /modo quebrado y con cortes de bailar el tango. Manera afectada al hablar.

Caño/Caños: Pop.Artefacto explosivo de fabricación casera.

Chambón/ona: Lunfardo. Persona que no sabe desempeñarse, que hace mal alguna cosa, de escasa habilidad en cualquier actividad.

Chambonada: Lunfardo. Desacierto propio del chambón/ona, chapucería, error por falta de conocimientos, estupidez, torpeza, desacierto.

Chicato/a: Lunfardo. Corto de vista.

Chichoneando / chichonear: Hablar en tono burlón y divertido. Bromear, mofarse de alguien.

Chifle: Asta de buey para llevar líquido.

China: Criollismo. A la mujer de campo tradicionalmente se la ha llamado «china», del quechua: muchacha.

Chinchulín: Criollismo. Intestinos de ovino o vacuno trenzados y asados.

Chingar: Lunfardo. Errar, fracasar. Mal confeccionado.

Chirusa: Lunfardo. Mujer vulgar o de baja estofa// criada provinciana de condición humilde

Choique: El ñandú de Darwin, también conocido como suri, choique, ñandú petiso, ñandú andino o ñandú cordillerano es una especie de ave Struthioniformes de la familia Rheidae nativa de Sudamérica.

Cine Teatro «Argos»: El Cine Teatro Argos, hoy desaparecido y reconvertido estaba en Federico Lacroze 3457, en el barrio de Colegiales. Tenía al lado un Bar Billares, también desaparecido en 2007.

Colado: Lunfardo. Introducido subrepticiamente a un lugar, el que está demás en un asunto o lugar

Contra / Contrera: Pop.Jerga política. Antiperonista.

Copera: Lunfardo. Alternadora. Mujer que recibe comisión por las copas de bebida que consume ella y su acompañante, en Caba- rets, cafés cantantes, etc.

Cortito y al pie: (Popular, es una expresión del ámbito del fútbol. Aplicada a algo dicho sintética y claramente.

Cortito y al pie: (Popular, es una expresión del ámbito del fútbol. Aplicada a algo dicho sintética y claramente.

Coser-lavar para afuera: Frase usada para las mujeres que hacían esas faenas para terceros, por lo general más acomodados socialmente.

Criollista: Del criollismo, refiere a la característica criolla. El término también se usa para aludir a la postura que lleva a la exaltación de las propiedades de lo criollo. Criollismo.

Cristo Vence: Inscripción que exhibían los aviones de la marina que bombardearon a la población civil el 16 de septiembre de 1955. Llevaran pintada una cruz encima de una «V» (Cristo Vence»

Cuantife: Panlengua / Neocriollo / Neocriollismo **/** Neoidioma**.** Lenguaje creado por Xul Solar.

Cuiqui: Lunfardo.Tener cuiqui, tener miedo.

Cuiqui: Lunfardo. Tener cuiqui, tener miedo.

Cuore: Lunfardo.Corazón.

Dancing: Lunfardo. Boliche o club bailable.

De bute: Lunfardo**.** De buena calidad, bueno (VB), de lo mejor, excelente, magnífico, admirable, espléndido, óptimo, especial, lo mejor en su clase.

De la gran siete: Lunfardo. Tremendo. Excesivo. Asunto Algo que exige considerable esfuerzo.

De querusa: Lunfardo. Hacer algo «de queruza», **significa** tramar alguna acción con mucho cuidado, a escondidas, sin ser notado.

De rompe y raje: Lunfardo. Algo de mucha calidad, insuperable.

Dedos magnéticos: Era una habilidad de un luchador de «lucha libre», llamado «el indio comanche», un indio del barrio de Berazategui que hacía recordar al Toro del Enmascarado Solitario. Era parte de una troupe muy (Popular de un programa de televisión, ***Titanes en el ring***, creado y dirigido por Martín Karadagián.

Destriperío: Neologismo. Acción de destripar. Las tripas a una persona o un animal expuestas.

Desvencijos: Neologismo. Desvencijado / desbaratado / desguazado.

Discepoliano: Partidario de Enrique Santos Discépolo «Mordisquito»

El coso / la cosa: Lunfardo. Persona cuyo nombre no se menciona, sujeto, individuo cuyo nombre se ignora o no se recuerda.

El viejo: Pop. Así mencionado en los años del retorno a Juan D, Perón.

El zorzal criollo: Pop. Carlos Gardel. El Morocho del Abasto, El Mago, El Rey del Tango, El Mudo, El Troesma.

En patas: Criollismo. Con los pies desnudos. Andar en patas.

Engayolaban: Lunfardo. Poner preso. Estar enamorado.

Errar el viscachazo: Criollismo. Pop.Fallar la intención.

Escabio: Lunfardo.Tomar alcohol. Bebida alcohólica en general.

Escarpios: Lunfardo. Zapatos.

Espamento: Lunfardo. Aspaviento. Acción y efecto de espamentar.

Fileteado: Criollismo. Adorno con filetes; pintura de filetes artísticos en paneles de carros y camiones y colectivos.

Fletalo / fletar: Lunfardo. Cesantear, despedir, echar, expulsar a alguien de un empleo o de un lugar.

Fuentón: Lebrillo grande con dos asas (proviene de fuente) antiguamente de chapa galvanizada.

Funyi: Lunfardo. Sombrero.

Fusiladora: Jerga política. Llamada así (Popularmente al golpe de estado del 16 de septiembre de 1955. Grupos insurgentes de las tres armas lanzaron una rebelión concertada contra el gobierno constitucional de Juan D. Perón, se autoproclamó «revolución libertadora».

Gaita: Lunfardo. El de origen gallego o español en general.

Garca/s: Lunfardo. Sustantivo derivado de la inversión y apócope del verbo «cagar», al revés: «vésre». También abreviatura y referencia de oli**garca**.

Gaucho matrero: Criollismo. El **Matrero**: Es un **gaucho** que, por haber cometido un delito, es perseguido por la justicia y huye.

Geloso: Nombre de una compañía productora de radios, televisores, amplificadores y grabadores. Nombre utilizado para nombrar el aparato mismo.

Germinario: Neologismo. Lugar donde se producen germinaciones.

Gil: Lunfardo**.** Que es tonto o da muestras de ingenuidad o falta de viveza.

Gorila: Pop.Jerga política. Antiperonista. Reaccionario.

Güeya: Criollismo. Huella.

Hacer pata ancha: Criollismo. Afrontar una situación, hacer frente, resistir sus consecuencias, no amilanarse.

Hacerse el chancho rengo: Popular. Gauchesco. Criollismo. Equivale a **hacerse** el distraído para esquivar una responsabilidad. El escritor José Hernández lo pone en boca del Gaucho Martín Fierro, en el canto XI de La vuelta de Martín Fierro

Huinca: (pronunciado [ˈɰwiŋ.ka] o [ˈwiŋ.ka], es un vocablo de origen araucano que **significa** «hombre cristiano» “usurpador” “hombre blanco”.

Indestinado: Neologismo. Sin destino.

Irigoyenismo: Jerga política. Partidarios de Hipólito Irigoyen

Irse a la quinta del ñato: Lunfardo. Criollismo. Morirse. Ir a parar al cementerio. El «ñato» en referencia a la calavera que carece de naríz.

Jaguar chané: Máscara de ese animal félido hecha por el pueblo originario Chané del norte de Argentina.

Jodido/da Lunfardo.: ((Pop.).) Quebrantado de salud; enfermo// burlado// defraudado, perjudicado, estafado// molesto, fastidiado// dañino, ruin, perverso, egoísta, malo, maligno

Kultrún: El kultrun o *cultrún* representa en la cosmovisión mapuche la mitad del universo o del mundo en su forma semi esférica

La arrepentida: Tango. Paso de baile en el tango, que comprende varios pasos en si: una apertura, un avance y retroceso (o dos según el gusto) y un cierre con cruce de la mujer...

La cañonera: Jerga polìtica. (Pop.) El derrocado presidente Perón se asiló por unas horas en la Embajada de la República del Paraguay, desde donde partió hacia la cañonera. Era el 20 de setiembre de 1955 y permanecería en la nave hasta el 2 de octubre del mismo año, en que emprendió viaje hacia Asunción.

La contra / los contreras: Jerga política. Término utilizado para referirse a los anti peronistas.

La número cinco: Pop.En referencia a la pelota o balón de fútbol.

La parrilla: Pop.Forma de tortura que consistía en poner al torturado sobre una cama de elásticos de metal, mojarlo y aplicarle descargas eléctricas con la picana.

La Rosada: Pop. Apelativo con el que se conoce a la Casa de Gobierno.

La Santa: Pop. Hist. En julio de 1952, mientras Eva Duarte agoniza en la residencia presidencial, afuera, en las calles, en las iglesias y en los hogares, el pueblo empieza a expresar su dolor. Este duelo se expresa a través de misas, rezos, responsos, procesiones y homenajes, en los que se veneran retratos, bustos, estatuas y se improvisan altares. Contagiado por el fervor laudatorio de la despedida, la cámara de diputados declara a Eva «Jefa Espiritual de la Nación»

La triple A: Jerga política. La Alianza Anticomunista Argentina (AAA), fue un grupo parapolicial de la Argentina en la década de los setenta.

Lengue: Lunfardo. Pañuelo de golilla, pañuelo de cuello preferentemente blanco.

Leones: Lunfardo. Pantalones

Limbando: Neologismo. Estar en el limbo

Lompas: Lunfardo. Pantalones

Lunfardo: Jerga porteña, formada a fines del siglo XIX. Argot. Slang

Lungo/a Lunfardo.: Largo / de gran estatura

M'íjo: Criollismo. Por mi hijo. Expresión afectuosa que emplea un padre o una madre para dirigirse a su hijo, o una persona mayor a un niño o un joven. Usado en varios países de Latinoamérica.

Marechaliana/no*: Neologismo. Referido o referente a Leopoldo Marechal.*

Martinfierrista: Movimiento vanguardista y literario (1924) de los más importantes de la Argentina.

Matungo: Lunfardo. Caballo; caballo inservible e inútil, achacoso o débil.

Menchevizando: Neologismo. Mencheviques. Acción del menchevique.

Meter violín en bolsa: Lunfardo. Abandonar un propósito/ callarse la boca, dar por terminada una conversación/ llamarse a sosiego

Milonga: Lunfardo. lugar de baile// fiesta bailable modesta. Tonada (Popular del Río de la Plata que se canta al son de la guitarra, y danza que se ejecuta con ese son, También: Mentira, cuento falso, asunto dudoso, enredo, alboroto, desorden.

Mistongo/ga: Lunfardo. Humilde, insignificante, venido a menos.

Mojar la oreja: Lunfardo. Provocar una pelea. Acción de desafío mojando un dedo de la mano con saliva y tocando con él la oreja del adversario.

Mordisquito: Actor, director, dramaturgo, compositor y cineasta. Su compromiso social lo llevó a apoyar la campaña electoral de Perón desde su programa radial: "¿A mí me la vas a contar?", feroz retrato de «**Mordisquito**», epítome de una clase social banal, regida por las apariencias y el lugar común.

Neocriollo /Panlengua: Lenguaje creado por Xul Solar. Panlengua / Neocriollismo / Neoidioma /Neogogo

No le da el cuero: Lunfardo. No tener capacidad ni posibilidad, ni decisión para algo.

Olivarse/ me Olivé / tomarse el olivo Lunfardo. Evadirse, escaparse, fugarse, irse.

Orejear: En el juego de cartas: ir descubriendo una a una, lentamente, las cartas que tocaron en suerte.

Orillero/ra: Lunfardo. Arrabalero; habitante de los suburbios de la ciudad.

Orsai: Del ingl. off side. En el fútbol: aquél jugador que se encuentra en posición adelantada.

Pachamama: Lengua quechua. La madre Tzierra.

Padeciente: Adjetivo en desuso. Como participio del verbo padecer, que quiere decir la persona que padece, sufre, soporta, tolera o resigna ante una dificultad, obstáculo y en común ante una enfermedad o un dolor.

Panajedrez: Recreación del ajedrez. Creado por Xul Solar en la década de los 30. Las fichas están marcadas con consonantes (menos los peones que son números) y las casillas del tablero con vocales. De esta manera cada movimiento del tablero produce diferentes palabras.

Panlengua/ Neocriollo: Lenguaje creado por Xul Solar. Panlengua **/** Neocriollismo / Neoidioma /Neogogo

Parejero: Criollismo. El caballo criollo muy ligero que se destina para correr en el andarivel de las carreras

Párrafos intentando palabras del Neocriollo: «la tangofonía infralúcida es como un lunanco que al trotipaso nos dejará en la protoorbe, entre un santiamén de brutiletargo y un fetialiento de caprimúlgido en celo»

Payada: Canto y canción improvisada. Competencia o contrapunto de dos o más payadores.

Pelar la breva: Ganarle lo que uno tiene, también arrebatárselo.

Perder la chaveta: Lunfardo. Perder el juicio.

Pernoctancias: Neologismo. Relativo al transcurso nocturno. Pernoctar.

Peronachos: Jerga política. Despectivo por peronistas.

Pingo: Lunfardo**.** Caballo / pene / persona servicial.

Piringundín: Lunfardo. Lugar de baile de poca monta y de dudosa moralidad

Pirulines: Caramelo duro y colorido, de hasta 10 a 15 cm de alto, de forma cónica o piramidal con punta muy aguda, con un palito de plástico en la base que sirve para sostenerlo.

Pituco/ca: Lunfardo. Persona, que ostentosamente pertenece o simula pertenecer a una clase social pudiente.

Planchar: Lunfardo. Estar en un baile sentado/a sin que lo/la inviten a bailar, o bailando muy poco. Desmayar / enfermar/ cometer un desacierto o error.

Puntín: Pop. (Fútbol) Golpe dado a la pelota con la punta del botín

Putear/putiar /putiada Lunfardo**.** Insulto. Insultar.

Putidrama: Del Neocriollo. Lenguaje creado por Xul Solar. Panlengua / Neocriollo / Neocriollismo / Neoidioma / Neogogo

Putribarrios: Del Neocriollo. Lenguaje creado por Xul Solar. Panlengua / Neocriollo / Neocriollismo / Neoidioma / Neogogo

Quedarse en ayunas: Pop. Sin tener noticia de algo o sin penetrarlo o comprenderlo

Quilombera: Lunfardo. De quilombo, burdel, prostíbulo, desorden, escándalo, mezcla o confusión de cosas, enredo.

Rantería: Lunfardo. Indigencia

Rebenque: Sudamérica. El rebenque es un látigo corto. Pensado principalmente para azuzar a la cabalgadura, consta de un mango de madera maciza de unos 50 cm de largo y una tralla de igual longitud y unos 5 cm de ancho, confeccionada en cuero crudo.

Relojear/Relojeaba Lunfardo.: Mirar con disimulo. Observar con atención, examinar, estudiar cautelosamente. Constatar con el empleo de un cronómetro un lapso de tiempo, respecto de la duración de algo

Sánguche Lunfardo.: Por sándwich.

Santobogán: Del Neocriollo. Lenguaje creado por Xul Solar. Panlengua / Neocriollo / Neocriollismo / Neoidioma / Neogogo

Sección Especial: Organismo de la Policía Federal fundado en 1934, de nefasta actuación durante el primer Peronismo.

Singer: Máquina de coser que en épocas del primer peronismo eran provistas a las familias de escasos recursos.

Solari: Lunfardo. Estar solo.

Taita: Lunfardo**.** Individuo corajudo, prepotente y provocativo; guapo; hombre malo, corajudo y valiente.

Timbúes: Los Chanás-Timbúes integraban el Grupo del Litoral (Argentina), cuyo hábitat se ubicaba en las zonas costeras del río Para- ná. Perseguidos desde la invasión española y hostilizados siempre. En 2005 se encontró un semi-hablante de la lengua Chaná.

Tirano depuesto: Jerga política. Pop. Expresión utilizada para referirse a Juan d. Perón, depuesto por el golpe militar de 1955. Leopoldo Marechal escribiría: «desde 1955 no sólo tuvo nuestro país un Gobernante Depuesto, sino también un Abogado depuesto, un Médico Depuesto, un Militar Depuesto, un Cura Depuesto y (tal mi caso) un Poeta Depuesto».

Tremendario: Neologismo. Tremendo / gigantesco / descomunal.

Tripas: Criollismo. Conjunto de las vísceras de un animal vacuno u ovino que se comen asadas, como el hígado, los intestinos o los riñones

Tungo: Lunfardo. (turf.) caballo de carrera

UB: Jerga política. Unidad Básica, denominación de los locales políticos del Partido Justicialista.

Umbrosidad: Neologismo. Calidad de umbrío.

Valerio: Lunfardo. Por "valet". Sirviente. Preso que hace de sirviente en tareas domésticas, frecuentemente sodomizado.

Villacrespense: Oriundo de Villa Crespo, barrio de la Buenos Aires.

Vizcachear / vizcacheando: Criollismo. Merodear. Husmeando. Estar pendientes de la madriguera de la vizcacha.

Yo no inventé a Perón: Frase con la que comenzaba un texto de Enrique Santos Discépolo, «Mordisquito»**,** en defensa del peronismo. Eran emitido en Relatos Radiales de Radio Nacional, en el programa: ¡a mí no me la vas a contar!".

Zumbo: Pop. término despectivo para referirse a suboficiales de las FFAA o fuerzas de seguridad.

ANEXO

CONTRAOLVIDO

Fuente: diario Clarín, Bs. As., 18/06/55 –

Lista parcial de personas fallecidas identificadas en distintos establecimientos hospitalarios de la Capital Federal:

(*) Los textos entre paréntesis son agregados del autor, no pertenecen a lo publicado por el medio.)

En la Asistencia Pública: Es importante consignar que según la prensa, en la madrugada del día 17 las personas fallecidas que se encontraban depositadas en este centro asistencial, en su gran mayoría aun no estaban identificadas.

Antonio Biondi, CI 1.161.767; Luis Mario Achin, CI 3.825.398; Juan Carlos Marino. (42 años, empleado de Aduana. vivía en Ramos Mejía. Recibió un balazo en el pecho que le causó la muerte cuando salía de la boca del subterráneo de la estación Plaza de Mayo; eran las 1 2:50 horas); Ana Victoria Roncali; Mercedes Zulema Merca; Rodolfo Gabay, CI 1.204.043; José Garcete CI 206.112; José Álvarez CI 4.271.573; Jorge José Gaudio, CI 2.164.031; Ricardo Obertello, CI 2.726.325; Héctor Mario Pessano, el 1.710.670; José María Ruiz, AGB 917.117; María Esther Aurora Volpe, CI 2.230.971 o 2.330.971 ; Héctor Emilio Castillo, CI 3.897.824 ; Mercedes Zulema Merlo, CI 3.611.800; Ro- berto Lucio Cano, CI 412.814. Enfermero; Alejo Núñez, CI 4.561.254; Leonardo Salvador Macchione, CI 1.426.248; Manuel Otero López, CI 1.666.604; Adolfo Boltón, CI 726.500; Felipa Zoila Herrera de Anfossi, CI 3.672.188 (Empleada del Mi de Guerra. Había solicitado permiso para salir de su empleo antes de su hora habitual y al salir del edificio fue alcanzada por una de bomba que le quitó la vida. Pág. 4); Julio Benito Pérez, CI 3.274.303; Daniel Pérez, CI 2.453.588; Carmelo Melitón Mino, CI 3.314.561; Darío Tartari, CI 4.367.162; Raúl Alberto Núñez, CI 4.404.927; Pedro Medrano Arganadena, CI 4.995.608 o 4.995.668; Manuel Jesús Donoso, CI 4.307.655; Salvador Patrignani, CI 2.271.323; S. Francian de F'elice o Sian Francian de Felipe, CI 1.589.071; Ventura

Julio Rojas, el 4.275.393; Juan Carlos Bacchiadona, el 1.155.778 (Empleado de la Casa de Gobierno, fue muerto dentro del edificio durante uno de los bombardeos, tenía aproximadamente entre 40 y 50 años y vivía en la Capital Federal).; Francisco Campos, CI 3.998.516; Nildis Maullito, CI 4.043.188; Victorio F. Saturnemo, AGB 711.005; Jacobo Faena, CI 2.746.296; Ruíz Rodríguez, CI 3.502.345; Vicente Félix Calva, CI 2.831.869; Italo Angelinca, CI 1.065.982; Juan Fraga, CI 995.897 o 996.897; Lilla Eisa Fábrega, CI 3.599.410 03.590.410; Rudecindo Hugo López, CI 3.827.039; Hugo Schierllig, CI 166.446; Catalina A. C. Biondi, CI 1.659.740 o 1.650.740; Juan Carlos Crecini, CI 3.304.492; Miguel Leilo, CI 564.597 o Miguel Leijo el 564.507; Enrique Lariva, AGB 309.716; Adolfo Ángel Lorenzo, CI 3.200.524

En el Hospital Argerich: Atilio Raúl Blanes, CI 4.260.372; Máximo Ezequiel Correa, CI 2.956.036; Velia N. Comitini de Messina, CI 4.703.606 o Comina de Messina Antonio A. Rodríguez, CI 1.989.617 o CI 1.989.617; Juan Bobich CI 1.343.924 o Juan Bembdich CI 1.343.924; Domingo Marino, CI 642.938; Juan Merlanovich, CI 706.515 o Juan Merzlanovich; Cándido Beriel, CI 1.826.703 o Cándido Bertoli CI l 826.798. Enfermero muerto cuando prestaba auxilio a los heridos.; Roberto J. Sangregori, CI 3.113.188, o, el 3.635.863; José Mariano Balcayá o Bacaljá, (Agente chofer de la Policía Federal); Ángel Castello, LE 31.495; Ángel Bernardo Lema, CI 3.443. 166; Salvador Perez CI 160.368; Antonio Galigano, CI 1.530.218; Alberto Parascandola, CI 2.318.992 o Parascándolo; Alfredo Méndez CI 2.032.955; Francisco Ramón Gairi, AGB 222.038 o 202.038

En el Hospital Rawson: Alfredo José Aguilar; Leandro Camba CI 1.117.101; Bonifacio Quintana CI 2.989.577

En el Hospital Clínicas: Zenón Plopauskas, CI 2.180.936 o Pojlouskas; Severo Aguirre, CI 3.967.329; Luis José Biondi CI 3.534.382; Carlos Rodríguez, CI 111.743; Ricardo Groma AGB 245.351 o Grema

En el Hospital Ramos Mejía: Enrique Adolfo Cocee, CI 1.214.468 o Cecee (Soldado del regimiento de Granaderos); L. Baigorria, (Soldado del regimiento de Granaderos). ;Pascual N. Biela, CI 1.054.696 o 1.064.096; Manuel Gaiburn, CI 400.192 o Gaiburu; Enrique O. Fernández, CI 3.162.295; Antonio Rodolfo Sconda, CI 3.386.428; Julián Jubero, CI 3.786.648

En el Hospital Alemán: Benito Antonio Bobadilla, CI 3.915.907; Miguel F. Sarmiento, CI 4.467.754

En el Hospital Fernández: Juan Pratolongo; Tomás C. Contreras

En el Policlínico del Ministerio de Hacienda: Rodolfo Nieto, SPB 59.899; Oscar A. Mures, CI 3.177.318

En el Policlínico Militar: Rafael Sotero Inchausti CI 2.474.099 o 1.474.099

La entidad Movimiento Peronista de los Extranjeros en la República, informó que en los sucesos del jueves fallecieron sus afiliados: Poll Glumen, alemán.; Hans Aluch Mildner, alemán.; Juan Merlanovich, yugoslavo.; José Álvarez, español.

Mujer de aproximadamente veinte años. Trabajaba de mucama en la calle Guido N° 2626, próximo a la Residencia Presidencial. Fue alcanzada por uno' los proyectiles disparados por los aviones, resultando una herida que le provocó la muerte instantes después en el Hospital Fernández (Pág. 4). Tomás Ricardo Ramón Vergara Ruzo. General de Ejército, fue muerto por estallido de una bomba en la esquina de Balcarce e Hipólito Yrigoyen, cuando dirigía al Ministerio de Ejército para ponerse a las órdenes de sus superiores, el chofer Antonio Misischia falleció también en esas circunstancias. El general Vergara Ruzo se desempeñaba como representante del Estado en la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina, en el cargo de director suplente (Pág. 4). Antonio E. Misischia. Chofer civil del coche donde viajaba el general Tomas Vergara Ruzo, muertos ambos, por una bomba que cayó en la intersección de las calles Balcarce e Hipólito Yrigoyen (Pág. 4). Hombre de cincuenta años. Murió junto a otras dos personas al caer, bomba en la avenida Pueyrredón 2267 (Pág. 4). Menor de 15 años. Murió en iguales circunstancias que el anterior (Pág. 4) Segundo menor de 15 años. Murió en iguales circunstancias que el al (Pág. 4). Tercer menor de 15 años. Fue alcanzado por una esquirla cuando cruzaba la calle. Murió frente al edifico N° 2235 de la avenida Las Heras (Pág. 4)

Hijo de Fernando M. Sarmiento. Falleció a causa del impacto de una la, al caer una bomba. El padre era propietario de uno de los edifi- cios sobre la avenida Las Heras (Pág. 4). Francisco Bonomi (50 años). De nacionalidad italiana, cayó muerto en, como consecuencia del im- pacto de una esquirla, frente al N° 2235 de Las Heras (Pág. 4). Fuente: diarios Clarín 18/06/55, El Mundo 18/06/55 y La Razón 17/06/55.

Personal de la Policía: Alfredo Amieyno, oficial principal de comunicaciones de la Policía Federal. José Mariano Balcayá o Bacalza, chapa 22490. Agente chofer de la Policía Federal, pertenecía a la sección Taller Mecánico y Garaje, fue muerto en la calle estando de servicio. Fue llevado a la Asistencia Pública y allí identificado (Clarín Pág. 4 - El Mundo - La Razón Pág. 7) Rodolfo Nieto, 51 años, oficial subinspector

de la Policía Federal. Prestaba servicio en la Dirección de Investigaciones y murió en la vía pública durante la jornada laboral. (Clarín Pág. 4) .

Alfredo Aulicino o Audicino, 45 años, casado, oficial principal de la Policía Federal. Fue muerto por una ráfaga de ametralladora estando en funciones en la Dirección de Comunicaciones. Los disparos provenían del último ataque aéreo contra el Departamento Central de Policía (Clarín Pág. 4 - El Mundo - La Razón Pág. 7).

Fuente: Moreno, Isidoro Ruiz. Historia del Regimiento de Granaderos a Caballo. Capítulo IX - Defensa de la Casa de Gobierno. Edición del mismo Regimiento. Bs. As.

El informe redactado por la Casa Militar de la Presidencia indica que, en el interior de la sede de gobierno la metralla y las bombas caídas produjeron entre , civiles y militares un total de 12 personas muertas y 55 heridas. De ese total hubo entre los empleados civiles un muerto y 12 heridos. El civil fallecido trabajaba en el Ministerio de Comercio. Las víctimas entre el personal militar se distribuyen así: Regimiento Motorizado Buenos Aires, un oficial y un suboficial: herido. Regimiento 3 de Infantería, siete soldados heridos y uno muerto. Secretaria de Información del Estado, dos suboficiales heridos y un soldado muerto. Regimiento de Granaderos, tres oficiales, tres suboficiales y 19 granaderos dos y nueve soldados muertos (Pág. 210).

Algunos nombres son: Enrique Adolfo Cocee o Cecee, CI 1.214.468. (Granadero conscripto).; L. Baigorria (Granadero conscripto) cayó defendiendo la Casa de Gobierno.; Pedro Leónidas Paz (Granadero conscripto) cayó defendiendo la Casa de Gobierno.

Fuente: Expediente 26.237. Causa: “C. Almirante Aníbal O. Olivieri y otros sobre Rebelión Militar, junio de 1955. Personal del Ejército muerto Dirección General de Ingenieros: Tomas Vergara Russo, General de brigada.; Antonio E. Misischia, auxiliar 8°.; Alberto F. Lasi, Inspec. 3°.; O R. Blanco, empleado civil. DIF; Felipa Anfossi de Herrera, Ayudante Ppal. Regimiento Motorizado Buenos Aires. Roberto Miguel; Arturo Shangan Regimiento 3 de Infantería de La Tablada. Rubén Crispuolo Regimiento de Granaderos a Caballo, Rafael Sotero Inschausti (CI 3.177 .318); Orlando H. Mocca; Pedro Leonidas Paz; Pedro A. Baigorria; Laudino Córdoba; Víctor E. Navarro; Ramón A. Cárdenas; Mario B. Díal (Policlínica Ramos Mejía).; Oscar R. Drasich (Policlínica Ramos Mejía).

Personal del Ministerio de Aeronáutica muerto: José Fernández. Suboficial ayudante escalafón general, VII Brigada Aérea. Morón.

Ramón Jorge Esquivel. Destino Servicio de Información y Seguridad Aeronáutica, desaparecido, probablemente muerto.

Manuel Gutiérrez. Suboficial ayudante, fallecido a las 12.35 horas con secuencia de heridas recibidas en la espalda y la sien izquierda, cuando en su escritorio de la División Operaciones del Comando General. Ricardo Blanco. Empleado civil del Ministerio de Transporte en comisión la División Transporte del Comando General Aeronáutico. Falleció a las 12:35 horas, cuando salía del edificio, al estallar una bomba que impactó entre el Ministerio de Ejército y el de Hacienda, fue llevado al policlínico Argerich. Bartolomé Antonio Batista. Siendo las 15.30 horas, cuando viajaba en un colectivo recibió una bala en la región frontal que le produjo la muerte. Fue conducido a la Asistencia Pública. Nombre de su esposa Ada Victoria Roncari.

Otras Fuentes: A.Rodríguez. Chofer de la Asistencia Pública (El Mundo 18/06/55) Rojas, chofer de colectivos. Falleció por la explosión de una bomba que cayó cerca de la parada de colectivos, donde esperaba tomar servicio (testimonio de Carlos Elizagaray).

Héctor Passano. En las inmediaciones de la CGT, cayó casi partido por la mitad el obrero Héctor Passano. Con un revólver pretendía derribar un Gloster que venía vomitando metralla a 40 metros de altura. (Artículo sin firma 16 de junio, Crónica secreta de un Bombardeo. Op. Cit. Pág. V1l).

Pedro Leónidas Paz, Granadero conscripto, murió defendiendo la Casa de Gobierno (Carbone, Alberto. Op. Cit. Pág. 46). Pedro H. Baigorria. Granadero conscripto, murió defendiendo la Casa de Gobierno (Carbone, Alberto. Op. Cit. Pág. 46).

Pasalaqua. Contador de la CGE (Confederación General Económica), en horas del mediodía tomo un trolebús para ir a almorzar a su casa y una bomba le quito la vida (Carbone, Alberto. Op. Cit. Pág. 59). Tres miembros del Regimiento 3 de La Tablada, caídos por la acción de los rebeldes cuando se dirigían al centro de la Capital. (Carbone, Alberto, “ir. Pág. 73).

Fuente diario La Razón, Bs. As. 17/06/55

Lista parcial de personas muertas y heridas atendidas en distintos establecimientos hospitalarios de la Capital Federal: -Hasta el momento, el trágico saldo del ataque llevado a efecto por las fuerzas rebeldes es de 250 muertos y cerca de un millar de heridos, datos por otra parte confirmados esta madrugada. En todos los hospitales de la ciudad y en distintas casas de asistencia médica se hallan internadas numerosas

víctimas alcanzadas por proyectiles y esquirlas de bombas, realizándose desesperados esfuerzos para salvarles la vida. La extensa nómina de muertos y heridos en sus salas es la siguiente:

En la Asistencia Pública: En este establecimiento donde habían sido llevadas gran cantidad de personas que sufrieron heridas, se hallaban anoche 72 cadáveres, entre los cuales figuraban: Adolfo Beltrán; Manuel Otero López; Eduardo Marchione; Juan Marino; Domingo o. Gentrel; Julio Benítez Pérez; Cornelio Militón Mimo; Darío Tartani; Raúl Alberto Núnez; Francisco Mana; Luis Mario Achul; Rodolfo Javait; Antonio Biondi; José María Ruiz; Jorge José Gandio; Mariano Pessano; Ricardo Obertello; Alejo Núñez; Emilio Castillo; H. E. Cano; Salvador Pugglisi; Zulema Mercedes Merlo; Felipa Herrera de Anjosi; Ana Victoria Roncagni. Además se hallaban 25 cadáveres más que aún no habían sido identificados entre los cuales siete pertenecían a mujeres.

En el hospital Ramos Mejía

La dirección del policlínico suministró anoche la siguiente nómina de víctimas: siete muertos y 56 heridos atendidos en ese establecimiento.

Fallecidos: Pascual Viola, domiciliado en Azopardo 3060, Valentín Alsina, 4 de Junio (Lanús).; A. Baigorria, de 21 años, soldado del Regimiento de Granaderos a Caballo.; Enrique Adolfo Cossi, Belgrano 1377. ; Manuel Gariburu, Cochabamba 1212.; Domingo Gentile, Remedios de Escalada. ; Julián Yubero, sin domicilio conocido.; Un hombre aún no identificado.

En el hospital Alemán: Se asisten con heridas de diversa consideración ocho personas. están depositados los cadáveres de dos personas aún no identificadas.

En el hospital Español: Fueron atendidos 41 heridos. Entre los cuales 30 lo fueron por esquirlas de las bombas arrojadas por los agresores.

Estos son algunos de los nombres:

Humberto Raponi, Sargento del Regimiento de Granaderos, herido leve.; Amoldo Metasti, conscripto del mismo regimiento, grave.; Emilio Bruno, leve.; Alberto Canete, grave.; Juan Saldivia, leve.; Domingo Fauda, grave.; Eduardo Arellano, grave.; Carlos de la Fuente, grave.; Alfredo Pérez, leve.; Emilio Cremonesi, grave.; Felipe Sueyro, grave. ;

En el policlínico Durand

En este establecimiento fueron atendidas 36 personas, tres de las cuales se encontraban en estado de suma gravedad.

La nómina es la siguiente: Ricardo Salas; Héctor Terano, grave.; Tino Benavides, grave.; Ernesto Montemartini, herido de bala.; Benito Lemos, herido de bala.; Ricardo Zenardo, herido de bala.; Luis Rosa, herido de bala. ; Osvaldo Casanigo, herido de bala.; Severo Iglesias, herido de bala. ; Santiago Pérez, herido de bala.; Juan Masquet, fractura de pierna izquierda. ; Oscar Salcedo, contusión traumática. ; Margarita Muti, fractura de brazo derecho.; Ismelda Villeres, heridas múltiples.; Pedro F. de Olivera, crisis nerviosa.; Pablo Grioli, crisis nerviosa. Todos estos, internados. Lesionados de carácter leve, por trozos de metralla, cortaduras de vidrios, hematomas, etc. Italo December.; Miguel Udi- zar; Aníbal Exsert; Julio Escobar; Wenceslao Kolik; Santiago Curce; Roberto Muschi; Héctor Corache; Felipe Cantero; Lenisa Avellaneda; Hugo Vitulaso; Lorenzo Cáceres; Aida Cacuri; Orelia Mancuso; Marta Dellepiane; Severo Terunni; Elena Amado; Mauricio Dereta; Armando Mulet; Roberto Pacin.

En el hospital Clínicas: La nómina de victimas atendidas en este nosocomio con motivo de los sucesos es la siguiente: José M, Trujillo ; Carmelo Ponone; Rogelio Ibánez; Oscar Fernández; Juan Carrera; Francisco Arias; Miguel Marne; Juan Monte; José Calderón; Oscar R. Molina; Francisco Celestini; Ricardo Rumano; Ilde. P. Retamozi; Pedro Haguinteguy; Fernando Carrillo; Pedro Delgado; Luis Lorenzo; Carlos Santillán; Carlos Ohlaverri; Ricardo Erneta; Emilio Ponti; Oscar Barros. Los muertos identificados son: Carlos Rodríguez; Severo Aguirre

En el policlínico Álvarez. fueron atendidos quedando internados: Valentina Frotti, heridas diversas.; Arnobio Leifon, heridas diversas.; Marcos Aramovich, herida de bala.

En el policlínico Argerich: En este establecimiento se encontraban los cadáveres de:

Salvador Pérez; Alfredo Gregorio Larrosa; Luis A. Ferrario; Osvaldo P. Azundoni Roberto Luis Gregoria; Juan M. Arianovich; Ángel, B. Lehamann; Julio A. Mercante; Máximo Correo Gómez; José Mariano Bacalja; Duilio Barbieri; Alfredo Méndez; Viola Luises; Roberto Pera; Julio Moscante; Luis Pasalacua Canales; Augusto Puchulú; Estanislao D. Cheleleco; Angel Castello Suponi; J. M. Turré; Paulino Toledo; Candido Bestol; Pedro Rivera; Ricardo Blanco; Domingo Marino; Vicente Cuacuadrio; Alberto W. Herrera; L.W.Winner; Ángel Raúl Díaz; A Domingo Rosse; Pilar A. Mesúa; Carlos Bruno. Además, están depositados 25 cadáveres no identificados. El número de heridos alcanza a 200.

En el hospital Rawson: En este nosocomio los muertos son: Leandro Gamba; Bonifacio Quintana; Un tercero no identificado.

La nómina de los heridos es la siguiente: Antonia Ana Grande; José María Saino; Miguel Cosimelli; Marcelo Casalnovo; Pedro Ain; Antonio Anatolio; Antonio Gargiulo; Marcelo Casalonga; Francisco Luis Gola; Norberto Álvarez; Horacio Damante; Vicente Orlando Díaz; José Luis Salgado; Oscar Rodolfo Drasich; José Valentín Rodríguez; Francisco Olgado; Tomás Laurito; Noemí Gorosito; Domingo Maldonado; Lía Domínguez de Munich; Nicolás Páez; Arturo Alicedo; Natalia Fornelli; Domingo Rogelio Munos; José Caradella; Alberto Luca Vallejos; Enrique Menaj; Victor Aníbal Feltan Diputado Provincial “mc” Partido justicialista Leandro N. Alem

Fuentes:

http://elortiba.org Colectivo de Cultura Popular

www.cablemodem.fibertel.com.ar/mxlavictoridelpueblo

(Actualmente inactivo)

Índice

Impreso en SERVICOP en marzo 2024 en
13 Nº 1137 esq. 520 Bis - La Plata - Argentina
www.contatuhistoria.com.ar